
3 1761 05303355 1

MI DIARIO

POR EL MISMO AUTOR:

Del Natural, Esbozos Contemporáneos, E. Gómez de la Puente, editor, 3a. edición, México, 1915, (6,000) .... 1 volumen
Apariencias, J. Peuser, editor, Buenos Aires, 1892, (2,000) .... agotada
Impresiones y Recuerdos, A. Moen, editor, Buenos Aires, 1893, (2,000) .... agotada
Suprema Ley, Vda. de Ch. Bouret, editor, París-México, 1896, (5,000) .... agotada
Metamorfosis, Guatemala, 1899, (4,000) .... agotada
Santa, E. Gómez de la Puente, editor, 5a. edición, México, 1919, (30,000) .... 1 volumen
Reconquista, E. Gómez de la Puente, editor, Madrid-México, 1908, (2,000) .... 1 volumen
Mi Diario: Intimidades, literatos y literatura, "La Gaceta de Guadalajara," editor, 1er. tomo de la 1a. serie, 1908, (4,000) .... 1 volumen
Mi Diario, E. Gómez de la Puente, editor, México, 1910, 2o. tomo de la 1a. serie, (2,000) .... 1 volumen
La Llaga, E. Gómez de la Puente, editor, Madrid-México, 1913, (4,000) .... 1 volumen
La Novela Mexicana, Conferencia, E. Gómez de la Puente, editor, 1914, (1,000) .... 1 folleto

TEATRO:

La Señorita Inocencia, arreglo del vaudeville-opereta "Mamz'lle Nitouche," México, 1888.... agotada
La Moral Eléctrica, arreglo del vaudeville "Le Fiacre 117," Guatemala, 1889 .... agotada
La Ultima Campaña, comedia original en tres actos y en prosa, México, 1894, 2a. edición, Guatemala, 1900 .... agotada
Divertirse, monólogo en prosa, original, México, 1894 .... agotada
La Venganza de la Gleba, drama original en tres actos y en prosa, Wáshington, D. C. (E. U. de A.) 1904 .... agotada
A Buena Cuenta, drama original en tres actos y en prosa, San Salvador, C. A., 1907 .... 1 volumen

PROXIMO A PUBLICARSE:

Mi Diario, 1er. tomo de la segunda serie...... 1 volumen

EN PREPARACION:

La Confesión de un Palacio, Ensayo sobre Historia Nacional .... 3 volúms.

Todas estas obras se hallan de venta en las principales librerías; para pedidos al por mayor, dirigirse a la casa editorial de **Eusebio Gómez de la Puente,** Apartado Postal 59 bis, en la ciudad de México, o a las de sus corresponsales y agentes en la República y en el Exterior.

FEDERICO GAMBOA

C. DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

MI DIARIO

PRIMERA SERIE—III

> "......*no te enojes si algunos tuvie-*
> "*ren mala opinión de tí, y dijeren lo*
> "*que no quisieras oír.—Tú debes*
> *sentir de ti peores cosas, y tenerte por*
> *el más flaco de todos......*"
>
> TOMÁS DE KEMPIS



MEXICO
EUSEBIO GOMEZ DE LA PUENTE, EDITOR
1920

NOTA DEL AUTOR: El presente volumen debió de haber aparecido hace cinco años; mi expatriación estorbó que entonces se realizara aquel propósito.

MEXICO

1901

1.º DE ENERO.—En el preciso instante en que cohetes, dianas, repiques de templos y silbatos de máquinas atruenan los aires saludando a este primer año del siglo XX; cuando vibra todavía la campanada última de las 12 de la noche que ha muerto, mi mujer y mi hermana hanse prosternado a rezar las viejas plegarias de las casas católicas, que desde niño uno, viene escuchando en las fechas memorables y sacras.... Las beso a las dos, y me llego a la cama de mi hijo, que, sin dársele un ardite dentro de sus diecisiete meses de vida el que los siglos vayan y vengan, duerme apacible y filosóficamente. Cuidando de no despertarlo, bésolo también, y lo bendigo, convencido de que las bendiciones o maldiciones de los padres, alcanzan a los hijos!...

¡Cuánto bien le deseo; cómo anhelaría acumular sobre su rubia cabecita, dicha, dicha, siempre dicha, la que a muy duras penas disfrutan los afortunados de veras!

¡Dios sólo sabe lo que será de este pedazo de mi alma!

Yo apetezco que, así sufra mucho, sea ante todo ca-

ballero, caballero a toda costa, aun a costa de la muerte. Pero no caballero del cuño corriente, nó; caballero a la antigua, a la antiquísima, de los que ya nada más van quedando borrosos y vagos en el recuerdo de los descendientes de las familias linajudas, y en los cuadros vetustos de los museos y catedrales. Que su propia conciencia ¡lo único insobornable! sea su juez y su guía; y que el día que se considere irrevocablemente honorable y honrado, cuando crezca y llegue a hombre, si yo estoy muerto, piense en mí, y mis flaquezas, a él en fortalezas se le tornen, y escarmiente en mis penalidades, y no incurra en mis defectos e imperfecciones; y en compensación de lo que yo he sufrido y luchado, él luche y sufra lo menos posible. Si estoy vivo para entonces, que me pague estos besos que a modo de aguinaldo y de préstamo deposito en su frente inmaculada de ángel que ignora el pecado, las pasiones y los vicios, con réditos de réditos, como deudor de una inmensa deuda usuraria y sin saldo...

Luego, me acuesto; y a obscuras me río de lo que anhelaba desde muchacho alcanzar esta vigésima centuria. ¡Ya sucedió! ¿y qué?... pues, nada; lo mismo que cualquiera otra noche de cualquier mes y de cualquier año. ¡La transición ha sido meramente subjetiva!

4 DE ENERO.—En el viejo castillo de Chapultepec, invitado a un almuerzo con que el Presidente de la República obsequia al Cuerpo diplomático extranjero.

¡Día interesante!

La cosa comienza desde abajo, desde la gruta his-

tórica en que, es fama, una loba dentro de ella escondida, devoró a dos pequeños hijos de un jardinero que moraba en el alcázar, quienes en ahorro de distancia y tiempo, por la gruta se aventuraron; toda una leyenda de hace muchos años, cuando Santa Anna o cuando Maximiliano: la madre, muerta también entre las ensangrentadas fauces de la fiera, por haberse lanzado al rescate de los chicos que tanto tardaban; el padre, luego, en singular combate con el animal, en plenas tinieblas, armado de un mal cuchillo... Hoy, vense lacayos, vidrieras grabadas y giratorias, "marquesa" de cristales apagados; en el corredor subterráneo, pasillo muelle, de yute, iluminación eléctrica, estufas encendidas, tintineo de campanillas, y, a los fondos, ascensor de lujo en cuyos interiores harmonízanse el apagado tono de un *péluche* rojo, la opacidad metálica de les rejas caladas, y la broncínea color del criado de uniforme, reverente y mudo, que maneja la infantil maquinaria del aparato. De improviso, inundación de luz cenital, y el ascensor detiénese muy blandamente en una terraza esmaltada de flores, con fuente a su mitad, y hasta media docena de servidores enfracados que nos despojan de abrigos y sombreros.

No conocía yo la residencia, antójaseme sencillamente imperial; me explico las preferencias de que la han hecho objeto todos nuestros gobernantes, de los aztecas acá. ¡Qué lontananzas! Todo el valle, todo nuestro valle soberano y profundamente melancólico a pesar de su sol: allá, los volcanes; allá, la metrópoli erizada de torres que se esfuman; allá, en eminencia verdegueante, Dolores, la necrópoli, la rival

de la urbe viva, a la que ya se habría tragado si no fuera por las reservas que de otras partes le llegan; aquí y allí, los árboles que bordean las calzadas o se agrupan, lejos, en los pueblecillos suburbanos, parecen procesiones místicas de quiméricos peregrinos que caminaran lenta y majestuosamente, vestidos de hojas y ramas, en busca del agua que suspira en los canales indios y en los lagos distantes y azules, que alguna vez han de apagar la sed de la populosa ciudad colonial, la de los recuerdos de oro...

Hemos sido de los primeros. La esposa del Presidente, Carmelita,—y conste que si la menciono con llaneza tamaña, débese a que nadie la denomina de otro modo, es un diminutivo afectuoso con que el público premia sus bondades y virtudes,—Carmelita nos recibe y saluda con su modesta distinción y su sin par dulzura. En su voz suave y melódica de copa de *baccara* vacía, el nombre de mi mujer y el apellido mío me suenan gratamente.

El General, serio siempre, siempre en su papel; sin sonrisas, sin inclinaciones de su cuerpo alto y fuerte; su rostro, que nunca lo traiciona, en el que nadie puede descubrir cuándo está contento y cuándo disgustado, perpetuamente enigmático. Charla breves instantes con Limantour y conmigo, de nada, futesas que deletrea despacio, semivuelto al panorama delicioso.

Y yo me hago una serie de preguntas, lo que me he preguntado desde la vez primera que le hablé:

—¿Cómo se las compondrá para engendrar afectos, *a-fec-tos,* no las adulaciones y los respetos o miedos egoístas y facticios con que lo tratan y se le acer-

can los que se proclaman sus amigos, sus partidarios, —léase, las tres cuartas partes de los pobladores de la República?...—¿Cómo se las compondrá?...

—¿Habrá alguien, o algo, que lo haga vibrar? ¿Tendrá expansiones, intimidades?...

Para formar mi juicio, no me basta con la emotividad de que en ocasiones da muestras, sobre todo si habla en público; ello tiene que reconocer una neurosis pasajera y resultante del *surménage* en que de continuo vive a causa de lo mucho que trabaja. Yo querría saber de sus amores, de sus debilidades, de sus pequeñeces. ¿En lo íntimo, en lo muy íntimo, será diverso?... ¿cómo amará a sus hijos, cómo los habrá amado cuando fueron pequeños?... ¿Cómo amaría a su primera esposa, y hoy a Carmelita, que es mucho más joven que él, más afinada, tan cautivante y dulce?...

Las "Memorias" que del General corren publicadas, no bastan, ni dan la fisonomía *interior* de este hombre a quien Emerson habría considerado, por sus múltiples merecimientos a favor y en contra, entre los "representantivos." Porfirio Díaz es una gran *afirmación* y todo un carácter. Su misma idea fija de llegar al solio presidencial,—que fué el norte, la orientación de su vida entera,—su propósito, (claramente exteriorizado por cierto,) de no abandonar el poder, están revelando una voluntad poco común entre los originarios de nuestra América,—enferma desde su independencia, y aun desde antes, de anarquía medular y abulia superaguda. El General Díaz ofrece características y rasgos que a perpetuidad lo colocan por encima de casi todos nuestros gobernantes

sus antecesores, y quizás de muchos que vengan tras él; pues no es frecuente ver reunidas en un solo hombre tantas y tan varias calidades. Todo en él reviste forma extraordinaria: desde sus estudios (sus biógrafos afirman que cursó principios de jurisprudencia, lo que en aquel entonces, y dada su condición social, es de tomar en cuenta), hasta la austeridad de su vida; que austero ha sido siempre, aun a pesar de sus hijos naturales. Acerca de este importantísimo capítulo ¡sean rendidas a Dios infinitas gracias! pues si llega a poseer temperamento sensual y amoroso, con su voluntad, que es de roca, y nuestro servilismo, que ha sido sin límites ¡vayan ustedes a saber los estragos que sus ansias no habrían causado en todas las esferas sociales, y lo que habríamos disculpado, y aun aplaudido, desmanes tamaños!... Dichosamente, es un casto, partidario y practicante de los hogares legítimos, de las existencias familiares y prolíficas; su conducta privada no tiene tacha, es modelo y ejemplo.

Sin duda por ser lo que es, una afirmación, ha domeñado a México tan completamente: México hállase poblado por inmensa mayoría de individuos francamente negativos, y, lo que es peor, por individuos vacilantes y plegadizos.

El General Díaz es el tipo clásico del "caudillo" iberoamericano; aunque atentas sus características salientes se singulariza y supera a sus congéneres, ocupa lugar especialísimo en la larga teoría; también entre los "caudillos" los hay positivos y negativos.

Son positivos: Quiroga y Rosas, en la Argentina, no obstante su incurable salvajismo cruel; Portales, en Chile; Castilla, en el Perú; Mosquera y Rafael

Núñez, en Colombia; García Moreno, en El Ecuador, mal grado su república teológica "del Sagrado Corazón de Jesús"; el Doctor Francia, en el Paraguay; en el Uruguay, Artigas; Páez, en Venezuela, y en cierto modo, también Guzmán Blanco; en el Imperio del Brasil, el P. Feijó; en Centroamérica, Morazán... Los demás, y cuenta que no escasean, son negativos más o menos, pero negativos al fin.

Ahora bien, la pluralidad y continuidad del fenómeno, debe de llamar la atención. ¿Por qué en las Américas los dictadores y déspotas nacen con esa profusión, se multiplican, afirman nacionalidades, consuman progresos incuestionables, y a su desaparecimiento,—por derrocación, crimen o muerte natural, —sus herederos salen equivocados, ideólogos y hasta nocivos a las vegadas?...

La respuesta se impone por sí sola: porque la República,—hablo de la ideal, la que representa la suprema aspiración de los pensadores y altruistas, la que simboliza una suma perfección, la que tal vez pueda alcanzarse al cabo de muchos siglos,—la República nos resultó, cuando no una aberración, una equivocación trascendental que sólo ha producido los gobiernos desatentados y trágicos que con aquel nombre venimos fabricándonos en el Continente, de la Independencia acá... Ya yo sé, por supuesto que lo sé, que el día que estas páginas se asomen por ahí a ver la luz, a mí me harán ver todas las estrellas de la Vía Láctea, los de casa y los vecinos, con las catilinarias y filípicas que me disparen en castigo de mi afirmación, por otra parte incontrovertible. Pero así como el movimiento se demuestra andando, con hechos

¡res, non verba!, demostraré la incontrovertibilidad (¡qué palabraza!), de mi afirmación.

¿De dónde procedemos unos y otros, los de las tres Américas, es decir, los que de indios y españoles descendemos?

Pues, de indios, iberos y africanos; y de africanos, dos veces, por lo mucho que los iberos tienen de Africa, y por los negros importados de allá, durante la Colonia.

Desde entonces, eran los iberos un producto de razas diversas: fenicios y cartagineses, los fundadores de la España marítima; bereberes, los abuelos de los españoles del Mediodía; almohades, los responsables de la reconciliación entre árabes y cristianos.

Los indios, nuestros ancestros, ¿de cuántas razas no provenían?... La ojeada más superficial y profana a la Carta Etnográfica de México, que acompaña a la obra magistral "Geografía de las Lenguas" de don Manuel Orozco y Berra,—¡y vaya que en materias tales es autoridad respetabilísima!—turulatos nos deja en cuanto a pluralidad de razas aborígenes... El mismo autor nos enseña en el texto del libro citado (capítulo XII, "Tabla general de clasificación"), que subsisten hoy, hasta once familias distintas y esparcidas por las anchuras de nuestro territorio. Copio a la letra: Mexicana; Othomí; Huaxteca-Maya-Quiché; Mixteca-Zapoteca; Matlatzinca; Tarasca; Opata-Tarahumar-Pima; Apache; Seri; Guaicura, y Cochimí...

¿Cómo, sobre cimientos semejantes, edificar una república?...

Aparte la mescolanza étnica, arraigadísimos traía-

mos usos y prácticas de la sumisión,—y aun servilismo,—más perfecta y acabada.

Por el lado indio, que es el mayor, un imperio feudal con monarca absoluto, y porción de caciques, gobernadores de provincias dilatadas cual otros tantos reinos; un despotismo rudo y bárbaro, al decir de varios escritores, harto inferior al de los Incas, en el Perú; un despotismo ebrio de sangre humana, con un Huitzilopoxtli, que en nada la cede a Moloch. ¿Prácticas?... tan monárquicas y suntuosas, que los Conquistadores, habituados al esplendor de su corte hispana, no daban crédito a sus ojos:

—"... de que vimos cosas tan admirables no sa-"bíamos qué nos dezir, o si era verdad lo que por de-"lante parecía..."—exclama Bernal Díaz del Castillo en su "Historia Verdadera de la Nueva España."

Y cuando describe el recibimiento que hiciérales Moctezuma en la ciudad de México, la sola lectura nos maravilla y suspende, pues antójase ceremonia babilónica, artístico embuste de Marco Polo o cuento de hadas y hechicería:

—"... desde allí se adelantaron el Cacamaci, Sé-"ñor de Texcoco; y el Señor de Ixtapalapa; y el Se-"ñor de Tacuba; y el Señor de Coyoacán a encon-"trarse con el Gran Moctezuma, que venía cerca en "ricas andas, acompañado de otros grandes señores "y caciques que tenían vasallos. Ya que llegábamos "cerca de México, adonde estaban otras torrecillas, "se apeó el Gran Moctezuma de las andas, y traían-"lo de brazo aquellos grandes caciques debajo de un "palio muy riquísimo, a maravilla, y la color de plu-"mas verdes con grandes labores de oro, con mucha

"argentería y perlas, y piedras chalchivis que colga-
"ban de unas como bordaduras, que hubo mucho que
"mirar en ello. Y el Gran Moctezuma venía muy ri-
"camente ataviado, según su usanza; y traía calza-
"dos unos como cotaras, que así se dice lo que se cal-
"zan, las suelas de oro, y muy preciada pedrería por
"encima en ellas. E los cuatro señores que le traían
"de brazo venían con rica manera de vestidos a su
"usanza, que parece ser se los tenían aparejados en
"el camino, para entrar con su Señor; que no traían
"los vestidos con los que nos fueron a recibir. E ve-
"nían, sin aquellos cuatro señores, otros cuatro gran-
"des caciques que traían el palio sobre sus cabezas;
"y otros muchos señores, que venían delante del
"Gran Moctezuma, barriendo el suelo por donde ha-
"bía de pisar; y le ponían mantas, porque no pisase
"la tierra. Todos estos señores ni por pensamiento
"le miraban en la cara, sino los ojos bajos e con mu-
"cho acato; excepto aquellos cuatro deudos e sobri-
"nos suyos, que lo llevaban de brazo. E como Cortés
"vió y entendió..."

Con esa leche estaban amamantados los indios; y por la parte española se la mediaron a ellos y a los criollos, con las siguientes lecciones objetivas de democracia y liberalismo: Corte, Virrey representante absoluto de un monarca absoluto, infalible y cuasi divino, que en la Colonia asumía y monopolizaba todos los poderes, muy por arriba de tribunales, Real Audiencia, tropa, etc., etc., sostén y amparo de la Iglesia. Durante tres siglos, cursamos años y años de pompas y despotismos inauditos, de abusos e irresponsabilidades: opima preparación para la existen-

cia republicana! Los blancos, de amos de los de tueste más subido, léase, de la gran masa. (Este respeto al color blanco, ha persistido; dígalo, si no, la preponderancia que tan pronto adquieren los extranjeros en nuestro suelo, así sean unos maulas y buenos para nada... Es la tradicional profecía que doblegó a Moctezuma: de los mares vendrán a sojuzgarnos hombres blancos y barbados!)

Lo peor es que también hayan venido y continúen viniéndonos con idénticos propósitos, de allende el Bravo; río limítrofe que, para lo mal que ha cumplido su misión de estorbar el paso de intrusos con aviesos fines, mejor debiera de apellidarse el "Manso"...

Unicamente la Iglesia, a poco de la conquista, se impuso por igual a caciques indios y a virreyes godos, gracias a las convincentes razones que esgrimía: excomuniones, azotes, exilios, autos de fe... Unos cuantos santos varones, los Las Casas, los Gantes, se preocuparon y defendieron a los indios, a los niños; sin ellos, se declara y trata a los conquistados con menos miramientos que a las bestias...

O yo no entiendo palotada, o con antecedentes de ese jaez se funda cualquier cosa, excepto una república.

¡Pero nosotros sí la fundamos, y nos fundimos con la tal fundación!

Ya Bolívar, en su clarividencia de genio, (y conste que respetándolo cuanto se merece, lo quiero menos que a su rival San Martín, y aun téngolo por menos grande, siéndolo tánto;—el renunciamiento de San Martín, a raíz de la nunca conocida conferencia de ambos en Guayaquil, ni tuvo modelo ni ha tenido

par!) ya Bolívar, y otros que tal, hablaron claro en el asunto, según lo puntualiza el sociólogo peruano F. García Calderón en su bien escrita obra "Las Democracias Latinas de América". Belgrano, quería una *monarquía moderada;* Bolívar, a los principios, monarquías constitucionales con príncipes extranjeros, a ser posible esto último; Iturbide, nuestro libertador pese a quien pese, una monarquía dependiente de la española, si después optó por ser él el monarca, no lo culpemos, culpémonos a nosotros que ya despuntábamos decididos partidarios de rendir pleito homenaje a un Señor. Otros libertadores proponían tutelajes, mediadores, protectores y vigilantes. El magno acaecimiento de la independencia continental, asustó a sus propios autores que no sabían lo que iría a resultarles. Lecturas incendiarias, mal digeridas e inaplicables a nuestra condición de aquellos días, nos arrojaron a la República; y la pobrecilla no nos quedó a la medida, nos vino grande, y nos echamos a andar a trompicones, aquí me descalabro, allá magúllome, más acá sangro:

—¡La historia desgarradora de la mal llamada América latina!

Por el 29, Bolívar rectificó cuando escribe a cierto ministro colombiano, que ya no apetece reyes europeos, sino *presidencias perpetuas y vitalicias,* aterrorizado frente a las desmedidas ambiciones de sus lugartenientes y al desgobierno que ve venir:

—"... ningún príncipe extranjero querría por pa-
"trimonio un principado anárquico y sin garantías;
"las deudas nacionales y la pobreza de los países no
"consienten el sostenimiento decoroso de un monar-

''ca y su corte; las clases inferiores, temerosas de la ''desigualdad y preponderancia de la aristocracia, ''los generales y los ambiciosos, no se conformarían ''con la idea de verse privados del mando supremo; ''la flamante nobleza, indispensable a toda monarquía, ''saldría de la masa del pueblo con todas las envidias ''y codicias, por una parte, con todos los orgullos e ''intolerancias, por la otra. Nadie toleraría aristo-''cracia tan miserable, revestida de ignorancias y po-''brezas, animada de pretensiones ridículas...''

La vida de Bolívar, y sus opiniones sobre todo, son grandes enseñanzas que convendría propagar para escarmiento y ejemplo; con ello se habría apartado de los constituyentes de nuestra América, la espesa venda que a ellos los cegó y a nosotros nos ha hecho desgraciados ¡Dios sabe por cuánto tiempo!

Ejerció Bolívar la dictadura; creyó en los beneficios de las presidencias inamovibles. Enamorado de Juan Jacobo Rousseau, el nocivo ideólogo enfermizo, juraba que ''la voluntad del pueblo es el único po-''der que existe sobre la tierra'', a reserva de corregir más tarde enormidad tamaña y declarar que ''la ''soberanía popular no puede ser ilimitada''. Desdeñó las pompas imperiales; le ofrecieron una corona, que se rehusó a ceñir; paladeó los acíbares de la traición y la revuelta; Páez y Santander se le rebelaron, y en tierra de Colombia, a los 47 años, murió prematuramente. Entre muchas virtudes, poseyó la adivinación: como palpara de lo que es capaz el carácter (?) americano,—¡y vaya si sería sastre conocedor del paño, él, que cortó nada menos de cinco sayos para otras tantas nacionalidades que le deben el ser...!;

—y a raíz de sus triunfos viese asomar la faz torva de la anarquía medular que nos aflige, formuló profecías, que, a causa de la verdad irrefragable que las anima, nos asustan y desconsuelan:

—"La permanencia en el poder de un mismo individuo, frecuentemente da al traste con los gobiernos "democráticos..."

pero:

—"La libertad indefinida, la democracia absoluta "son los escollos en que zozobran las mejores esperanzas republicanas..."

—"Los que servimos a la causa de la independencia americana, hemos arado en el mar!!!..."

—"Ni en las naciones ni en los hombres de América anida la fe: sus convenios, son papeles mojados; "sus constituciones, letra muerta; sus elecciones, peleas y batallas; su libertad, anarquía, y su vida, un "tormento sin término..."

—"... considero a América en estado de crisálida; sufrirá en la existencia física de sus pobladores "una metamorfosis; alguna vez habrá en ella una "nueva casta, resultante de la mezcla de todas las razas, que produzca la homogeneidad del pueblo..."

—"Abandonemos lo del Triunvirato del Poder Ejecutivo, y reconcentremos éste en un Presidente, al "que ungiremos con la autoridad necesaria para que "logre mantenerse en el mando..."

Por último, y en lo que a México se contrae, leo en el libro arriba citado de García Calderón que he venido extractando:

—"Por la naturaleza de su localidad, riquezas, población y carácter de los mexicanos,—habla el Li-

''bertador,—imagino que al principio intentarán el ''restablecimiento de una república representativa, ''en la que disponga de grandes atribuciones el poder ''ejecutivo reconcentrado en un solo individuo, quien, ''si gobierna con justicia y cordura llegará, casi na-''turalmente, a conservar una autoridad inamovible!''

¡Es la anunciación de Porfirio Díaz!

Y la condenación de la República, no por culpa de ella, sino por no hallarnos suficientemente preparados para alcanzarla. ¡Aun nos faltan quién sabe cuántas dictaduras! dado que por otra parte, acaecimientos posteriores y trascendentales proclaman que la idea monárquica en América, no es viable ni se aclimata tampoco: Iturbide, Maximiliano de Austria y hasta Pedro II del Brasil son elocuentísimas pruebas. Sin duda ninguna que nosotros en el Norte, los del Centro y los del Sur rumbo a la República caminamos; aquí y allí, creeríase que excepcionalmente ya alguien la afianzó. Hay, pues, esperanzas, fundadas esperanzas,—certidumbres, diría yo,—de que llegaremos todos; pero para la mayoría de nuestras nacionalidades, apenas si la vislumbramos, allá, muy allá, como suprema conquista y recompensa suprema... Antes tenemos que recorrer muchas leguas, muchísimas, y más morales que materiales; tenemos que purificarnos, que enmendarnos siquiera segando ortigas, abriendo surcos, enderezando tallos, seleccionando simientes; tenemos que realizar sobrehumanos esfuerzos, porque el daño es milenario y hondo...

Porfirio Díaz es sólo una resultante fatal,—no confundir este vocablo con funesto, según suele hacerse, —y ¡ya quisiéramos que los muchos dictadores que

desdichadamente todavía han de gobernarnos, so pena, si no, de que la anarquía más incalculable y espantosa nos gangrene y ultime, sean por el estilo suyo! A pesar de sus defectos, y defectazos, que a porrillo atesora, hállase muy distante de ser un pernicioso o un negativo. Por encima de todo, es un constructor; y eso es de lo que habemos menester, de constructores, ya que con motivo de nuestra juventud o nuestra desgracia, por construir lo tenemos casi todo; sin duda a causa de esta síntesis genial, contenida en una carta que Alejandro de Humboldt escribió en francés desde Sans Souci, a 26 de octubre de 1844, a William Hickling Prescott, en Boston, autor de la "Historia de la Conquista de México". *México tuvo la independencia antes que los elementos de la libertad civil...*

Y sin libertad civil ¿qué independencia puede ser provechosa?...

Cuando Porfirio Díaz muera,—digo, cuando muera corporalmente, pues de otro modo, en tanto exista México o un recuerdo de México, el nombre y la obra de Díaz sobrevivirán el mismo tiempo que sobrevivan la nacionalidad o el recuerdo de ésta,—cuando muera, en el poder probablemente, y el período justiciero de las rectificaciones comience a desmenuzarlo, causará gran asombro su labor terca y magna: pegar y remendar una tierra destrozada, hasta no darle unidad, y unidad respetable. ¿Que saldrán entonces sus manchas a la superficie? ¡No habían de salir, si sólo se trata de obra de varón y no de semidiós o superhombre, según hoy se apoda a aquéllos!... ¡Seamos justos! Si el Sol, que es el Sol,—para aplicarle la

única palabra que le es aplicable,—ostenta manchas ¿cómo se ha de pretender que individuo de carne y hueso no las ostente, y en número mucho mayor del conveniente?...

¡Sí! el General Díaz ha derramado sangre humana, de hermanos y de extraños; ha conculcado derechos ¡sí!; ha mutilado libertades ¡sí!; ha perpetrado porción de cosas censurables ¡sí!... pero ¿en qué rincón de la tierra ha habido nunca hasta hoy, un gobernante limpio de tales culpas, y conste que meto en la colada hasta a los reyes apodados santos, como San Luis? (1) ¿cuál es la tierra bienaventurada que lo poseyó? ¿cuál es el nombre de ese gobernante fénix?...

Y a México, Porfirio Díaz ¿qué le ha dado en cambio?... ¡Ah! no cabe en estas páginas la enumeración de beneficios reales, tangibles, perdurables varios de ellos, por más que la mayoría haya sido impuesta a la fuerza. Diversamente, no habrían sido aceptados. Y aquí viene que ni de molde, aunque al pronto paradoja parezca, el que asiente yo algo que de años há está escarabajeándome:

—¡Con ser tánto lo que ha hecho, el General Díaz es y será más grande todavía por lo que espontáneamente ha dejado de hacer!

¿Qué nó?....

Veámoslo. Llámese a juicio secreto y personalísimo cada uno de los lectores mexicanos que la suerte me depare, y así nunca externe sus respuestas, respóndase en lo íntimo al siguiente interrogatorio que re-

---

(1).—Según el historiador Joinville, fué el rey San Luis quien dijo: "Cuando discutas sobre Teología con alguien, no trates de convencerlo: *¡traspásalo con tu espada!*"

duzco a sus proporciones mínimas, aunque tela y asunto sobren para prolongarlo indefinidamente:

—¿Después de afirmarse en el solio, ha podido o nó el General Díaz gobernar pasando por encima de leyes, congresos, gabinetes, magistrados, soberanía de los Estados, etc., etc., etc.?...

—¿Es o nó cierto de toda notoriedad, que en lugar de ello ha gobernado,—hasta donde la estricta observancia de leyes, decretos, ordenamientos y costumbres no ha pugnado con su política reconstructora, vasta y durísima,—respetando las formas y procurando revestir sus actos, aun algunos baladíes, de legalidad y rectitud?...

—¿Es o nó de asegurar, que hasta en el supuesto de que se hubiese encastillado en el más odioso de los despotismos, a los próximos y remotos, a los menesterosos de pan—¡el estómago vence siempre a la vergüenza, y hasta para que el cerebro y la voluntad funcionen reclama lastre previo y continuado!—a los menesterosos de pan y a los ahitos y acaudalados, a linajudos y plebeyos, a políticos y politicastros—éstos siempre más abundantes que aquéllos,—a los que podían ser independientes perpetuamente y a los que para vivir *tienen* perpetuamente que depender de autoridades y gobiernos, a usted, a mí, a aquel, a casi todos en fin,—salvo contadas personas, porque todos los demás somos, según el fenómeno se considere, o cómplices o coautores de la actual situación,—nos habrían faltado manos para aplaudir, labios para elogiar, ductilidad para conformarnos con su régimen?...

—¿Es o nó verdad que al General Díaz se ha ido

dejando la resolución de lo público y lo privado; lo mismo el aprendizaje del latín y griego que el uniforme municipal de los cocheros; los divorcios de matrimonios desavenidos que los enlaces de las ricas herederas con extranjeros más o menos nobles y azules; los límites de los Estados y la política con vecinos y parientes; el resultado de las cosechas y lo que cada cual haya de comer en su domicilio; lo trascendental y lo infinitamente nimio?

Como la respuesta es crudelísima, quédese dentro de los repliegues de las conciencias a que no asoman nunca mirares extraños; pero quede también mi aseveración en pie:

—¡Con ser tánto lo que ha hecho, el General Díaz es y será más grande todavía por lo que espontáneamente ha dejado de hacer!



Sigo examinándolo, en la postura que guarda y a maravilla cuadra, según mi leal saber y entender, a su personalidad y su obra: así, de pie y descubierto frente al valle, desde las alturas de este alcázar asentado en rocas y secularmente histórico, inmensamente mexicano; semivuelto al panorama elocuente y grandioso hacia el cual apunta su brazo extendido; abierta su mano de sembrador y hombre de acción; firme su pulso, de cazador certero, en tanto continúa hablando con Limantour y conmigo, de nada, de futesas que silabea despacio por dificultad orgánica de elocución, y por recurso, transmutado en hábito, de hombre astuto y cauto que vigila sus propias palabras gráficas y tardas, y no les da suelta sino muy po-

co a poco, a fin de que cuando sus interlocutores y oyentes las desfiguren al repetirlas y propagarlas, ni desfiguradas vayan a tener alcance muy diverso del que él les imprimió entre sus labios pálidos, por desgracia poco preaticantes de la sonrisa....

Sigo examinándolo, hago mentales comparaciones, pienso en sus metamorfosis, en sus virtudes y defectos.

Su físico promete longevidad incalculable, es un físico casi de vegetal, de encina o roble tallado a hacha, triunfador de vendavales y huracanes; enhiesto, macizo, ancho de espaldas, levantado de tórax; el mirar, felino, con irisaciones de ágata, medio escondido bajo las cejas emblanquecidas, tras los párpados despestañados, pero inquieto y acerado; allá, muy en el fondo de las pupilas húmedas, como que palpitaran implacabilidades agazapadas y prisioneras dulzuras...

Repaso su vida... ¡admirable! Honradez acrisolada y nata, desde obscuro guerrillero; dominio absoluto sobre sí mismo; rara facultad de disimulación; profundo conocimiento del prójimo, de sus flacos principalmente, que con habilidad nada común ha sabido explotar y utilizar; una flexibilidad, un poder de adaptación y una paciencia portentosos; un egotismo hiperestesiado, y, sin embargo, domeñado y oculto; un aparente olvido hacia las ingratitudes y las injurias cometidas contra su persona...

Antójaseme, que colmada su incurable ambición de mando absoluto sin restricciones ni trabas,—como quizás no lo disfrutaron los Rajáes y Sultanes de que se guarda memoria,—ya en el poder soñado, lo invadió la idea-matriz que hoy lo anima y mueve. Y como bajo pena de la vida ha seguido soñando, supuesto

que vivir es soñar, este hombrazo a quien con el criterio canónico habría que bautizar de "hombre providencial", al despertarse dentro de la realidad del poder máximo que ejercita, se ha puesto a soñar un nuevo sueño, más alto y difícil de llevar a cabo que el primero: ¡reedificar una Patria!

Empresa tal, ardua en cualquiera latitud, entre nosotros sube de punto hasta lo inconmensurable, por causa de orígenes históricos y étnicos, de rebeldías nativas, de vicios heredados y vicios adquiridos, de temperamento, de clima, de ignorancia, de abulia... Y para su lenta reconstrucción, ha tenido que causar innúmeros daños individuales y pasajeros. La materia prima, reacia y hostil, hubo que golpearla, que cortarla en lo vivo de la carne, en los anhelos e ideales—que son lo vivo del espíritu! Por lo imperativo de las amputaciones indispensables, hubo que verter sangre, que desoír lementaciones y protestas de los que era fuerza desposeer y mutilar; fué preciso cometer injusticias del momento, oprimir para amasar, aplicar cauterios sin hilas ni bizmas, propinar drogas amarguísimas, apelar a extremos recursos. Muchas lágrimas han quedado sin enjugar, muchos derechos con las manos tendidas, cual si en vez de ser derechos fuesen mendigos... ¡No es tarea sencilla la de edificar patrias! Y escarbando en los cimientos de las más grandes, civilizadas y prósperas, eso se encuentra en todos: sangre y llanto; que sin llanto y sangre, nada grande y humano se realiza ¡ni la vida misma, sólo producida a costa del sin igual dolor augusto de los alumbramientos, con el que la madre rescata el placer de la fecundación de la hembra!...

(¿por qué ellas nada más, y no también nosotros, que compartimos el deleite?...)

Es que el asunto no tiene remedio. ¡Para llegar a las rientes orillas de las Tierras de Promisión,—ya la frase se ha vuelto lugar común, de puro sobada,—antes es fuerza surcar las ondas implacables de los Mares Rojos!

El General Díaz ¿qué podría ambicionar, si no, cuando ya lo posee todo: prestigio e imán cerca de las multitudes, que vitoreándolo desde años há,—lo mismo a las victorias que a las derrotas y la muerte; lo mismo a luchar contra invasores extraños que contra regímenes constituídos y más o menos legales,—lo han seguido deslumbradas, hipnotizadas por la resonancia de su nombre atrayente y harmónico a causa de sus muchas vocales suaves?.... Su estrella, innegable, no presenta probabilidades de apagarse; negras nubes hanla eclipsado a las veces, para, a poco, dejarla que brille en toda su plenitud. La muerte, que es la insobornable por excelencia, creeríase que lo respeta y ayuda: en sus muchas campañas, lo ha herido apenas; en su larga presidenciada, le ha segado las vidas que pudieron hacerle sombra, o desviar sus planes, o entorpecer su política, y a él lo deja vivir no obstante nuestro clima, lo saca indemne de accidentes y atentados, lo salva de endemias y epidemias, le ahuyenta achaques, le aligera la pesadumbre letal de los años, y antes préstale salud e inauditas resistencias, cual si con él confabulada por ignorado pacto mágico, espere para llevárselo a que haya rematado su gigantesca empresa......

Y él, tal vez suponiéndose eterno, permanece im-

pasible, sin sonreír nunca. ¡Es la Esfinge, hasta por su color y por su origen, es la Esfinge!

Avaro de la idea que lo anima—(¿cuál, a ciencia cierta?...)—a nadie se la muestra; y porque psicológicamente pertenece a los reconcentrados y solitarios, ha de recrearse a sus solas con ella, como todos los avaros.

La serie portentosa de sus transformaciones,—¡aun en lo físico es otro!—¿se deberá a influjo conyugal o a un autodominio jamás visto antes?.....

Porfirio Díaz es un epónimo: ha dado nombre a un pueblo y a una época.

¿Creerá en Dios?.....

* * *

Por inesperada asociación de ideas, viénenseme a las mientes dos inolvidables reminiscencias que a propósito de él conservo muy guardadas, de infancia la primera, de juventud la segunda, que en este propio instante se levantan y toman forma.

Corría septiembre del 1876, y en mi casa— núm. 4 de la 2a. calle del Reloj—los sucesos políticos, a grandes y chicos nos traían con marcada inquietud y desasosiego. A nosotros los rapaces, decididamente se nos expulsó de los conciliábulos que la familia, allegados y simpatizadores de la causa celebraban frecuentísimamente, a puerta cerrada, en los dos salones de la vivienda, en el despacho de mi padre y en las antesalas, que, todavía ésta es la hora en que no me explico por qué las llamaríamos "galerías." A causa, sin duda, de mis doce años de valle de lágrimas, poco se me dió de desconfianza tamaña, ¡al contrario!

resultaba yo más dueño de la casona, que enfocaba cinco de sus diez balcones, en la calle de San Ildefonso, frente al ruinoso templo de Santa Catalina y a un flamante cuartel de Infantería.

Ha de haber sido parte a que nuestra casa convirtiérase en foco central del ''Iglesismo'' o ''Legalidad,'' el que mi padre era hermano político de don José María Iglesias e íntimo amigo suyo, y además de su experiencia y grado militar facultativo, llevaba años de un absoluto alejamiento de la cosa pública, trabajando en el F. C. Mexicano como Ingeniero, y esto acentuaba su independencia personal, lo mismo de los gobiernos que caían que de los que pudieran levantarse. De ahí, el entrar y salir de conjurados y damas; los apartamientos y runrunes por rincones y pasillos; el golpear de puertas y el azotar de muebles; el divisar manos, que sin dueño visible, se alzaban desde los huecos de ventanas y balcones abiertos, cual si algo demandaran de las lejanías azules de los cielos; la alteración más perfecta en el régimen familiar, trastornadas las horas de las comidas y del reposo, quebrantadas las consignas a porteros y fámulos, las noches en vela, los rostros desconocidos, y en los rostros amados, muchas desconocidas expresiones: de esperanza, de ansiedad, de congoja, de incertidumbre, de alegría... La casa entera,—en la que mi tía, mis primos, la esposa de Joaquín M. Alcalde, y qué sé yo cuántos más se pasaban las horas,—palpitaba al unísono con los deudos que andaban por Salamanca, tratando del triunfo de su causa. Nosotros los chicos, al fin contaminados por la gravedad de las circunstancias, por el ambiente do-

méstico, medio nos dábamos cuenta de la situación atando fragmentos de frases, examinando fisonomías, interrogando a emisarios y ''propios'' que en la cocina restaurábanse. Tras de las puertas y cortinas poníamonos a escuchar, y a atisbar por los ojos de las llaves.... Y así me percaté de cómo en la parte baja de los dos pianos verticales que teníamos, por entre los gruesos alambres de los pedales fué escondida la edición, húmeda todavía y oliente a imprenta, del primer manifiesto de mi tío; con tan buena suerte, que la tarde del cateo de nuestra casa, escaparon las hojas a las pesquisas policiales, y en tiempo y sazón pudieron ser distribuídas. Así me enteré de que mi tío se había partido de México, sigilosamente, en aquel septiembre tan movido y dramático, y refugiádose en algún lugar del Estado de Guanajuato, apoyado por el gobernador Gral. Antillón, que más tarde reconociéralo por suprema autoridad legal; y de que los mismos ''porfiristas,'' también lo reconocieran y aun entraran en arreglos con él.....

Nuestra casa continuaba, exteriormente, de sospechosa y vigilada por la policía, en tanto el Gobierno del señor Lerdo vacilaba, vacilaba más cada día, hasta parecer casi fuera de su centro de gravedad, como la torre de Pisa. Interiormente, continuaba vibrando con las noticias, con los rumores ora halagüeños, ora adversos: Porfirio Díaz reconocería a su vez la autoridad legítima de José Ma. Iglesias. Persistían los conciliábulos, las precauciones, el entredicho dictado contra la gente menuda.... Y se vino encima noviembre, a aumentar la ansiedad; la victoria de Tecoac, precediendo a la rendición de Puebla, apre-

suraba la solución anhelada: el regreso triunfal de la "Legalidad".....

Y el día 21, amanecimos sin Presidente; la víspera en la noche, el señor Lerdo —¡ídolo ayer!—únicamente acompañado de los señores Romero Rubio y G. Paz, y de los Generales Mejía y Escobedo, sin otro equipaje que desengaños y amarguras, había tendido el vuelo, a Toluca por lo pronto, para de ahí encaminarse a Michoacán y Guerrero, y al cabo embarcarse en Acapulco a fines de enero del 77, rumbo al destierro que él mismo prolongaría hasta su muerte, ocurrida en la ciudad de Nueva York el día 21 de abril de 1889.....

Aquella mañana del 21 de noviembre se me grabó a perpetuidad, sobre que desde nuestros balcones de la calle del Reloj, tan desierta y asustada como el resto de la metrópoli,—también las ciudades reflejan en las calles, que son su semblante, los estados de alma por que atraviesan: las calles empalidecen, se anemian por la carencia de transeuntes; ríen y lloran; aplauden y silban; se arrepienten y anhelan; se ensombrecen e iluminan; perdonan y condenan; callan y aturden.. sus puertas y ventanas, sus fachadas adquieren personalidad, hablan, temen, confían,—desde nuestros balcones del Reloj pudimos presenciar cuándo los soldados que daban guardia en la "Puerta Mariana" del Palacio desertaron, y tirando tiros lanzáronse por ahí, en plena revuelta..... A piedra y lodo mandaron cerrar los balcones y el zaguán de casa, y a mí truncáronme esa segunda lección que por el sistema objetivo se encargaban de darme los acontecimientos, acerca de nuestro respeto a la ley, democracia práctica, cul-

to por la libertad, por el orden, y otras zarandajas parecidas..... ¡Valiérame haber recibido la primera cuando tenía yo siete años! ¿Somos o no somos tropicales y precoces?

***

La primera lección, me la dieron la tarde y noche del 1o. de octubre del 71, con el pronunciamiento en la Ciudadela de los Generales Toledo, Cosío Pontones, Carrillo, y Negrete dijeron entonces que también, contra el Gobierno del señor Juárez, autor principal de la 2.ª independencia nacional y acreedor a varias gratitudes. A costa de no poca sangre sofocó esa rebelión el Gral. D. Sóstenes Rocha,—lustros más tarde íntimo y muy querido amigo mío, a pesar de los ídem que nos distanciaban,—quien fusiló, entre otros, al joven Subteniente don Benjamín Andrade. El desventurado de Benjamín era mi íntimo, deslumbrábanme su uniforme, su espada, su condición de hombre formal si a mí comparábalo; por lo que la noticia de su trágico y prematuro fin me afligió de veras, hasta donde las infancias se afligen con la muerte. Pereció, asimismo, el Gobernador del Distrito, Coronel don José Ma. Castro, y nada se diga de las muchas víctimas menores y anónimas que en funciones tales se multiplican y que los propios filántropos estadistas acostumbran a enumerar por cantidades alzadas y aproximativas: ciento, doscientas, mil bajas, que *bajan* a los sepulcros y los olvidos, sin que nadie mayormente se preocupe de los desamparos, viudeces y orfandades que con su opaco desaparecimiento se originan. ¿Quién les manda carecer de entorchados,

de *personalidad*, y meterse a sacrificar sus vidas útiles para que los pastores del rebaño y un puñado más de cosas inútiles continúen prosperando?...

El famoso pronunciamiento coincidió,—así suelen coincidir los fastos que importan a unos cuantos, con los que importan a toda una comunidad,—con la "saca-a-misa" de mi hermana mayor, quien cuarenta días antes había dado a luz a su primogénita. A la hora que se levantaban los manteles, tibio el comedor con los brindis por la dicha de la recién nacida, hizo irrupción un diputado sinaloense, Castellanos de nombre y corpulento y regocijado de ordinario como unas castañuelas, que me inspiraba horror invencible, a causa de los seis dedos que adornaban su mano derecha, siendo el sexto uno rechoncho y pequeñín, de uña y todo, añadido al pulgar, con el que me pellizcaba y agredía. Trémulo y desencajado, comunicó el notición:

—¡Se ha pronunciado la Ciudadela!...

Yo no sabía entonces lo que es un pronunciamiento, ni qué era la Ciudadela; pero de advertir el efecto que causaba la noticia destructora de nuestra fiesta de hogar, mi mentalidad infantil quedó deformada para siempre sobre puntos esenciales e importantísimos de historia patria, y diputé el sucedido por pecaminoso y vitando. Quizá si me hubiese sido dable oír y ver a los señores pronunciados, lo habría tenido por acto plausible y benéfico: todo es según el color del cristal con que se mira...

¡Vaya una noche la que pasé! A cada ruido anormal, corría yo a los vidrios de los balcones, y medio adivinaba el marchar apresurado por la calle en tinieblas, de las tropas, con ese ritmo peculiar de sus za-

patones sobre el empedrado; el huir de vecinos, pegándose a los muros, refugiándose en los vanos de las puertas cerradas. La caballería pasó al galope, con repique de sables y estribos, los bridones arrancando chispas de guijarros y adoquines; y la artillería, que iba al trote de las mulas azotadas, hacía retemblar los edificios, sonaba fatídicamente a cadenas y hierros, a máquina pesada y torpe que, dando tumbos, caminara a ciegas azuzada por los hombres... De tiempo en tiempo, escuchaba voces de mando, despóticas y roncas, que estrellábanse contra los cristales que me defendían, y que por instantes se posaban en mis oidos inocentes y ávidos:

—"Más de prisa, ajo, péguenle a las mulas!...," "¡Apúrenle, muchachos, apúrenle!......," "¡Guarden silencio!...."

Y sin cornetas ni parches, en la penumbra de las calles hundíase el fantástico desfile, para a poco recomenzar con los refuerzos nuevos.

¡Cuánto me sorprendió que hiciese luna!... ¿No tendría miedo, como yo? ¿cómo sería que viendo los sucesos derramara su luz de plata, apacible e indiferente?

Tan medroso andaba, que mi madre me llevó a su cama, la ancha cama matrimonial de altas columnas y corona de bronce, en la que los vástagos sólo acostábamonos con motivo de señaladas y excepcionalísimas circunstancias. El corazón no se me aquietaba y mis labios no paraban de balbucir preguntas, hasta que bien arropado, sintiendo que mi madre junto de mí me acariciaba, explicábame los acaecimientos con explicaciones a mi alcance, más por sus caricias que

por sus explicaciones me volvió el alma a su almario y por invulnerable túveme ¿qué le puede a uno suceder al lado de su madre, ni quién es capaz de osar atacarnos, si ella nos defiende y ampara?... ¡Ya podían rebelarse y caer todas las ciudadelas del mundo!... De fijo que los pronunciados que en aquel punto y hora estarían muriendo, hallaríanse lejos de la suya y por eso morían.... Y cuanto a los soldados que los mataban, también andarían lejos de su madre, que si no, no matarían!....

—¿Verdad, mamá?.....—inquirí medio dormido, aunque sin soltarme de su mano.

Y todavía paréceme que oigo su respuesta, tiernamente melancólica:

—Pídele a Dios por todos, y duérmete... pero pide más por las pobres madres que mañana amanecerán sin hijos......

Cumplido el piadoso encargo, me dormí tan tranquilo, para despertar al cabo de las horas, sobresaltado con los gritos que subían desde la calle:

—"¡Viva el Supremo Gobierno!....," "¡Viva el Presidente de la República!...."

Eran las tropas leales que regresaban triunfantes de la fratricida hecatombe, y ahora reintegraban sus cuarteles sin curarse de ruidos ni de alarmar al vecindario, lanzando a los aires la buena nueva de su victoria sangrienta y rápida....

Súpose,—después,—que a cierto curioso que se asomó a verlos pasar desde su balcón y que se negó a vitorear al "Supremo," me lo habían dejado seco de un tiro, doblado sobre el barandal donde el cadáver quedó oscilante y trágico.

—¿Por qué gritan?....—le pregunté a mi madre en voz baja, sin desasirme de ella.

—Porque ya se acabó todo...—me repuso muy quedo.

—Y a los de la Ciudadela ¿qué les habrán hecho?...

—Duérmete, duérmete, y reza por ellos....

De entonces a hoy,—¡y cuenta que ha llovido!—nunca he gritado *vivas* a gobernantes ni gobiernos, así se haya tratado de los de casa o de los de fuera; ni lo haré jamás, supuesto que en aquella primera lección aprendí que para que vivan cualesquiera gobierno y gobernantes, fuerza es que mueran sus opositores y enemigos.

* * *

Encerrados, pues, dentro de casa el 21 de noviembre de 1876, pude darme cuenta de que en la plana mayor de la familia y entre los partidarios de la "Legalidad" que nos frecuentaban, principiaba a desconfiarse del reconocimiento, por el General Díaz, de los derechos que reclamaba don José María Iglesias. Había ya barruntos en contrario, sospechosos indicios, probabilidades de mala catadura......

El 22 hubo más, la certidumbre del rompimiento, la víspera consumado en una hacienda del distrito de Querétaro, nombrada "La Capilla," en la cual celebraron reservadísima conferencia el Presidente de la Suprema Corte de Justicia y el triunfante caudillo revolucionario, con resultados del todo negativos. Los expertos en esta clase de lides, atribuían la ruptura de las negociaciones a maquiavelismo de don Justo

Benítez, presunto autor de la reforma de Palo Blanco al plan original de Tuxtepec. Decían los oráculos, que en la cuestión fundamental de interinidad del Ejecutivo, en el plan de Tuxtepec se declaraba ejecutivo interino al ciudadano que obtuviese la mayoría de votos de los Gobernadores de los Estados; y en la reforma de Palo Blanco, se reconocía en aquel supremo carácter al Presidente de la Suprema Corte de Justicia (pongo *reconocía*, porque el artículo constitucional relativo no enmendado entonces, así lo mandaba), *siempre que* aceptara en todos sus puntos y comas el plan de Tuxtepec, y aun así lo declarara por la prensa dentro de un mes, contado a partir de la fecha de su publicación en la capital de la República. Para el evento de silencio o negativa de este alto funcionario, asumiría aquel cargo el jefe de las armas, léase el General Díaz. Don Justo Benítez, o el autor de la reforma, debió presumir que atento el retiro o abdicación del señor Lerdo, el Presidente de la Suprema Corte de Justicia se encargaría de la Presidencia de la República por ministerio de la ley, y, consiguientemente desconocería el plan de Tuxtepec. Y al pie de la letra, eso ocurrió.

Era don Justo Benítez inteligente abogado oaxaqueño e íntimo amigo del General Díaz, con quien hasta cautiverio compartió en Puebla, cuando el Imperio; era, además, una de las principales cabezas de la revolución.

De "La Capilla," mi tío se retiró a Silao, a efecto de que las tropas que defendían su legitimidad se apercibieran a librar batalla, la que al mes siguiente, en el sitio denominado la Unión de los Adobes, ape-

nas si llegó a escaramuza. Luego, con su grupo de fieles,—mi hermano político Ramón Alcalde, en cuenta, —mi tío habría de emprenderla desde el Estado de Guanajuato hacia Guadalajara, por lo pronto, y luego a Manzanillo, donde todos ellos se embarcarían en el vapor "Granada" de la Mala del Pacífico, el 17 de enero del 77, rumbo a San Francisco de California...

El General Díaz, regresó de "La Capilla" a la ciudad de México, en la que se incautó del poder, sin rivales ni tropiezos.

El día 23, como si se hubiese roto alguna presa, desde temprano dió principio la inundación de esta buena metrópoli virreinal por las fuerzas "regeneradoras:" millares y millares de serranos,—principalmente zacapoaxtlas,—que no paraban de desfilar por las calles, de anegarlo todo, cuarteles, escuelas, plazas, atrios... No era tranquilizador su aspecto; mal vestidos, calzados de "huaraches" que producían desapacible ruido en su roce contra los adoquines; armados de rifle, bayoneta y repletas cartucheras; confundidos los oficiales con "clases" y soldados; torvos, callados, siniestros. ¡La horda!

Cerró el comercio sus aparadores y tiendas; el vecindario se atrincheró dentro de sus domicilios, y por las calles persistía el inacabable desfile, aquel rumor de agua embravecida y suelta que subía, subía sin descanso, venida de montes y sierras con quién sabe qué apetitos, qué hambres atrasadas, qué propósitos siniestros....

Frente a las tremendas interrogaciones, apoderáronse del ánimo de los moradores pacíficos y asusta-

dizos de la capital,—la gran mayoría,—la incertidumbre y la angustia, a pesar de que se echó a volar la especie de que el Gral. D. Juan N. Méndez, segundo en jefe de la revolución, respondía por aquellos angelitos. Mas lo que se preguntaban todos ¿cuál sería su respuesta y de qué serviría en un caso grave?...

Hasta después de anochecido continuó la inundación, y la ciudad, que rebasaba de "regeneradores," simulaba improvisado campamento. Gracias que, no obstante ese hacinamiento de ciudadanos que no sabían leer ni escribir, no se registró mayor novedad.

Según mis recuerdos, al día siguiente 24, o hasta el 26 según lo aseveran diversos historiadores, se efectuó la triunfal entrada del caudillo victorioso, don Porfirio Díaz, en esta asendereada ciudad de México, que las lleva vistas de varios colores, y Vargas averigüe las que por ver le queden todavía.

Al amparo de un pariente maduro y cauto, me permitieron salir a la calle y presenciar la entrada. Instalámonos tras un cristal de "La Concordia," pletórica de curiosos, pues la vía pública hervía de entusiastas y gritones, de energúmenos y plebe. Y con estos ojos "que se ha de comer la tierra" (*refiérome a los míos*), ví al hombre que a contar de entonces se adueñó de los destinos nacionales, y ha sabido guiarlos con singular maestría y poco común acierto.

Fué una visión rápida, de apoteosis, en medio de aplausos y vivas, al imponente clamoreo de los repiques de los templos, bajo la cruda luz vivísima de nuestro cielo... Una descubierta de jinetes bien montados; luego, en la testera de un carruajillo yanqui, acompañado de no recuerdo quién, el Caudillo, grave, des-

cubierto,—su sombrero charro reposaba en la banqueta frontera del vehículo,—semi inclinado hacia adelante, en traje de camino, contestando y agradeciendo la ovación... Yo, que no lo conocía, que por primera vez lo miraba, durante esos pocos instantes logré examinarlo y se me fijó para siempre; según se nos fijan las impresiones tempranas que por una causa u otra, sacuden y agitan nuestra infancia.... Destacábase el busto macizo, de vastas espaldas y cuello fuerte; la cabeza, erguida, virilmente encajada en los hombros; muy quemada la tez pálida; el bigote negro y gacho; la mirada dominante, profunda y resuelta, clavada en la mesa, en las calles, en los edificios; el ceño, ligeramente rugoso; las cejas pobladas; el cabello abundante y bravío; nerviosa la nariz pronunciada, cual olfateando el medio circundante; la frente amplia, y acentuada la mandíbula inferior; las orejas, de probable longevo, grandes y rojas.... Un acabado tipo de masculino, que en un momento perdí de vista, al que no volvería a ver en mucho tiempo....

Moralmente, no me resultaba "persona grata," debido a la atmósfera familiar de los últimos días. En vez de haber sido el mantenedor de los derechos de mi tío, era su enemigo, el que se le interponía, el que lo alejaba de la suprema magistratura, porque disponía de fuerzas y elementos mayores...

Y por una lógica meramente infantil, me dí a considerarlo como el enemigo de todos y cada uno de nosotros; nos había arrebatado *algo,* y me amohinaba no poder precisar qué sería lo que a mí en lo personal me habría quitado... ¡Ni siquiera ilusiones, pues las tiernísimas que hubieran debido ir creciendo a par

de mis pocos años, habíamelas tronchado de raíz, la tragedia, para mí imperecedera, del pronunciamiento de la Ciudadela!

Ya era yo estudiante de segundo curso de política vernácula.... ¿Asistiré a un tercero?.....

* * *

La reminiscencia segunda, es de orden más íntimo.

A mediados de septiembre del 83, sucumbía mi padre a vieja lesión cardíaca insospechada, en unas cuantas horas. No he de consignar aquí nuestro dolor, esa clase de dolores se prostituyen cuando se hacen del dominio público....

Fallecido la noche del 14, no lo sepultamos hasta la tarde del 16. Eramos un puñado de deudos y amigos de veras, pues los entierros de persona pobre, suelen verse escasamente concurridos; no hay nada que alcanzar en ellos.

En los momentos que nos disponíamos a sacar el cuerpo, es decir, en momentos que nuestra pena se acrecentaba lo increíble con ese comienzo de la separación absoluta,—mi padre había muerto de visita en la modesta casa de mi hermano, entonces juez de lo Correccional,—toques militares rompieron el silencio y quietud de la calle...

A poco, fuimos avisados de que por orden de la Secretaría de Guerra, presentábanse tropas de línea a tributar al cadáver de mi padre los honores debidos a su grado de General de Brigada!.... Nuestra estupefacción no tuvo límites... Mi padre había sido imperialista, después de que, al igual de otros muchos que siguieron en su éxodo al Gobierno de Juárez,

hasta San Luis Potosí, en San Luis les declaró solemnemente el Presidente de Bronce (¡por el temple y por la raza!):—"La República, exhausta, no puede continuar pagando a todos sus servidores y tampoco puede, en consecuencia, imponer sacrificios imposibles: los que de vosotros puedan, a su vez, ir adelante con sus propios recursos hasta donde nos lleve el azar que nos empuja, sed bien venidos; los que no puedan hacer lo mismo, vayan en paz y con la conciencia tranquila." Y así, autorizados de una parte y compelidos de otras imperativas e íntimas, ahí dispersáronse a su pesar, una porción de hombres honrados y tan mexicanos como el que más. A la caída del Imperio, púsose a buscar la la vida en cuanto salió libre de la prisión de "La Enseñanza," (nombre de edificio que más parecía entonces el de un escarmiento para los imperialistas ¡qué enseñanza, en efecto, tan inolvidable!) trabajando con su profesión de Ingeniero; y pasó mil vicisitudes hasta no ser admitido en el Ferrocarril Mexicano de Veracruz, en cuya construcción participó y en el que llegó a ocupar el puesto de director. Después de varios años, perdió el empleo, y de nuevo cruzó todos los calvarios inconfesados que en nuestro país recorren las personas decentes y desprovistas de bienes de fortuna, de súbito privadas de recursos.... Durante este cruel período, en el que bajamos sin cesar él, mi hermana la menor y yo, me alcanzó a mí la juventud, gracias a la cual no me hicieron mayor mella las innúmeras privaciones que escoltan a la pobreza; si en ocasiones veníanseme á la boca los acíbares y hieles de las privaciones y anhelos defraudados, pronto la risa y la esperanza los vencían, prometíanme todas las compen-

saciones, me brindaban goces baratos, los que después ¡ay! no se logran ni con los millones de todos los magnates; poseía yo salud, esbozos de novias, realidades de besos y caricias, brazos inquietos y fuertes con los que estrechaba quimeras y soñaciones... Lo que para mi padre fuera una tortura, fué para mí un deslumbramiento y un hechizo: aquel éxodo nuestro a Nueva York, del que harto hablo en mis IMPRESIONES Y RECUERDOS, que son, en realidad, los precursores de MI DIARIO. Al cabo de dos años, también ese destino se desmoronó,—era la representación del Gobierno, conjuntamente desempeñada por mi padre y un señor Ibarrondo, cerca de la junta directiva del ferrocarril de Tehuantepec, radicada en la metrópoli yanqui,—y hubo que regresar a México, a recomenzar la ingrata brega. Ello dió al traste con las energías nunca desmentidas de mi padre, dobló las manos y sin decírnoslo, yo estoy cierto de que se reconoció totalmente vencido y empezó a disponer el último viaje, que al fin emprendió casi a los dos años de su vuelta.

Varias veces propusiéronle que se le reconocería, como a tantísimos otros, su grado en el Ejército. Pero, lo que él me decía en las pláticas con que trataba de que su experiencia y su ancianidad aleccionaran a mi juventud, lo que él me decía:

—"No debo aceptar, porque nada hay más justo que pagar íntegramente las equivocaciones que cambian para siempre el curso de una vida..."

Lo que se callaba, pero que yo he podido descubrir ¡y con cuánto orgullo! conforme me enteré de la totalidad de su existencia, lo que se callaba era que la cau-

sa de su oposición radicaba en la honradez de que nunca se apartó un punto; mi padre fué un rectilíneo en todos y cada uno de sus actos y de sus pensamientos. ¡Plegue a Dios que mi hijo diga de mí otro tanto!...

Y en esos dos años del 81 al 83, mi padre vió algunas ocasiones al Gral. Díaz, con quien tendría, supongo, relaciones antiguas y más o menos superficiales. Y lo supongo, porque hasta creo que medió entre ellos un episodio estrictamente militar, allá en los maldecidos años en que andábamos a la greña los hijos de esta tierra nuestra tan ensangrentada. No lo afirmaría, mas paréceme que de labios de mi padre escuché la narración pormenorizada del sucedido. (1).

---

(1).—Con el fin de cerciorarme de aquel hecho, y supuesta mi relativa proximidad con el Gral. Díaz, voluntariamente expatriado en París, hoy que en el mes de noviembre del 1912 alisto en la ciudad de Bruselas estos materiales para el tomo III de la primera serie de "MI DIARIO," firme en mi propósito de no hablar de acaecimientos y personas hasta después de transcurridos diez años por lo menos, aquí reproduzco dos cartas que al asunto se refieren. La respuesta del Gral. Díaz es, además, prueba palpable de lo admirablemente que conserva, a pesar de la edad, sus extraordinarias facultades mentales:

—Señor General de División, D. Porfirio Díaz,
etc., etc., etc.,
París.

Mi siempre muy respetado señor General:

Terminada y ya en prensa mi novela LA LLAGA,—de la que al igual de mis libros anteriores he de ofrecer a Ud. uno de los primeros ejemplares,—me he puesto a alistar los originales para el tomo III de MI DIARIO, que aparecerá, Dios mediante, en junio o julio del año venidero.

Mucho me ocupo de Ud. en esas páginas, pero encuéntrome, entre otros hechos que no recuerdo con la precisióón que quisiera, un suceso que se relaciona íntimamente con Ud. y el señor Gral. D. Manuel Gamboa, mi padre.

He aquí el suceso:

Durante una de nuestras tantísimas guerras nacionales en que Ud. cayó prisionero, estuvo bajo la custodia de mi padre, y él pudo prestar a Ud. un servicio que, entre militares hidalgos, se ha registrado más de una vez, aunque quien lo solicita y quien lo presta figuren en filas enemigas: unos instantes de libertad para ir y ejecutar algo urgente y personalísimo, sin más garantía que la palabra de honor que el prisionero empeña de volver en tiempo oportuno, y así no sacrificar al hermano de armas que con riesgo de la propia vida facilita la suelta momentánea y secreta.

¿Querría Ud., señor, precisarme sitios y fechas?

Me permito anticipar que mi pregunta y la respuesta de Ud.

Sea de ello lo que fuere, nosotros supimos que aquellos honores póstumos al cadáver de mi padre,—que de haberlos él previsto, le hubieran endulzado sus últimos momentos,—el Gral. D. Manuel González, Presidente entonces de la República, habíalos concedido a instancias del Gral. Díaz.

Y los tales honores, operaron el prodigio de atar por siempre mi gratitud hacia el hombre que los procuró.

En ocasiones, he censurado de palabra y de pensamiento muchos actos del gobernante, que, ante la independencia de mi criterio, han merecido censura; pero al hombre, a Porfirio Díaz, no he dejado de quererlo, ni menos de agradecerle aquella muestra de consideración a los despojos,—¡para mí sagrados y benditos! —de un viejo soldado muerto en el apartamiento y el olvido.

***

Los invitados al almuerzo en Chapultepec, en tan-

---

serán publicadas, según digo arriba, en el tercer tomo de MI DIARIO.

Desde luego, millones de gracias, y, como siempre, mi afectuosísima y respetuosa adhesión.

(f.) F. Gamboa.

Bruselas: 11 de novbre. de 1912.

—"París, Novbre. 12 de 1912.

"Sr. D. Federico Gamboa, Bruselas.

"Estimado amigo:

"Me refiero a la grata de Ud. de ayer, anticipándole mis agra-"decimientos por el ejemplar que se sirve ofrecerme de la nueva no-"vela que próximamente dará a la publicidad, y manifestándole a la "vez, que mucho ayudará a mi memoria para recordar el suceso de "que me habla, el que Ud. me lo cite en concreto, indicándome los "datos y antecedentes que sobre él tenga; pues la verdad es que por "lo poco que me dice, no puedo fijar, ni menos con la precisión que "desea, el hecho de que tiene conocimiento. Y ya que, según me in-"dica, se ocupará de mi persona, le estimaré que me permita ver "previamente lo que a ella se refiera, siempre que no se trate de apre-"ciaciones personales de Ud., sino de hechos, cuya fidelidad sea necesa-"ria para que se conozcan con la debida exactitud.

"Suyo como siempre, amigo afmo.,

"(f.) Porfirio Díaz."

to, han ido llegando; todos los miembros del Gabinete, con sus esposas, excepto la de Limantour, que no concurrió; todos los miembros del Cuerpo Diplomático extranjero, con las suyas. Apenas si yo conozco a nadie.

Muéstranme al señor don Ramón Corral, nuevo Gobernador del Distrito recién salido de Sonora, de donde es oriundo y donde ha sido personaje, hasta primera autoridad. Agréganme que ha sido periodista, y físicamente no me resulta antipático; lo hallo joven, con aspecto sano y ademanes resueltos, quizá un tanto lugareños.

Son indudablemente mucho más provincianos los modales y palabras del señor Gral. Mena, Secretario de Comunicaciones, un hombrazo recto y honrado a carta cabal, enemigo jurado de chanchullos, trampantojos, adulaciones y bajezas, al que le tiemblan todos, por su manía de decir la verdad desnuda a quien le mueve la lengua; cuéntanse de él, a este respecto, anécdotas de feroz implacabilidad: a uno, le rehusó un abrazo, a otro no le tendió la mano, al de más allá le puntualizó las barrabasadas de su progenitor... Al Gral. Díaz, con quien cultiva añosa amistad íntima, lo trata con gran franqueza, y no tolera, cuando lo descubre a tiempo, que se arruine o perjudique a alguien con las arteras armas de la calumnia, tan empleadas en los ambientes palaciegos.

El Gral. don Manuel González Cosío, Secretario de la Gobernación, es un liberal de antigua cepa, de los que guerrearon contra los franceses.

El Lic. García Peña, Subsecretario de Justicia e Instrucción Pública, de puro modesto, se pierde, no

se le ve; por lo que yo me le acerco más de una vez, pues siempre me ha dispensado benevolencia y no se me olvida que fué maestro de mi hermano, en la Escuela de Derecho.

El Ingeniero don Leandro Fernández, flamante Ministro de Fomento, es tipo muy especial. Goza, y entiendo que muy merecidamente, de envidiable reputación como técnico y como individuo, pero tiene sus vistas a filósofo pesimista, con sus ribetes de misántropo; no gusta de relumbrones ni vanidades, no se afana porque sepan que es Ministro, ni porque lo vean cerca del Presidente; gasta pocas palabras y menos amigos; tiende a la austeridad y a la reserva; suele mostrarse cáustico y aun agresivo en las respuestas, con las que ni a sí mismo se indulta: corre por ahí la que diera un día a persona que se informaba del estado de salud de su familia:

—"La familia de Zarco, querría Ud. decir... Pues, se halla sin novedad....."

Es de advertir que casó con la viuda del inolvidable orador parlamentario don Francisco Zarco; que ha sido un padre para los hijos de éste, y que él, Fernandez, carece de sucesión.

Del señor Mariscal y de su esposa ¿qué he de opinar que no redunde en su elogio?

Faltan en lista los señores Limantour y Gral. don Bernardo Reyes, uno de los cuales,—a creer en zahories y oráculos políticos,—será el Presidente de la República. Hoy por hoy, sin vacilar votaría yo a favor del primero, aunque no suponga a ninguno de los dos poseedor de los grandes merecimientos que para aspirar a puesto tamaño debieran de atesorarse; mas, bien

mirado, lo propio ocurre en todas las naciones del globo, igual en la vieja y cultísima Inglaterra, en Francia, Rusia, Alemania o Estados Unidos, que en Ecuador, Bolivia o Nicaragua. En unas, suben los príncipes por sus méritos dinásticos—cuando las dinastías los poseen— aunque personalmente luzcan más vicios y máculas que los combatidos por fray Luis de Granada en su "Guía de Pecadores," y en las otras, los hombres suben a virtud del imbécil e inmoral *sufragio universal;* o gracias al fraude, a la corrupción, a la violencia... ¡Qué le hemos de hacer!.... Lo importante es que una vez arriba, honradamente se preocupen por lo poquísimo bueno que es dable alcanzar en este mundo. ¿Méritos?... ¡Qué contados son los que se encumbran debido a ellos; en la íntegra "*Historia Universal,*" pueden enumerarse con los dedos de una sola mano... En cambio, abundan los que los adquieren en las alturas y desde las alturas los aplican. Se comprende, pues basta y sobra con la rectitud de espíritu para labrar felicidades, si a discreción dispónese de enorme suma de poder y de poderes, y de enorme suma de elementos.

En el caso actual, no sé, quizá mi preferencia dependa de simpatía personal. Mi candidato es Limantour, salvo que andando el tiempo me lo descompongan o se me descomponga él solo.

El banquete, tan desaborido y tedioso como todos los de su especie, dondequiera que los sirven.

Después del café y los licores, apurados en los salones de desahogo y en el billar, audición de un octeto godo, cuyo director me suelta cada *vuecencia,* que ni

en el mismísimo sitio real de Aranjuez se han de oír más deletreados y sonoros.

Muy satisfecho salgo de la palatina fiesta, confiado en que la generación a que mi hijo pertenece no se parezca en nada a la nuestra, tan plagada de defectos, tan sin voluntad, tan poco estimable, cívicamente hablando.

Comienza el bosque a ensombrecerse, todo se ve sombrío, hasta las cabelleras de heno que cuelgan de los ahuehuetes venerables, los viejos druídas mudos, pero con alma y memoria, que tánto han presenciado... Sí, nuestros hijos y los que les sigan, *tienen* que ser más educados, más dignos, más *hombres* que nosotros que sólo hemos sido los intermedios entre los próceres y los héroes de nuestras dos independencias, y ellos, los de mañana.......

Salimos del bosque y entramos en el Paseo de la Reforma, que hoy por hoy es símbolo y anhelo.

—¡Reforma! pero bien entedida.... y el país reaccionará. Poco importa que la evolución tarde algunos años, muchos años; para la vida de los pueblos, el tiempo no cuenta lo mismo que para la vida de los hombres.

10 DE ENERO.—¡Lo propio acaéceme en todos mis regresos!

En cuanto me cercioro de cómo andamos política, social e individualmente, me ataca una morriña sin límites y doy de bruces en un pesimismo enfermizo.

Con mis repetidas y largas ausencias háseme aumentado hasta la idolatría el hondo amor que por nacimiento y raza nutro desde pequeño hacia México.

Cuando a él he vuelto de países que a todas luces le son superiores, Europa, los Estados Unidos, la Argentina en ciertos aspectos, he llegado con la ilusión de hallármelo, si no a la par de lo ajeno, sí aproximándosele, con probabilidades positivas de igualar a lo que por mil razones y causas— de que no somos directamente responsables—nos queda tan por encima. Y cuando a México he vuelto de países que como los cinco Estados de Centroamérica le son innegablemente muy inferiores, hame reanimado la certidumbre de que a cada día—salvo un cataclismo político o social—les quedamos más adelante, más, más.....

¡Menudo que ha sido el desengaño en aquéllas y en estas ocasiones!

Cierto que continuamos a ventajosa distancia de las trágicas repúblicas centroamericanas; pero cierto también que Europa y los Estados Unidos, considerados en su conjunto y a pesar de sus sendas imperfecciones mayúsculas, a cada instante van dejándonos más a su zaga. Y allá vamos ¡Dios sabe a dónde! dolientes, sin orientación ni ideal, sin curarnos de pasados ni futuros, superficiales, indiferentes, viciosos; sólo preocupados de tesaurizar *coute que coute,* de proporcionarnos, según los temperamentos, el mayor número de placeres y comodidades, a trueque del menor trabajo y del esfuerzo menor; sin nada noble, ni alto, ni eterno!.....

Si dice usted que cree en Dios, las clases directoras (?) y las pensantes (?), por obligación administrativa y jacobinismo indigesto, se le ríen en las barbas, o en la cara si uno es lampiño. Nos la damos de nación atea, y por ende, adelantadísima; sin reflexio-

nar que ninguna de las que valen y pesan, ¡¡¡ni una sola!!! alardea de error tamaño, al contrario, todas son creyentes, todas invocan a Dios para el mejor logro de cualquiera de sus empresas.... No sabemos leer, nos hemos olvidado de rezar; somos espíritus fuertes (¡!) que no creen en Dios,—quédese tal puerilidad para hembras y rapaces,—pero en retorno, de tanto creer en el General Días hoy, en Iturbide, Santa Anna, Juárez y Lerdo ayer, y mañana en el que venga, sea quien fuere, casi en vez de hablarle, le rezamos, casi de rodillas osamos acercárnosle, y a fin de no desmentir de nuestros ancestros indios, poco nos falta para no sentirnos dignos ni de mirarlo a la cara, según es fama nadie miraba a Moctezuma el Divino....

Si dice usted que cree y espera en el Arte, sus escasísimos y discutibles sacerdotes y monagos lo negarán a usted, o lo morderán vivo hasta no dejarle roído el esqueleto; y el público, la masa, la turba, lo bautizará de vago mal entretenido y pernicioso...

Si habla usted de libertades, de vida propia y respetable; si pregunta qué planes hay para lo porvenir, para conjurar el peligro perpetuo de nuestros bienintencionados vecinos del Norte, esos *hunos* más temibles que los otros, porque aquéllos murieron, y éstos viven sin trazas de extinguirse ni de variar de propósitos; si pregunta cualquier cosa puesta en razón, como nacionalmente nos hallamos en crónico período de sinrazón, le suprimirán a usted el saludo, lo amenazarán con inmediata pérdida de empleo y total suspensión de víveres, lo denunciarán a las autoridades, o, si buen año alcanza, lo declararán despechado, en-

vidioso, selenita y antipatriota; a una lo llamarán *poco práctico,* locución que de grandísima boga disfruta, porque escuda porción de contemporizaciones y elasticidades inconfesables. Y no se diga que es culpa del General Díaz, por ser quien hoy se encuentra arriba; con sus predecesores ha sido la misma tonada, la cual, de tanto tocarla, raya en perfecta, y nosotros, los ejecutantes, pues, rayamos en *virtuosos*.....

Esperemos que a mi regreso venidero, note yo signos de alivio, o se me quite la manía de escribir jeremiadas inoportunas que a la mayoría de los compradores de "MI DIARIO," quizás los incomoden o contraríen. Y como entre ellos los puede haber extraños, y aun malquerientes de México, que batirían palmas de que un mexicano legítimo dé a la estampa poridades tantísimas, pongo punto al abundante capítulo, me embozo en aquello de que "al buen callar llaman Sancho," y en memoria a los refranes del famoso escudero, aquí imprimo uno que si no lo fuese, merecía serlo:

—"¡La ropa sucia, se lava en casa!"

15 DE ENERO.—¿Influjo irresistible del medio o influjo, más irresistible todavía, de la abulia que me aflige y en México se exacerba?....

En buen amor y compañía con uno de mis muchos "hermanos," corro la borrasca número primero, escoltada de su correspondiente destrozo en salud y caudales.

Proyecto de una temporada en el balneario de Tehuacán, y proyecto de no reincidir en nuevas calaveradas.... Veremos a ver cuál de los dos se realiza.

26 DE FEBRERO.—Un mes de mala catadura, y conforme a las Partidas, de "malos fechos" consiguientemente, tirado a las cuatro esquinas, dejándome llevar de pasiones y debilidades; mucho más loco yo que el mismísimo febrero, a pesar de su fama. Lo principié con dolencia física que me tumbó en la cama.

Me admitieron como socio subscriptor en el Casino Nacional, el primero de nuestros centros sociales después del Jockey Club, que es nuestro centro aristocrático y exquisito. Este otro, nó; presume de vistas más amplias y liberales, se entra en él con facilidad mayor, y su fisonomía no carece de interés y variedad.

En cierto modo, es un club político, no porque en las sesiones de su directiva, de política se trate, sino porque una buena parte de sus miembros, políticos son, y militantes y de enjundia muchos de ellos. Curiosísimo resultaría un catálogo biográfico de sus componentes. Hay Generales de verdad y de méritos, y Generales de pega, unos cuantos rezagados de nuestras épocas turbulentas y turbias; hay Senadores y Diputados propietarios, suplentes, en agraz y en salmuera; Gobernadores de antecedentes limpios y de antecedentes sucios; Gobernadores que han sido y Gobernadores que lo serán; Magistrados de la Corte, del Tribunal; Jueces Civiles, Penales, Correccionales y de Distrito; hacendados y terratenientes, domiciliados o de vacaciones en la metrópoli; extranjeros con más humos que floresta incendiada; Corredores de Minas—espiritualmente bautizados de "Coyotes" en el habla familiar de la ciudad—manirrotos o cautos según andan las bonanzas de sus acciones y corretajes; seño-

ritos y vejetes, viciosos y ociosos; en suma, el abigarrado total que pulula en todos los círculos donde se juega. Porque a este respecto, el Casino corre parejas con el Jockey: hay *baccara* y *poker,* tresillo y malilla; "paco monstruo," y otra porción de monstruosidades naipescas.

He resultado concurrente asiduo, y tal asiduidad nada bien me presagia. Soy de los que casi siempre pierden, y lo que es peor, de los que quieren desquitarse.

De tiempo en tiempo, la cariñosa voz de Jesús Contreras, me predica y aconseja la abstención; pero ¡quiá! estoy muy herido y necesito restañarme la sangre de las heridas que yo mismo me causo.

Y mis modestísimas economías, mis sueldos casi íntegros se me escurren y liquidan por manera alarmante.

29 DE MARZO.—Continúo en el vórtice, a un punto tal, que ni en este MI DIARIO vuelco ya las ideas e impresiones que prójimos y sucesos me producen.

Conocí en la Subsecretaría de Relaciones Exteriores, a Francisco A. de Icaza, primer Secretario de nuestra Legación en España, y poeta bastante distinguido. Ha venido a México, al cabo de años de ausente, en uso de licencia y trae consigo su "Examen de Críticos," recién publicado en Madrid, en el que trata muy acerbamente a doña Emilia Pardo Bazán.

Nos presentan, y cruzamos poquísimas palabras; las suyas, pronunciadas totalmente a la española.

10 DE MARZO.—Invitado por Jesús E. Valenzuela,

director de la "Revista Moderna" actualmente instalada en una de las muchas viviendas en que se ha subdividido el antiguo y monumental palacio levantado en la esquina de San Francisco y Coliseo,—por aquel don Manuel de la Borda, de argentífera memoria, minero afortunado, que, es fama tendió desde las puertas de su morada hasta las del Sagrario Metropolitano doble ringlera de barras de plata el día del bautizo de su primogénito, para que dentro de ellas caminaran las carrozas de la comitiva,—leí ayer los capítulos I y II de "Santa," mi novela en preparación; y dentro de unos días, leeré el III.

Hallábanse presentes casi todos los de la redacción y aun algunos extraños a ella.

Buena idea la de "Tute," estas lecturas y reuniones, inauguradas por Jesús Urueta poco ha, con el brillantísimo verbo que le es propio. Jesús Urueta, que acaba de regresar de Europa, a la que fué pensionado particularmente por un rico banquero de Chihuahua, Enrique C. Creel, según me cuentan, se halla en estos momentos, si no en la plenitud de su talento, que es mucho y tiene de dar todavía en los años que le quedan por delante y que yo le deseo, mayores y mejor sazonados frutos,—salvo que su salud que no es buena se lo estorbe, o que su temperamento, que allá se las disputa con su salud, lo descarríe,—sí se halla en la cúspide de la popularidad y de la fama. No sólo habla de perlas, sino que ha traído de ultramar una manera de accionar y de decir, que cautiva y arranca aplausos, casi siempre ovaciones; no hace uso de la tribuna, ni siquiera la consiente, va y viene por el tablado, se aproxima o aleja de su auditorio, modula

muy bien, declama, dispone de inesperados arranques, la voz es agradable, su figura juvenil lo ayuda..... vamos, que es un actor de genio.

Comienzan a llamarlo "el divino" y "el griego," y él se rie, se alza de hombros, pero en el fondo ha de sentirse halagado. La juventud intelectual está formándole aura envidiabilísima.

Dicen que trae, escrito en Europa, un prólogo del que se cuentan maravillas, intitulado "Dulcinea." Se espera con ansia que lo publique, y sobre todo, que acabe el libro que ha de seguirlo.

20 DE MARZO.—Camino de casa, dentro de un simón, advierto todos los preparativos oficiales que las autoridades y el Ayuntamiento han hecho para recibir al Presidente, que hoy debe de regresar de un viaje al Balsas, Huitzuco y Cuernavaca, en el que por poco no sucumbe después de una de sus acostumbradas cacerías. Enfermó gravemente del estómago, a tal punto, que los políticos, alarmados, cuéntase que se acercaron al General don Bernardo Reyes, Ministro de la Guerra y uno de los dos candidatos a la Presidencia de la República, con el fin de saber lo que haría en el supuesto de que el Gral. Díaz falleciera....

Muy elocuente ha estado la fisonomía de la ciudad durante todos estos días en que la muerte ha amenazado al Presidente: ha habido cabildeos y reuniones, ansiedad y congojas, ambiciones que ya no se disimulaban, inquietudes, pronósticos, censuras, alabanzas.. ¡qué sé yo lo que no ha habido!....

Contra lo que sí protesto es contra la palabra "traición," que algunos, los archigobiernistas, han lanza-

do a manera de anatema sobre la cabeza de los que se llegaron al Gral. Reyes en demanda de su persona para el evento de una acefalía. ¿Por qué traición?.... La tal maniobra, caso de haber existido,—lo que yo no dudo,—podría justificarse plenamente, dado que llevóse a cabo bajo el supuesto de que el General Díaz sucumbiría; y no sé que haya traición para con un muerto. Traiciónase a los vivos, cuando se trata de arrebatarles lo que tienen o de desposeerlos de jerarquías y alturas. A lo sumo, podrá haber habido premura, apresuramiento, festinación, pero nada más.

Sea como quiera, ya se habla de castigos y escarmientos a ingratos, ambiciosos y descastados; y por lo pronto, la ciudad mírase colgada de trofeos, banderas y guirnaldas, con tropas tendidas a lo largo de las calles del tránsito, con focos y farolitos suplementarios que la iluminarán con exceso en cuanto la noche,—que no tarda,—la cobije del todo.

Frente a la conmoción real que ha embargado a la metrópoli y buena parte del país, mientras la vida del Presidente pendió de un hilo, yo me pregunto ¿qué será de veras de nosotros, el día que el Caudillo desaparezca?.... Comprendo y reconozco que es inmoral y falsa la teoría de los hombres indispensables; que los destinos de un pueblo no deben depender de lo efímero de una existencia humana, por prolongada y beneficiosa que resulte, pero... lo cierto es que a juzgar de apariencias e indicios, Porfirio Díaz, si no indispensable en lo absoluto, sí es necesarísimo a la tranquilidad y progreso de México. Ocurre con él, lo que según Goethe ocurría con Napoleón el Grande:

—"*C'est un etre d'ordre supérieur. Mais la cause*

"principale de sa puissance, c'est que les hommes "sont surs, sous ses ordres, d'arriver a leur but. Voila "pourquoi ils se rapprochaient de lui, comme de qui-"conque leur inspirera une certitude pareille."

31 DE MARZO.—Domingo de Ramos hoy, que para mí se ha anunciado pésimo: al despertar mi hijito esta mañana, nos lo lleva su cuidadora Juventina, alarmada de notarlo jadeante y con una tos muy sospechosa....

Por puro instinto paternal, diagnostico desde luego que se trata de pulmonía; y el doctor Licéaga, a quien acudimos en el acto, desdichadamente confirma mi diagnóstico aventurado. Es, en efecto, una pulmonía, y seria, su principal foco se halla en la base del pulmón derecho....

Un mazazo en la mismísima nuca me habría producido menor aturdimiento....

Licéaga no podrá tratar el caso, pues debe partir a Guanajuato por el tren de la tarde; nos enviará a un doctor que suele hacer sus veces y en quien tiene él máxima confianza.....

4 DE ABRIL.—Jueves Santo.

Mi hijo, en una gravedad suma, una gravedad espantosa, la de los niños que todavía ni a las derechas hablan, ni nada saben de vidas y muertes.... Tumbado en su camita, amodorrado con la altísima fiebre que lo consume, apenas si se queja; sólo habla para llamar a su mamá y para pedir agua y más agua... Hemos pasado unos días, que únicamente los que sean padres sabrán avalorar... Anteayer, como el médico

de cabecera tardaba y mi hijo se nos pusiera peor,—una de las tantas alternativas de la pulmonía,—enloquecidos llamamos a un facultativo de las cercanías, que hoy quedó en volver; y hoy se han encontrado él y el de cabecera, a quien no oculté la aparente inconsecuencia. Después de que juntos y separados examinaron a nuestro enfermito, de que leyeron sus mutuas recetas, reúnense a hablar, a solas, y cuando concluyen su conciliábulo ¿saben Uds. lo que me comunican entrambos?... ¡que ni uno ni otro puede seguir curando al niño, supuesta mi desconfianza en su acierto y conocimientos profesionales!

Me dejan mudo, con vivos deseos de írmeles encima, espantado de que pueda haber individuos que así se comporten en un caso grave que reclama técnica asistencia incesante.... De nada sirven mis instancias, nuestra infinita congoja.... Los dos se despiden, entre aspavientos y frases que no percibo a las claras; los dos se marchan, al propio tiempo, a tomar sus sendos carruajes y a seguir ejerciendo su augusto(??) ministerio!!! Casi me vi tentado de llamar a un gendarme, para que los detuviera y se los llevara presos como a dos criminales que se fugan....

Mi hijo mucho peor, es la de hoy una de las noches de mayor peligro....

El único médico constante que no nos ha abandonado desde un principio, es Manuel Zubieta, que vive al lado; hijo de un justo, don José, de quien he de intentar un retrato moral en estas páginas.

5 DE ABRIL.—Viernes Santo.

En el colmo de la desesperación, me lanzo en bus-

ca de un médico que me salve a mi hijo, si es que Dios ha de permitir que salve de ésta. Las calles, hasta el centro de la ciudad, pletóricas de gente que recorre los templos.

No doy con Gregorio Mendizábal, que es amigo mío; pero en la calle de Montealegre interumpo la lectura o estudio de José Terrés, quien luego de oírme, no sólo no se niega a hacerse cargo de mi hijo, sino que me añade:

—"Yo no tengo que saber si otros médicos lo han visto. Ud. quiere que yo lo vea, y eso me basta...... ¡Vamos!"....

¡No son bendiciones las que mentalmente le prodigo! ¡Le besaría los pies, vaya si se los besaría!

Mi hijito casi ha agonizado esta noche, materialmente vi que la muerte nos lo arrebataba cuando íbamos a meterlo en el baño....

7 DE ABRIL.—¡Bendita mil y mil veces sea esta Pascua de Resurrección en que Dios quiso hacerme el inmenso milagro de que mi hijo también resucitara!...

La pulmonía ha cesado...

Y la frase que un buen amigo, de los varios que nos han acompañado durante la durísima prueba, me formuló noches atrás, a guisa de consuelo, por dondequiera la veo centellear, sobre todo por cima de la camita de mi hijo que ya nos pide la mano con las suyas flaquísimas y diáfanas:

—"¡Dios se lleva rara vez a los hijos únicos!"

Que así sea, es lo que imploro con todas las veras de mi alma. No apetezco nada, nada, nada fuera de mi hijo. ¡Es mi tesoro, la flor y el fin de mi vida!

9 DE ABRIL.—Llevamos dos días de iniciada la convalecencia; mi hijito en una debilidad tal, que diríase que el más tenue de los soplos podía derribarlo. No atina a tenerse en pie; y con el enflaquecimiento y la extrema palidez, sus ojos, sus ojazos han adquirido unas proporciones extraordinarias. Quietecito se está las horas de las horas, frente a un montón de juguetes que contempla más que como niño, cual si fuera fabricante de ellos o esperara descubrirles secretos y misterios..... Y cuando nos mira a nosotros, cuando se medio ríe, especialmente, hay un no sé qué en su mirada y en su sonrisa que a su madre y a mí nos enternece hasta las lágrimas....

11 DE ABRIL.—No cede el mal...A cierta hora, no hay poder humano que me estorbe el ir y sentarme al *baccara* del Casino. Durante el día, hago la resolución de no flaquear, de apartarme de este hábito condenado que nunca padecí a extremo tan alarmante; y en cuanto cae la tarde, invento pretextos, esquivo compromisos, rehuso invitaciones, y me encamino al desplumadero.......

Luego, en las madrugadas, contrito y maltrecho, impónense los derivados de existencia semejante: se va uno a cenar y a beber a las fondas nocturnas y de pelea, a sufrir vecindades abochornantes, a codearse con toda clase de gente.... Y por remate, los regresos al hogar, presa de remordimientos e iracundias, de anhelos y tristezas, ni más ni menos que un delincuente que ha escapado de la policía, pero que no acierta a escapar de su propia conciencia......

Ansias secretas de que alguien o algo venga a sa-

carnos de la inmunda ciénaga que va tragándonos y tragándonos mientras más multiplicamos los esfuerzos por libertarnos de sus zarpas despiadadas y viscosas.....

4 DE MAYO.—Arreglada por Jesús Contreras, la noche de hoy dió Francisco A. de Icaza en la Sala Wagner de la calle de Zuleta, una conferencia sobre "Campoamor íntimo."

No concurrí.

Y la noche de hoy ¡la noche de hoy! yo me la he pasado con Ana Radcliffe, Hoffmann y Poe, en una pesadilla imborrable, que quién sabe si no me dejará lacrado para siempre...

1.º DE JULIO.—Después de estos dos meses en que no he tenido ánimo para asentar en MI DIARIO porción de sucesos infaustos y gratos, ni impresiones, ni nada; dos meses que seguramente me cuentan por dos décadas lo menos; dos meses durante los cuales he podido palpar satisfacciones dulcísimas de verdadera amistad,—díganlo principalmente Antonio de la Peña y Reyes, y Alfredo de la Portilla, que no me han desamparado un solo instante; mi hermano Pepe, que me ha mostrado una fraternidad amorosa y poco común; el señor Mariscal, que si mi padre hubiese sido no se comportara mejor (aun le oigo sus profundas frases en nuestra íntima y solemne conferencia de despedida en su casa de Tacubaya: "Todos olvidarán, lo que importa es que Ud. *no olvide nunca!...*"
—y amarguras y decepciones hondo grabadas, en unión de mi mujer y de su hermano Rafael, de mi

hijito y de su aya, parto a las 9 de la noche, por el Ferrocarril Mexicano, rumbo a Veracruz, y a Guatemala por la tercera vez. En cambio, es la primera que no experimento el gran dolor que siempre me origina partirme de mi tierra.... ¡Al contrario! anhelaba salir, anhelo no regresar en varios años... Que las misericordias del tiempo caigan y caigan sobre las memorias y las maledicencias...

Lleno el paradero: mi hermano, mis gentes, mis íntimos, un indiferente que otro cuya silueta esfúmase en el conjunto de afectuosa simpatía que a ausentarme estimúlame. Los muchos brazos que me estrechan *de verdad*, las lágrimas, que al aproximarse nuestros rostros para murmurar las palabras truncas y emocionadas de los adioses sinceros, se confunden con las mías; todo me alienta y reanima....

Y cuando el tren se hunde en la noche y nosotros en nuestras yacijas, la carrera del monstruo, las sombras negras que contemplo al través del cristal de mi ventanillo me reconfortan y alegran; no duermo, nó, ruego mentalmente que el tren corra más, que corra mucho, mucho, hasta donde no me alcancen mis propios pensamientos.......

Por Córdoba despierto, en plena gloria de una mañana costeña, el aire que dejo penetrar a sus anchas, me huele a monte y a gardenias.....

¡Qué inmenso prodigio el de la vida!

2 DE JULIO.—En Veracruz desde temprano, con temperatura sofocante y muy justificados temores de que la fiebre amarilla—implacable este año—ataque a alguno de los míos. Sin que ellos lo adviertan, a cada

momento paso revista muda de sus semblantes, y me tranquiliza el no descubrirles nada. Mi hijo, a quien la pulmonía me lo ha dejado muy desmedrado y flacucho, ríe de lo que suda, de lo que contempla, principalmente del falderillo de la casa, persiguiendo a saltos y ladridos unas ''canicas'' que le arrojan las chicas de Manuel S. Iglesias—en cuya casa, según uso y costumbre, hemos parado hoy,—un veracruzano por acaso, desde hace doce años que vino a fijar su residencia en este puerto tres veces heróico. En la actualidad, no nada más ejerce su profesión de médico, sino que es el delegado del Consejo Superior de Salubridad y catedrático en la Escuela Naval.

El día entero se nos pasa en muy íntimo charloteo, por lo que hemos dejado de vernos y por lo que dejaremos, durante esta nueva ausencia mía; pues a Manuel y a mí nos ocurre el fenómeno harto frecuente de ser, desde chicos, más amigos que parientes, a pesar de que el parentesco es ya de suyo demasiado próximo: primos hermanos.

A la tarde, camino del muelle, nos entramos en la Parroquia, a cristianar el hasta ahora últimogénito de Manuel, a quien yo tendré en la pila de parte de Fernando Iglesias Calderón, otro primo nuestro. La ceremonia ritual, rápida, con escaso interés fuera del intrínseco que es enorme; solos el párroco y nosotros, y una pobre vieja que se deshace en augurios por la dicha futura del recién nacido.

Y a las 5 en punto, a bordo del ''Yucatán,'' inmundo barquichuelo nacional de los armadores godos Romano y Barreteaga, levamos anclas....

3 DE JULIO.—En Coatzacoalcos.

El calor, tan intenso o más, si cabe, que el de Veracruz; pero, en retorno, ni en el "Colón" ni en su rival el "Tabasqueño" hay habitaciones disponibles. ¿Dónde paso yo la noche con mi tribu?.... Ni el recurso de irse a la playa en busca de fresco, pues por aquí abundan los paludismos, los mosquitos y otras alimañas mayores..... Sin embargo, no nos movemos de junto a nuestros equipajes, para menos sudar siquiera... Al cabo de Dios te guarde, el astur propietario del "Colón" nos anuncia un par de cuartos, a cual peor, pero que antójansenos regios cãmarinos.

4 DE JULIO.—En Coatzacoalcos.

Día de inmovilidad y poca ropa, de mucho abanico y gran copia de limonadas y tamarindos helados...

En la tarde, cuando el "Astro-Rey" ¡vaya un reinado! se hunde *tras-os-montes* después de habernos achicharrado sin misericordia, descubro a mi hijo en brazos de Juventina, entregado a un pasatiempo que al pronto me horroriza: sentados a la sombra en el piso de vigas que forma el delantero del hotel, se entretienen, Juventina, en hostigar por los intersticios de la madera al sinnúmero de cangrejos de distintos tamaños, que al cabo salen a luz, enfurecidos y lívidos, sus antenas erectas, caminando de lado, con rapidez pasmosa y agresiva; y mi hijo en reír, en reír sin tregua frente al hervidero de los bichos odiosos, frente a sus carreras y movimientos descompasados; hasta se le conocen las ganas de aprisionarlos entre sus deditos sonrosados.....

El que un cangrejo vivo pueda ser equiparado a

un juguete, da al traste con porción de ideas hechas y aceptadas. Será cuestión de latitud y clima; quizá los niños costeños, al igual de mi hijo, jueguen de veras con los repugnantes y antipáticos animaluchos.

Por más que lo procuro, no hallo huellas que puedan evocar en esta villa de "Guazacualco" la menor memoria de su ilustre regidor don Bernal Díaz del Castillo, mi grande y dilecto amigo.

5 DE JULIO.—Casi catorce horas de tortura en el inquisitorial ferrocarril que cruza este istmo de Tehuantepec desde Coatzacoalcos, hasta Salina Cruz, donde Dios mediante habremos de embarcarnos rumbo a Guatemala.

Parece que debemos de darnos con un canto en los pechos: no hemos descarrilado ni una sola vez; caso raro en la línea,—que se encuentra en reconstrucción total por la firma británica de Pearson & Son,—en la que era de ordenanza descarrilar lo más posible, y detenerse en medio de los bosques, y mal dormir a bordo de los coches, en deliciosa y antihigiénica promiscuidad los pasajeros de 1.ª, 2.ª y 3.ª clases, con mutua prestación de mantas y abrigos, con recíprocas dádivas y probaduras de provisiones, fiambres y panes desmigajados...

Tehuantepec al atardecer. Invasión del convoy por la brigada móvil de vendedoras indias; casi todas bellas, altas y bien formadas, frescas, agresivos los senos tras los sueltos y policromos corpiños gráciles, acentuados los muslos mórbidos y las duras caderas amplias de hembras fecundas y prolíficas, capaces de repoblar los mundos; las dentaduras, que ponen al descubierto las

sonrisas y los pregones de frutas y flores, como perlas iguales y vivísimas; las gargantas de paloma, colgadas de collares con amuletos, medallas y monedas hasta de oro; las sayas estrechas, pegándose a las curvas tentadoras de sus núbiles cuerpos femeninos, que huelen a limpio; los ojos, expresivos y rasgados, de gacela; las crenchas de azabache, trenzadas con cintas de colores, o medio ocultas dentro de las albas cofias tradicionales que usan de siglos... Algunas son blancas, con carnaciones a la moda de Flandes, como las que pintaba Rubens.... Y todas, hasta las chiquillas precoces que en otros climas todavía no fueran mujeres, todas son provocativas y voluptuosas, se arriman al comprador y consienten que éste las palpe, para enardecerlo, todas se ofrecen con sus ademanes y mirares de animal en celo; ninguna propuesta las ruboriza, ningún trato rechazan, ningún contacto las acobarda..... Ríen de todo, de frases y manoseos, ríen del hombre que las codicia, que las respira, que a diario pasa en el tren sin que a ellas les importe de dónde viene ni a dónde va, que a las veces, dominado, humilde y pedigüeño, opta por pernoctar en el pueblo, con ellas, entre sus brazos tropicales, bebiendo en sus labios húmedos y rojos el filtro de su lascivia atávica, con la que nacen, viven y mueren victoriosas del macho, ignorantes quizás de que pecan, inconscientes de su amoralidad, contentas y sanas, locas hamadríadas de la tierra caliente....

Mientras dura la provocación, por el andén discurren individuos sospechosos que han de ratificar los contratos infames y rápidos, cuyos precios cobran adelantado, y que se esfuman, calles dentro, precedien-

do a las parejas enlazadas y mudas que comienzan a amarse.....

Desde los ventanillos del tren, el pueblo divísase enano, coronado de palmeras, de algunas torres, de arboledas rumorosas y perfumadas, con ambiente arábigo..... Sigue obscureciendo, hay luciérnagas que se encienden y apagan en la atmósfera cálida; llega rumor de risas, de los que se marcharon asidos a las tehuanas; la paz crepuscular principia a extenderse blandamente; se adivina una tierra erótica, sensual y brava..... Ya prendieron las luces de los coches, y palabras guturales, en inglés, de los empleados yanquis, rompen el hechizo..... Partimos.....

De Tehuantepec a Salina Cruz, cierra la noche y se abren las cataratas del cielo ¡qué diluvio el que azota a nuestro tren!.... Para evitarnos una natación extemporánea y porque los ferrocarrileros se suponen que hemos de ser personajes muy empingorotados—traigo recomendaciones de la ciudad de México hasta para que nos instalen en la mejor casa de las de la compañía contratista del camino de hierro y de las obras del puerto!— no nos bajan en la estación, sino que remolcado por una máquina "de patio" conducen el carro especial en que hemos viajado, hasta los propios frentes del edificio que será nuestro alojamiento, y mozos con linternas y paraguas nos ayudan a apearnos, nos alumbran las gradas que hay que subir, nos abren las puertas.....

¡Un palacio, para Salina Cruz! Es una casona de madera, yanqui por sus cuatro costados, lo cual quiere decir que es cómoda, amplia, ventilada y muy limpia. Como a mayor abundamiento, en ella se hallan

establecidas las oficinas superiores, la superintendencia o cosa así, y en ella viven dos o tres empleados principales, y en ella paran los *gros bonets* de México cuando por aquí aportan, el mismo Míster Pearson y su secretario particular Carlos de Landa y Escandón, —que es a quien yo debo la merced de semejante alojamiento,—dicho se está que el mobiliario es confortable y hasta elegante—para estas alturas, babilónicamente suntuoso!—con magníficas camas aseadísimas, armarios de luna, *rocking-chairs* a porrillo, alumbrado eléctrico, agua caliente y fría a voluntad, baño, ¡¡¡W. C. automático!!!, y servidumbre oriunda de Tientsin, Shanghai, Pe-tchi-li y Chan-toung, silenciosa, diligente, vivaz y de pocas palabras.... en castellano. En el *Parlor* (el idioma inglés es el que aquí domina), descubro hasta novelas y magazines, y en el *Dining Room,* en la mesa ataviada con vajilla de porcelana, cuchillería refulgente, cristal de St. Louis Mo., y manteles nítidos, nos aguarda la cena humeante... No creemos en nuestra dicha, máxime recordando el Hotel del Pacífico en que pasamos una noche hace seis meses. ¿Qué sería de nosotros si a él hubiésemos llegado?... La misma lluvia, que no escampa, nos obliga a más estimar y más agradecer esta vivienda civilizada y gratuita a que nos ha empujado la benevolencia de un amigo. Lo único de sentir es que la comida corra parejas con la nacionalidad de los fámulos: también es china, complicada y de laboriosa digestión; la salsa del pollo, parece prófuga del "Jardín de los Suplicios." La fruta, en cambio, riquísima, legítima de la tierra.

Arrullados por el aguacero, que ejecuta marciales

redobles en techos, paredes y persianas, como unos bienaventurados nos dormimos.

6 DE JULIO.—Principio de nuestra *villeggiatura* salinacrucense.

Si no fuera por los rigores del clima, resultaría agradabilísima una permanencia aquí de dos o tres meses. La situación de la casa es ideal. Desde los cuatro vastos corredores que la circundan, disfrútase de panoramas poco comunes, sobre todo del corredor que queda al Poniente, de cara al mar.

El espectáculo que presenciamos durante el día, no puede ofrecer mayor interés: a los pies de la casa directorial,—enclavada sobre leve eminencia,—hay un espacio libre, a modo de plazoleta, en cuyos extremos se levantan dos garitones que algún objeto tendrán. De las oficinas de los bajos, apenas si percíbese un sofocado tecleo de máquinas de escribir, de vez en cuando apagado tintineo del aparato telefónico. Sus moradores son invisibles; sábese que existen, por el eco de sus pasos cuando suben la escalera o cuando ambulan en sus habitaciones arcanas. Recortan la especie de plazoleta, dos esteros, por encima de cuyas aguas inertes centellean los paralelos listones de acero de varias vías, sin cesar recorridas por locomotoras de movimiento, acarreando furgones cargados de materiales, de pedruscos enormes con reverberaciones en sus cuarzos y sílices; plataformas colmadas de operarios; *cabooses* embanderados; convoyes despaciosos con dinamitas y otros explosivos terroríficos, a los que desde lejos, hombres apostados junto a curvas y cambios, hacen señas de moderar la marcha, agitando los brazos en el aire

de fuego, cual si fuera a producirse un gran siniestro..... Hay trozos, en que los esteros se tragan los rieles, que reaparecen más allá, hasta perderse en las lontananzas pétreas de los cerros.....

A la derecha de mi observatorio,— el corredor del frente,— a mediana distancia, una sucesión de morros calvos hunden sus faldas en las olas que los abofetean y escupen iracundas, despedazándose y transmutándose en cataratas de espumas, irguiéndose cuanto más pueden erguirse, hasta simular catapultas, pero catapultas impotentes para herir al cerro que se deja empapar y les permite que lo alcancen en sus planos y filos rocallosos, donde el líquido se desmenuza; que indiferente las mira venir embravecidas y llamando a otras olas que con las asaltantes se enroscan y mezclan, e insensible observa cómo se retiran después del asalto infructuoso, mutiladas y hechas añicos, bramando Dios sabe cuántas maldiciones de agonía, cuántas tremendas amenazas que en el acto se convierten en desesperadas realidades, en ataques nuevos eternamente inofensivos..... El cerro, durante las breves treguas, se enjuga, sacude el agua que por sus flancos resbala en hilos delgados y quebradizos, como lágrimas.... Y que la pelea es implacable y recia, de odio de milenios, pregónalo el fragor que a pesar de los kilómetros que me separa de ella, un tanto disminuído viene a mis oidos: se oyen retumbos de cañonazos ciclópeos, de rabiosas mosqueterías y cainescos ametrallamientos; es la perpetua lucha entre el Agua y la Piedra!.....

Pero la Piedra, victoriosa del Mar, es la vencida del Hombre.

A intervalos, atruena el espacio una explosión formidable; de los flancos del cerro, despréndense volutas de humo que se deshacen a poco en la atmósfera densa y clara, y vese, abajo, entre polvos y lascas, pedazos de morro, disformes bloques agresivos y grises, de afiladas aristas irregulares que en su caída siguen desgajándose, hasta no parar en los suelos, que se estremecen a su peso, cual la montaña se estremeció en el instante de la brutal amputación... Y en los suelos, dan los tumbos postrimeros, ebrios del dolor y del descenso rápido, y como que cavaran sus propias sepulturas, según se hincan tierra adentro.... El cerro, después de la explosión y de la quemadura, mueve a lastima; las huellas del estrago, simulan llagas abiertas en sér sensible; las estrías carbonizadas, las venas y las vetas diríase que van a sangrar, creeríase que la mole recia fuera a quejarse....

Armados de palas y picos, los hombres que segundos antes de la explosión pusiéronse en cobro,—una fuga enloquecida, por grupos,—en cuanto aquella pasa, en cuanto el humo y el polvo se disipan, vuelven contra el mutilado flanco del cerro por el que se diseminan y en el que clavan sin misericordia sus herramientas que cabrillean al sol, y rematan la lenta y parcial destrucción, siguen incansables, diminutos, frágiles y despreciables como insectos, siguen destruyendo y destruyendo al gigante que triunfó del Mar, siguen devorándolo a pedazos, con tenacidad de hormigas, con voracidad de gusanos; que eso es lo que parecen desde donde yo los contemplo, eso, gusanos y hormigas; lo que en realidad somos, a pesar de jactancias y vanidades...

Encima de la cumbre de la cordillera, se alza la torre del faro, aislada, solitaria, valiente, resistiendo estos soles, ensordecida con el fragor de las olas que desde abajo la maldicen.

Sobre el mar casi, las grúas poderosísimas, giratorias, caladas, recogiendo de los suelos pesados bloques de piedra, que vuelcan automáticamente en el seno de las olas; tal, musculados brazos que ya no pudieran con las peñas que levantan y largan de improviso, cual si agotado el enorme esfuerzo, los bloques se les salieran y por salírseles cayeran sin orden ni concierto, según las salpicaduras se yerguen y doblan contra las arenas de la playa y contra la escollera que trabajosamente comienza a dibujarse a flor de las aguas. . . .

A la izquierda de mi observatorio, el panorama es apacible: la casa de empleados, muy más grande de la que nos asila, pintada de café, de varios pisos, en el inferior abiertas las ventanas del vasto refectorio, cuyos interiores se divisan claramente. Más allá, campando cada cual por sus respetos, con jardinillo al frente y corral a los fondos, risueñas "villas"—*cottages,* para hablar al uso de la región,— en las que moran algunos altos empleados y uno que otro *pioneer* adinerado de la ciudad futura. . . .

Lo mismo que en nuestra casa, en la de los empleados y *cottages,* domina la servidumbre de chinos; chinos vense por dondequiera, enmandilados, sueltas sus trenzas, móviles y vivaces los ojillos ratoniles, mondando legumbres, preparando condumios y comistrajos, fumando largas pipas metálicas. Las lenguas, más

sueltas que las trenzas, escupen charlas ininteligibles de su idioma hermético y monosilábico.

Atrás de nuestra casa, vislúmbrase a lo lejos el pueblo que nace, se columbran edificios y toldos, se escucha desvanecido rumor; anoche, y así ha de ser todas las noches, veíanse luces, oíanse músicas, armonías errabundas de acordeones, organillos y guitarras.... De entre el caserío, señálase la estación del ferocarril, y no advierto indicio de templos...

Hacia todos los rumbos, movimiento febril, continuo ruido de avispero, un laborar casi enfermizo, ansia manifiesta de ganar dinero dentro de este clima inhospitalario y homicida. Se escucha distintamente el jadear humano, más fuerte y angustioso que el de motores, máquinas peregrinantes, plataformas y carros. Huele a sudor, los anhelos vibran, los tóraces humedecidos se hinchan y contraen a ojos vistas.... Y el sol ¡este sol! cayendo a plomo, como fuego derretido, como maldición bíblica, como castigo primitivo y perdurable...

Vamos de suerte: hemos conseguido al mediodía una nodriza excepcional para mi hijito, obligado a sólo alimentarse con leche esterilizada que hay que prepararle empleando porción de aparatos y utensilios, todo un alambique doméstico. Quiso nuestra buena fortuna que hayamos asegurado, sólo para él, una vaca joven, a la que por su color y mansedumbre su dueña apellida "La Azucena." Pasta todo el día de Dios por los aledaños de la casa, atada con larga cuerda a una estaca movediza que según pega el sol van clavando aquí y allí, acompañada del recen-

tal, hermano de leche a partir de hoy, de mi pobrecito convaleciente.

Poco antes de ponerse el sol,—que a la inversa de Veracruz, pónese aquí de frente al puerto en proyecto,—noté inusitado movimiento en empleados y operarios. Del coche del pagador, llegado esta mañana y detenido frente a la vivienda, en una vía de escape, muy escoltado de Rurales y guardas de la Compañía, han estado extrayendo sacos y sacos de pesos para liquidar a los trabajadores la semana que hoy, sábado, concluye. Y a eso de las 5, instálanse en los garitones de la plazoleta sendos pagadores, previo despliegue en rededor de los *aediculum,* de la policía del lugar y de la de la Compañía, armados de revólver o rifle, de bastón de castigo. Muy próximos a los pagadores, los capataces se alínean con sus planillas en la mano, y, en las planillas, los nombres de los trabajadores, el número de horas que han trabajado, y jeroglíficos sólo para ellos descifrables.

La "raya" va a principiar. En dilatada extensión fueron llegando dos filas dobles de hombres,—una para cada garitón,—sin grandes voces, en marcha lenta y grave (el Dinero y la Muerte imprimen gravedad), fumando y conversando entre sí; cual un rebaño cansado, de vuelta al aprisco y detenido junto a las rejas. A una orden cuasi militar, dieron media vuelta y se formaron frente a los depósitos de numerario, que en los interiores de las garitas repiqueteaba a causa de los recuentos.

Y contemplé a mis anchas esos dos puñados densos de semejantes míos.... ¡Pasaban de tres mil! Había

todos los trajes, todos los tipos, todas las razas; desde el rubio de miel hasta el negro de ébano, dominando el color amarillento-cobrizo de los asiáticos y de nuestros indios y mestizos. Oía yo exclamaciones y palabras de varios idiomas, ruso, inglés, francés, español, este último con diversidad de entonaciones y dejos, según los orígenes de quienes lo hablaban. Vi individuos atléticos y hercúleos, otros encanijados y pálidos; con vivos mirares los de aquí, y mirares mortecinos los de allá. Los rostros y cráneos hubieran hecho las delicias de un antropologista: no se hallaban dos iguales, y, sin embargo, todos eran rostros humanos, de bases y principales lineamientos análogos. Los hermosos, formaban la excepción; los feos, la mayoría. Dominaban las juventudes, y los raros tipos de edad provecta o edad avanzada, unos cuantos, disimulando los años o las alifafes, detonaban en el conjunto de virilidad y de fuerza. Aquello daba una idea de los constructores de la Babel—y ¿qué cosa son las temerarias empresas modernas, sino otras tantas torres de Babel que sólo por prodigio se mantienen erectas y utilizables?...—adivinábase que la sed de lucro y la imperiosa necesidad de vivir, había empujado hasta este rincón mexicano, todavía hostil y mortífero, aquella pluralidad de hombres valientes, resueltos, sin familia, de poca conciencia, estoicos y ávidos, enfermos y sanos, sin patria fija o con patria prohibida por las maldades de ellos o las crueldades de sus destinos, resueltos a todo, a lo bueno y a lo malo, sin creencias ni esperanzas, rodando como guijarros de país en país, llenos de rencores y de lacras, endurecidos los brazos con las fatigas, y los corazones con las ingrati-

tudes y las desigualdades, temibles, necesarios, sin rey ni ley... Descubrí en todos, aun en los más comunicativos y alegres, un manifiesto fondo de incurable melancolía, cual si se supieran desahuciados y enfermos de un mal sin remedio....

¡Con qué orden desfilaron, conforme sus apellidos caían de los labios de los capataces impasibles! ¡Cómo, en el angosto alféizar de los garitones, tendían las garras sarmentosas o exangües, amarfiladas o bermejas, venosas o velludas, todas percudidas en poros y uñas de esa porquería inquitable con que los trabajos rudos marcan para siempre las manos, y cómo en cuanto los pesos y pesetas caían en las palmas morenas y lisas, palmas de gorila, se contraían los músculos a fin de ocultar el tesoro tan duramente conquistado!.....

El sol reposaba ya, amortajado en la aterciopelada tersura de los horizontes divinamente azules del Pacífico.... De la tierra, de las cordilleras, de los bosques, llegaban las sombras y adueñábanse con silencios criminales e imponentes rapideces, de todos los ámbitos.... El faro se encendió, comenzó a girar, y el haz luminoso, flamígero casi, de sus rayos, azotaba la superficie quieta de las aguas, rítmicamente... El pueblecillo, allá, lejos, se iluminó a su vez, de súbito, porción de lucecitas que palpitaban, como cocuyos..... Y los ilotas, adinerados, alejábanse, hundíanse en sombras y meandros, por entre hocinos y alcores, rumbo al pueblo que los llamaba con la palpitación de sus luces, el olor de sus fritangas y las destempladas armonías de sus acordeones. Allá iban, al alcohol, a la baraja, a los brazos tibios y mórbidos de

las tehuanas, que, en las noches de "raya" déjanse venir a Salina Cruz, imantadas por el dinero de los machos fatigados y sin ventura, a los que chupan el metal maldito, dándoles en cambio las flores sanguinolentas y húmedas de sus bocas carnosas y un poco de olvido y anonadamiento con sus cuerpos duros, lascivos y sabios....

Era la maldición, la maldición eterna e implacable: —"¡Ganarás el pan con el sudor de tu rostro!..."

A nosotros, los chinos nos anunciaron que la cena estaba servida; y por cierto que si a sudar vamos, harto ganada que la teníamos, pues no habíamos parado de sudar ni un solo minuto.

8 DE JULIO.—En plena estación diluviana, los cielos se vienen abajo día con día, todos los terrenos circundantes se anegan, y en cuanto la lluvia escampa, sube de ellos gran bochorno, salvo en las noches en que el "terral" nos orea cuerpos y espíritus. En materia de rayos, toda la gama.

Hoy debíamos de haber partido; pero el agente de la Compañía Subdamericana de Vapores, me anunció plácidamente que el "Tucapel" viene muy retrasado, y habremos de esperar unos ocho o nueve días.

Otro funcionamiento de los garitones: de ahí distribuyen tarde a tarde a los veladores, provistos de carabina y linterna, los que, diseminados por estos andurriales, se pasan la noche al raso vigilando la ciudad en gestación y a sus moradores adormilados. ¿Tendrán dónde refugiarse de los aguaceros?....

10 DE JULIO.—¡Oh, las faunas diminutas e inocentes de los países cálidos!

Abundan en Salina Cruz, aun dentro de nuestra vivienda lujosa y aseadísima, unas avispas que aquí llaman "horcadoras"—ahorcadoras, quieren decir, —porque su picadura determina la sensación del estrangulamiento...

Y lo que es la fuerza del hábito, ya no nos preocupamos con que crucen estancias y corredores, a cortísima distancia de nuestros individuos.

12 DE JULIO.—Después de cenar, cuando tumbado en una mecedora fumo mi puro, de cara al cielo, oyendo los tumbos del mar, los murmullos erráticos que llegan del pueblo, y dando rienda suelta a esperanzas, planes y anhelos, suben a anunciarme visitas... Se me figura que he oído mal:

—¿Visitas?....

Sí, unos jóvenes que preguntan si podré recibirlos. ¡No había de poder! Que pasen, serán bien venidos...

Mis visitantes me resultan hasta cuatro buenos muchachos, de México, empleados de Pearson & Son, y por sus negras desdichas domiciliados en Salina Cruz para quién sabe cuánto tiempo. Supieron de mi arribo, han leído mis libros, uno de ellos fué mi discípulo en la Preparatoria, y actúa de Maestro de Ceremonias presentándome a los demás, que querían conocerme....

Todos son prófugos de las aulas, espíritus aventureros que prefirieron lanzarse en busca de su vida, a proseguir sus estudios y ganar un título. Me afirman que nada los arredra, que viven contentos en la soledad ésta, que realizan economías con las que emprenderán viajes dilatados: quién a California, quién hasta el Japón nada menos.... Lucen delgado barniz

de letras, que sacan a relucir como para predisponerme en favor suyo; háblanme de Acuña, de Juan de Dios Peza, se saben versos de Luis Urbina, de Othón, de Manuel Gutiérrez Nájera, que me recitan según el palique se formaliza.... Uno de ellos, confiésame que en ocasiones lo visitan las Musas.....

Dos horas deliciosas, sus juventudes reanimándome; su conversación interrumpiendo la monotonía meditativa de mis noches.....

A poco de dormirme, nos despierta sobresaltados un estruendo inexplicable y extraño.

Al acostarnos, llovía que daba miedo; pero estamos ya tan acostumbrados al rumor de las cataratas celestes, y por otra parte, me ha sido siempre tan grato que el golpetear de la lluvia contra el techo que me cobija y las ventanas de mi estancia, me acompañe mientras leo, y arrulle mi sueño, que antes me he felicitado de que aquí rara sea la noche en que no disfrute de música semejante....

Pero hoy, no es nada más la lluvia, que furiosamente vapulea a la casa, nó, es algo fantástico, un formidable sonido sin precedentes en mi memoria, que suena a cataclismo, a desventura contra la que nada pueden nuestra miseria humana ni nuestras flacas fuerzas individuales.... Ya bien despierto, me echo fuera de la cama, instintivamente requiero el revólver, y me acerco a las persianas corridas que se estremecen con las embestidas del viento y de la lluvia...

Nada distingo, ni a la luz intermitente de los relámpagos que rayan las sombras... Por instantes, antójaseme que se aproximaran a Salina Cruz legiones

de guerreros bárbaros, al horrísono són de atabales y caracoles aztecas, como los que sobrecogían a los esforzados Conquistadores en la Noche Triste.... Luego, imagino que monstruos marinos se han adueñado de la costa, y avanzan hacia el caserío; o que estarán consumándose positivas hecatombes, es decir, degollando a centenares de bueyes; o que las trompetas de Jericó vuelven a sonar, para castigo de nuestros pecados.... El rumor es mugido, rugido, queja, maldición, lamento; ensordece, asusta, llena el espacio, pone los pelos de punta..... ¿Será el mar?....

Y no resisto, cómicamente embutido dentro del camisón que no alcanza a cubrir la ridícula flacura de mis pantorrillas huérfanas de músculos, empuñando mi disforme revólver Colt 44, desbarráncome escaleras abajo y no paro hasta tropezar con el velador del vestíbulo, que duerme lo mismo que un justo.... Tarda en recobrar el sentido y en identificarme con aquella indumentaria, medio incorporado en su estera:

—¿Qué pasa, me quiere Ud. dar razón? ¿qué ruido es ése?....

—¡De pasar, no pasa nada, está lloviendo!...¡Y los sapos cantan!....

—Eso que se oye ¿es *canto* de sapos?... Tendrían que ser enormes, y muchísimos...

—Son un hervidero, jefe,—me contesta risueño y desperezándose,—y, con perdón de usted, del tamaño de un lechoncito.....

El concertante de los batracios, continúa a toda orquesta, quizás más formidable que antes, porque el aguacero ha cesado y la luna está pugnando, allá arri-

ba, por abrirse paso. Durmámonos nosotros, al ingrato compás del *canto* de estos sapos antediluvianos...

13 DE JULIO.—Sábado. Segunda tarde de "raya" que me toca presenciar; y como la he observado con mayor calma y mejor preparación,—he tomado lenguas acerca de nacionalidades y tipos,—resúltame más interesante que la primera.

14 DE JULIO.—Despedazada por distante acordeón, me trae el viento fragmentos de la Marsellesa... Algún francés expatriado, que celebrará el aniversario de la toma de la Bastilla, tomándose él un par de ajenjos falsificados... Y empenachando un "casebre," que diría en su lengua el maestro-novelista Eca de Queiroz, ondean al sol los tres colores de la república que los "titanes de la Convención" apellidaron *una e indivisible.*

15 DE JULIO.—Falsa alarma. Por lo que tardaban en regresar, creímos que mi hijito y su *nana* Juventina se hubiesen extraviado.... Nos echamos en su busca, y los hallamos tan tranquilos, a la sombra, sobre el césped, despidiéndose de la "Azucena."

Mañana nos iremos.

16 DE JULIO.—A eso de las 6 de la tarde y muy bien instalados a bordo de este barco chileno que ha de conducirnos hasta San José de Guatemala, levó sus anclas el "Mapocho," (substituto del "Tucapel").

Después de la comida, todavía alcanzamos a ver por breve espacio, las luces del faro de Salina Cruz, tragada ya por el Mar Pacífico.

GUATEMALA

19 DE JULIO.—Arribo a San José, temprano en la mañana.

Luis Ricoy y Carlos Trejo vinieron a encontrarnos hasta el puerto.

Almuerzo en Escuintla.

A las 5 en punto, llegamos al apeadero de la ciudad de Santiago de los Caballeros, mi vieja conocida.

20 DE JULIO.—Hoy en la noche, un grupo de amigos mexicanos y guatemaltecos me obsequiaron con una serenata por mi regreso a este país. El chaparrón que se desató un poco antes de la hora de la cita, deslució el acto, y la orquesta de Germán Alcántara hubo de guarecerse dentro de la Legación.

La señora doña Antonia Zaldívar de Blanco, dama de cierta importancia política por ''estos reynos,'' donde todo es política; hermana de don Rafael Zaldívar, Presidente que fué de El Salvador, y buen amigo mío a su paso por México hace bastante tiempo; salvadoreña ella misma, y viuda, con bondadosa insistencia, no obstante que nuestras relaciones han sido siempre superficialísimas, se sirve invitarme a una comida que ofrecerá mañana en la noche a la Prensa Guatemalteca, en el *restaurant* del Gran Hotel... ¿Qué será eso?

21 DE JULIO.—Puntual preséntome a la invitación, y ya doña Antonia se encuentra dando la bienvenida a sus comensales, que no hemos resultado tantos: o

el personal presentable de la prensa "chapina" es harto reducido, o no se dignaron todos acudir al llamado, o la señora de Blanco hizo su selección pues, por más que cuento, no me pasan de cuatro.... Dichosamente, asistió también Enrique Martínez Sobral, un chico muy despejado que viene dando a luz preciosas novelas, a pesar de su profesión de abogado y de su empleo de juez en la Antigua; es hijo de un antiguo Ministro de Relaciones Exteriores de Guatemala, que se llamó como él, que no quiso a México mucho que se diga, y que figuró cuando yo vine aquí la primera vez ¡en el 1888! los buenos tiempos de la presidencia rústico-patriarcal de don Manuel Lisandro Barillas, el inolvidable y para mí muy querido "Brocha," según enemigos y aun amigos lo apodan en censura a su bigote recortado y erizo, y a su democrático oficio original, ya ilustrado por San José y otros varones de harta menor prosapia.

Martínez Sobral me presenta a José Santos Chocano, el bardo del Perú tan conocido en nuestra América, que ha venido a recalar en Guatemala con no sé qué cargo, consular si no oigo mal. Un guapo mozo este Chocano, corpulento, rubio, de grandes bigotazos y marcial continente, de fácil decir, con la risa pronta y franca, respirando salud y ambiciones; la voz no en consonancia con sus hechuras corporales.

Nos sentamos a la mesa, previo ingerimiento de *cock-tails* bravos.

La comida, *gargottesca,* igual a la de todos los *restaurants,* con antipasto, pollo a la Médicis y helado *al* chocolate. La charla general, superior al *menú,* y doña Antonia, a cuya diestra colocáronme, no exenta

de *esprit* ni de sátira, cuando es menester. A los postres,—durante la comida me repitió que conoce y ha visitado al Gral. Díaz, que si su obra es así y es asá, que ella lo admira, y lo aplaude, *et sic de coeteris,*—nos lanza un discurso en toda forma, con sus guiños históricos, y sus citas pertinentes, y algunas valentías de palabra y de pensamiento; hasta la sacra majestad de don Felipe II vamos a parar en una de las parrafadas... Aplausos y champaña que apuramos por la raza, los pueblos hermanos, los gobernantes con vergüenza torera; todo el arsenal de lugares comunes que es de rigor en tales circunstancias.

Mutiplícanse los brindis menores; pero la dosis de champaña, después de cada uno de ellos, es invariable y fija: a copa por barba y a copa por brindis.

José Santos Chocano, improvisa y autografía en el reverso de mi *menú* la composición que sigue, recitada por el poeta en persona:

A MEXICO

Ya te vimos luchar: en la pelea
te ceñiste los lauros de la gloria,
y duermes hoy tus sueños de victoria
en los brazos de Palas Atenea.

Digno del canto el que combata sea;
pero más huella dejará en la Historia
quien, cual tú, con los pies venció la escoria,
y con las manos alcanzó la Idea.

Quien después del acero de la espada

supo blandir el hierro de la reja,
es digna del blasón de ser cantada;

Porque es más grande en su entusiasta exceso
que quien un rastro en las batallas deja,
¡quien lo deja en las luchas del Progreso!

Como se trata de versos, los aplausos redoblan, y las copas de champaña imitan a los aplausos.

Y se levantó la sesión. No hubo heridos.

22 DE JULIO.—En substitución de mi condiscípulo Luis Ricoy, transladado a París, ha llegado como segundo Secretario interino, en realidad de tercero, el poeta Efrén Rebolledo, un *parnasiano* por la casticidad de su factura, que comienza a llamar la atención en nuestro reducido círculo intelectual de México. Cuenta apenas 24 años, y se muestra algo huraño, muy nostálgico por nuestra Escuela de Jurisprudencia, que acaba de abandonar con el título de abogado. Llega en compañía de la señora su madre, con la que se instala en riente casita, de la que amuebla con marcadas predilecciones su gabinete de trabajo, el primero sin duda que en su vida instala. Es un reconcentrado, de pocas palabras y menos sonrisas. Ahondándolo, le bullen proyectos de obras futuras, prosas y poemas que se promete publicar después de mucho pulimentarlas, por su casi morboso culto de la forma. Y me habla del futuro, tan incierto y traicionero, con la confiada arrogancia de que todos hemos padecido cuando jóvenes. Distribuye y manosea los años por venir, con aplomo y certidumbre envidia-

bles, como si la vida le hubiera abierto un arcón colmado de lustros y autorizádolo a disponer de ellos a su guisa:

—"¡Aduéñate de los que quieras y arréglatelos a tu gusto!...."

30 DE JULIO.—Carta de mi hermano, contándome gozosísimo cómo al fin realizó su anhelo, que mantuvo muy oculto durante mi permanencia en México, de salir de la Subsecretaría de Relaciones Exteriores, en la que nunca estuvo satisfecho y que le significó un gran descalabro monetario, porque por atenderla, hubo de clausurar su floreciente bufete de abogado en el que ganaba lo que quería.

Desde el 3 de junio fué nombrado Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en las Repúblicas suramericanas; lo que le permitirá consumar un viaje prolongado y agradabílisimo, con sólo que las visite una a una, según tendrá que hacerlo. Lleva, primero, la misión confidencial de visitar en Estocolmo al rey de Suecia y hacerle entrega de un retrato del Gral. Díaz, quien retribuye a aquel monarca el retrato con que obsequiáralo. Después, Pepe permanecerá algún tiempo en Europa, y se embarcará en Cherburgo, rumbo a Buenos Aires. Confiésame en su carta, que la Subsecretaría le resultó odiosa, y llama mi atención hacia el hecho de que serán los dos hermanos Gamboa los representantes diplomáticos de México para toda la América Latina: él, en las repúblicas del Sur, y yo, en las del Centro.

15 DE AGOSTO.—Comenzó la feria anual de Jocote-

nango, vieja de muchos lustros y saturada de carácter colonial, mezclado lo místico a lo profano, perdurando con sus añejos usos, no obstante el entronizamiento,—de Rufino J. Barrios acá sobre todo,—del calumniado partido liberal que aflige a tantos países americanos.

La tal feria, en sus orígenes esencialmente ganadera, ha conservado esa característica, y así míranse hatos y aun hatajos de ganado mayor y menor, paciendo las gramas de los baldíos del rumbo; partidas de caballos y mulos, en su mayoría oriundos de México, El Salvador y Honduras; tipos curiosos de chalanes y mayorales, con sus trajes regionales; se oyen dejos extranjeros, entre los que domina el de nuestros rancheros y caballistas del Bajío, de Jalisco, de Chiapas; hay muchos sombreros charros y disformes; cueras abiertas que ponen al descubierto los calzones de manta gris de polvos de los largos caminos y de la poca frecuencia con que se la mudan sus dueños y portadores; arcaicas chaparreras clásicas, de chivo, y modernas de venado, con hebillas; chaquetas de gamuza, bordadas de plata, que las intemperies han enmohecido, de pita maltratada por los años y las bregas con animales y jaras. Los chalanes vernáculos, discurren en sus caballerías lujosamente enjaezadas, a las que encabritan y buscan los bríos con la espuela y el ''chilillo,'' en chapín, ''cuarta'' en mexicano, y látigo en español.

En las inmediaciones, aspecto de verbena: puestos y toldos donde venden bebidas, frutas, comistrajos de mayor entidad y fritos al aire libre, dentro de las sartenes.

Una especialidad: los "bucules," grabados al gusto del comprador, en su presencia; son los tales, obra de arte primitivo y bárbaro, algo dulcificado con el correr de los siglos: unas calabazas ahuecadas, de tapa, y cuidadosamente barnizadas con el barniz indígena tan parecido a la laca asiática. A cuchillo, labran grecas, orlas y dibujos en la bruñida superficie, nombres o iniciales, hasta leyendas alusivas y de ortografía imposible, corazones traspasados, ángeles y bestias.

De las enramadas de las tiendas rústicas, cuelgan rosarios de frutas, con los que es de práctica cruzar las gargantas y encuentros de los caballos.

Aquí y allí, desplumaderos: ruletas, loterías, "carcamanes" sentados en la yerba, sobre el sarape o la tilma extendida, los cobres tentadores y las tres cartas ladronas, en círculo los "compadres" y "ganchos."

Las clases altas, han convertido la vetusta costumbre en paseo de carruajes y jinetes; los niños sobre todo, en estos tres días es fuerza que cabalguen en animales propios o prestados. Y el desfile se prolonga, a lo largo de la Avenida del Hipódromo, hasta las mismas rejas de éste, en cuyo centro se alza,—anacronismo censurable,—el cacareado Templo de Minerva, de aspecto helénico, donde a partir del 1899 se consuma el último domingo de octubre de cada año, la "celebración de una solemne fiesta popular y general en toda la República, consagrada exclusivamente a ensalzar la educación de la juventud...," según manda el decreto relativo del Presidente Estrada Cabrera.

El principal encanto de la Feria de Jocotenango, finca en la belleza incomparable de este cielo, de este clima, de los horizontes casi paradisiacos que por dondequiera que se vuelva la vista, ofrece y regala esta privilegiada tierra de Guatemala.... ¡Oh, montañas que circundan el valle y que se divisan más allá del Hipódromo y del templo pagano!.....

De estudiantes, según unos, y de conspiradores, según otros, el hecho es que el domingo se registró en la Plaza de Toros un escándalo magno, si principalmente se atiende a que los rijosos resistieron a la policía, cosa que aquí acaece rarísima vez.

El suceso obedece a este descontento perpetuo de que los guatemaltecos sufren por los rigores de su Gobierno. Hoy, como ayer y como siempre, flota en la atmósfera aire de fronda. Dícese que si sucederá esto o aquello, que si el pueblo se cansó ya de tiranías más o menos disfrazadas, que si pronto estallará un movimiento.... Los decires continuos que obligan, al Gobierno, a estrechar sus rigores, a que el espionaje y la delación supriman la tranquilidad individual, a que no se oiga sino lamentaciones y quejas, y a que hasta nosotros, los extranjeros, contaminados del medio, vivamos amargados de zozobras por la suerte de amigos y conocidos, posibles víctimas mañana de una represión o un atropello.

...—De vuelta de las Carreras de Caballos, nos encerramos en mi gabinete de trabajo Rafael Spínola y yo, a que lea Rafael en voz alta el capítulo II de "Santa."

A la noche, asisto, yo solo, al baile del Club Guate-

mala, en el que, pulsando opiniones de éste y aquél,—me vanaglorio de que conmigo depongan su reserva los muchos desafectos al Gobierno, no obstante que aquí, *et pour cause,* son maestros en disimulo y reserva,—convénzome de que vibra, en efecto, una sorda enemiga contra Estrada Cabrera, alarmante por lo intensa y generalizada.

...—Banquete y baile, anoche, obsequio de don José Ma. Lardizábal, el dueño de la segunda librería de la capital, al Presidente de la República, con quien yo me hallo en excelentes términos personales, a pesar de que la Legación de México y el Gobierno de Guatemala, mientras las cosas sigan como van desde hace muchos años, no pueden mantener entre sí cordiales relaciones. Allá, a los comienzos de la república liberal de Guatemala, en los buenos tiempos de D. Miguel García Granados, y muy en los albores de la administración dura y sombría de D. Justo Rufino Barrios, fué, al contrario, signo de progreso en los mandatarios y de patriotismo en los ciudadanos, exteriorizar una profunda amistad hacia México, sus hombres y sistemas. Un guatemalteco respetable y amigo dilectísimo mío, testigo presencial de lo que hoy pasaría por inaudito prodigio, me ha contado que el propio Barrios ponía a México, entre sus funcionarios y gobernados, como el único modelo digo de imitar... Produjéronse acontecimientos posteriores que todos conocemos, y la brújula cambió de rumbos, no poco a poco, sino de golpe, hasta colocarse donde hoy por hoy,—y desde hace varios lustros,—la tienen fija y sujeta los directores de la

opinión y los conductores del país. Ahora, lo patriótico, lo conveniente, lo saludable es hacer gala en actos y palabras, de una mexicofobia superaguda, que naturalmente tradúcese en muy marcada hostilidad para con los mexicanos que por aquí aportan,—y se cuentan a millares,—lo mismo labriegos o artesanos, que diplomáticos y cónsules: una falacia de generalización. Reconozco y concedo que no todos mis excelentísimos conterráneos que a Guatemala transplantan sus reales, o sus mañas, son precisamente unos espíritus puros ¡quiá!... los hay de arder en un candil; pero los otros, los que si no son excepciones de bondad suma,—¡que algunos ha habido!—son lo relativamente bueno que se da en la fruta humana, y que solemos llamar buenísimos a falta absoluta de los que merecieran de veras dictado tan envidiable, ésos, los normales,—entre los que no es presuntuoso ni inmodesto que yo meta a mis predecesores y colegas,—¿por qué son víctimas también de la enemiga nacional?... ¡Ah, es que estos odios instintivos entre los países limítrofes, son implacables y eternos!....

De ahí, que el mexicano arribeño, cualquiera sea su condición, venga lleno de desconfianzas y prejuicios, con sus miajas, o quintales, de menosprecio y superioridad, porque somos o nos creemos más grandes, más fuertes, más prósperos, más libres; la porción de frases hechas, de teorías y vanidades que a todos alcanzan, como las monedas, y que como las monedas, al cabo del tanto pasar de mano en mano, llegan sucias y con sus leyendas borrosas a poder de los ignorantes, de los que las deletrean sin entenderlas en toda su alteza, pero que las arrojan con el mismo ademán

que si arrojaran oro puro..... Por lo demás, este fenómeno que ocurre con los pueblos, ocurre igualmente con los individuos; individuos y pueblos son o se creen siempre por cima del individuo ó del pueblo a que se acercan. En los individuos, puede estudíarsele con mayor detalle, a poco que se observe la actitud respectiva de los interlocutores. ¡Cuánto se marcan entonces las superioridades reales y ficticias que a la fuerza los diferencian y distancian! Sobre que, aquí que nadie nos oye, al igual mío, oh lector amado, tú y yo nos diputamos, de cien veces noventa y nueve, superiores al que nos trata y habla; y puede que en muchas lo seamos realmente, pero en las noventa y nueve magnificamos la cosa; somos superiores, en último analísis, hasta en lo que menos es de alquitarar a ojo de buen cubero: en inteligencia, en moral, en intenciones.

Y los pueblos, padecen de achaque idéntico. Y hay quien afirme que ello es bueno!... Los que preconizan la superioridad de la raza sajona, por ejemplo; con lo que por lo pronto se ha obtenido que los señores sajones nos desprecien individual y colectivamente. Y que nosotros, por no ser menos, despreciemos a nuestra vez a negros y amarillos.

No bien el mexicano ha cruzado la frontera, qué digo tropieza, choca contra idénticos si no más enconados prejuicios y desconfianzas que de muy atrás bullen aquende, atizados por quienes debieran de apagarlos. Y con el choque continuo y genuinamente cainesco, se produce un *morceau* de harmonía, del famoso concierto de las naciones; concierto que lleva trazas de no ponerse nunca al unísono. Por supuesto, que

siendo el fingimiento y la mentira las piedras angulares en que descansan, inconmovibles, las relaciones entre prójimos, semejantes y hermanos, el odio aquel, donde se advierte más a las claras, sin tapujos casi, es entre los componentes de las capas inferiores, que se lo demuestran brutalmente con la injuria, la riña y el homicidio. De tejas arriba, conforme se asciende, el odio se enmascara y disfraza, mas no disminuye, ni un ápice. En la escuela, almáciga de futuros afectos y ayudas perdurables,—los niños, que todavía no son totalmente malos, porque no son todavía totalmente hombres, como fueron amamantados en ese odio, ya se coligan contra el recién venido "del otro lado," y se le echan encima, lo torturan con las mil y una torturas de que dispone la infancia, le hacen sentir su calidad de extraño aunque hable la misma lengua y parta de un mismo origen, y la frontera sea, en ocasiones, una línea arbitraria e irreal. Luego, por su orden, los hombres de pensamiento (?), también metemos nuestra cucharada, y ¡ay del intruso que se permita disputarnos notoriedad, aplausos o cuartos!; lo primero que se nos viene a la boca es enrostrarle, *in mente* si no podemos de modo más eficaz y tangible, su condición de extranjero, así se haya naturalizado con todas las de la ley y haya resultado más servicial y útil que nosotros; esto último redunda en agravante. De los gobiernos y gobernantes, ni qué hablar, pues por oficio e instinto de conservación son los que más mienten en todas partes. ¿Y nosotros, los "honorables diplomáticos," pseudo mensajeros uniformados de paz y concordia, aunque con espadín—*última ratio*—al cinto?..... Los discursos de entrega de credenciales y

las respuestas de los "Jefes de Estado," ¡qué rara vez llegan a expresar la verdad! Por lo común, moverían a risa, a risa homérica, o sardónica, o histérica, a risa esdrújula, si no movieran a compasión y tristeza a los espíritus rectos y pensadores, que han de asombrarse de que con solemnidad tantísima pueda mentirse tan descaradamente....

Sólo la mujer, adorable quinta esencia de la fragilidad, nacida y creada para que se perpetúe la especie, —perpetuación cuya utilidad a nadie será dable nunca poner en claro,—se ríe de odios, fronteras, invasiones y enemistades étnicas o enanas; se entrega y aprisiona, acepta y se ofrece sinceramente, amorosamente, eternamente, para que los hijos que nazcan de esas uniones vayan borrando, muy a la larga, la estela de los odios milenarios.

Porque esa es la única unión que cuenta y que perdura, la del hombre y la mujer, a condición de que produzca el hijo. Las uniones que estériles resultan, aparte que la naturaleza las rechaza, si acaso subsisten es, no por amor, sino por la costumbre, por la mutua estima, por la repugnancia y pereza de voluntad y de cuerpo, que nos obliga a no alterar el curso de los acontecimientos, aunque el tal contraríe nuestra conveniencia y nuestros gustos, véase lo máximo y lo mínimo: por qué no truncamos una amistad que nos perjudica, por qué no cerramos una puerta que nos molesta.

Cuanto a mí, prefiero que así sea, en materia "xenofóbica" sobre todo; pues así siendo, mayor confianza inspíranme los afectos y amistades de determinados guatemaltecos; precisamente por haberse coloca-

do arriba de la "xenofobia," no cabe dudar de su sinceridad.

Quedamos, pues, en que mis relaciones personales con Estrada Cabrera, aparentemente son lo mejor de lo bueno. Y en prueba, anoche, cuando el baile del señor Lardizábal *battait son plein,* cediendo a mis instancias, el Presidente echó su cuarto a espadas, digo, que bailó una mazurca, "La Bella Guatemala," de autor nacional, y muy en boga. Hubo, luego, repetidos tientos a la bota, o séase, otras tantas apuraciones de champañas y ponches, con brindis mudos y locuaces, y por remate, muy tarde ya, el Ministro de los EE. UU., el Dr. D. Francisco A. Reyes, íntimo amigo mío e importante hombre público de El Salvador,—de paso aquí, camino de México a donde va como uno de los delegados de su país a la 2.ª Conferencia Panamericana que el mes entrante habrá de reunirse allá,—y algunas personalidades, ¡yo en cuenta!, nos marchamos, invitados suyos, nada menos que a la mismísima habitación privada del Presidente de Guatemala, ubicada hoy frente al nuevo Palacio Nacional edificado en la época del malaventurado Reyna Barrios.

El Ministro de la Gran República se nos eclipsa durante el trayecto.

Entre ríos,—no el de la Argentina, sino de champaña,—plácidos y optimistas los ánimos, tuvimos el gusto de saludar al sol, que, no obstante su grandeza, por entre las rejas de las ventanas abiertas, para gozar de la tibieza de estas noches divinamente tropicales, se asomó y nos puso en fuga...

A Reyes y a mí, fueron a dejarnos en nuestros *domus* respectivos, los *landeaux* presidenciales.

¡Estamos en el mejor de los mundos!

...—Racha de festejos. Anoche tuvimos banquete oficial en el Gran Hotel.

Observé que Reyes estaba preocupadísimo, a pesar de sus esfuerzos por no revelarlo. Y en cuanto logramos un aparte, me puso al cabo: la Legación de El Salvador nombró Agregado suyo a un publicista nicaragüense, don Manuel Mejía Bárcenas (1), en la actualidad en pésimos términos con Estrada Cabrera, sin embargo de que Mejía Bárcenas ha vivido en Guatemala porción de veces, de que algunos de sus libros de enseñanza son textos en las escuelas, y de que a últimas fojas hasta tachábasele de demasiado parcial para personas y actos de la administración. Y hoy, a prima noche, por motivos reales o ficticios ¡Vargas lo averiguará! ha sido preso con flagrante escarnio de su convencional inmunidad diplomática.

Y como la perpetuamente endeble y quebradiza amistad guatemalteco-salvadoreña atraviesa por grave crisis, teme Reyes fundadísimamente que el Gral. Regalado, en uno de sus "prontos" dé al traste con la pacifista labor de entrambas cancillerías, y se deje venir en són de guerra. ¡El conflicto es serio!....

Las instrucciones de mi Gobierno, a este respecto, son de pública notoriedad y consisten en procurar por cuantos medios queden a mi alcance el que estos países no lleguen a un rompimiento. De otro lado, Re-

(1).—Según las constituciones de los cinco Estados en que se descompuso la antigua Centroamérica unida, sin perder su nacionalidad pueden, los hijos de cualquiera de aquéllos aceptar y desempeñar en otro que no sea el de su nacimiento, toda clase de funciones y empleos; entiendo, pero no estoy seguro, que sólo exceptúase el cargo de Presidente de la República. Un bello rasgo, que permite esperar que algún día la quimérica unión de Centroamérica, en consoladora realidad vuelva a convertirse.

yes me pide la interposición de mis buenos oficios; a fin de no llamar la atención de los circunstantes con un cabildeo prolongado, nos citamos para el Club, dentro de una hora; y cuenta que ya es más de media noche.

Al filo de la una, se nos junta Anguiano: no ha podido esclarecer quién ha ordenado la detención de Mejía Bárcenas, que, en realidad se halla cautivo, aunque "con toda clase de consideraciones" en una Sección de Policía. Opina porque mañana, en extraordinaria audiencia, Reyes pida a Cabrera la suelta inmediata del Agregado aprehendido, pues siendo ahora tan tarde, cree inadecuado cualquier otro arbitrio. Confía en que todo se arreglará de satisfactoria manera y quedando a salvo hasta la negra honrilla...

Reyes preferiría que la entrevista se celebrara desde luego, a efecto de contrarrestar algún telegrama que ya hayan podido dirigir a Regalado,—con el avieso fin de que la situación se embrolle,—los opositores de Estrada Cabrera. Y se resuelve, *por lo bien que estoy en el ánimo del Presidente,* que yo provoque el contacto apetecido..... ¡Hombre! a las 2 de la madrugada!.... ¿y el Protocolo, qué dirá?....

Telefónicamente póngome al habla con el Gral. D. Félix Flores, Jefe del Estado Mayor, que de costumbre pernocta en el Palacio Presidencial:

—¿Sería posible, sin mayor molestia, que el Presidente nos recibiera en seguida, para tratar de asunto urgentísimo, al Dr. Reyes y a mí?...

¡Pausa larga!... La noche continúa envejeciendo y los camareros del Club descabezan sueñecicos en apartados divanes y poltronas....

Repiquetea el teléfono:

—"Que el Presidente accede a recibirnos y nos espera...."

Y hétenos en marcha a Reyes y a mí, rumbo al Palacio, cuya reja se abre exclusivamente para nosotros, con grande extrañeza por parte de centinelas y retén de guardia. El Gral. Flores en persona, baja a encontrarnos y nos acompaña escaleras arriba, el edificio a obscuras, hasta el salón principal y de estilo semimorisco, de balcones a la calle, en el que nos quedamos solos unos cuantos instantes; el Presidente se nos aparece abrigado en una capa española, como si acabara de levantarse, pero cortés y sonriente.

—¿Qué nos lleva tan a deshoras?... ¿qué es lo que nos ocurre?....

Deslindo situaciones:

A mí, por fortuna, no me ocurre nada, el negocio es con el Dr. Reyes, que se lo puntualizará ampliamente. Y para que la explicación sea todo lo amplia e íntima que se requiere, a pesar de que ambos se oponen, yo insisto y al fin los dejo a solas... Voy y me siento en la antesala, a charlar con Flores y otro jefe que por ella discurre....

La entrevista se ha prolongado y ha de haber sido interesante, a juzgar por los murmullos que nos llegaban. De pronto, Reyes sale a llamarme, contentísimo, y presencio las órdenes finales que zanjan el conflicto: por teléfono se manda al Comisario de Policía que en el acto ponga en libertad a Mejía Bárcenas...

Todavía Estrada Cabrera lleva su hospitalidad hasta brindarnos con una copa, "contra la trasnocha-

da,'' y nos sirven tequila legítimo, de Jalisco, que de regalo le acaban de enviar al Presidente.

Muy plausible es que se haya evitado quizá una guerra; pero convengamos en que la manera cómo ello se ha logrado, no deja de ser anormal e insólita. Recursos de esta naturaleza, no sé yo que los preconice ni mencione ningún internacionalista...

En fin de cuentas, *nul bien sans peine.*

31 DE AGOSTO.—Si fuese yo comerciante y tuviera que hacer el balance del mes que hoy termina, creeríame amenazado de inminente bancarrota...

Pérdidas en el Club; prodigalidades de salud, cual si en casa poseyera huchas de repuesto; contaminado de la melancolía ambiente de este país trágico, siempre llorando desgracias recientes, malestar actual y futuras sacudidas terrestres o políticas, muy más intensas éstas, que aquéllas con serlo tánto...

Hasta con ''Santa'' he andado esquivo: el 24 de julio ¡a los seis meses y seis días cabales de interrumpida! escribí aquí unos renglones del capítulo IV de la primera parte; y de entonces acá, el 9, el 14 y el 22, otras cuántas líneas, para el propio capítulo que se me resiste.

De vez en cuando, he ido a refugiarme al estudio de Justo de Gandarias, quien a fuerza de vicisitudes y desengaños, ya no es nada más escultor de genio y pintor de humorada, sino un filosofazo de tomo y lomo, cuyo trato me estimula y consuela; a pesar de lo avaro que es de palabras y de lamentaciones, todo lo sobrelleva con una resignación ejemplar. Ahora mismo, sus vicisitudes hanlo compelido a distribuir dentro de un

carro repartidor que en persona guía, una marca de cigarrillos que le dejó de herencia un mal negocio. Y mueve a lástima encontrárselo por ahí, en alguna esquina, a la vera de un estanco, presenciando desde su pescante cómo el mozo que lo acompaña entrega la mercancía y se guarda los cobres que le pagan... Pero, él, Justo, no se queja, álzase de hombros, y con las propias manos delicadas e inteligentes que han sabido plasmar tanta belleza, empuña las riendas groseras, restalla el látigo por cima de los lomos de la caballería, y quién sabe si no mentalmente, también lo restalle por cima de las injusticias que sobre su cabeza pensadora de monje asceta, se han desencadenado y héchole añicos las ilusiones y esperanzas que cifraría en nuestra América embustera, y a las veces tan ingrata e inhospitalaria como cualquier nación europea.

Todavía halla espacio para pintar alguna mancha, algún bosquejo que insensiblemente va tornándose cuadro.

Su casa, coge el alma: todo revuelto, todo nevado de polvo, transido de abandono; aquí y allí, detalles artísticos, restos de talleres antiguos, adquisiciones recientes de hierros viejos, grabados coloniales, una campana de bronce y con inscripciones latinas que ha sepultado debajo de la mesa disforme en que se aprietan dibujos, periódicos ilustrados, carteras con proyectos, un maremágnum tan polvoriento, que quita las ganas de tocarlo. De los muros, de las ventanas que nunca se cierran, cuelgan unos estribos de algún Conquistador, espadas, hachas, ''bucules'' y rosarios, cuadros y yesos, torsos, vientres, máscaras. Junto a la ven-

tana, el caballete, siempre con algún lienzo enfundado; en uno de los rincones, sobre los embutidos áureos de una mesa de Boule, que perteneció al asesinado Presidente Reyna Barrios, de entre abigarrado conjunto de objetos se destaca la Poesía Lírica, el célebre bronce de Gandarias que fundió en París el año de 1883 y que luce su nombre completo, como perdurable prueba del talentoso artista, hoy inconocible y venido a menos... Y a mí se me van los ojos tras él, de bonísima gana se lo compraría si él quisiera vendérmelo; pero no quiere, cuando de ello hemos hablado le he oído que como no le han de pagar lo que tal bronce vale, prefiere guardarlo, y verlo a sus solas, según suele verlo, para consuelo y estímulo...

En el vano de una de las puertas, sobre trípode de madera fina, la Japonesa original del propio Justo, en mármol, vuelta a su poder por puro acaso; mármol luminoso hasta cuando la tarde va cayendo. Es la última claridad del estudio, en estos crepúsculos guatemalteses rápidos y dulcísimos... Yo prefiero el barro de su Chula Madrileña, medio desportillado, encima del estante de los libros, truncos los flecos del mantón que circunda y acaricia las curvas provocativas de la hembra ondulante...

Y ni una sola vez se me ha mostrado Justo plañidero ni apocado ¡que nó! búrlase de sus desventuras, me comunica sus planes, unos planes largos que reclaman lustros y lustros, y que Gandarias se anticipa cual si él no hubiese pasado del medio siglo. Confía en que la suerte ha de cambiar y él ha de enriquecer, de resucitar las épocas muertas, cuando era escultor de cámara del Rey de España, cuando poseía

en los Madriles un famosísimo estudio que frecuentaban colegas, músicos y escritores.... Su principal esperanza fúndala, no en que le liquiden alguna vez la indemnización a que tiene legítimo e innegable derecho contra el Gobierno de Guatemala, nó, la funda en poder vender las varias telas de que ha venido adueñándose, desde España, y que él atribuye a grandes maestros; calcula que su tesoro valdrá muchos miles de pesetas, lo cuida más que a las niñas de sus ojos y no lo deja ver del primer venido... En ocasiones, a sus solas, se da un hartazgo de contemplación muda, de avaro... Y aunque yo fío lo indecible en su talento y en su pericia, a las veces asáltame la duda de si en realidad sus viejas telas serán el tesoro que Justo quiere que sean.....

16 DE SEPTIEMBRE.—Celebración, en casa, del 91.° aniversario de nuestra independencia nacional, dentro de mi carácter de representante diplomático.

Aunque se hace lo de siempre, lo de siempre en estas ocasiones es también siempre nuevo y siempre grato.

De las tres partes en que la celebración se divide, prefiero la ceremonia de la mañana, cuando los mexicanos trabajadores, los mexicanos pobres, se reúnen y reunidos vienen a saludar a "su Ministro..." Sus discursos, muy trabajados, dichos con gran esfuerzo y marcado encogimiento, me conmueven hondamente, por lo sinceros que son, por lo que la abstracción de patria palpita en palabras enrevesadas y ademanes zurdos. Luego, trinco con ellos, a cada uno le estrecho la mano, y ellos y yo nos separamos tan conten-

tos, queriéndonos de veras, unos instantes a lo menos.... Después.... ¿qué importa que ellos y yo mutuamente nos echemos en olvido, si de olvidos está llena la existencia?... Nos quisimos unos instantes, y sobra; hasta el año próximo, si Dios y las asechanzas de nuestras vidas respectivas lo consienten.

A la noche, la serenata de ritual por la banda guatemalteca, a la que asiste la *élite* de la colonia. El edificio de la Legación iluminado eléctricamente; nuestro himno ascendiendo a los astros y sacudiéndonos antes una porción de fibras recónditas; la bandera mexicana meciéndose con la brisa tibia de esta tierra privilegiada, en la que, por una injusticia moral y una exigencia geográfica, no se nos ama. ¿Quién nos manda ser país limítrofe y más fuerte?....

30 DE SEPTIEMBRE.—Al cabo de siete sesiones ásperas, del 19 acá, pude al fin dar término al cap. IV de la primera parte de "Santa."

7 DE OCTUBRE.—Los contadísimos intelectuales militantes de "estos reynos," en periódicos y corrillos se han puesto un tanto hoscos contra el modernismo excesivo de Rebolledo, que ha publicado una novela corta "El Enemigo", y algunos versos, impecables en su mayoría, en los dos principales diarios de Guatemala. Y aunque también contra Chocano hay su mar de fondo, como Chocano no es de México sino del Perú, la hostilidad resulta harto menor, no obstante que noches atrás hasta contendieron literariamente en el "Excelsior," el propio Chocano y Enrique Martínez Sobral. Pero Chocano, que cuenta aquí con decididos

adeptos, puede si quiere, contribuir a que la cincelada labor de Rebolledo vaya siendo mejor aceptada y comprendida.

Por eso la noche de hoy los reuní a comer en casa, y se pasó una velada agradable; el acercamiento de los vates parece sincero.

Chocano escribió en páginas de mi álbum de autógrafos, la siguiente improvisación:

"A FEDERICO GAMBOA:

"Tienes un hijo como yo: mi lira
"que en las discordias de la lid se inspira,
"busca un regazo en el hogar prolijo;
"y por lo mismo que al amor aspira,
"no se consagra a ti ¡sino a tu hijo!

"Al besar a tu hijo, al mío beso;
"y cree tú que el arte que te encumbra
"es cual el mío, frágil como el yeso;
"pero tu amor, como éste que me alumbra,
"es de verdad: no es arte, es carne y hueso!

"Despreciemos los dos la falsa gloria;
"pero eso sí, aprendamos de memoria,
"de dos hijos al par en la terneza,
"que hay del artista al arte igual historia
"que la que hay del amor a la belleza!..."

...—Cuánto me ha podido el fallecimiento de Rafael Spínola.... Se le hizo entierro oficial, con asistencia de Estrada Cabrera. El cadáver se hallaba expuesto en el Ministerio de Fomento; edificio que fué

de México, en el que yo hice mis primeras armas en la Carrera, a fines del 1888, y que por lo mismo evócame puñados de recuerdos multicolores, predominando los juveniles y los venturosos.

No estará mal, de paso, censurar a mi Gobierno, que consintió el abandono de un inmueble que no tiene rival en toda Centroamérica. Su primer dueño, el Ministro guatemalteco don Martín Barrundia, que alcanzó trágico fin (la tragedia en Centroamérica, con excepción de Costarrica de algunos años acá, es permanente), a bordo de un paquete de la *Pacific Mail*, el "Acapulco." Véase para más detalles del incalificable y proditorio asesinato, el tomo segundo de "MI DIARIO," a págs. 94 y 95. Cuando aquellos sucesos, era Presidente de Guatemala el Sr. D. Manuel Lisandro Barillas.

Del difunto Barrundia se cuentan periquitos; fué figura de gran relieve en la administración terrorista y sanguinaria de Justo Rufino Barrios; una especie de ministro universal y omnipotente; acúsasele de innúmeros desafueros y delitos; se le tacha de cruel y déspota.... Una hoja de servicios bien negra.

En los días de su mayor poderío y privanza, Barrundía edificó la casa, y consiguientemente, se fabricó un verdadero palacio, que, repito, carece de igual en toda Centroamérica, por lo que respecta a magnitud, comodidad, etc. Sólo patios, posee cuatro, y el principal hasta con juegos de agua en las fuentecillas de su jardín. Ostenta detalles inusitados: plafones de estuco y madera, cristales grabados, en sus vidrieras, herrajes de cobre importados, salones, baños de azulejos, vastos corredores, *belvedere* en el techo, con

cuatro quetzales de bronce en los cuatro ángulos de su baranda.

Este quetzal, pájaro emblemático y sagrado, muy parecido en belleza al ave del Paraíso, es fama que muere antes que soportar cautiverio, y forma el motivo principal del escudo guatemalteco ¡como símbolo de libertad!, aquí, donde la libertad es tan escasamente conocida....

Cuando don Eduardo Garay fué Ministro de México, tuvo a los comienzos de su misión un largo período de luna de miel con el Presidente de Guatemala; pues tal ha sido la regla invariable con cuantos hemos venido de representantes: al pronto, luna de miel, que a la corta o a la larga,—más a la corta que a la larga,—en luna de hiel se trueca y transmuta. *Sicut erat in principio*... En la luna de miel de Garay, pues, y ya Barrundía de capa caída, por lo que ustedes gusten sacaron a remate su palacio. El Presidente Barillas externó el agrado con que vería que el edificio pasase a ser propiedad de México, y los demás postores cedieron el campo a nuestro Ministro, quien en baratísimo precio adquirió para nuestro Gobierno una propiedad inmejorable, y la Legación Mexicana se instaló en casa de su propiedad, con visos de no abandonarla nunca.... Transcurrieron algunos años (yo andaba por Buenos Aires), y allí supe que México había retrovendido a Guatemala el magnífico inmueble, con una ventaja en el precio, mezquina para un particular e irrisoria para un gobierno. ¿Por qué?...

Porque el General don Ignacio R. Alatorre, en aquella época nuestro Ministro, y en aquella época también, en las dulzuras de su luna de miel con el

Presidente Reyna Barrios, (que en su patente afán por embellecer la capital de su República, venía codiciando la casa de Barrundia para destinarla como desde entonces quedó destinada, a albergar el Ministerio de Fomento y la Dirección del Ferrocarril del Norte), le ofreció trabajar en el ánimo de nuestro Gobierno al efecto de que consintiera en la retroventa. Y nuestro Gobierno consintió, y perdimos por siempre aquella propiedad.... En cambio, el erario se benefició con le *enorme* diferencia de unos ¡¡¡veinte mil pesos!!! si no me engaña mi memoria. Un negocio redondo.

Hoy que vengo a ella, para asistir a los funerales de un amigo y de un amigo intelectual de valía, la murria que desde que no es nuestra me ha atacado las raras ocasiones que he transpuesto sus umbrales, mucho se acrecentó en intensidad...

Me señalaron puesto muy próximo a Estrada Cabrera, que preside el duelo. La ceremonia, a pesar de discursos y panegíricos, hueca, cual huecas son todas las ceremonias oficiales, lo mismo si se trata de un entierro, que de un comelitón o de un sarao. Apenas si escuché las galas oratorias y fingidas... O resucitaba al muerto, con el que me ligó cordial simpatía, o evocaba los días juveniles que se me consumieron dentro de estas paredes, que algo saben de mi vida....

Hasta el cementerio, en carruaje. Un cementerio, éste de Guatemala, tan risueño y dulce, tan poderosamente poético, que poetiza y embellece hasta la misma muerte...

Más discursos en el salón de la derecha; lento desfile de funcionarios, deudos y amigos, camino de la fosa

recién abierta. La inhumación, las paletadas despaciosas volcando su contenido sobre el ataúd, con ruido siniestro y sofocado, hasta no colmar la fosa, despiadadamente, con secreto afán de que los *vivos* perdamos de vista a los muertos, y ya no nos ruborice perderlos luego de la memoria... Despedidas, con semblantes y frases de circunstancias, en la reja; el regreso de los que todavía vivimos y por ende nos suponemos, si no invulnerables, sí sanos y rozagantes, aunque nos aflijan innúmeros alifafes y telarañas. De los circunstantes enlutados, que se distribuyen en los carruajes, pocos acusan un sentimiento sincero; se encienden cigarrillos, se ayuntan amigos y conocidos para regresar de charla y de broma: son los indiferentes... Descubro una pareja de bracero, que sí ha de haber sentido de veras la ida de Spínola: Juan J. Ortega, el talentoso galeno, y José Joaquín Palma, el tierno bardo cubano que ha hecho de Guatemala su segunda patria; ambos querían entrañablemente al muerto...

22 DE OCTUBRE.—Hoy debe de haberse inaugurado en México la segunda Conferencia Internacional Panamericana.

Convencido de la inutilidad de ella, viéneme a las mientes el espiritual retruécano de un "pelado" mexicano,—nuestros *voyous*,—que al enterarse, cuando comenzaron a anunciar la reunión de semejante congreso, de que se efectuaría en México y de que se preparaban grandes festejos, exclamó:

—¿Y pa qué nos van a dar de ese pan americano, si nosotros lo que comemos es pan bazo?...

Exclamación que, analizada, resulta profunda y filosófica.

28 DE OCTUBRE.—Se acabó el último capítulo de la primera parte de ''Santa.''

Progresan mis amistades con el joven abogado, Académico Correspondiente de la Real Española y novelista guatemalteco, Enrique Martínez Sobral. Se ha hecho costumbre que venga a verme los domingos a la tarde, y que algunas noches nos acompañe a comer.

Me fué presentado por el profesor mexicano don Rafael Aguirre Cinta, a los principios del 1899, poco antes de que diera a la estampa su primer libro ''Prosas''—prologado por otro escritor inteligentísimo, don Rafael Pineda de Mont, h.,—y que tuvo extraordinaria aceptación para lo raquítico del movimiento literario guatemalteco. En ''Prosas'', consagró Martínez Sobral un juicio crítico benévolo y encomiástico, sobre mi ''Suprema Ley,'' y de ahí datan nuestras buenas relaciones, más gratas mientras más van afianzándose.

Después, bajo el título general de ''Páginas de la Vida,'' hasta ahora divididas en dos series, lleva publicadas cuatro novelas: ''Los de Peralta,'' ''Humo,'' ''Su Matrimonio'' y ''Alcohol,'' y se halla en prensa la quinta ''Inútil Combate,'' dedicada a mí en los términos más halagüeños, véase si no:

—''Al señor Don Federico Gamboa

''Mi querido amigo:

''A Ud., el primer novelista de la América españo-
''la, va encomendado este libro mío, que alguien lla-

"mará *libro de duda* y que yo califico de *libro de cer-*
"*tidumbre,* por creer que de él resulta establecida la
"conclusión de que ningún hombre, en orden alguno
"de la existencia, tiene el derecho de aniquilar la
"personalidad que del Creador recibió con destino
"al cumplimiento de altísimos fines.

"A Ud. que, en METAMORFOSIS, más que en
"SUPREMA LEY, ha cantado el himno triunfal del
"amor, corresponde mejor que a nadie la dedicatoria
"de este mi INUTIL COMBATE, en el cual canto,
"a mi manera, si bien con voz destemplada e inse-
"gura, estrofas de ese himno sublime.

"Acepte Ud. que honre la primera página de esta
"*novela corta,* con su nombre, que es alto nombre.

"Así tendrá mérito este engendro de quien le quie-
"re y le admira,

"E. M. S.

"Guatemala, 10 de Diciembre de 1900."—

La parcialidad manifiesta de dedicatoria semejante, védame calificar la ya considerable labor de Martínez Sobral; pues lo mucho bueno que diría yo de ella, a la fuerza se interpretaría, por maleantes y mosquitos literarios, como forzado agradecimiento y cual si él y yo perteneciéramos a la vasta asociación de Elogios Mutuos, con matrices en París y Madrid, y sucursales dondequiera que alienta gente de pluma. Y por Dios que lo siento, aunque de sobra me consuela lo que sus libros van vendiéndose por estos rumbos, refractarios a empresas de letras (fuera de las de cambio, que las transacciones del café ¡el grano de oro!

originan); y recompensando al autor con larga y no usurpada fama.

Cuando él era un adolescente y yo un joven,—en el 1888,—conocí a Enrique Martínez Sobral, en una finca de Chinautla, donde veraneaba con su padre, Ministro a la sazón de Relaciones Exteriores en el Gabinete de don Manuel Lisandro Barillas. Tendría Martínez Sobral unos diecisiete años, la edad más o menos de su amigo y camarada Enrique Gómez Carrillo, este último ya escritor desde entonces. (Aun guardo entre mis recortes un juicio crítico de Gómez Carrillo, sobre "El Mechero de Gas"—el primero de los cinco cuentos que publiqué en volumen titulado DEL NATURAL,—aparecido en "El Imparcial" de Guatemala, en diciembre del 89. Ya despuntaba la personalidad que ha resultado después Gómez Carrillo, en buen decir incisivo y castizo. El juicio de que se trata, tiene valentías increíbles en un muchacho; tildábame de "afrancesado," rompía lanzas por el español y por todos los españolismos, principalmente los de lenguaje, y saladísimamente, atenta su corta edad, a vueltas de cargos y censuras contra el naturalismo, me llamaba joven, siendo él casi un niño) Apenas si paré mientes en Gómez Carrillo—que se firmaba sólo Enrique Gómez—y en Martínez Sobral; mi amistad radicaba en sus padres respectivos: oficial, con el Ministro de Relaciones Exteriores, estrecha y muy cariñosa, con don Agustín Gómez Carrillo, el atildado historiógrafo con quien todavía me unen lazos bien atados de recíproco afecto.

Mi ausencia de Guatemala, que se prolongó dos lustros cabales, hízome naturalmente perder de vista a

Martínez Sobral; pero al acercarnos Aguirre Cinta, sucedió que mis brazos se abrieron sin esfuerzo para brindar al actual novelista muy cordial bienvenida. Hasta de físico es agradable, por más que gusta de variar de fisonomías a modo de actor en ejercicio: ora se deja toda la barba, con lo que adquiere muy legítimo aspecto moruno, ora luce bigote nada más, ora se presenta afeitado como una rodilla. Habla con marcado ceceo godo; es fumador impenitente de cigarrillos; sus nervios lo traen a mal traer, y así no está nunca quieto ni callado. Su charla es fácil y chispeante, con sus ribetes de cáustica; se ha recibido de abogado en Guatemala y en Santiago de Chile, de donde guarda plácidos recuerdos que a cada paso saca a que se oreen y conozcan; ha sido juez en la Antigua, abogado postulante en toda la República, y hoy diputado a la Asamblea Legislativa; es casado y varias veces padre, con muy fundadas probabilidades de que su paternidad se multiplique aun hasta la docena de vástagos cuando menos.

Sospéchome que, no obstante su investidura legislativa, no las tiene todas consigo y fundadamente se teme que en cualquier momento se desencadenen en su contra las formidables y tortuosas iras presidenciales. No me lo ha dicho a las claras,—es rarísimo que aquí nadie se confiese a las claras personalidad poco grata al Gobierno,—pero sí hámelo dado a entender, y mucho insiste en manifestarse deseosísimo de transladar a México sus penates y bártulos por toda una eternidad.

27 DE NOVBRE.—Dí término al capítulo I de la se-

gunda parte de "Santa," comenzado desde el día 4.

La situación política, continúa amenazante y turbia; y este descontento ambiente que se respira en Guatemala,—eco de lágrimas, fragmentos de confidencias dolorosas, narraciones susurradas de atropellos y desafueros que quedan en la sombra y en la impunidad, odios acumulados, anhelos destructores y homicidas: toda la gama que resuena sofocadamente en los países despotizados!—le amarga a uno la vida, aunque no le toquen de cerca sus horrores...

11 DE DICIEMBRE.—Hace un año que partimos rumbo a México.

12 DE DICIEMBRE.—Acabé hoy la lectura de "*Paroles d'un Homme Libre*" de Tolstoi, y me encuentro con que el gran novelista ruso, en cierta época, muy arraigado tuvo el vicio del juego!... ¡Lo mismo que Dostoievsky!...

13 DE DICIEMBRE.—Llégame de Chiapas un número de "La Revista de Soconusco," en la que me atacan ruda y ruinmente.

14 DE DICIEMBRE.—Concluído el capítulo II de la segunda parte de "Santa;" lo he escrito en doce días.

22 DE DICIEMBRE.—Cumplí 37 años.

31 DE DICIEMBRE.—Con el año se terminó el cap. III de la 2.ª parte de "Santa."

1902

1.° DE ENERO.—¡Año Nuevo!

Válgame el que, por malas que sean sus intenciones en mi contra, jamás será peor que el que ha expirado apenas.

12 DE ENERO.—Nutrido correo de México.

Probabilidades remotas, pero encantadoras, de que me transladen a Londres. ¿De veras se pensará en sacarme de mi prolongado destierro guatemalense?... Sólo sentiríalo por los cuantos amigos que aquí dejaría sin amparo.

16 DE ENERO.—En busca de fortaleza para mi hijo, que harto la ha menester, y de un restablecimiento para mí, harto inválido y descuadernado después de la enfermedad de estómago que por poco no me liquida en los tres meses que llevo de padecerla, la emprendimos hoy, dentro de carruaje alquilón con vistas a diligencia, hasta una finca llamada "Villalobos," propiedad de la familia Samayoa, y bondadosamente puesta a nuestras órdenes.

Unas dos horas de camino, cuesta bajo casi siempre, a partir del Guarda Viejo. El camino, delicioso,

delicioso, delicioso, como todos los de esta hechicera Centroamérica. ''Villalobos'' queda en el fondo de una hoya natural, emparedada por montañas gigantes y verdes; a cortísima distancia de Villanueva, un pueblecillo con cura párroco, autoridades laicas, y, a los medios de su plaza, una robusta ceiba, la ceiba infaltable de estas regiones, copuda, centenaria, seguro domicilio de pájaros, de recuerdos, de cierta melancólica poesía.

Para entrar en la finca, hay que cruzar el cauce de un regato y dejar, a sus entrambos lados, enanas rancherías humeantes, de cerca florida, en que moran los peones, que aquí se llaman mozos. (A su tiempo se hablará del inhumano tráfico de que son víctimas). Una última vuelta, a la izquierda, y bajo oliente bóveda tupida de hojas y ramas, hollando tierra negra de puro vegetal, el carruaje, flanqueado de árboles añosos que a modo de centinelas impávidos guardan y hermosean la heredad, el carruaje avanza con lentitudes forzadas, a causa de la enfurecida jauría de mastines que se tiran a las mulas y a las llantas de las ruedas polvorientas... Al fondo de la calzada magnífica, se alzan, la vivienda y las dependencias de la finca, edificios en ruínas casi, roídos de lepras y de soles: trojes almenadas, restos de una fábrica de cerámicas, una antigua capilla... Al final de la calzada, divísanse un fragmento de los corrales, caballos sueltos, más perros que ladran a los intrusos... Por dondequiera, árboles y flores y plantas y hojas; trascienden la salud y la vida, respírase paz... El mayordomo, su familia, los mozos, nos aguardan descubiertos y sonrientes, respetuosísimos, con el respeto

heredado que distingue a los campesinos autóctonos de nuestra América. Hasta la dulzura de la luz que desmaya, son las 5 dadas, contribuye a realzar el sabor geórgico del conjunto; todo es verdad y belleza, hasta aquí tal vez no alcance la maldad humana. Y mi idolatría incurable por el campo, me corta el habla, miro y miro, sin hartarme de mirar...

La vivienda, tal cual; hay un colgadizo o corredor techado y con columnas sencillas, al que se baja por cinco gradas; a su frente, espacioso cuadro con árboles, tapizado de césped; adivínanse lontananzas gratas, se delata una cocina, se oye muy débil la romanza del agua; más allá, los montes, sus enormes moles de paquidermos, bebiendo los postrimeros estremecimientos de la tarde. A la izquierda del ancho corredor, las habitaciones, primero la sala, con muebles de Viena, un piano, el piso cubierto de esteras, cortinas de punto en la puerta y en sus dos ventanas de batientes de madera sin cristales; después, dos dormitorios, que se comunican, con todos los menesteres indispensables; luego, el comedor, estrecho y de una sola puerta. En el extremo, la capilla nueva, pequeñina, con pocos afeites y muy escasa de imágenes; en su único altar, la pintura imprecisa de una imagen milagrosa, de la Virgen de la Candelaria, que vienen a adorar desde algunas leguas a la redonda. Toda la capilla tiembla y vacila, por culpa de los parpadeos de la lamparilla de aceite que la alumbra, pendiente del techo.....

Salimos a conocer los interiores; al cabo de un pasillo, del otro lado de las habitaciones, nuevo colgadizo, una bodega a la izquierda, el guarnicionero, junto

a su puerta un poyo desgastado, desde donde señoras y caballeros alcanzan el estribo los días de cabalgatas. Transpuesto este segundo cobertizo, una cocina, ''la de los amos,'' lavaderos bajo techado, y el corral, con puerta de cantería a la izquierda, y a los fondos, tranquera que incomunica de la ordeña, del abrevadero de las bestias, y de unos campos cercados en los que hay algunos plantíos de caña de azúcar y unos arbolazos venerables. A los centros del corral, el bramadero, y todo el testero de los fondos, ocupado por macheros y caballerizas para los animales finos, de silla y de tiro.

A la izquierda de la ordeña, y del abrevadero que se ase al muro de las caballerizas, restos de un molino, una gran rueda dentada que se oxida inútil y abandonada; digo, no tan inútil, que más de una gallina con cría la frecuenta y aprovecha. Enmarañada y caprichosa topografía. A los frentes de la vivienda, más allá de la cocina del mayordomo, escondido entre las frondas, tazón desconchado que se llena a voluntad y que sirve de baño... hasta lo limita un banco rústico, curvo y resabioso a siglo XVIII; evoca, dentro de su fisonomía de ruina, ora un rinconcito de Trianón, ora una decoración de teatro... Por dondequiera, tonalidades verdes, ramazones y árboles, y a los fondos de todos los paisajes, montañas y más montañas, próximas, remotas, azules, verdegueantes, color de esmeralda. De todos los rumbos, en el dulce atardecer que va acentúandose, rumor de vida: zumban las abejas, gorjean y trinan los pájaros, muge el ganado, tañen esquilas, resuenan cantares campesinos, ladran canes relinchan caballerías, flotan perfumes

desmayados de plantas silvestres, de rosales y violetas... Es Arcadia, una Arcadia diminuta y escondida, lejos de las revoluciones y de los odios de los hombres.... Con las sombras de la noche que se acerca sin ruido, aquello adquiere una idealidad que me subyuga, que me fuerza a detenerme aquí y allí, sin otro objeto que prolongar mis contemplaciones, saturarme de quietud y de paz, las que mis nervios enfermos me reclaman... Y como de súbito estalla a distancia la risa de plata de mi hijo, que tanto alegra y alivia a mi ánima enferma, seguro de que no me ve nadie, en amante comunión con la Naturaleza, agradecido de vivir y de que ría mi hijo, dibujo en la diafanidad de la atmósfera una amplia bendición casi sacerdotal que lo abarca todo, para después sepultarse en las agonías crepusculares y en las iniciales vibraciones de la noche, que, igual a los seres y a las cosas, empieza a cobijarnos.

15 DE ENERO.—Muy a menudo nos trasladamos a la vecina Villanueva, en carruaje, y más generalmente a caballo, por la ancha carretera que serpenteando sube hasta el pueblecillo.

Han comenzado las amistades con los villanovenses: unas señoras, propietarias de la tienda mejor surtida; la lavandera y su crecida prole; la autoridad, encogida y hosca, porque siendo nosotros mexicanos, con desconfianza hay que tratarnos; la chiquillería de la escuela del Gobierno ubicada en la plaza, a la que las gargantas infantiles lanzan su delicioso canturriar cuando deletrean el silabario; y el cura párroco de Villanueva y Petapa, don J. Antonio Roldán, un se-

sentón cenceño y recio, espigado de cuerpo, varón de más experiencia que ciencia y con lindes hacia el buen humor; creyente a macha martillo, hasta con sus ribetes de agresivo e intransigente, enemigo de liberales y franc-masones,—que para él son en el fondo sinónimos,—testigo de muchos horrores centroamericanos y guatemaleses más particularmente, que gusta de repetir y aun de comentar cuando ya cobró confianza en sus interlocutores; humanista a las veces y partidario siempre de frases rotundas y bien parladas; aseadísimo de rostro, cuerpo y sotana; tocado de jipijapa albo y arriscado; de pañuelo de seda al cuello; y fumador impenitente de cigarrillos de hoja. Es jinete consumado y no carece de arrestos varoniles.

El curato,—que por estas tierras se nombra *el convento,* aunque nada más lo habite una sola persona,—se halla pegado al templo, en sí mismo enano e inexpresivo, muy dado de cal, con atrio florido y cercado, puerta de reja y macetones de ladrillo en sus bardas. Al curato súbese por cinco escalones de aristas desgastadas por los pies descalzos de los feligreses que hace siglos lo frecuentan; en su fachada, figuran también dos ventanas, una a cada lado de la puerta, con visillos que fueron blancos y vidrios legañosos y opacos. Transpuestos los dinteles, hay un pasillo provisto de dos poyos enjalbegados, y se penetra en la habitación principal de la vivienda, que es a la vez oficina parroquial, comedor y dormitorio, por lo que adviértese gran mescolanza en el mobilario; hay un escritorio con libros y papeles, los registros parroquiales; mesa ahulada, para los ágapes parcos del cura de almas; catre y mesa de noche, en uno de los án-

gulos; percha de madera con colgaderos ocupados; armario y cómoda; diminuta biblioteca en tablas que con cordeles se agarran del muro; un reclinatorio a los pies de Crucifijo de mediano tamaño y factura no mala; santos y santas en litografía y en cromo; lamparilla suspendida de otra pared, y sillas, una mecedora, un taburete; arrumbados en un rincón, ciriales en desuso, restos de candeleros presbiteriales apolillados... El piso, cubierto de esteras, y a trechos asomando el maderamen fregoteado y caduco.

En el lienzo frontero al de la entrada, puerta con escalera que cae al corral, huerto y jardín del "convento," y que comunica con una de las entradas laterales de la iglesia. Desde la estancia divísanse algunas hortalizas, el machero en que habitan las dos mulas del dueño de la casa, los lavaderos, las gallinas que van y vienen con cría y sin ella; en pos de un sultán de cresta sonrosada, variopinto de plumaje y de crecidos espolones. El guardián, lanudo y negro, tumbado al sol, duerme profundamente.

Concluído el negocio que me llevaba al curato (ver si el P. Roldán puede decirnos misa domingos y fiestas en la capilla de la "finca,"), después de una inspección ocular en el templo, donde me enamoro de un viejo cuadro místico con marco de talla, después de una charla prometedora de buenas relaciones, aupados por el sacristán, que no ignora los oficios de espolique y mozo de estribo, al apresurado y sabroso andar de las bestias, ganamos nuestros prestados dominios, bajo un sol capaz de tostarle los sesos al más pintado.

18 de enero.—Fuerte y prolongado temblor a las

5 y 45 de la tarde, que mi hijo festeja con risas y carantoñas, por ignorante de sus peligros posibles.

20 DE ENERO.—Pronto he normalizado mi vida.

Voy a Guatemala dos veces por semana, caballero en una mula episcopal, si a sus excelencias y comodísimos andares ha de atenderse. Pasa de las siete cuartas en su alzada, es ancha de encuentros y redonda de ancas, muy metida de cola y muy fina de remos, grulla de color, las orejas acaballadas y móviles, vivos y negros los ojos, amiga de galopes y enemiga de resabios, blanda al freno y nada asustadiza, de mucha vergüenza para tolerar látigo ni espuela; un portento de mula, como sólo suelen verse en Centroamérica, donde lo suizo de sus caminos obliga a que se las prefiera a los bucéfalos. El cabalgar en ellas me resulta un deleite y juego de chicos las tres leguas y media de ida y las otras tantas de vuelta, que tengo de tragarme en mis excursiones bisemanales.

Si el viaje a Guatemala lo realizo con la parienta y el vástago, el sistema de locomoción se altera y muda; entonces la emprendemos dentro de un *sulky* tirado por corpulenta y mansa yegua californiana, de trote largo y sostenido, que apura las distancias con las mismas ganas que embodega piensos.

En Guatemala almuerzo, cumplo compromisos sociales y despacho asuntos oficiales, y a eso de las 5, "a mis soledades vuélvome," a tiempo que el sol, el insolente y despiadado sol de los trópicos, principia su descenso y sus breves ocultaciones intermitentes tras los picachos y crestas de la sierra, hasta su final zampuzo, allá, al Poniente que se incendia y ornamen-

ta con gualdas, nácares y perlas, en tanto los últimos rayos luminosos y flamígeros se extienden por los cielos a modo de frustrado castigo, de amenaza perpetua de que si esta tarde nó, alguna otra ha de acabar, a pesar de sus bellezas, con este orbe pecador y empedernido.....

Retardo el arribo; ensarto la charla con mi espolique—un mozo chapín, a horcajadas en ''recado'' vernáculo, que suele despotricar conmigo, porque ya somos de confianza; interrogo arrieros y caminantes, cuando ellos lo consienten, que es casi siempre (los humildes de aquí son *mutatis mutandis* como los humildes nuestros, vale decir, que en cuanto se cercioran de que aparentemente no se les sigue mal ninguno, se franquean hasta cierto punto, a reserva de *enconcharse* cuando sus refinadas y recónditas malicias creen advertir riesgos o responsabilidades con sus respuestas); deténgome en cierto rancho ubicado mitad sobre el abismo y mitad al borde de la carretera, cuyos dueños venden *tiste,* frutas y tabaco a boyeros y viandantes, y perfecciono, sin llegar a ajustarlo, un contrato de compra-venta: ando deseosísimo de adquirir un guarda-barranco, canora especie exclusiva de estas comarcas, que en sí misma reúne mucho de nuestro clarín y de nuestro jilguero.

Y al capricho de mi mula, sigo peñas abajo, a la media luz del crepúsculo instantáneo que viste de cendales los contornos. Cuando la cuesta da fin y que los cascos de la bestia se empapan en el regato murmurante que por este lado deslinda la finca, penetro en plena ranchería por la ancha vereda que separa a las apretadas casucas de los mozos, cercadas de flo-

res, precedidas de jardinillos descuidados, respaldadas de corrales diminutos en los que pavos y gallinas han enmudecido, y los verracos y lechones todavía siguen hozando los desperdicios y los lodos; de algún corral, se alcanza a ver la silueta de jamelgo flaco, descansando sobre las cuatro patas, el pescuezo ligeramente inclinado hacia la tierra, como si reflexionara en lo ruin y contrario de su sino.... De las entrañas de las viviendas, salen humos que huelen a modestos yantares, ecos de voces adultas y de lloros infantiles, resplandores ígneos que se recuestan un instante en el polvo de la vereda; apoyados en las jambas de las puertas o posada una mano en las cercas vegetales, los hombres piensan y fuman a sus solas, o charlan en parejas y grupos que tienden a borrarse; los chuchos, exagerando sus iras, salen disparados y se tiran a los corvejones de mi *macha,* que algo se inquieta y solivianta.... En el cielo se han encendido los astros, y la finca, iluminada, acribilla a las sombras sin cesar en aumento... Llego, repartiendo ''buenas noches'' a porción de sombreros tremolados en lo obscuro y a porción de labios amigos, cual si fuese yo un obispo de regreso a su sede... Entro por último, en la calzada de la finca, la bordeada de árboles centenarios, hasta la que se adelanta, festejosa, la cuadrilla de perros bravos que la guardan. Y al apearme, cansadísimo, en la boca del corredor, un mozo ase las bridas de la mula, y mi mujer y mi hijo me dan la bienvenida.

Casi reñimos hoy el Ministro de Relaciones Exteriores, Juan Barrios M., y yo.

Principié los arreglos para la impresión de "Santa."

21 DE ENERO.—*Surménage* por mis dos caminatas a caballo, que fuérzame a pasar la mañana ocioso y tumbado en la cama, sumido en un profundo marasmo.

Hasta eso de las 4 de la tarde no pude ponerme a escribir en mi libro.

Los sábados solemos tener visitas a dormir, Rafael mi cuñado, los Béguerisse o los León, Rebolledo y Rodríguez Parra, que con nosotros permanecen hasta el lunes siguiente.

El domingo último, hice con Béguerisse, una excursión hípica a Amatitlán, la del lago. En Amatitlán discurrimos proveernos de frutas y pollos, que atamos a los tientos de las sillas, aunque con tan mala fortuna para los pollos, que dos llegaron ahogados, a causa del calor, probablemente, o de que venían colgados de las patas. Sentimiento grandísimo para mi hijo, la doble defunción accidental; el muchacho está saliéndome, y yo se lo fomento, ardiente simpatizador de toda clase de animales, los domésticos sobre todo: de ahí, a querer a sus semejantes, poco qué andar ha de quedarle.

22 DE ENERO.—Curioso lo que varían las prácticas y costumbres en cada pueblo. Aquí, por ejemplo, en plena finca de campo, la ordeña es a las 8 de la mañana; en la *ciudad de Quauhtemalan,* el mercado ábrese cerca de las 10; la Plaza de Toros, tiene una calle *practicable,* que separa la contrabarrera de las primeras gradas, y el Hipódromo carece de paseo frente

a las tribunas... Aquí debió de haber escrito Huysmans su *Au rebours*.

24 DE ENERO.—Estuve ayer en Guatemala; y con motivo de los sucesos actuales: conjuras, represiones, atropellos, cómo salta a la vista la miseria del Gobierno y la miseria de los gobernados; la de éstos muy más disculpable que la de aquél. El Presidente de la República, a quien tanto pido en obsequio de mis paisanos y los suyos, perseguidos por igual, es hoy la segunda vez que niégase a recibirme, alegando un mal grave de anginas. Me rehusé a tratar con su Subsecretario de la Guerra, comisionado para escucharme en su nombre.

Decididamente, el campo me serena y embelesa. Ojalá que hoy no me interrumpan, y pueda dar punto al penúltimo capítulo de "Santa."

26 DE ENERO.—Malas noticias, ayer, de mi hermana enferma.

Arribó hoy a Guatemala el Presidente de Costarrica, D. Rafael Iglesias, con quien me liga muy buena amistad privada, amén de la oficial; esperemos festejos, es decir, esperemos tedios.

Mi señora doña Antonia Zaldívar de Blanco, mi anfitrión de ha poco, por suponerme gratuitamente protector de unos ricos conterráneos suyos, con quienes litiga en los tribunales, rompe lanzas conmigo y enderézame una epístola por demás injuriosa. Y por si esto no fuera bastante, la tía de un mexicano homicida, para quien logré un indulto, me pone de asco, a causa—dice—de que no le *saqué* indemnización (!!!);

un periódico de Chiapas, tíldame de porción de cosas; un compatriota, propóneme en carta un cohecho de $ 6,000.00; un cantinero, me hace responsable de lo que le adeuda "por tragos" el escribiente de la Legación, al que propino una jabonadura oral, y en la calle, camino ya de la finca, sostengo altercado agrio con un Don Nadie.

Hay días aciagos. *¡Je m'en veux a moi-meme!*

27 DE ENERO.—Invitados a comer en el curato, en debida y protocolar reciprocidad por parte del P. Roldán, compañero de nuestra mesa en dos o tres ocasiones, el palique se formaliza de súbito y se nos escapa por teosofías y ocultismos. Cuéntanos de un milagro patente ocurrido cuando la muerte de la señora su madre, allá en Guatemala, hace diez o doce años. Era la señora, devotísima de la Virgen del Carmen, adscripta a una de tantas cofradías de esa advocación, portadora del escapulario respectivo y fiel observante de cuanto al propósito ordena y manda la Bula Sabatina, en cuenta, rezar el Oficio Parvo, no obstante sus longitudes. Tenía encargado, para después de fallecida, que se revistiera su cuerpo con el hábito de la Virgen. Falleció en viernes, y la noche del sábado, que el velorio continuaba, fatigado el P. Roldán de la trasnochada de la víspera, fué y se recostó en un gabinete próximo a la sala en que yacía el cadáver, no sin recomendar que lo despertasen a determinada hora para reanudar preces y acompañamiento piadoso a los despojos maternos... El gabinete tenía otra puerta que daba al corredor de la casa, muy recogida y silenciosa a consecuencia del triste acaecimiento. Con

sueño de piedra durmióse en seguida, y minutos antes de la hora señalada, oyó que llamaban en los cristales del corredor. Se incorpora y divisa a una monja carmelita—el hábito es inconfundible—que le apuntaba hacia la sala primero, y hacia el cielo después... Muy impresionado y sin pizca de sueño, se encaminó a la vidriera, la abrió, y no halló a nadie; el corredor, lo mismo que la casa toda, persistía en su silencio y en su recogimiento... Más impresionado todavía, interroga a los demás familiares, a la servidumbre: ¿quién había llamado a una monja carmelita, y dónde estaba? ¿quién le había abierto el zaguán?... Sorpresa general y general negativa: nadie había llamado a monja ninguna, ni monja ninguna estaba en la casa tampoco...

¡Era el milagro!

Y me puntualiza éste. Es fama que a los devotos de la Virgen del Carmen, los que portan el escapulario y piden para sus cuerpos el hábito, al primer sábado después del fallecimiento, la Virgen se digna aparecérseles y salvarles el alma....

Dícemelo con una fe tan honrada y profunda, contribuye tanto el marco que nos encierra, el atardecer, el pedazo de huerto que desde la estancia se columbra, la esquila de la torre que comienza a tocar a Oraciones, la figura medianamente ascética del Padre, que los escepticismos se esconden quién sabe dónde, callamos todos, vuelta la memoria a infancias y purezas muertas también, y se registra una pausa larga, un silencio piadoso que antójaseme sufragio mental de todos, y mío muy principalmente, por nuestros padres muertos....

Encienden el curato.

Y la plática ahora, toma otros rumbos. El P. Roldán, hasta hace unos cuantos meses, nunca habíase separado del cadáver de su madre, con el que viajó por toda la República, de curato en curato. Es que, por un prodigio que los médicos más afamados de Guatemala pudieron comprobar, el cadáver se momificó maravillosamente, sin adquirir el repugnante e inexpresivo aspecto de las momias, antes con frescura tal, con tal apariencia de vida, de sueño mejor dicho, que a nadie provocaba ascos, y al hijo menos que a nadie. Entre otras rarezas, el cuerpo guardó relativa rigidez cadavérica. Y aquí da principio lo macabro: el P. Roldán no sólo cargaba con su muerta adondequiera que iba, sino que la mudaba de traje, lavábala, la sacaba al sol.... Nos puntualiza sus excursiones por serranías y valles, por pueblos y aldeas, sin confesar lo que llevaba dentro de aquel cajón de madera, cuidadosamente atornillado y de contornos regulares para no llamar la atención, el ataúd dentro de la caja trasportada a lomo de mula por caminos y vericuetos; y cuando menos una vez a la semana, la exhumación, el *tete-á-tete* funerario, el aseo del cuerpo venerado, con todo linaje de miramientos, las oraciones musitadas en voz baja, como si le hablara... Luego, el encajonamiento, la colocación del ataúd en sitio preferente de la desnuda alcoba monacal, la vida en común con los despojos empeñados en conservarse intactos...

Hasta que la cosa, al fin del dominio público y del científico, llegó a oídos del Arzobispo, quien ordenó al deudo la sepultación definitiva de la muerta trashu-

mante; aparte la irreverencia, había el peligro de que, fallecido el P. Roldán, el pobre cadáver insepulto parara Dios sabe dónde....

Y el P. Roldán enterró a su madre en el cementerio de Guatemala. Y esta segunda separación le fué, quizá, más dolorosa que la de la muerte.

31 DE ENERO.—Entregué ayer en Guatemala, a la tipografía de Arturo Síguere, la primera parte, ya recopiada a máquina, de "Santa." La impresión comenzará en seguida. ¡Dios vaya con ella y con el libro, por cuyo asunto nutro serios temores! No hago la edición en la Tipografía Nacional, como hice la de "Metamorfosis," para no tener con este Gobierno más ligas que las oficiales. El papel que en muestras me ha enseñado Síguere, magnífico por cierto, lo introduciré libre de derechos, gracias a mi prerrogativa diplomática.

Vagos rumores de que se me condecorará con la Legión de Honor.

1.° DE FEBRERO.—Banquete en la residencia presidencial de La Aurora, sitio incomparable, escondido más allá del Paseo de la Reforma, tras una vieja arquería colonial, las tapias de uno de sus lados, las ventanas de su "altillo" y una de sus entradas, recostadas sobre ancha carretera que al Guarda Viejo conduce; es finca y huerta, jardín y bosque; sus habitaciones, más que aceptables, ideal su temperatura, y a una distancia mínima de la ciudad. De mí sé decir, que gusto tanto de ella como de nuestro alcázar de

Chapultepec, a tal extremo, que así como si un día llegara yo a Presidente de mi tierra,—lo que nunca será, y por nunca serlo anticipo y rindo a Dios gracias infinitas!—ni con frailes descalzos me harían salir de Chapultepec en estación alguna creada o por crear, así también caso que pudiera yo ser Presidente de Guatemala,—y anticipo y rindo a Dios gracias más infinitas todavía, de que ello no ha de realizarse en jamás de los jamases!—nadie sacaríame de La Aurora, durante mi gobierno.

Después del banquete, parloteo frívolo—trascendental con don Rafael Iglesias, acerca de Presidentes centroamericanos (de los que poco bueno prométese mi ilustre interlocutor, si han de seguir en lo general como hasta hoy,—y él, Iglesias, modestamente se mete el primero en la colada), y acerca de la reciente conferencia pacificadora de esta epiléptica región istmeña—en obsequio a la justicia ha de declararse aquí, que Costarrica es la excepción desde hace algún tiempo, el mirlo blanco, como si dijéramos!—celebrada en el puerto nicaragüense de Corinto entre los cinco Presidentes, menos Estrada Cabrera, asistidos de consejeros y Ministros de Relaciones Exteriores. (Opinan los maleantes que Estrada Cabrera no concurrió, a pesar de lo formal y solemne del compromiso internacional, por temores a un atentado posible contra su persona durante la ida o durante la vuelta; él, excusóse a última hora so pretexto de que en el actual momento político de Guatemala, su presencia era aquí indispensable). Parece que el Gral. Regalado dejó algo qué desear por su comportamiento pasablemente impulsivo.....

Deshice el trato con Síguere: la impresión de "Santa" saldría costándome unos $3,000.00 guatemaltecos, y no abundo en ese percal. Recogí mis originales.

2 DE FEBRERO.—Fiesta de la Candelaria, patrona de la finca.

En lo general, fisonomía análoga a nuestras fiestas mexicanas de naturales, y a las españolas, rusas, flamencas, etc., etc.; domina en ella la idolatría, agravada de alcoholismo superagudo. La humanidad, en sus capas inferiores sobre todo, apenas si deja conocer que lleva ¡veinte siglos! de caminar rumbo a la civilización: *nec varietur.*

Fuera de esos dos lineamientos generales, no censurables en lo absoluto, a pesar de que en sí lo son ambos, la fiesta abundó en color y en carácter. (Vaya Ud. a invitar para los ilotas y parias del universo entero, un sucedáneo del alcohol, que como el alcohol, siquiera sea por instantes y a trueque de la salud moral y material de las razas, borre las penas, ahuyente los dolores, y con espejismos morbosos ponga la dicha,—esta pícara dicha que todos perseguimos y que a todos nos es indispensable intermitentemente cuando menos!—al alcance de la mano, obsequie con asequibles quimeras, brinde con el olvido, que es el supremo bien para los que sufren...). La lucha contra el alcoholismo la encuentro admirable, pero incompleta, le falta la lucha en favor de la abolición de las desigualdades en el reparto y goce de los bienes terrenales. Y cuenta que entre las clases favorecidas, directoras, y demás tituladas, escasean los abstemios y temperantes, a pesar de que siendo poseedores de

otra porción de compensaciones, debieran de ser ejemplo y no escándalo. Clamemos contra el alcoholismo, combatámoslo con todas las armas y todos los medios, mas ofrezcamos algo en cambio, a los alcohólicos, nuestra enmienda siquiera. A ver quiénes se curan primero, si ellos o nosotros...

La fiesta, decía yo, abundó en color y en carácter, lástima que comenzara antes del alba, con unos camarazos capaces de arrebatarle el sueño al mismísimo Polifemo antes de perder su ojo. Ya desde días atrás, andábamos atareados en los preparativos del ornato: escogimiento de ramas frescas, de flores, colocación de guirnaldas de papel picado, alzadura de templetes y edificación de arcos. Desde la víspera habían dormido en dominios de la finca, *á la belle étoile,* los dueños de tinglados y puestos, y aun algo velaron para levantar éstos a entrambos lados de la calzada del ingreso.

La mañana se nos fué en prácticas religiosas: misa de tres padres, con sermón y desfile. Los oficiantes, almorzaron con nosotros. La tarde, tuvimos representación de cuadros alusivos, algo así como pastorela, con danzas de indios disfrazados y horripilantes, al són de chirimías y atambores. La noche, hubo iluminación de antorchas, de brea en cazuelas, baile y vendimias. Durante el día íntegro, lo menos dos millones de cohetes de todos los calibres, que a las personas nos pusieron sordas de tánto oirlos, y a los perros roncos de tánto aullarles.

La capilla, vióse muy frecuentada de fieles venidos de porción de rumbos próximos y remotos, que ofrendaron ceras, flores y *ex-votos,* que no pararon de re-

zar en voz baja, en voz alta, con sollozos, con lágrimas silenciosas, con cantos y con prosternaciones, según los temperamentos y penas de cada cual. El baile y los fuegos artificiales, viéronse honrados con la asistencia de las familias y de las autoridades de Villanueva; aquéllas, endomingadas, alardeando de su superioridad sobre los indios, y éstas, hoscas, de bota y látigo, de revólver al cinto, mirándonos de reojo a nosotros, que, por mexicanos, les resultábamos intrusos y doblemente extranjeros.

La verbena, se prolongó hasta las mil y quinientas; esclavos del protocolo, sin despedida nos entramos a acostarnos.

3 DE FEBRERO.—Caballeros en sendas mulas y escoltados por el sacristán, ahora en funciones de mozo de estribo, nos encaminamos el P. Roldán y yo hasta Petapa, donde también ejerce jurisdición.

Es de veras impresionante en esta Guatemala, cómo a pesar de la soberana belleza de sus campos, los pueblos y ciudades se hallan saturadas de profunda melancolía, mayor quizá de la que envuelve a México.

¿Provendrá de que el grueso de sus pobladores, aquí y allá, es netamente indio, y el indio, por razones históricas y raciales, es un desheredado de la dicha y de la alegría?...

El curato de Petapa,—el "convento,"—sin importancia; unas cuantas habitaciones destartaladas, un huerto mustio, un templo paupérrimo.

El villorrio, ni fu ni fa; su plaza, sus portales, su ceiba, inmensa, añosa, copuda.

5 DE FEBRERO.—A las diez y media, interrumpe mi escritura el P. Roldán, que viene a almorzar conmigo. Malas noticias de mi marco churrigueresco: tuvo el Padre que solicitar autorización del Arzobispo de Guatemala para cedérmelo, y nada le contestan; probablemente, mi limosna a la parroquia,—léase, precio del marco,—habrá que cargarla a pérdidas y ganancias.

Cuando regresaba de dejar al P. Roldán en su "convento" de Villanueva, puse mi mula al galope, que toda mi vida hame significado placer físico el galopar a caballo. Y sin duda cogí algún enfriamiento, porque mi neurastenia saca las uñas y tengo que interrumpir mi libro; imposible escribir dos líneas seguidas: vértigos y fobias, con sus coros y comparsas. Ni leer puedo, acostado ya; gáname miedo de sufrir un ataque al cerebro.

6 DE FEBRERO.—Día abominable. Jaqueca, tos, mal de garganta. Ni me acerco a mi mesa de trabajo, no hago nada absolutamente, a sabiendas de que la ociosidad me empeora; nunca me surtió conceder asueto a "la loca de la casa," lo que pienso es dislocado, poco grato, sin ideología...

Algo mejórame, a la noche, presenciar el baño de mi hijo.

7 DE FEBRERO.—Aliviado, al cabo de diez horas de sueño de cal y canto. A trabajar... unos instantes tan sólo, pues ofrecí ir a ver la empacadora de heno, recién instalada en la finca, allá en sus lindes.

Anda de malas este capítulo último de "Santa."

Recado escrito del P. Roldán: el Arzobispado negó la licencia de cederme el marco, que ''tal vez haya que presentarlo en alguna exposición!!!'' (*sic*).

Siempre me atrajeron las consejas y preocupaciones del vulgacho, porque en su fondo encierran mucho de cierto y no menos de poético y sentimental. Lo digo a propósito de lo que me ha ocurrido aquí con ''El Cadejo,'' importantísimo personaje fantástico, señor y dueño de los campos y fincas guatemaleses.

''El Cadejo,'' según viejos y honorables campesinos, es un monstruo mitad buco y mitad demonio, que aullando sus desventuras y las ajenas, recorre en galopes desatentados, a eso de la media noche, los altozanos, bajíos, cimas y barrancos, huertos, bosques y fincas de la República. Arremete contra cuanto se le opone a su correr enloquecido, sea cosa o individuo, y dondequiera deja tristes huellas de su paso y de su ira. Hay quien pretende que luce larga pelambrera obscura, tirando a rojiza, y que de ésta, de las pezuñas y de la cornamenta se desprenden espantables fosforescencias, aunque menores de las que despiden sus ojazos garzos. Son contados los que han sobrevivido a la terrorífica visión, al demoníaco encuentro, sobre que quien con él tropieza, es de rigor que se quede en el sitio, sin habla ni vida, o si bien le va, arrastrando después del acaecimiento, breve y vuletudinaria existencia que al fin apágase entre torturas de todos géneros, más morales que físicas. A los supervivientes del maleficio, es a quienes se debe el aproximado retrato de la bestia.

Y el mayordomo,—persona seria si las hay, de co-

rajudos antecedentes (fué soldado, y valiente, de la época de J. Rufino Barrios), honrado y buenazo, amén de sano y corpulento,—con quien charlo del fenómeno a la sombra de una de las ceibas de la huerta interior de la finca, fumando cigarrillos de hoja, me afirma "bajo su palabra," que el animal existe y que ni los mozos más arrestados son capaces de buscarlo o de enfrentársele; de perseguirlo, no hay ni que hablar, pues en su cuero endiantrado y recio embótanse las balas y postas de rémingtons y escopetas, los filos de los más acerados machetes y los colmillos de los mastines más bravos. Nada, que lo único prudente cuando se le oye a lo lejos, y las siembras se estremecen, y los ganados huyen, y los perros gimen, es encerrarse y pedir a Dios que la alimaña pase de largo y se pierda en las profundidades de la noche bruja....

La charla vino con motivo de los trastornos nocturnos que vienen repitiéndose en la finca. Yo acostumbro a leer, ya entre sábanas, hasta media noche corrida, y llevamos tres o cuatro en que poco antes de que apague la luz, se alborota la jauría y sale ladrando furiosa hasta los medios de la calzada, y de súbito repliégase aullando en el portal frontero de nuestras habitaciones, donde gruñe como amedrentada frente a peligro invencible e inminente. A poco, todos los animales de los macheros relinchan y cocean, tiran de las cadenas y cuerdas que los sujetan a las pesebreras, se agitan lo mismo que cuando se asustan en los caminos... La primera noche, al estallar el alboroto entre perros y caballerías, instintivamente me eché fuera de la cama y entreabrí la ventana, que es de dos batientes de madera, sin cristales, pero con

algo de polilla en la juntura de sus tableros... Escudriñé las sombras del portal, y de divisar a los perros agrupados y trémulos, brillantes las pupilas dilatadas, erectos los pelos de sus espinazos, entre las piernas los rabos, y gruñendo por lo bajo, muy quejumbrosamente; de sentir que las caballerías paulatinamente se aquietaban lanzando rezongos nasales de desconfianza, cual si "El Cadejo" o lo que fuera, ya se hubiese alejado, la verdad es que interrumpí mis pesquisas y volví a la tibieza del lecho, prometiéndome para mejor ocasión el apurar la inquisitiva.....

Ocasión que se presentó a poco, la noche del siguiente sábado que en la finca pernoctaron Rebolledo, Rodríguez Parra y Rafael mi cuñado. Muy apercibidos hasta con revólver en mano, aguardamos la hora clásica de los vestiglos; y en cuanto la algazara se produjo, hétenos en persecución de la fiera invisible. Registramos los corrales, en los que las bestias temblaban y resoplaban todavía; por más halagos, no obtuvimos que los perros nos siguieran, y aunque caminamos por largo espacio, no dimos con el demoníaco "Cadejo" ni con huellas ningunas de su paso... Mas, lo que me argumentaba el mayordomo:

—¿Cómo explicar el pánico de los animales?...

Prefiero dejar la cosa de tal tamaño, a efecto de no restarle el encanto que respira, así, en nebulosa, en los lindes de la verdad y la ficción, sin que nadie pueda afirmar si es conseja, o leyenda campesina, o fenómeno natural pero inexplicado... Quédese "El Cadejo" dueño de sus dominios, regando maleficios, sembrando terrores, provocando fiebres y muertes, re-

zos y conjuros, aumentando más aún la poesía de estos campos, que sólo son poesía...

No conocí a "El Cadejo," pero en retorno llévome en mis recuerdos una leyenda más. Y váyase lo uno por lo otro.

10 DE FEBRERO.—El cascabeleo de un guayín interrumpe mis soliloquios con "Santa," y como no aguardamos visitas, todos salimos a averiguar quién podrá caernos a la improvista.

Es Rafael mi cuñado, mostrándonos desde lejos un papel en su mano; en cuanto se halla a tiro, nos grita la nueva:

—¡Cable!.... ¡de México!... ¡te llaman de la Secretaría!...

Estupefacción y júbilo... ¿qué será ello?...

Agrupados, leemos y releemos el lacónico mensaje: "Venga en comisión, luego que reciba viáticos."

Sofoco mi júbilo y el de mis gentes; hay que aclarar el enigma. Y nada mejor ocúrreme que preguntar, también por el telégrafo, si deberé llevar conmigo a mi familia; pues según sea el sentido de la respuesta colegiré si el llamado es temporal o si definitivamente se me saca de Guatemala. Y después del almuerzo, en su propio guayín despachamos a Rafael, con encargo de que trasmita el parte a su destino.

12 DE FEBRERO.—Amargado el aniversario de nuestro casamiento, con la respuesta telegráfica de Relaciones, que nos deja más hundidos en las cavilaciones que nos originó con su llamado de anteayer: "que deberé llevarme familia..."

Póngome, sin descanso, a terminar "Santa," temeroso de que con el trastorno que me echan encima, la novela, que anda ya por sus finales, se me quede inconclusa.

14 DE FEBRERO.—Al filo del medio día, alcanzó término y remate la novela de mi pobre pecadora "Santa." Si a augurios vamos, el libro vivirá. Mire usted que es mucho sol éste, y mucho cielo azul, y mucha naturaleza exúbera, y mucha belleza la del rincón agreste que ¡Dios sabe! si no volveremos a ver nunca....

Notificada mi mujer de la terminación de mi obra, va hasta mi mesa, sirve dos copas, y solos ella y yo, brindamos porque "Santa" llegue a vieja, y con la narración de su endiantrado vivir nos agencie montañas de pesos, toda la cordillera de que habemos menester para que subsistamos sin servir a Reyes ni Roques.

15 DE FEBRERO.—Partimos de "Villalobos..." Y como todas las partidas, también ésta nos resulta melancólica.

Hay revista de servidumbre,—desde hace dos días se comenta en sementeras, rancherías, fogones y cuadras que nos ausentamos,—deseos burdos y sinceros porque nos vaya bien, regalos de última hora, de frutas y flores, abrazos encogidos y con relentes de sudores, apretones de manos ásperas y color de canela, terquedades de mi hijo,—dentro de sus tres años no cabales,—por cargar con Cirilo, un granuja algo mayor que él, su inseparable y secretario...

El cura de Villanueva, estuvo a despedirse, temprano en la mañana, después de su misa.... Anúncianos el mayordomo que el *sulky* está listo, y que el guayín que ha de trasportar a los criados acaba de llegar. Restallo la fusta, y a todo el trote de la noble yegua californiana, salimos de la finca... Delicioso paseo de hora y media, con escala en el Guarda Viejo, y a las cercanías de las cinco de la tarde, entrada en nuestra casa de Guatemala.

22 DE FEBRERO.—Ocho días de ajetreo, levantando la tienda, guardando efectos, libros, etc.; cercados de maletas y baúles. Ello no obstante, heme dado tiempo para terminar a máquina la puesta en limpio del capítulo I de la 2.ª parte de SANTA; la parte primera, ya lo estaba. Y aquí la dejo, quédese el resto para ser terminado en México o donde me envíen, que será, según cartas particulares, en El Haya, como Encargado de Negocios, o de primer Secretario. (*¿encore?*) en Bruselas, Berlín o Londres, pero de todos modos Europa, Europa al fin, después de perseguirla los años de los años, desde que entré en la Carrera, emprendida principalmente con ese objeto. Contraríame, sin embargo, que entre las probables y futuras residencias también figure Santiago de Chile, porque, y perdónenme los chilenos, de América ya estoy servido, y si en ella he de permanecer, reclamo mi México, todavía no lo suficientemente conocido por mí en su pasado principalmente, a pesar de lo que me interesa y de lo que lo idolatro.

De ser cierto mi traslado a Europa, resultaría la prueba millón y tantas, de la benevolencia divina...

E invádenme olas de piedad mística, mis fervores infantiles se yerguen y cércanme; es un retorno a mi fe de niño, la que no razona, ni duda, ni desconfía; la que sólo bendice y espera... Siento que vuelve a amanecer dentro de mí, que mi alma sumérgese en claridades aurorales, los nublados del espíritu de la época y de lecturas mal sanas, desvanécense...

¡Creo!.... ¡creo!!!... Apenas si hay que arrancar ortigas menudas, que aun persisten en creer y reproducirse; por suerte, son enemigas de imperfecciones del clero y minucias del culto; pero el Dogma, lo fundamental e inconmovible, impera y reina, me ha reconquistado.....

Es tiempo ya de principiar RECONQUISTA.

5 DE MARZO.—No he podido disimular el júbilo que mi inminente partida me proporciona; cuantos se me acercan, lo descubren y publican.

La molestia de los baúles, el tráfago de deshacer mi espléndido gabinete de trabajo,—dentro del que me emparedé con los manuscritos de SANTA para combatir tenaces tristezas y nostalgías hondísimas,—la nerviosidad precursora de cualquier viaje, todo lo conllevo de buen talante, encantado de irme... de irme!!!...

A la media noche, danme mis amigos, bajo los balcones, una magnífica serenata de marimbas y música de cuerda. Estas marimbas, esencialmente centroamericanas, son xilófonos dulcísimos que en la alta noche adquieren resonancias de juventud y amores.

Mi neurastenia encabrítase y me hinca sus más filosas garras.

7 DE MARZO.—Con quién sabe cuántas toneladas de equipaje y con media Guatemala en la estación del ferrocarril, a bordo de coche especial ofrecido por las autoridades, a las 8 de la mañana emprendemos la marcha. ¡Adiós, sí!... ¡adiós por siempre, tal vez!... A elevarme, a refinar mi pobre espíritu de literato en otros mundos, en ciudades superiores, en tierras viejas de cultura...

El paradero y el caserío, se empequeñecen, van borrándose y borrándose...

Nos aproximamos a Escuintla, estación de almuerzo, y con mi hijito en los brazos apercíbome a saltar al andén... En el andén, embísteme un granuja portador de *cablegrama* cerrado... ¿de dónde?... ¿de quién?...

—"¡¡¡Para usté, don Federico!!!"—díceme sonriente y en espera de su propina.

Por pura corazonada le afirmo a Rafael mi cuñado, que es un cable de México prohibiéndome salir. Rompo el sobre, y deletreo espantado:

—*"Aunque haya recibido viáticos, no salga hasta recibir instrucciones."*

¡Menor efecto causárame el derrumbamiento del Volcán de Agua, que se alza en el horizonte!... ¿No partir cuando ya casi estábamos embarcados?

Vacilo, hay pelea interna, entre el deber y el deseo; inclínome a ceder a las instancias que se me hacen de continuar el viaje emprendido... Pero ¿y esta orden muda que me quema las manos, del Gobierno que me paga y al que yo represento?... ¡Triunfó el deber! Y lo mismo que si voluntariamente me encaminara a un cautiverio, perdiendo los gastos hechos,

privado de equipaje que ha de ir llegando al puerto, regreso a la ciudad de Santiago de los Caballeros, de la que telegrafío a México, para caer después en un marasmo que me alarma.

Guatemala, al pronto, se ha sobrecogido con mi vuelta inexplicable; después, aplaude (*¡plaudite cives!*), sucédense las visitas de enhorabuena, me alegan que he liberado prisioneros, salvado vidas, procurado consuelos... Y yo, anonadado, casi ni las gracias doy, cual si de veras mereciera los afectuosos elogios.

A mis solas, maldigo de mi suerte, mascullo filosofías baratas y cursis: el grueso de un cabello, el transcurso de un minuto habrían alterado los hechos; la casualidad... el hado... mi estrella... Y reconstruyo mentalmente el proceso de mi mala sombra: si aquí no violaran toda clase de correspondencia, igual la postal que la telegráfica, el Presidente, o quien haya sido, no se hubiera impuesto del malhadado mensaje, ni mandado, como estoy seguro de que mandó, que se me entregara a medio camino. Por otra parte, si de México no me hubiesen dirigido contraorden tan extemporánea,—¡al mes de habérseme ordenado salir de Centroamérica!—o el mensaje me lo remiten escrito en clave, dado que yo no he de andar con la cifra en la memoria o debajo del brazo, sin desobedecer mandamiento tan inopinado, encontraríame ahora dando tumbos en el Pacífico....

8 DE MARZO.—Persistió mi atonía hasta la noche de hoy, que cedió el puesto al paroxismo: Perico de Carrere y Lembeye, Ministro de España en Centroamérica y ayer desembarcado de México, barre con sus

confidencias la fábula de la Lechera que había yo venido adaptando a mi individuo: no se me enviará a Europa ni a ninguno otro punto del globo; *si acaso,* se me favorecerá con opaca comisioncilla en el Ministerio... Corre en mis lares la torpe especie de que yo perpetré aquí magno escándalo en aposentos de mozas del partido, y de que en cierta alborada, instalado ya en las viñas del Señor, fuí y desperté a Estrada Cabrera, al grave propósito internacional de que me obsequiara con una copa de cualquier líquido embriagante!!!... Y que el General Díaz está indignadísimo...

¡Hay para privarse!

¿Quién será el autor de la burda conseja?... Ahora más que nunca ansío llegar a sincerarme o a sufrir, en el imposible supuesto de que se me compruebe la culpabilidad mínima, todas las penas conocidas, y las desconocidas por añadidura...

Por lo pronto y como a seguro refugio, torno a la máquina de escribir; póngome, estoicamente, a continuar la copia de los manuscritos de mi SANTA.

10 de marzo.—Recibí esta noche, del Ministerio de México, mensaje pésimamente cifrado: que insista yo en una reclamación secundaria... No se alude a mi exceso de disciplina, ni se me anuncia palabra acerca de mi futuro...

Para no aumentar tristuras, sigo copiando manuscriptos de SANTA, tecleo día y noche, hasta no rendirme...

Insomnios y presagios poco gratos.

20 DE MARZO.—Periódicos de México. ''El Imparcial'' y ''El País'' despejan la incógnita; según ellos, he sido nombrado jefe de la sección Consular.

27 DE MARZO.—Telegrama de Nueva York anunciándome situación de fondos, y telegrama correlativo de México con la noticia de que se me ha mandado pagar este mes de marzo y el entrante de abril; lo que en romance significa que hasta principios de mayo no hay que pensar en viajes ni regresos.

2 DE ABRIL.—Procedente de San Salvador, aunque impreso en San José de Costarrica, me llega un libro intitulado PAGINAS, cuyo autor, don Salvador Calderón, mucho elogia mi METAMORFOSIS en el capítulo último del volumen. Llevaba yo tantos días de sólo almacenar noticias pésimas, que infantilmente póngome a leer y releer las alabanzas del benévolo escritor centroamericano.

Cartas de México, de casa, puntualizándome con copia de detalles, la tempestad en mi contra desatada. Parece que, *mis amigos* sobre todo, hanme desgarrado a más y mejor; parece que corrí riesgo positivo de que por cable se me destituyera (¿sin oírme previamente, según lo previenen nuestros reglamentos y leyes...?) y parece por último, que *mis amigos,* mis enemigos y los indiferentes, ya relamíanse de gusto por tamaños rigores...

Por dicha, todo se estrelló ante la altitud de espíritu del señor Mariscal, quien, una vez más, logró sacarme avante y conjurar la tormenta. Y así ha de ser, supuesto que en el correo oficial de hoy siguen

como siempre "aprobando mi conducta," y en determinada respuesta emplean el clisé burocrático de "Impuesto con interés..."; fórmula que equivale a "lo ha hecho usted divinísimamente bien."

7 DE ABRIL.—Espigo en el ZARATHOUSTRA de Nietzsche, para epígrafe de MI DIARIO:

—"...mi pasado rompió su tumba ¡cuánto dolor, "enterrado vivo, se despertó!..." "...pensamientos "venidos de *mi* abismo, no he osado hasta hoy llamaros "a la superficie; hame bastado llevaros dentro de mí! "No he sido hasta hoy lo suficientemente fuerte para "la última audacia del león, para la temeridad úl- "tima. Vuestro peso me ha sido siempre terrible: pero "un día, quiero encontrar la fuerza y la voz del león "para haceros subir a la superficie..."

Anda revoloteándome el argumento de un drama al que ya puse título: RESURREXIT.

9 DE ABRIL.—Terminé la copia a máquina de toda SANTA. Y sin duda por culpa de cuanto me acaece, nótome con harto menor entusiasmo del que siempre me acarreó la conclusión de libros anteriores...

Tampoco decido principiar el drama; lleno de incertidumbre como estoy, mi biblioteca empacada y en el puerto hace más de un mes, asediado de "mundos" y maletas, no me siento dispuesto a enfrascarme en labor intelectual de algún aliento. Necesito, de urgencia... un puñado de cosas que no asoman todavía, y me sobra tánto, pero tánto...

¿Quién editará SANTA, Ballescá o Bouret?

11 DE ABRIL.—Honda desilusión la que sufro con la lectura de BOUVARD ET PECUCHET, obra póstuma de mi admiradísimo Gustavo Flaubert. Creo en mi ánima, que si la novela luciese firma distinta, pocos leeríanla y menos aplaudiríanla. Vaya un libro más tedioso y más estrafalario y más feúcho. Asegura el autor, en su CORRESPONDENCIA, que para poder escribirlo hubo de echarse al coleto unos cinco mil volúmenes... ¡Qué lástima que lectura tanta produjese un hermano, a mi juicio monstruoso, de las magistrales y deliciosas BOVARY y EDUCATION SENTIMENTALE!

Periódicos de México entéranme de la fundación, allá, de una Sociedad de Autores, Escritores y Artistas. Con tal que haya nacido a las derechas y no se transmute en centro adulatorio o camarilla agresiva...

A la zaga del ZARATHOUSTRA, heme leído EL REY y EL PERIODISTA del dramaturgo escandinavo Björnstjerne Björnson, (pronuncie Ud. las jotas como íes, o renuncie a llamar por su nombre a este caballero)... ¡Qué literatura delirante y rara! Toca, como fundamental, la propia tecla que Nietzsche: *¡que Dios ha muerto!...* Entrambos autores déjanme idéntica impresión que los locos semilúcidos de los manicomios: piedad y miedo.

Doy a los dos por Henrik Ibsen.

15 DE ABRIL.—Visión rápida, en la calle, al atardecer, del Almirante británico Bickford, hoy llegado a San José, a bordo de formidable acorazado, e inme-

diatamente venido a Xelajú. (Rumórase que el tal acorazado, en unión de naves guerreras galas y tudescas *que no han de tardar,* preparan una "demostración naval" a estos gobernantes chapines, algo atrasados en el pago de su deuda con los de extranjis).

Válgame Dios y qué rostro se gasta el señor de Bickford, duro, despótico, implacable! Sólo su cara es ya por si misma, una *demostración*... De corrido léese en ella bombardeos, abordajes, órdenes de destrucción y aniquilamiento; toda la cultura inglesa: biblia, whiskey y... progreso a gran orquesta, como en Egipto, Transval y demás gente ordinaria. Los ojos del Almirante, fríos, acerados, despiadados a pesar de su color dulcemente azul, ocultos bajo unas cejas bravías y entrecanas, han de haber contemplado muchas agonías y muchos incendios y mucha sangre humana, en las posesiones inconformes con el suave yugo, que por el orbe entero impone la rubia Britania...

Acompáñanlo dos señoras; los transeuntes lo miran y se dicen, dándose de codo:

—"¡Ahí va el Almirante inglés!..."

Y puede que en el fondo sea un excelente sujeto.

18 DE ABRIL.—Noche horrenda, un verdadero cataclismo del que por milagro escapamos.

A eso de las 5 de la tarde, que leía yo en una mecedora, en la terraza, alcé casualmente los ojos al cielo, todo él plomizo, cual si se avecinara alguna tormenta de las que por aquí abundan cuando como en este año la temporada de lluvias se adelanta. Anocheció a poco, y despejóse el firmamento.

Minutos después de las 7, inopinadamente, debió

de caer muy cerca de casa una formidable descarga eléctrica, cuyo estruendo nos ensordeció y cuya luz vivísima y cárdena nos dejó medio ciegos. Y de las nubes, se dejó venir un diluvio que mal año para el del abuelo Noé....

Era llegada la hora del baño de mi hijo, quien ha dado en la idea de que yo lo acompañe, lo saqué de la artesa, y sentándomelo en los muslos, le enjugué su cuerpecillo. Nos encerramos en la estancia, su madre y yo; su nana y su *alter ego* Pancho,—un arrapiezo natural y vecino de Guatemala, vástago de la cocinera y objeto de grandes quereres de mi muchacho, —y nuestra perra "Diana," ejemplar perfecto y precioso de la raza *pointer*. Pasó el baño con su acompañamiento de risas, espumas, salpicaduras y pataleos; concluído el acto, se envió a la nana al piso bajo en busca de la leche para nuestro heredero...

De súbito, comenzó un terremoto espantoso, que sacudía la casa y la ciudad entera, con reconcentrada extrahumana fuerza devastadora; algo horrible y nunca antes sentido... Mi mujer cae de hinojos; Pancho grita, y la perra "Diana" aulla fatídicamente... Al pronto, quédome inmóvil, con mi hijo desnudo entre mis brazos, sus grandes ojos de criatura inteligente, mirándome despavorido...

Sin disminuir en su intensidad espantable, el terremoto continúa...

Al cabo de siniestros parpadeos, la luz eléctrica se apaga; estamos en piso alto, en tinieblas, sin esperanza de salvación... Repican las arañas de cristal, crujen muebles, puertas y techos....

Continúa el terremoto.

Siempre con mi hijo en los brazos, trabajosamente me levanto de la silla, vacilo como un beodo o atacado de vértigo; a tientas y con no menores trabajos, abro la puerta, y en sus umbrales coloco a mi mujer arrodillada y a Pancho; "Diana," sin dejar de aullar, me planta sus manos en mis espaldas, que yo hinco en la jamba.....

El terremoto continúa sacudiéndonos en la tiniebla.

Reza mi mujer en voz alta y trémula, entreverada de sollozos; mi hijito, cual si a mí me fuese dable atajar el fenómeno, susúrrame de vez en cuando, muy quedo, en su infantil media lengua:

—"¡Ya, Papá, ya!... ¡Nene tiene miedo!..."

Rezo yo a mi vez; pero en vista de que el temblor no cesa, pienso en que las resistencias tienen su límite, y en que, si Dios no nos salva, estamos perdidos, irremisiblemente perdidos... Entonces, no por tranquilizar a mi mujer, sino por propia y honrada convicción, la exhorto a que se resigne:

—Si Dios no nos ayuda, confórmate, hija, que siquiera la muerte nos llevará a todos juntos...

Al fin, el sismo se aplaca lentamente, y pára... En los primeros instantes de respiro, mi mujer no me permite ni que vaya yo a encender una luz...

Nuevo temblor rápido... La repetición me alarma, y resuelvo nuestro traslado al piso bajo, a obscuras todavía... Y cuando procedíamos con los sirvientes, tan aterrorizados como nosotros, a bajar colchones y ropa de cama, arribame de México un telegrama con la licencia para embarcarme el próximo 22...

En el resto de la noche, que nos pasamos en vela, siete sacudidas más. Narración que me hace mi cu-

ñado, del pánico que en cafés y calles originó el descomunal terremoto...

21 de abril.—Persisten los sacudimientos, la ciudad presenta una fisonomía de pavura indescriptible. Han principiado a venir las noticias de los Departamentos: la ciudad de Quezaltenango, casi totalmente destruída y con unas mil vidas de menos; Escuintla y Amatitlán, medio arrasadas; todo el Occidente, perjudicadísimo; centenares de fincas de café y de caña, por los suelos: una calamidad nacional.

Don Cayetano Romero,—ascendido a Ministro y designado para sucederme en Centroamérica,—me telegrafió desde Acapulco anunciándome que arribará a ésta el jueves 24.

No han parado los temblores, y ya vamos familiarizándonos con ellos; es una sensación, por lo continua, como la que se experimenta a bordo de navegante barco.

Noches atrás, registróse un pánico harto justificado a causa del estado de nuestros ánimos: ignórase quién lanzó la especie de que había llegado aviso telegráfico del Observatorio de San Francisco de California, sobre una tremenda catástrofe que amenaza a Guatemala; que sólo el Presidente y yo sabíamos la cosa, y que no se propalaba ésta, a fin de evitar una locura colectiva; pero que si no el fin del mundo, lo que es el fin de Guatemala sí era indubitable y próximo!...

Mucha gente estuvo viéndome y rogándome la sacara yo de dudas; a un punto, que hasta llegué a dudar si sería cierto lo del aviso. E hice que interrogaran de

mi parte a Estrada Cabrera, para calmarlos a ellos y calmarme yo mismo.

Que todo era una torpe conseja, que ninguna catástrofe, amén de la que ya teníamos encima, amagaba a la comarca, que apaciguara yo a los inquietos y asustados... Aunque lo procuré, esa noche sin embargo, aumentó el éxodo en tranvías y carruajes particulares a las afueras de la ciudad, donde varias familias han mal dormido durante varias noches de alarma.

24 DE ABRIL.—Hemos seguido padeciendo de mal de san Vito; el día que menos, cuatro o cinco temblores ligeros.

A la tarde, llegó con dos de sus hijos,—una señorita y un mocetón,—el Ministro don Cayetano Romero, único hermano superviviente de nuestro memorable D. Matías, que tan lucido papel desempeñó cuando la Intervención y el Imperio.

25 DE ABRIL.—Mi despedida del Presidente de Guatemala, cordial al parecer; nos protestamos amistad mutua y duradera.

26 DE ABRIL.—Segunda manifestación social en la estación; despídenos media capital. Mi sucesor no da crédito a su vista (¿qué tal será lo que en mi contra se habrá dicho en México?...).

¡Bendito sea Dios! Sano y salvo con toda mi familia, duermo esta noche a bordo del vapor alemán "Serapis" de la línea "Kosmos." Zarparemos mañana.

28 DE ABRIL.—Invitado por Mr. Stuart, Factor de

la Compañía de Agencias en este puerto de Champerico, saltamos a tierra e instalámonos en la casa de la empresa.

Paseo vespertino, por la playa; quiere Stuart mostrarme la enorme grieta de más de ¡¡¡800 pies de longitud y de un decímetro de anchura!!! que en la apretada arena causó el terremoto del día 18...

Y a guisa de despedida de esta tierra ístmica y epiléptica, a la media noche, dos últimos temblores, de intensidad mediana, que nos truncan el sueño...

30 DE ABRIL.—De regreso a bordo, para emprenderla rumbo a Ocós.

Larga plática, comentada, con Enrique Martínez Sobral, a quien logré sacar aunque con muchisímas dificultades, de su país, donde a pesar de su carácter de diputado a la Asamblea Legislativa, corría riesgos positivos de que Estrada Cabrera lo encarcelara cuando muy menos... Una heroicidad la aventura de Enrique : sin bienes de fortuna y padre de crecida prole, se lanza a México en busca de bienestar y patria... Arregló su partida a la chita callando, en tanto yo ablandaba a Estrada Cabrera, renuente a los principios a dejarlo salir. Y en un tris estuvo que no saliera. Llegó con nosotros hasta el puerto de San José, debidamente autorizados para embarcarse él y los suyos. Mas como la práctica es que además del pasaporte, el Capitán de Puerto pregunte por el telégrafo si los portadores de tal documento,—firmado, sellado y contrasellado,—pueden en efecto ahuecar el ala, sucedió que las horas corrían y la anhelada respuesta afirmativa no parecía. Al telegrama del Capi-

tán, Onofre Bone, (nicaragüense de antecedentes y consecuentes), se sumó uno mío recordando al Presidente su promesa de llevarme conmigo a Sobral, y primero nos alcanzó la noche que la licencia. Momentos antes de zarpar, se nos juntó Enrique, con legítimas aprensiones de que de Champerico o de Ocós, lo desembarquen de orden superior... Ha venido taciturno y receloso, avaro de palabras y rico de presagios desagradables.....

1.º DE MAYO.—Frente a Ocós; día insípido y de calor sofocante.

2 DE MAYO.—Frente a San Benito.

Martínez Sobral ha vuelto a ser lo que era, jovial y conversador. De sentirse en aguas mexicanas, charla hasta por los codos, ve halagüeño su porvenir, me invita a un *cocktail,* él, que es abstemio convencido.

Llévannos a bordo periódicos y noticias acerca del temblor del 18, que por estas regiones fué también extraordinario y de cuidado.

3 DE MAYO.—Frente a Tonalá.

Gáname un humor negro, una sensación de desaliento y tristeza; téngome por caído, y me acobarda estar en lo justo. Todavía hoy, los empleados de la aduana venidos a bordo, me llaman "señor Ministro..."; todavía hoy, la bandera mexicana enarbolada en el tope de los mástiles, ondea en mi honor..., y dentro de algunas horas... "Recuerda, hombre, que polvo eres y en polvo has de convertirte." Entendido, pero es durillo.

4 DE MAYO.—Desembarco en Salina Cruz, puerto que, resueltamente, me es hostil. Desde luego, por poco no me ahogan, gracias al patrón de la falúa que galantemente puso a mi disposición la aduana, y que por hallarse en estado de ebriedad,—el patrón, se entiende,— rodó conmigo entre las olas, en el corto trayecto que es fuerza andar a lomo humano mientras no haya un desembarcadero en este emporio de "tanto porvenir..." Pataleando nos alcanzó un tumbo mugidor que nos cubrió del todo; y como el patrón no quería soltarme ni yo quería perecer, hube de apretarle el pescuezo hasta que aflojó y yo logré desasirme, poniendo mi individuo a salvo, mis pies, en tierra oajaqueña y proveedora de presidentes, y en manos seguras la maletilla que guarda nuestro ¡tesoro! unos $ 800 mexicanos y las muy modestas alhajas con que durante tres años he ido obsequiando a mi parienta. En una casucha de la playa, friccióname con alcohol, cambio de ropa y declaro simbólico mi chapuzón: he estado a punto de ahogarme, pero no me ahogué; hay, pues, esperanzas de que tampoco me ahogue por las altas esferas del Gobierno...

Segundo percance: agrio altercado con celadores, Vistas y Administrador de la aduana, que se emperran en que mis equipajes han de ser examinados, no obstante mis alegaciones, cita de la ley respectiva, etc. Y diplomático y todo, quedo por debajo de extranjeros, toreros y cómicos que conmigo vienen de Guatemala y a los que apenas por fórmula se les molesta...

Con mi humillación a cuestas, ya anochecido, atravieso a pie un estero que conocí casi navegable; es un progreso! Entreví viviendas de operarios; llamara-

das de grandes fraguas; chimeneas humeantes cual si acabaran de disparar contra los aureos astros del crepúsculo pálido; escuché jadeo de máquinas en reposo, martilleos lejanos, cantos anónimos, vocablos ininteligibles de lenguas extrañas; y rendido, sudoroso, llegué a un fementido hotelucho en el que por singular merced y rara fortuna, habíase conseguido alojamiento para mis deudos y para mí; una venta menos que cervantesca, con habitaciones aborrecibles, sospechosas vecindades y una comida que ni para chuchos...

5 DE MAYO.—Bajo este sol sudanés y *sudando* yo la gota gorda, arreglé nuestra partida. Mañana habrá tren.

6 DE MAYO.—Camino de Coatzacoalcos, sobre la vía herrada del Istmo... Catorce horas de zarandeo, aunque, contra moda y costumbre en la línea, sin retraso ni accidentes....

En Coatzacoalcos.

Empresa de romanos tratar de hospedarse. Damos con nuestros huesos, harto molidos, en godo parador inverosímil, donde recíbennos con la gratísima nueva de que hay fiebre amarilla...

8 DE MAYO.—A pasear por la playa, que es aquí lindísima, en cuanto el sol se pone. Vamos solos los tres, mi mujer y mi hijo y yo, de la mano... Vimos pescar; correr, oblicuamente, cangrejos y jaibas; dibujamos monstruos y desatinos en la arena; adrede nos mojamos los pies con agua salobre, conchas y espumas; mi hijo se reía a carcajadas de que no obstante

sus grandes gritos yo no lo oyera, por culpa de las enormes reventazones que parecían írsenos encima y sin embargo nos daban alcance empequeñecidas y mansas, como gozques, y como gozques nos lamían...

Y el mar rebramaba; y mi hijito, envalentonado de aspirar sus emanaciones, engallaba su diminuta estatura y enfrentándosele, remedábalo, citábalo con sus manecitas menudas a un combate descomunal, que ya sabía él no era realizable...

9 DE MAYO.—A las 5 de la tarde nos embarcamos a bordo del inmundo vapor ''México'', de la flotilla mercante de Romano y Barreteaga.

Noche de las que ha de haber recetado el filántropo don Pedro de Arbués: nadie ha comido, porque la comida no se ha dejado, y porque ''México'' se revuelve y corcovea según corcoveaba cuando la Guerra de Tres Años; hay persona que asegura haber desalojado hasta la papilla del bautismo.

A causa del exceso de pasaje, fueron asaltados los pocos camarotes por los que se embarcaron antes, y aunque yo muestro mis billetes de primera clase, el Sobrecargo me hace palpar la imposibilidad de guarecerme bajo techo; la misma cubierta, simula el entrepuente de algún trasatlántico con emigrantes, tal es la suma de prójimos y prójimas que en ella yacen hacinados y cubiertos de mantas y otros abrigos... Movido a piedad, cédeme su propia *cabina* para mi costilla y mi vástago. Rafael y yo, la pasaremos al fresco, sin metáfora, un fresco legítimo que cala los huesos.

Para colmo, un marinero valenciano, fierabrás y

cascarrabias, por quítame allá esas pajas, la emprende conmigo y me vierte cuanta insolencia figura en el Diccionario, y *aínda mais,* rétame a riña para los médanos veracruzanos...

En silla de lona, al parecer mostrenca, apercíbome a pasar la noche, y falto de abrigo, habilito de tal un sillón plegadizo. Hecho una etcétera, me acomodo en lecho tan ingrato, y amanezco entumecido y dueño de un torticoli de patente.....

10 DE MAYO.—Poco antes de las 5 avistamos Veracruz... Está amaneciendo y hace un frío impropio de estas costas. Todo magullado, incorpórome en mi sillón; a las descoloridas claridades del alba, diviso en derredor mío a los muchos pasajeros que como yo durmieron a la intemperie... van enderezándose sucesivamente, rugosos los párpados, desencajadas las facies, pero sonrientes frente a la tierra que a distancia esbózase y hacia la cual nos avecinamos... Enorme e ígneo, coronado de diadema cárdena, surge el sol, de las ondas, y pónese a pincelar con sus oros, haciendo añicos los ópalos y esmeraldas de las nubes, los perfiles y contornos de sierras, edificios, espadañas y torres... Veracruz se precisa.....

Las luces de la entrada del puerto reformado, no las apagan todavía, y aun reverberan con livideces de estrellas muy distantes; de la mansedumbre azul de la bahía, en la que acabamos de entrar, los vapores negruzcos, los buques de vela con sus palos escuetos, las embarcaciones pequeñas y cabeceantes, el castillo de Ulúa, todo se yergue confuso y poético, todo es incierto y vago dentro de las tonalidades grises

del amanecer... El ''México'' ha disminuído sus andares, y se asea; oigo el correr del agua y los escobazos del baldeo; iza la bandera nacional, a su popa, y balanceándose, recoge a su bordo al práctico jarocho que ha de darnos acomodo...

En mi interior, lo de siempre a la hora de los abandonos y de los regresos: honda emoción secreta e íntima; la Patria, cariñosa y muda, recibiéndome entre sus múltiples brazos invisibles de recuerdos, afectos y adoraciones... Corro a despertar a los míos, a cargar a mi hijo, junto a mi pecho, para que sólo él advierta, si es que ya puede advertirlos, los latidos que muy adentro me da este borrico enfermo, este mi corazón que no escarmientan ni le hacen mella duradera las injusticias y las ingratitudes...

A las 7, el desembarco; y a esperar luego, con Manuel S. Iglesias y su familia, las horas que faltan para que sigamos a Orizaba. Hay mucho vómito.

En Orizaba, al obscurecer. Llueve, aquí llueve siempre, sobre que es la ''Pluviosilla'' de Rafael Delgado. Y ¡vaya un apellido ni mejor hallado ni más justo!

Es la primera noche de todo el viaje que experimentamos, con la bondad y limpieza de las camas del ''Hotel de France,'' inenarrable bienestar físico al acostarnos. Mi muchacho aplaude a su catre, se le tira vestido y en el instante duérmese; convertido en un tronco, lo desnudamos.

11 DE MAYO.—Mis sobrinos Rafael y Pepe, llegan de México a encontrarnos.

Después de comer, Pepe y yo charlamos de individuos, sucesos y literatura, en la que él ya milita no

obstante sus 24 años. Confírmame buena parte de mis temores: hay viento de fronda en mi contra; hasta colegas y "hermanos" me desuellan por mis inventadas fazañas, y clavan los colmillos en mis libros, en mis frases, en mi progresivo encumbramiento administrativo.... Se me imputan perrerías sin cuento, se me declara responsable de porción de depravaciones; cual si mis juzgadores y críticos fuesen puritanos.... La publicación de SANTA, inspira a Pepe miedo grandísimo; ha escuchado campanudos pareceres de que me hundiré definitivamente si libro tan vitando acierta a ver la luz.... ¡la historia de una prostituta!... Le han añadido, que por haber pintado yo en METAMORFOSIS el convento del Sagrado Corazón, de México, nuestra aristocracia y nuestros pudientes, pusiéronme en entredicho....

Desvanezco los miedos de Pepe contándole a grandes rasgos la alteza de mi SANTA, y para mis adentros felicítome de que me aguarden tantas enemistades... Pláceme regresar así, calumniado y atacado de varios, de muchos, de todos; y yo, solo, con mi hijo, mi mujer y mis libros, con los pocos que de veras me aman como este barbilampiño de Pepe, que es casi otro hijo mío... ¡Mejor que haya guerra, y guerra anónima, solapada, tortuosa! Seguiré arrojando al rostro del público, libros y libros, obligándolo a que los compre y a que los lea...

12 DE MAYO.—Nuestro arribo a México.

En Otumba y en Buena Vista, los leales, los que me importan; lágrimas y abrazos del resto de la familia; mi ciudad natal, besándome con sus auras suti-

les, y, embrazado a manera de escudo invulnerable, mi hijo, que lo examina todo con una inteligente desconfianza de niño precoz y mimado...

Faltó en la estación mi pobre hermana mayor, crucificada por el cáncer... Fuí yo quien voló en busca suya, a su casa; y me recibió encamada, rígida, presa de dolores atroces, y sin embargo, bendiciendo a Dios, porque volvió a reunirnos...

14 de mayo.—En la Secretaría de Relaciones Exteriores, a rendir infinitas gracias al señor Mariscal por la noble y desinteresada defensa que hizo de mi individuo.

Recibido en el acto, con interés y afecto innegables exígeme la verdad pura ¿qué fué lo que hice? ¿por qué el Gobierno de Guatemala comisionó a su Ministro aquí, don Antonio Lazo Arriaga,—hondureño de origen,—para que solicitara, *extra-oficio,* mi retiro de allá?... Hay cargos furibundos, el señor Mariscal me concreta los dos principales: "Que cierta "madrugada, en amor y compaña del Ministro salva"doreño, me aventuré a despertar al Presidente Es"trada Cabrera, al reprobado propósito de pedirle una "copa!!!..." "Que una noche, pistola en mano según "unos, con la espada del Director de la Policía según "otros (¿por qué nunca los tratadistas se pondrán "de acuerdo?...), obligué al ama de casa pecamino"sa e infame, a que me abriera su altruísta estable"cimiento y sacara a relucir lo mejorcito de su gana"do, a fin de que yo, transmutado en sultán o sátiro, "le arrojara el pañuelo a la odalisca que más me con"viniera!!!..."

El propio señor Mariscal, con el *esprit* que lo singulariza, termina, por vía de comentario:

—Lo defendí a Ud. de entrambos cargos, *a priori*, porque de ser ciertos, resultarían pecado de cretinismo... Ni el último de los alcoholicos acude a pedirle una copa a un Jefe de Estado, así se trate de la República de Andorra o de la de San Marino... Pero aquí, en su tierra de Ud., a mi entender maliciosamente, sí hásele dado asenso a patrañas tan burdas... ¿No tiene Ud. idea de quiénes pueden ser sus enemigos?...

—¡....!

—Pues, cuídese, amigo mío, cuídese... Por lo pronto, la tormenta se conjuró haciendo valer las partidas que tiene Ud. a favor... Hasta los mercaderes en quiebra poseen algo en su activo... Y según oferta del señor Presidente, se procurará que venga Ud. a la Cámara de Diputados...

Guárdome de exteriorizar el ningún entusiasmo que la noticia me provoca; pero no me seduce ni un poquito, calcularme de maniquí votante y plegadizo, arrellenado en una poltrona del extinguido Teatro de Iturbide. Nuestro Cuerpo Legislativo, salvo contadas y honrosas excepciones, cuando no cosa peor, es un cementerio de energías, una tumba de independencias individuales, un mausoleo del decoro; cuna de contemporizaciones inconfesables, de complacencias criminosas, de abulias trascendentes. Y no por razones ningunas especiales o privativas, sino porque tal es la regla en todos los parlamentos, aun de los que se precian y consideran los primeros del mundo. Luego, que por nada me resigno a que me trunquen mi carrera diplomática: única que me permite ensanchar

horizontes, afinar mi espíritu, producir libros y elevar mis pensamientos, que bien lo necesitan. Detesto la política, y más la política hispanoamericana, enana y sucia de suyo, más aun de lo que ya lo es la política yanqui y europea. Y es que, como atinadamente opina Joaquim Nabuco...: "una gran vida pública, al igual "de la arquitectura de Ruskin, requiere ser alumbra- "da, entre otras, por las lámparas del sacrificio, de la "verdad, de la imaginación, de la belleza y de la obe- "diencia..." Y yo suplico a Uds.,—señalando a mis lectores,—que se digan cuántos hombres públicos conocen alumbrados por lámparas semejantes... Conocerán muchos *alumbrados,* pero no por lámpara ninguna de Ruskin, sino por... ¡Mejor no meneallo!

El señor Mariscal asegúrame que no saldré de la carrera; que lo que el Presidente quiere es tenerme en observación; que seguiré con mi sitio en el escalafón, y que, desde luego, para que no me devoren lenguaraces, háseme extendido nombramiento honroso y de confianza: alistar antecedentes y papeles en el litigio por el "Fondo Piadoso de las Californias," que en breve hemos de ventilar con los EE. UU. de América, ante el Tribunal Permanente de Arbitramento de El Haya.

¿Con qué palabras agradecer interés tanto?... De ahí que calle, a fin de ocultar mi emoción. Adivinándola el señor Mariscal, festivamente reclámame detallada narración de los recientes temblores de Guatemala:

—¿Conque por poco no nos obliga Ud. a ir y extraerlo de los escombros?...

Salgo del Ministerio queriendo más y más a este an-

ciano venerable, que se ha propuesto sacarme avante de todas mis dificultades. Solicitaráme en breve, una audiencia privada del Presidente:

—Para que lo escuche, vale que no peca Ud. de silencioso.....

15 DE MAYO.—Sin preámbulos ni eufemismos, en plena calle, Jesús E. Valenzuela me dispara la fúnebre noticia:

—Julián Montiel ha muerto anoche, y mañana será el entierro ¿no irás?.....

¡No había yo de ir! El golpe es rudo, quería yo mucho al muerto, con quien tuve intimidad estrechísima, no obstante el puñado de lustros que hubiera debido de distanciarnos.

Lo conocí, allá por los mediados del 86, cuando aun no era Diputado y *vivoteaba,* trabajosa pero valientemente, sin pedir nada a nadie, dado el hidalgo orgullo con que se cobijaba.

Envuelto en sus añoranzas poliformes y policromas, amigo de todos, archivo pintoresco y viviente de contemporánea historia nacional, blasfemo y deslenguado *pour épater le bourgeois,* galante y valiente, idólatra de cuanto al teatro se refiere, liberal, manirroto, romántico y poeta, resultaba Julián un superviviente de los aplaudidores del "Hernani," un rezagado volteriano y un tipo muy nuestro, de la pléyade de intelectuales que, a raíz de la restauración de la República, sentó sus reales en esta buena Tenochtitlán, a la que harto asustaron con sus excesos de palabra y de obra.

Gustavo Baz nos presentara, en la clásica farmacia

de Francisco Llamas; desde luego simpatizamos, y en la misma botica, a diario dimos en vernos...

Torné de Guatemala por primera vez, y nos vimos apenas; los dos meses de permanencia en México no me bastaron para cumplir con éste ni otros muchos deberes gratos. Pero a fines del 93, que regresé cesante de la América del Sur y de Europa, gracias a peregrina ocurrencia de D. Matías Romero, de suprimir por economía, únicamente la Legación de México en Sur-américa, y no las del Japón y Rusia (!), mi intimidad con Julián alcanzó su grado máximo. ¡Cuánto nos tratamos y qué cerca vivimos uno del otro! Tánto llegamos a conocernos, que hasta flaquezas y defectos entraron en la colada de las confidencias, y ¡qué regocijados andábamos ambos con haber descubierto y afianzado una amistad legítima y sincerísima!...

Interesante fisonomía la de Julián, así en lo físico como en lo moral.

Era, en lo físico, erguido y alto; de anchas espaldas y pecho levantado; la color broncínea, muy broncínea, y el rostro inteligente y vivaz; pequeños y expresivos sus ojos garzos, despejada la frente, pobladas las cejas, gruesa la nariz, sensuales los labios, alba y completa la dentadura, a pesar de lo mucho que había mordido los frutos permitidos y prohibidos del árbol de la vida...; el bigote y la pera, sedeños y canos; en la quijada diestra, excrecencia carnosa de la que él se reía, y que resultaba más emparentada con las verrugas que con los lunares. El cráneo, totalmente yucateco, sobre que Julián era meridano; la melena que cubríaselo, blanca y copiosísima, a la moda de 1830, una auténtica melena romántica. Las

orejas, grandes, de longevo; con una flaqueza, sus pies, chicos de verdad y bien conformados, que él cuidara con prolijo esmero inconfesado. Cualidad dominante, su extremado aseo de persona y de pergeño. Un arcaísmo: sus perfumes favoritos fueron los que privaban en su niñez, el agua de Florida y la de Colonia

En lo moral, fué Julián alto de miras y erguido de carácter; de amplio corazón y levantados anhelos; puntilloso y quijote; muy cumplido con los que amó, pero muy exigente al propio tiempo; quería que le pagaran en la misma moneda que él dilapidó entre sus afectos; pródigo hasta rayar en víctima, lo suyo era de sus amigos, igual cuando los monises sobraban que cuando escaseaban, mas con una limitación: que no sospechase Julián que se pensaba explotarlo, porque entonces encrespábase, y en vez de cuartos soltaba ternos. Había sido un amoroso y continuaba siendo un apasionado; no podía tratar mal a mujer alguna,— cualquiera fuese su condición,—y sí trataba pésimamente al más pintado de los varones, si a juicio de él merecíalo. Por su hermano don Isidro Montiel y Duarte, conservaba Julián un respeto filial casi; y por todas las mujeres que lo amaron, culto respetuoso y tierno. Solía decir, que a su hermano le debía la vida, y a sus amantes la dicha de haberla vivido.

Por Angela Peralta, su esposa, nuestra alondra nacional, nutría recuerdo idolátrico que día a día aumentábase, y que, a poco de removerlo, trocado en narraciones, elogios, encomiásticas reminiscencias y lágrimas que no disimulaba, salía a la superficie. Atesoraba de la artista laureada, sus diplomas italianos,

alhajas, coronas, flores mustias de trapo, y polvo de flores naturales, sus retratos, sus ropas, sus partituras, las cartas en que felicitáranla admiradores y maestros, las cartas que él, Julián, recibió de ella cuando las ausencias y las separaciones, y hasta un mechón de pelo, cortado al cadáver de Angela....

¡Qué de ocasiones no proyectamos escribir y publicar la existencia triunfal de la artista y la existencia desdichada de la mujer!... Mas, el tal libro se quedó por escribir, como se quedan tántos ¡los mejores, quizá!

Puede decirse que Julián y yo, durante largo plazo, tuvimos vida casi común, veíamonos a mañana, tarde y noche; juntos comíamos a menudo, y más a menudo juntos cenábamos; juntos en el Teatro Principal, noche a noche, en el palco de la empresa y en el escenario—fué Julián impenitente teatrófilo—y juntos en ésta y aquella calaverada mínima o máxima; que de todo había en nuestro vivir.

Con ocasión del estreno de mi comedia ''La Ultima Campaña,'' Julián no quiso felicitarme a la hora de los abrazos anónimos y sin substancia; pero luego, a solas, me obsequió con pluma de oro y ébano que él tenía usada muchísimos años, y que yo uso todavía...

Préciome de conocer su novelesca existencia como nadie: lo de su plagio cuando criatura, sus tribulaciones y luchas, sus múltiples conflictos sentimentales, sus altos y bajos, sus triunfos y caídas...

Resístome a ir y ver su cadáver ¿para qué? a él de nada ha de servirle y a mí me enfermaría de fijo. Prefiero rumiar el recuerdo de nuestra entrevista pos-

trimera, el mismo día de mi partida a Guatemala, después de mi pseudo-catástrofe maldecida:

—"Hijo,—díjome conmovido hasta las lágrimas,—mucho cuidado ¡por Dios!..."

Laconismo que sólo yo podía comprender, y que ha de haber parecido árabe a los extraños que nos acompañaban.

16 DE MAYO.—En la casa mortuoria, temprano. Saludo a las dos hijas de Julián, a su yerno, a varios Diputados y a un puñado de amigos míos.

No sé a quién, o qué cosa aguardamos, ello es que la espera prolóngase, y en el ínterim, póngome mentalmente a reconstruir la vivienda de Julián, según la conocí a los comienzos de nuestra amistad. Ahora ha variado de aspecto, gracias a diversos muebles modernos que su hija casada, y su yerno, paulatinamente fueron regalándole.

La morada postrera de Julián fué una de las muchas viviendas en que se subdivide el vasto y colonial inmueble marcado con el número 11 en el callejón de Betlemitas. La tal casona, siempre me ha sido especialmente simpática, y la habitación de Julián, más aún, que en ella aprendí las primeras letras, allá por el 71 y el 72, en un colegio de niñas—"Amiga," según entre nosotros apodáronse antaño esos planteles femeninos—que regenteaba viuda honesta, guapa y decentísima. ¡Ah, el sinnúmero de condiscípulas, hoy ya casadas y muy señoras mías, que tuve entonces!... Hasta la esposa de un Presidente, nada menos. De ahí que la primera vez que Julián me llevó a su casa, yo entrara en muda, presa de inmensa

ternura; como que al trasponer los umbrales, se me amontonaron en el corazón bandadas de recuerdos infantiles, y toda mi niñez, feliz y alba, resucitó mágicamente.... ¡Pobres de nosotros, y pobres infancias nuestras que se van por siempre, para tornar, acaso, transmutadas en reminiscencias instantáneas que apenas si se posan breve espacio en los aleros del cerebro, apretado ya de pasiones, odios, enconos y hieles, los huéspedes siniestros de las edades adultas!

De coro sabíame el edificio entero, y así se lo puntualicé a Julián en cuanto volvióme el habla: En la vivienda de al lado, habitó mi padrino de bautismo, don Paulino María Oviedo, santo varón casado dos ocasiones y genitor de crecida prole, que vivió y murió en el temor de Dios larga y venerable existencia patriarcal, virtuoso cual un eremita, trabajador como una hormiga, benévolo como un justo, devoto de las buenas obras y de los ágapes y reuniones familiares, pronto a reír hasta las lágrimas—que enjugaba con amplio *paliacate* de yerbas, por ser gran consumidor de rapé,—así tratárase de su propia pobreza, con risa sonora y franca de persona de limpia conciencia; apostólica la testa, partidas en dos mitades las abundosas guedejas de plata, y el rostro, ligeramente cetrino y cariancho, exornado de imponente barba fluvial, de cejas bravías y de ojos pequeños y limpios, heraldos de la pureza de sus costumbres. De más a más, educador y enamorado de los niños, para los que escribiera una media docena de textos didácticos y elementales, que muchos señorones han de rememorar todavía,

En otra dependencia, vivió un lejano pariente nuestro, medio chiflado a consecuencia de su catástrofe

conyugal, que consumía sus acíbares soliloqueando y recorriendo a grandes zancadas vacilantes, los ámbitos de su cuarto único, o plasmando figuras místicas en jabón, que realizaba luego entre beatas y sacristías. Llamábase Felipe, nunca se apeaba una capa española, pasablemente astrosa en su esclavina, y a mí me inspiraba un miedo irrazonado e invencible.

En otra dependencia, vivían dos sacerdotes; en otra, la familia Vincourt, dueña de uno de los primeros "Gabinetes de Lectura" que en la ciudad se establecieron... Hasta los últimos rincones sabíame de memoria; y como hiciese mucho tiempo que no veía por dentro el edificio, hubo de transcurrir largo espacio para explicar a Julián el porqué de mi mutismo y turbación: aparentemente examinaba yo muros y ventanas, corredores y tránsitos, ladrillos de los pisos y vigas de los techos; en realidad, miraba más allá, hacia un gran fragmento de mi vida muerta....

La morada de Julián, tan especial y característica como su dueño. En entrando, la sala, y en ésta, canapé y dos sillones antiguos; hasta seis u ocho sillas de cerda; en un ángulo, el piano, vertical y muy limpio, porque Lola,—la hija soltera que habita con Julián,—lo asea y pulsa; en ángulo frontero, la librería, empolvado estante al través de cuyos vidrios divísanse y trabajosamente se deletrea el título de los volúmenes; en los medios, mesa "tortuga" con carpeta, sustentando lámpara de petróleo; y tres paredes de la habitación,—la cuarta inutilízala el balcón que cae al patio.—literalmente tapizadas de cuadros: son los diplomas de Angela Peralta, sus premios europeos, los retratos de los grandes maestros de su época, autógra-

fos valiosos a ella dedicados, y las coronas ganadas allende y aquende el océano por la modesta y gloriosa artista mexicana, rediviva en la vivienda del viudo intelectual e idólatra suyo, que la ha trasmutado en amante museo íntimo, exclusivamente consagrado a la memoria de la cantatriz. Por doquiera se la ve: en fotografías pequeñas y anticuadas, en fotografías máximas y borrosas, cuando joven, cuando mujer, en traje de calle, en traje de Gilda, de Leonora, de Aida, de Violeta de Valery...

Tras la sala, el comedor, con mesa baja para cuatro comensales, y algunos otros muebles indefinibles, en cuenta, magnífica rinconera vetusta de caoba maciza. En uno de los rincones, alcoba de cortinas rameadas.

Luego, a la izquierda y precursora de la cocina, estancia en la que entiendo se halla el baño. A la derecha, el dormitorio de Julián, en el que hay de todo: catre de bronce; tocador de madera de rosa, con luna biselada, y abajo cómoda de cristales, que encierra diversas reliquias de Angela; *secrétaire* de marquetería, también de Angela, en el que Julián escribe y guarda sus papeles reservados; mecedoras de latón, perchas vienesas de pie y de colgar, sofás de bejuco, sillas de rejilla y de tapicería, mesas con cubierta de mármol. En las paredes, más retratos y diplomas de la alondra, más coronas, más recuerdos...

La pieza última, es depositaria de inmensa cantidad de vestuario, *atrezzo,* y archivo musical de los tiempos en que Julián fué empresario de ópera italiana. Seguramente que hay almacenados allí algunos millares de pesos. Era curioso cada mes, presenciar el aseo

de las ropas, indispensable para que la palomilla no las devore; se procedía por orden, a partitura por mes: hoy, "Lucía," mañana, "Rigoletto," "Hernani" luego, y *sic de coeteris*...

¡Ah, las horas gratas pasadas ahí, en la morada original, al sabroso calor de la anecdótica charla de Julián, convencido de su amistad, de su rectitud y de su afecto!...

Ya sale el ataúd... dolientes y acompañantes nos alineamos a su paso; nos metemos, luego, en los tranvías que se echan a rodar desde la esquina de la Independencia y Gante, hasta el Cementerio Español, más allá de Atzcapotzalco...

Quisieron las hijas de Julián que al cadáver de su padre se le hicieran honras religiosas; por eso a las puertas del camposanto nos recibió un clérigo revestido de roquete y auxiliado de acólito con cirio ardiendo. Encamináronos lentamente a la capilla—harto feúcha por cierto,—en cuyos umbrales nos distribuyeron sendas ceras que aceptamos todos, menos los señores que integran la comisión enviada por la Cámara de Diputados al sepelio del fallecido colega, quienes también se rehusaron a penetrar en el recinto del templo; prefirieron aguardar afuera, en el tétrico jardín. ¡No vayamos a sospecharlos de espíritus débiles o poco ateos!

La tristeza con que regresé del cementerio ha perdurado el día entero, porque mi memoria no ha parado de evocar a Julián: lo he visto vivo y sano, he escuchado su plática, sus ocurrencias, sus intemperancias de lenguaje; he rememorado lo que me quiso, y no me resigno con haberlo perdido, hoy menos que nunca,

hoy que tanto he menester de cariños ciertos, para contrarrestar las malas voluntades que me amagan y cercan.

8 DE MAYO.—A la Escuela Nacional Preparatoria, en busca de Luis G. Urbina, actualmente secretario particular de Justo Sierra, desde su retorno de Europa, Subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes. Subsecretaría recién creada en la forma independiente que hoy guarda, y establecida, mientras se termina el edificio propio que ella y la Secretaría de Justicia han de ocupar en el viejo palacio de la primera del Reloj y Cordobanes, en el vetusto Colegio de San Ildefonso.

Llévanme tres objetos: saludar a Luis, y ver de alcanzar dos favores de Justo Sierra, tan encumbrado e influyente en estos momentos: una recomendación suya para que Raoul Mille, de la librería de la Vda. de Ch. Bouret y editor de mi "Suprema Ley," o Santiago Ballescá, en defecto de Raoul, edite mi novela "Santa" en las mejores condiciones; y que me conceda alguna cátedra de Español, Literatura o Geografía en la Preparatoria, donde ya he sido catedrático y sinodal el año de 1898. Anímame a solicitar de Justo tal ayuda, el saber que está protegiendo de buen grado a los que en México nos diputamos por intelectuales; díganlo si no, José Juan Tablada, el mismo Luis G. Urbina, Amado Nervo (de moda ahora, por su reciente regreso de Europa), Jesús Contreras, que de sobra se lo merece, Jesús Urueta, Rubén M. Campos, Leandro Izaguirre, y porción de escultores, pintores, músicos y literatos más... Luego, que valga o no val-

ga, yo le dediqué a Justo mi novela "METAMORFOSIS," cuando ni asomos había de que yo descendiera de mi cumbre de representante de México; y Justo aun no me da las gracias, a pesar de haberme prometido un artículo nada menos, juzgando del libro, artículo impreso en el que habría de todo: agradecimiento, estímulo, censura y aplauso. De esto y de más le hablo a Luis, y, primera desilusión,—hija sin duda de mi estado de ánimo,—paréceme notar que nuestra vieja amistad, la que por años tantísimos y con tantísima estrechez perduró entre Luis y yo, como todo lo viejo, está enmohecida. Nos hemos abrazado, ¡no íbamos a abrazarnos! pero *ce n'est pas ca...* él me explica por qué no me ha buscado: excelentes razones que aparentemente nos dejan satisfechos a entrambos...tenemos silencios cortos que a los dos nos apenan... lo que siempre acaece con las plantas delicadas cuyo cultivo se interrumpe,—¡y apenas hay planta mas delicada que una amistad!—se marchitan; y a uno le da pena inmensa descubrir roto su tallo y por el suelo sus pétalos....

—¿Vienes a buscar a don Justo, verdad?... Pasa, pasa, para ti no hay antesalas....

Justo Sierra se halla con Manuel Flores,—nombrado últimamente director de la Escuela Nacional Preparatoria. Recíbeme con su cordialidad característica, con sus bromas de costumbre y una que otra palabraza costeña, de las que sólo gasta cuando habla con los íntimos. Mientras ellos terminan, Luis me hace los honores de la casa, principiando por su despacho, que es la pieza última de la serie en que por este lado se encuentra instalada la Subsecretaría

de Instrucción Pública y Bellas Artes; una habitación con ventana de vidrios de colores que cae a una escalera interior, la cual lleva al patio del "Colegio de Pasantes."

—Mira,—me dice Luis,—aquí nos reunimos... Ustedes, los que yo quiero, entran sin anunciarse, llamando a esta puertecita....

A poco, en efecto, aparecen, sucesivamente, Amado Nervo y Jesús Urueta, luego, Carlos Díaz Dufóo.

Inquiere Luis el objeto de mi visita a Justo.

—¿Qué le quieres?... ¿Puedo ayudarte?

¡Harto que puede! Le digo a lo que voy: tras una cátedra y tras el arreglo, en remunerativas condiciones, con Raoul Mille, de la casa de Bouret, o con Santiago Ballescá, para que me editen SANTA, previa eficaz recomendación de Justo, quien yo sé ejerce decisivo influjo en uno y en otro.

—Para la edición de SANTA quizá no necesitemos acudir a don Justo. Yo la llevo muy bien con Araluce, ¿te acuerdas de él?... es el sucesor de don Juan de la Fuente Parres, muchacho inteligente y audaz en su oficio; a mi está editándome un tomo de cuentos, y aquí has de verlo, viene a diario...

Justo me llama a su despacho y da a la entrevista un sello humorístico:

—¿Qué viene usted a pedirme, hombre de Dios? ¿es posible que en cuanto vuelve usted a México me ha de caer encima? ¿por qué no mejor se quedó radicado en sus Guatemalas?...

Le contesto en serio, precisándole lo que persigo: una cátedra, de materia que se halle a mi alcance. Alego los que yo considero antecedentes atendibles,

y que mi presupuesto cojea de entrambas piernas, que estoy instalándome de nueva cuenta y sin economías ningunas.. cuanto se confía a un amigo.

Y salimos con que las cátedras sólo se ganan por oposición, a pesar de lo que en contrario habíame asegurado Balbino Dávalos; que no las hay con el título de interinas... Un desahucio en toda regla, que me aflige de veras y me deshace una esperanza...

En el cuarto de Luis ya se encuentra Araluce, quien se apresura a venir a saludar a Justo no bien asomamos por la puerta. Justo en persona, apeándose de sus jerarquías oficiales, es el que me presenta al editor ibero, haciendo gala de esa afectuosa familiaridad que lo distingue; una de sus más grandes virtudes y la clave de su popularidad entre los estudiantes, principales autores, dígase lo que se quiera, de la merecida y larga fama del hombre, del catedrático y del literato.

Araluce y yo, ya éramos conocidos; registrando archivos mentales ha aparecido la innegable constancia de que trabamos relación en qué sé yo cuál juerga de las mil y tantas que esmaltan mi juventud y soltería. Desde luego acepta el negocio, editará SANTA; y me cita para cualquier día, a partir de mañana, en su establecimiento editorial del callejón de Santa Inés. El y Luis, que comen juntos una vez por semana, invítanme para su próximo ágape. En cuanto Justo se despide, nos salimos los demás, en grupo, a tomar la clásica copa del mediodía, en una de las cantinas baratas del barrio estudiantil, tan gráficamente descrito en PACOTILLAS de Porfirio Parra.

Camino de mi vivienda, es decir, de la de mi herma-

na, donde paramos mientras plantamos tienda propia, acibárame el júbilo de la edición de SANTA, el que Luis difiera de mi Luis de antaño y el que Justo me haya escatimado su ayuda, con la que yo tan ciegamente contaba.

20 DE MAYO.—Segunda visita a Luis Urbina, hoy comemos con Araluce.

Malísima la noticia con que me recibe: Jesús Contreras ¡el amigo sin par! perdido de su cáncer, está por regresar de un momento a otro de la ciudad de Puebla, a cuyos baños, milagrosos a las veces, lo habían despachado los médicos... Añade Luis que no hay la menor probabilidad de que Jesús pueda nunca recuperar la salud, que se nos morirá sin remedio...

Comimos en el "Salón Weber," cervecería alemana, con su mucho de *brasserie* literaria, en la cual de tiempo atrás nos hemos reunido los *intelectuales* militantes, que, a pesar de todo, perduramos y producimos. Precisamente, el pobrecillo de Jesús era uno de sus clientes más asiduos.

29 DE MAYO.—Hoy quedó definitivamente areglada la edición de SANTA.

Por acorde designación del editor y del autor, dejóse al leal saber y entender de Luis Urbina la fijación de precio y demás condiciones. Araluce deposita en él sus intereses monetarios, y yo los míos cerebrales.

Araluce me ha sorprendido con la halagüeña nueva de que en carta certificada le piden de Puerto Rico, muchos ejemplares de mis ¡¡obras completas!!

—No se quejará usted de los portorriqueños, y ya hemos de hablar de esas ¡obras completas!... ¿cuántos libros lleva usted publicados?...

Como la cuenta no es muy larga que se diga, sin tomar resuello le espeto los nombres de la media docena dados a luz hasta la fecha... Pero, es igual, la sola enunciación de ¡¡¡obras completas!!! me ha hecho sentirme un escritorazo de los pocos en libra. ¿Cuándo cesará uno de ser infantil y víctima de estas vanidades que a la fuerza acarrea el cultivo de las letras?...

30 DE MAYO.—Mi entrevista con el Presidente de la República.

Raras ocasiones me sentí dueño de más aplomo ni mayor tranquilidad; lo que mucho me regocija, debido a que tanto me han repetido que el Presidente se halla muy predispuesto en mi contra, que casi he llegado a creerlo, ayer sobre todo, cuando el señor Mariscal, sabedor de mi audiencia de hoy, con su delicado tacto me lo ratificó:

—No sería de extrañar que el señor Presidente le manifieste a Ud. su desagrado... Sincérese con él, según se ha sincerado conmigo...

Lejos de recibirme con iracundia, no asoma en la ya de suyo indescifrable faz del General Díaz, ni un barrunto de contrariedad o prevención; de lo que en seguida me aprovecho para ponerme a *mon aise*. Y le reproduzco los alegatos formulados ante el señor Mariscal, con más, el original de una carta fechada en San Salvador, del Doctor D. Francisco A. Reyes, actual Ministro de Relaciones Exteriores de aquella Re-

pública, en la que se puntualizan los sucesos que, adulterados, se me imputan, y adulterados sí que me perjudican con razón sobrada. La hojilla deleznable y manuscrita, echa por tierra,—con la sola narración de los sucesos que a Reyes cónstanle como a testigo ocular,—la torpe calumnia que corre por ahí, de que cierta madrugada fuí y desperté al Presidente de Guatemala para *exigirle que me obsequiara con una copa de cognac!!!*... Hago más aún: propongo al General Díaz que me autorice a preguntar telegráficamente y valiéndome de su telegrafista particular, al Presidente Estrada Cabrera, en lo oficial o en lo privado, si es cierto el hecho; o que sea mi sucesor en la Legación quien lo pregunte, bajo todas las reservas cancillerescas, bien a Estrada Cabrera, bien a su Ministro de Relaciones Exteriores de entonces, don Francisco Anguiano. No puedo ofrecer más.

El General Díaz se niega; díceme que prefiere creerme bajo mi palabra, no obstante el fidedigno conducto que le comunicó la noticia.

—¿......?

—El señor don Antonio Lazo Arriaga.

(El mismo que se lo dijo al señor Mariscal, según el señor Mariscal me lo manifestó confidencialmente).

¡Lazo Arriaga!... ¿y por qué?... Sumérjome en un mar de conjeturas... Nunca le hice daño, antes estuve a punto de prestarle un pequeño servicio cuando su licencia en Guatemala, de la que se ausentó sin que nos conociéramos ni de vista... ¡Enigma!

A no ser que el propio Estrada Cabrera ordenara a su Ministro en Wáshington, Lazo Arriaga, de paso en México con motivo del timo del Panamericanismo

(la 2.ª Conferencia), que pidiera mi retiro, y lo pidió fundado en lo que de Guatemala le pormenorizaban, y lo obtuvo por mis negras desdichas.

Todo ello, en síntesis, se lo explico al General Díaz, que me escucha con atención suma... ¿De veras le interesara mi caso, o su actitud será la resultante del contraído hábito de simular concentrada atención hasta para lo más nimio que vienen a contale interlocutores de todos los tamaños?...

En la duda de si son galgos o son podencos, yo exploto ese interés sincero o fingido, y *cuélome* hasta donde puedo, en el ánimo de este dispensador de premios y castigos. A la mitad de mi discurso, cuando hacía yo hincapié en la tristeza que me causa la separación de mi carrera, el General Díaz me interrumpe:

—¿Quién le ha dicho a Ud. que será separado?... Tal vez vuelva al extranjero, antes de lo que Ud. se piense.... si se conduce como debe conducirse mientras lo tengamos en *observación*...

—¿Por qué esa *observación*, señor,—me aventuro a reclamar en són de broma,—me considera Ud. un *apestado?*...

—Apestado, nó,—replícame sin apearse de su broncínea seriedad, que en tan importante lo convierte,—pero sí es Ud. un *caso sospechoso*, y debe Ud. agradecer que el Gobierno lo *observe*, en lugar de mandarlo al lazareto por incurable...

Con el fiasco de mi humorismo a cuestas, persisto en *colarme* dentro del ánimo de este grande hombre, y le puntualizo por qué quisiera volver a salir de México cuanto antes:

—...Usted no se figura, señor, ni nunca podrá figurárselo desde su altísimo puesto, lo difícil que la vida se vuelve en México a individuo como yo, a quien se supone caído de la gracia de Ud.; vive uno de milagro, la gente cree que tratándolo peor que a can hidrófobo, a Ud. lo halaga; y por halagarlo, vienen y le cuentan calumnias y chismes, que Ud., por buena que sea su policía, jamás podrá saber hasta dónde lo imputado es cierto... Estamos enfermos, señor, estamos enfermos.....

El General Díaz me ha oído excesivamente serio; un instante, hasta paréceme que ha fruncido el ceño. Y cuando yo callo, él me examina, fijamente, uno o dos segundos; pero yo, que estoy barrenando mis naves, sostengo su mirada, con mucho respeto y también con mucha entereza.

—Algo hay de eso,—contéstame,—es lo que les ocurre a todos los gobernantes... Pero Ud. exagera...

—Es muy posible, señor, y hasta que esté engañado; mas como me hallo ahora en una posición falsa, compelido por el instinto de mi conservación a proporcionarme todas las armas necesarias a mi defensa, voy a permitirme pedirle una merced: que caso que mis *amigos* intenten desconceptuarme ante Ud., viniendo a inventar o desfigurar mis hechos y dichos, Ud. se sirva reservar su juicio hasta no oírme a mí mismo; en la inteligencia de que si alguna fe le merecen mis promesas, yo le empeño mi palabra de honor de nunca negarle lo que haya dicho o hecho, así incurra por ello en el mayor de los escarmientos... ¿quiere Ud.?...

—¡Se lo ofrezco!—me respondió el Presidente.

Apenado porque la audiencia se prolonga, lo manifiesto así al Gral. Díaz, y él me contesta:

—Lo he recibido a Ud. para que me dijera cuanto tuviera que decirme; de consiguiente, concluya Ud. sin reparar en la hora...

La conversación salta a otros temas. El Gral. Díaz me interroga acerca de Centroamérica y sus gobernantes, respecto a quienes tiene ideas e informaciones muy próximas a la realidad, cuando no son la realidad misma.

A grandes rasgos, le pormenorizo lo que yo por cierto diputo: que Regalado, y Zelaya muy especialmente, le profesan positivo culto; Zelaya, hasta retratado lo luce en su despacho. Estrada Cabrera, aunque seguramente ha de admirarlo, no me parece que lo quiera; en cambio, en la sala de su casa particular, se mira un retrato de Juárez. ¡Y en verdad que nunca vi a dos hombres públicos que entre sí presenten memos puntos de contacto!

Quiere saber el Gral. Díaz si no es una doble leyenda el valor de Regalado y la virtud opuesta en Estrada Cabrera. Afírmole lo que sé, esto es, que la valentía de Regalado raya en temeridad, y que Estrada Cabrera está muy lejos de la cobardía; es astuto y cauto, y a este propósito le repito lo que alguna vez oí de labios del Presidente de Guatemala, cuando éramos dos buenos amigos:

—"Mis malquerientes algo darían por acabar conmigo, y si yo tanto me cuido es por probarles que ello no es empresa fácil..."

Y recogí esta gran frase del Gral. Díaz:

—"Siempre he creído inútil que los gobernantes

nos rodeemos de precauciones extremadas para resguardar nuestra existencia: el día que tropezamos con quien *da vida por vida*, perdemos la nuestra con precauciones y todo... ¡Por eso yo no me cuido!"

Muy esperanzado salgo de la larga audiencia, y con excepción de mi familia y del señor Mariscal, a nadie se la cuento en detalle. Opto por que sigan creyéndome náufrago; reiré con más gana y con más asco de actitudes fugitivas, de los que no quieren comprometerse tratándome, de los que me aconsejan panacas y remedios para conjurar la tormenta, de los que me han retirado el saludo... ¡infelices!... Y querré con mayor cariño a los pocos, poquísimos que han persistido en continuar a mi vera, sin consejos, ni repulgos, ni temores...

5 DE JUNIO.—Hoy entregué los originales de mi SANTA en las propias manos de su futuro editor, Ramón de San Nicolás Araluce.

Fué en el despacho de su espaciosa casa editorial, con imprenta, taller de rayado, de grabado, de encuadernación... Conseguí que la novela lleve dos ilustraciones originales, que debo a la galantería del pintor peninsular Paco Mas.

Al despedirnos, avísame del regreso de Jesús Contreras; volvió ya de Puebla, en tal gravedad, que se espera un funesto desenlace....

6 DE JUNIO.—En el saloncito de Luis Urbina, me encuentro con Jesús Urueta y Amado Nervo; a poco, Carlos Díaz Dufóo.

Ninguno de los tres ha variado de fisonomía moral;

físicamente, Amado, portador ahora de barba a la Boulanger y de un pergeño casi elegante, si se le compara a los de antaño.

Jesús Urueta, sigue dando la razón a su interlocutor, repitiendo la última palabra de éste o intercalando sus acostumbrados "¡pues, es claro!," los que no sabe uno a qué atribuir: ¿los formula porque no se digna discutir con nadie o porque realmente se declara convencido de lo que escucha, casi siempre con marcada desgana?... Sigue con sus ausencias de atención, con sus raptos de entusiasmo, breves cual relámpagos, que lo levantan del asiento, y lo hacen manotear, y sacudir la melena que tira a rubia; sigue con sus risas intermitentes, de colegial, y con el hábito de hincar los codos en las rodillas y la barba en las manos, mientras escucha; sigue juvenil, lleno de proyectos para obras futuras, con una que otra llamarada ambiciosa que le ilumina el mirar felino de sus ojos claros... Díceme que se halla en vísperas de casorio, con una sobrina de Justo Sierra.

Amado, continúa como antes en pensamientos y decires: los decires, ligeramente *ex-cathedra*, convencido de su superioridad intelectual que nadie le disputa, pero un tanto agravado ahora tal convencimiento por el *engouement* de su viaje a Europa; está de moda y él lo sabe, aunque se esfuerce en aparentar que lo ignora. A propósito de su permanencia en el "Viejo Mundo"—sobre la que publica en estos momentos sus impresiones en la REVISTA MODERNA, bajo el título feliz de "El Exodo y las Flores del Camino," —tiene un detalle de mal gusto: se declara nostálgico de París. Pero es el mismo muchacho afectuoso y

noble, más sano del espíritu que del cuerpo, aunque aquél ande siempre curioseando honduras místicas y tiquis miquis escolásticos, querendón del grupo, sin envidias ni doblez, más reservado que comunicativo, de intimidades sobre todo... Me confía su ambición actual: ir de Secretario a cualquiera de nuestras Legaciones europeas; parece que Joaquín D. Casasús,—influyente personaje contemporáneo con legítimo relieve, que alguna vez delinearé en estas páginas,—le ha prometido su valiosa ayuda para que lo realice. En el pensar, Amado sigue alto, sentimental, simbolista y religioso, con sus miajas de obscuro. Me pregunta por SANTA; me afirma que, prendado del nombre, a punto estuvo de apropiárselo en no sé cuál de sus composiciones, y que venció la tentación al recordar que era de mi pertenencia. Yo, de todas veras lo felicito calurosamente por su poema magistral a la HERMANA AGUA.

Carlos Díaz Dufóo, también sin notable variación, continúa con su *esprit* espontáneo y mordaz, a las vegadas forzado, porque lo esgrime sin parar. Se ha entregado a la Economía Política y colabora en "El Economista Mexicano" de Manuel Zapata Vera, Jefe de la Sección Consular en la Secretaría de Relaciones Exteriores. Nada quiere ahora con las Letras ni con el periodismo de combate y de sátira, en el que es padre y maestro.

A la noche, me encaminé hasta el domicilio de Jesús Contreras, una deliciosa casita de su propiedad, ubicada en el naciente barrio próximo al Paseo de la Reforma, que nuestros ediles han cristianado de "Co-

lonia Juárez,'' y el público denomina ''Colonia Americana.''

Poco aguardo en la sala; no tardo en oír el rumor de pasos pesados que vienen a rastras por los *parquets* flamantes y sin alfombras, y se me aparece Jesús apoyado en su esposa Carmen, quien lo conduce y guía como a niño torpe que aun no supiese andar... su antes hermoso cuerpo de hombre sano y fuerte, transmutado en una especie de guiñapo que a durísimas penas camina... ¡Ah, el trágico saludo que, más que su cuerpo trunco y doblegado por el cáncer, y el mío todo trémulo de duelo hondo y mudo, se dan nuestros espíritus que tánto se aman y comprenden!... En mis brazos llega a su sillón, en el que como un trapo, resbala y dóblase. Ni él ni yo despegamos los labios ¿para qué?... Clávame sus ojos a punto de verter lágrimas, que al fin no salen gracias a sobrehumano esfuerzo, y los míos huyen de aquella mirada tristísimamente interrogante, se ponen a determinar tontamente las molduras de las chambranas y los dibujos de los muros estucados....

—Ya ves en qué estado me hallas—murmura luego.

Y yo persisto en callar, no acierto a contestarle palabra.....

Pasada la primera impresión (¿qué es lo que no pasa en esta vida?) comenzamos a hablar: lugares comunes, para engañarnos, para alejar le pesadilla de su situación; bromas sobre Guatemala, sobre mí mismo, sobre lo que pienso hacer. Una delicadeza suya:

—¿Cómo está SANTA?.....

Ahora verás,—añade en seguida,—si me he olvidado de ella, de que me la has dedicado...

Y sale Carmen en busca de uno de los cuadernos del artista, en los que durante viajes y paseos iba apuntando con lápiz proyectos y bocetos, ideas y lineamientos de obras *nonnatas*, fisonomía de personas y sitios, para las esculturas venideras. Cuadernos que todos los pintores y escultores poseen, en los que a las veces palpitan sus inspiraciones mejores. Pero hoy, dado el estado de Jesús, las pobres hojas antójanseme de una indecible ironía...

—Mira a SANTA,—me dice, y no puede ni sostener el cuaderno,—en la postura en que he de esculpirla, cuando al desnudarse en el cuarto sin luz, sus manos tropiezan con el escapulario... ¿te gusta?... son unos cuantos lapizazos...

Por divagarlo, le pormenorizo lo bien encaminado de la edición del libro; pero aunque él no me lo diga a las claras, los dos pensamos, a un tiempo, el mismo pensamiento negro que se delata en la manera de mirarnos: la novela impresa, no ha de verla Jesús.... (Cuántas ocasiones, y algunas qué solemnes, realízase este fenómeno de pensar un mismo asunto dos pernas que se encuentran hablando de otro, principalmente, cuando dos amantes se juran eternidades en su querer recíproco, sabiendo—¿cómo? ¿por qué?... —que su querer ha de concluir, que *tiene* que concluir...).

Nuestra charla, desmañada y melancólica a pesar de lo que la rociamos de fingidos entusiasmos, nos la interrumpe Carmen a cada paso, para limpiar la boca de Jesús, para enjugarle los labios, el sudor del rostro nazareno y barbado, para alisarle la cabellera *montmartroise* y bravía, para montarle la pierna

muerta sobre la pierna medio viva aún, para moverle la única mano y el brazo único que le restan inertes y flácidos... Jesús no puede ya relizar el menor movimiento....

Esta incesante, amantísima y admirable devoción de Carmen por su enfermo, ¡cuánto me conmueve! ¡qué mujer tan excepcionalmente buena! De ver cómo le sonríe a todo y todo se lo festeja; cómo lo llena a un tiempo de mimos y de esperanzas dulces; cómo le habla de su alivio, con certidumbre tal, que, por momentos, Jesús entreabre sus ojos y también sonríe cual si de veras creyese hacedero el prodigio imposible; esa devoción me lleva a rememorar la perpetua adoración que siempre nutrió Carmen por su artista caprichoso e inquieto, su benevolencia para disimularle escapatorias y calaveradas; su amor innegable para este hombre-niño que ha sido todo corazón con su familia, y con sus amigos, y con cuantos se le acercaron; para este enamorado de la luz, del movimiento y de la línea... Y los vuelvo a ver, hace pocos años, vuelvo a recrearme frente a la gentil pareja: Carmen, virginalmente bella, buena y dulce; Jesús, virilmente hermoso, pronto a todas las generosidades, manirroto, locuaz, feliz y sano...

Salgo desgarrado, burilado en el cerebro el cuadro doliente, maldiciendo de estas enfermedades implacables que nadie puede atajar... Vacilo entre volver o nó, y resuelvo regresar mañana, ya que sus instantes están contados. Y supuesto que no existe remedio humano para sus males, casi anhelo que nuestra entrevista póstrimera no se halle lejos...

7 DE JUNIO.—A ver a Luis Urbina, en la Preparatoria.

Al igual de ayer, llegaron a poco Amado Nervo y Jesús Urueta; después Carlos Díaz Dufóo; luego, Araluce. Toda nuestra conversación versó sobre el estado de Jesús Contreras; y sin embargo, nos citamos para en la noche, a una función de beneficio en el teatro del Renacimiento, de una artista patrocinada por "El Imparcial."

10 DE JUNIO.—Tocóme presenciar, y aun intervenir en una de las curaciones crudelísimas que un médico alemán, hoy de fama en México, practicó en el cuerpo mártir de Jesús Contreras: inyecciones hipodérmicas de quién sabe qué substancia brutal, que le arrancó gemidos de dolor espantoso, y al fin, lo desmayó entre mis brazos, instantáneamente... El galeno teutón dícese "especialista" para curar el cáncer y me fuerza a escucharle amplias explicaciones técnicas de sus específicos, las cuales, según siempre acaece, resultán árabe para los legos.

¡Qué atroz espectáculo esta incontrastable agonía de mi pobre Jesús!...

12 DE JUNIO.—Esta noche hallábase Jesús en aparente mejoría, y despotricamos respecto a nuestra inminente entrada en el Congreso, como Diputados. (Es ya el secreto de Polichinela, que Jesús Contreras, Jesús Urueta, Manuel Calero—joven abogado inteligente que comienza a surgir, y que es sobrino y yerno de Justo Sierra,—y yo, somos, o seremos *elegidos* Padres de la Patria, en la próxima hornada)... Confíame

Jesús, que fué siempre uno de sus sueños figurar en nuestro Cuerpo Legislativo, y yo se lo rebato, dudo que tan poca cosa—en los tiempos que corren—haya significádole una ilusión. Lo que yo me sospecho es que en su inconfesado y justificadísimo afán de vivir, el asunto de su diputación sea un pretexto para que no se le tome a puerilidad, atento su estado, el que quiera seguir viviendo.... Pero nos pusimos a bordar proyectos: los del grupo nos sentaremos juntos, votaremos de acuerdo, procuraremos esto y aquello... Lo irrealizable, lo que es quimera alcanzar dentro de los Congresos, así Dios se dignara, por un milagro, sanar a Jesús...

Es inhumano que los enfermos graves y desahuciados hablen en semejantes términos, del tiempo por llegar, cuando ellos *saben* que no vivirán para entonces...

20 DE JUNIO.—En una ociosidad imperial, de cuando los emperadores no se ocupaban en nada serio y de provecho, pues mi quehacer en el Ministerio, aunque me abstrae algunas horas, no basta a mis actividades.

Jesús Contreras, con alternativas en su salud, pero sin que el cáncer interrumpa su marcha homicida e implacable.

30 DE JUNIO.—A pesar de mis viejas repugnancias por todo lo que es mentira y falsedad,—y desgraciadamente no es otra cosa nuestro Cuerpo Legislativo (en eso idéntico a casi todos sus congéneres del Globo, y más particularmente a varios de los de Hispanoamérica que yo me sé), por momentos me da cierto

alborozo que las elecciones (?) de una vez se consumen, y yo me vea transmutado en *padre conscripto*...

6 DE JULIO.—Dentro de una semana sabré si mi popularidad fué bastante a que el pueblo de... ¿vaya Ud. a saber de dónde?, me haya nombrado representante suyo... Y con intermitencias, experimento algo que se parece a alborozo porque así suceda.

10 DE JULIO.—Impetuosa gravedad de Jesús, que nos hace esperar su muerte de un modo inminente.

12 DE JULIO.—Jesús lleva dos días de haber enmudecido, de un golpe, sin síntoma ninguno previo; un rayo invisible que lo privó del habla....

Presenta un aspecto espantoso; encamado, esquelético, hundidos y vidriosos sus ojos antes expresivos y vivísimos, inmóvil, mudo... En ocasiones, una ansia inmensa de incorporarse y hablar, que imprime a su cuerpo estremecimientos suaves, y a su mirada una intensidad acongojante, un brillo extraño que mueve a lástima....

Carmen su mujer, interpreta y deletrea a maravilla sus deseos, cual si los leyera en una pizarra... ¡Uno de los mil prodigios que sólo el amor sabe operar!

Por ella supimos Luis Urbina y yo, que Jesús quería hablarnos; y fué una escena dramática: Luis y yo, a entrambos lados de la cama; Jesús, mirándonos alternativamente, con ansias infinitas, desorbitados los ojos, tratando de levantar la cabeza; los labios, impotentes para formular palabras, trémulos y pálidos, como los de un extático que musitara plegarias

mentales... Y al fin no pudimos poner en claro qué querría decirnos: vaya, ni Carmen, que vino en nuestro auxilio... Sólo Dios y él sabrán si se trataría de encomienda importante, de encargos postrimeros, de frases de afecto... Y cuando su hermosa testa volvió a caer en las almohadas, de sus ojos entrecerrados resbalaba llanto...

Luis y yo salimos traspasados de la estancia de agonía, y yo no paré hasta mi casa, a la que llegué titubeando por las calles del tránsito, plácidamente alumbradas por la luna y por los focos de arco...

13 DE JULIO.—Cuando llegué esta mañana a la casa de Jesús, ya se había consumado la catástrofe; falleció desde anoche, a poco de haberme retirado...

No recuerdo con quién penetré desde luego en la cámara mortuoria, ni recuerdo tampoco qué artistas se apercibían a sacar su mascarilla en yeso, ni cuál pintor o dibujante copiaba su rostro, a la vera de la cama todavía deshecha en sus ropas y almohadas...

¡Qué serenidad en el semblante del cadáver, cuando aun ayer era la expresión del dolor humano!... Su propia y excesiva palidez, que ya lucía en vida, antes lo hermosea y espiritualiza. Debido al corte de su barba, a lo abundoso de su cabellera, su fisonomía había adquirido,—dicho sea sin irreverencia,—un marcado parecido con la de Cristo en la Cruz... Por supuesto que todo lo que yo veía, veíalo al través de mis lágrimas que me empañaban el fúnebre cuadro... Pasada la primera emoción invencible, me acerqué al muerto, y delicada y efusivamente, temeroso de lastimarlo,—que su sensibilidad de los últimos tiem-

pos era hiperestésica,—le cogí su diestra exangüe y tibia, con mis dos manos temblorosas, y entre ellas la guardé largo espacio, en prenda de cariñosa y postrimera despedida.....

La casa íbase llenando de parientes, amigos, discípulos y admiradores, dominando como era natural que sucediera, el elemento artista: pintores, escultores, literatos y músicos; muchas corbatas La Valliere y muchas barbas y melenas carlovingias, puestas en boga unas y otras por el mismo Jesús a su regreso de Europa... Las flores llegaban, llegaban sin término, coronas, cruces, ramos; y la noticia corría las calles, empujaba más gente a la vivienda risueña, reporteros amenazantes de *carnet* y lápiz, hasta curiosos e indiferentes que se aprovechaban de las circunstancias para conocer al artista fallecido... Dentro de la morada, Justo Sierra, afectadísimo, hacía cabeza... Y todos hablábamos en voz baja, palpitaba un duelo de verdad...

Se apareció Carmen por el *hall*, y sin poder hablarnos ni nosotros contestarle, se echó a llorar sobre las espaldas de Luis Urbina y sobre las mías, en recuerdo sin duda de la fraternal intimidad que nos unía a Jesús.....

A la tarde, se procedió al embalsamiento del cuerpo en una de las habitaciones interiores, y se fijó el programa de la velada de esta noche, y de los funerales de mañana; distribuyéronse los turnos para la Academia de Bellas Artes,—en la que Jesús había sido profesor,—y el obscurecer, se trasladó el féretro desde la Colonia Juárez hasta la calle de la Academia... Cuando sacaban la caja en hombros, oí que

Luis Urbina, en el colmo de la aflicción y completamente apartado, hablaba a solas... La procesión, imponente y tarda.

La capilla ardiente se instaló en el Salón de Actos, precisamente restaurado por Jesús, que nunca ha de haber sospechado que se inauguraría con esos honores a sus despojos.... Los adornos del local, sobrios y del mejor gusto, ideados y hechos por profesores y alumnos del plantel y por compañeros de Jesús. Allí habló Justo, pero tan emocionado, que es la primera vez que su soberbia oratoria no me ha dicho nada...

Resultamos en el reparto de turnos, juntos Jesús Urueta y yo, de 10 y 1|2 a 11; y resolvimos ir antes a cenar al Monte-Carlo, en la esquina de la Independencia y Colegio de Niñas. Por el camino, compramos los periódicos que publicaban el resultado de las elecciones, leído escrupulosamente mientras nos servían... Todos los del grupo, inclusive Jesús Contreras que ya no lo sabrá, figuran entre los favorecidos, todos menos yo, que he de haberme *ahogado*, según se dice de los que fracasan en estas lides (?).

A Jesús Urueta, el júbilo se le escapa por los poros, y a mí el desengaño acaba de acibararme el día, ya de suyo harto amargo.

14 DE JULIO.—Funerales de Jesús Contreras, en el Cementerio Francés de la Piedad.

Muy concurridos; es un sinnúmero de tranvías atestados de dolientes, y una muchedumbre de curiosos, los que contemplan el desfile funerario.

A nuestro paso por las calles de Bucareli, muy elocuentemente para los poquísimos que estábamos en el

secreto, de las ventanas de determinada casa hubo alguien que medio levantara los visillos, a fin de conservar en el fondo de unos ojazos arábigos, esa visión última del cortejo... Luis Urbina y yo, que juntos hemos advertido la discreta maniobra, nos miramos sin despegar los labios, respetuosos frente a un duelo que carece hasta del derecho de exhibirse... Esa crispatura de la cortina, ha de haber sido el reflejo de la crispatura de una alma virginal, bruscamente despertada de ensueño pecaminoso, que nunca llegó a los lodos...

En el tranvía, se escucha la voz de Amado Nervo:

—"Lo que él habría apetecido, lo llevamos a descansar en tierra francesa, a la que él amó tanto..."

31 DE JULIO.—Muy mal yo de compañías y prácticas...

También me falló el proyecto de irme con Emilio Pardo jr. a defender en el Tribunal Permanente de Arbitramento en El Haya, la justicia que nos asiste en la inicua reclamación yanqui, conocida bajo el nombre de "Fondo Piadoso de las Californias."

10 DE AGOSTO.—Entregué en la imprenta los dos grabados originales de Paco Mas, para SANTA.

6 DE OCTUBRE.—Llegaron de Barcelona las primeras pruebas de SANTA; unas 45 páginas impresas, que corrijo en un rato.

10 DE OCTUBRE.—Tarde interesante, con Eugenio Zubieta, un excelente amigo, viejo empleado de la

Biblioteca Nacional en la que presta utilísimos servicios por lo que la conoce, porque ama su oficio y porque su erudición, sobre todo en bibliografía y literatura antiguas, y mexicanas se entiende, es poco común: en su biblioteca particular, posee maravillas que lee y relee a sus solas. Y este es su defecto, ser un solitario; nada se le importa de aplausos ni bombos; estudia por gusto, sin curarse de que sepa nadie hasta dónde va de conocimientos y aprendizajes. Además de solitario es un silencioso, lo que le agrava su defecto; para los extraños, quizás pase hasta por un misántropo, mas los que lo tratamos de cerca, podemos declarar que es todo lo contrario: noble, afectuoso y recto; virtudes directamente heredadas del señor su padre, que es un justo.

Llevóme Eugenio hasta la casa del Teniente Coronel retirado D. Martín Espino-Barros, coleccionista casi maniático de una porción de cosas desemejantes, pequeñinas, frágiles, al parecer sin importancia muchas de ellas.

Desde la vivienda es de admirar, en los fondos de patio interior de amplia casa de vecindad en una de las calles de Bucareli. El mismo nos abrió la puerta, pasaron las presentaciones y saludos, y en el acto dió principio la exhibición, sazonada con la historia fragmentaria y pintoresca de las adquisiciones, y con algunos comentarios muy atinados. Muéstrase ufano de su tesoro, nos cuenta que nunca ha querido venderlo, no obstante las buenas ofertas que se le han hecho, y con cierto orgullo añade que, a ser rico, lo cedería al Museo Nacional.

Todo se halla, más que cientificamente, cariñosa-

mente coleccionado en cajas, armarios y muros; lo más preciado, bajo de llave o tras de cristales.

Un maremágnum. En sellos, conseguidos con el transcurso de los años,—y mi señor Espino-Barros ya no se cuece al primer hervor,—sellos oficiales y particulares, posee la friolera de 30.000, adheridos a libros y cuadernos; hay un álbum, dedicado a sellos de oficinas de Gobierno; otro, que pudiera servir hasta para la historia de nuestro comercio, sólo con sellos mercantiles.

De papel en blanco, luce muestras en pliegos o medios pliegos de cuanto papel se ha empleado en México durante los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX.

De autógrafos, el océano; es un *in-folio* con millaradas de firmas de ilustres ignorados, y varios centenares de personajes conocidos.

De condecoraciones militares, habrá cerca de 200; de sociedades científicas y mutualistas, unas 300; medallas conmemorativas, 500 y pico; monedas de plata, nos dice que 396, de cobre, 927, y ¡falsas, 25!... De mérito real, pocas a mi juicio.

Satisfecho desenvuelve, y nos consiente que la toquemos con nuestras manos, una vieja y rugosa cartera de tafilete en cuyo frente, primorosamente bordado aunque ya mustio, se ostenta el escudo de armas de don Juan Prim; y en los interiores, una relación,—posterior seguramente,—pormenorizando la jerarquía nobiliaria de que era titular el ilustre Marqués de los Castillejos y Conde de Reus.

Timbres postales, de diversos países y años, nos afirma que tiene más de 1.700, y cubiertas de carta, timbradas y selladas, 1832...

Fatigados del lento discurrir frente a armarios y "vitrinas," nos brinda con sendos asientos y sabrosa charla: ha visto mucho, peleado no menos, allá en las buenas épocas de los *mochos* y los *puros,* tratado a próceres y a guerreros, conoce a todos nuestros "anticuarios": Luis González Obregón, Jenaro García, y otros dioses menores; padece de reúma, y nunca sale por las noches. Un tipo grato, que diriase arrancado de páginas de Dickens o de Pérez Galdós.

Al salir, pregúntame Eugenio Zubieta qué es lo que me parece más notable de la colección.

Y sin vacilar le respondo:

—La paciencia del señor Espino-Barros.

3 de noviembre.—Esta noche, para huir de las malas tentaciones que están precipitando mi ruina monetaria, comencé la lectura de los manuscritos de MI DIARIO, al señor Mariscal.

Prolongada sesión, hasta eso de las 11, con el grande estímulo de una bondadosa y reconcentrada atención por parte de don Ignacio, autoridad si las hay, en materia de letras. El talento literario del señor Mariscal, del que tiene dadas robustas pruebas como la magistral traducción de EL CUERVO de Edgar Allan Poe, es, sin embargo, principalmente crítico, más que productor; su vasta erudición y su relativa pereza para producir, le han refinado a un extremo el sentido crítico, que ni en la charla más trivial deja que los yerros y equivocaciones pasen inadvertidos; es un purista. Todo ello unido al respetuso y profundo cariño que le profeso, van a convertirme en deliciosas e instructivas tales veladas; a solas él y yo,

dentro de su amplia y nutrida biblioteca, con ancho balcón a esta calle colonial y silente de la Espalda de la Moneda.

5 DE NOVIEMBRE.—Terminé la lectura de EN TURANIA, de Ciro B. Ceballos.

Unas páginas vibrantes de pasión y de encono, con algunos juicios exactos a las veces, en lo general agresivos e injustos. El estilo, siempre tortuoso, por alardear de léxico modernista o arcaico; muy cortos los renglones y a menudo comenzados con minúsculas, de vez en cuando, empinándose hasta las serenas alturas de la grandilocuencia. El fondo, siempre combativo e implacable, hasta venenoso aquí y allí.

11 DE NOVIEMBRE.—Ciro B. Ceballos llevó a presentarme a un joven poeta de San Luis Potosí, José María Facha, cuya ídem resulta francamente simpática.

12 DE NOVIEMBRE.—Un zahorí político me puntualiza las dos versiones de por qué no vine Diputado al Congreso.

Ninguna de las dos me convence; la una es infantil, y la otra, abusurda.

Lecturas, esta noche, en la casa de Francisco Cardona, de la MONNA VANNA del pensador flamenco Maeterlink, traducida en prosa rimada por Balbino Dávalos, y de la GUADALUPE, de Marcelino Dávalos.

Estos dos Dávalos, no son parientes entre sí.

De Balbino, ni qué hablar, pues es harto conocido como humanista y como literato activo y principal;

ya lo he mencionado en los tomos anteriores de MI DIARIO, y he de mencionarlo más en el presente y en los sucesivos.

Marcelino, es un escritor provinciano, de Guadalajara, que se ha consagrado al teatro, descuidando su profesión de abogado. Por culpa de su juventud,—no aparenta más de 25 años,—sus piezas teatrales no poseen toda la fuerza ni toda la perfección que fuera de desear; pero seguramente que en su individuo, que tira a gordo, hay madera para un buen autor dramático. Además de ser joven, es trigueño, de muy modesta estatura, ancho de cara y de incipiente bozo, dulzón el mirar y todo él tímido en palabras, entonaciones, ademanes, juicios y respuestas. Entiendo que se halla en México con licencia; que conoció a Pancho Cardona y a Virginia Fábregas, en una de tantas correrías de esta pareja de mi particular afecto, y que ahora viene, amparado a su sombra, para que le representen en su teatro la GUADALUPE, que vamos a escucharle, y otras obras que trae en cartera.

La lectura, íntima; Pancho Cardona, encamado porque está enfermo; sentados a los pies de la cama, Virginia Fábregas, y mi sobrino José Joaquín Gamboa; en derredor de una mesilla redonda, Balbino, Marcelino y yo.

Arrullado por las lecturas, Pancho se nos duerme.

18 DE NOVIEMBRE.—Arruinado...

21 DE NOVIEMBRE.—Por segunda vez en mi vida, hoy empeñé en las filantrópicas garras de un usurero amigo (?), gran parte de mis muebles. Porción de formalidades altruístas: hay firma de pagarés, embargo

simulado, y quedo de depositario de mis propios trastos, para que si falta, una astilla que sea, por "depositario infiel," no pare yo hasta el mismísimo Belem Los réditos, moderados, 12 0|0 al mes...

22 DE NOVIEMBRE.—Para que el Liceo "Altamiranno" no muera de igual muerte que la mayoría de nuestras sociedades análogas, Joaquín D. Casasús, que es el alma de éste, ha ideado que las sesiones mensuales se efectúen en las casas de los socios que quieran prestarlas con tal objeto. Y la sesión de esta noche se celebrará en la suntuosa morada de Casasús, en la calle de los Héroes; vasto inmueble, que Joaquín ha venido ensanchando y embelleciendo hasta no transmutarlo en señoril palacio.

El embellecimiento y ensanche de la casa de la calle de los Héroes, es fiel trasmuto de la existencia de su dueño, uno de los pocos y legítimos *self-made-man* de nuestro país.

Joaquín D. Casasús, tabasqueño de origen, salió de su terruño hace un puñado de años, resuelto a realizar la conquista de México. En constante y encarnizada brega con la pobreza más perfecta y acabada, logró recibirse de abogado, y acabó de retar a la suerte casándose con una hermana política del maestro Altamirano, cuando su porvenir era todavía brumoso e incierto. Su talento y su carácter, pronto lo hicieron triunfar de la Vida, y con más prisa que muchos, se ha dado a subir los innúmeros peldaños que llevan a los fuertes, desde los sótanos de las necesidades hasta los salones del esplendor y la riqueza. Rico ya, e influyente en el Foro y en la Política,—es miembro

activo y principal del racimo de juventudes inteligentes e ilustradas que supieron medrar a la sombra de don Manuel Romero Rubio,—quiso también descollar en las Letras; y así, púsose a cultivarlas, y ha publicado impecables traducciones de clásicos latinos, y ha acumulado preciosa biblioteca, y protegido a escritores pobres e incipientes, y abierto su bolsa para aliviar miserias vergonzantes de viejos literatos venidos a menos, y de amigos y satélites desvalidos. Ha procreado numerosa familia, y se da mejor vida que media docena de ricos profesionales e históricos. Como todo hombre de empuje, se gasta sus enemigos y malquerientes, que lo muerden y aun deturpan a sus espaldas; pero él se encoge de hombros y sigue su camino ascendente, con el paso firme y confiado de quien, por propio esfuerzo, transpuso ya las primeras cuestas agrias y sabe que ha de llegar a las azules lejanías de las cimas... No niego,—ni creo que él lo niegue tampoco,—que la fortuna y muertos benefactores lo hayan ayudado; ni que sea un apasionado y radical, en materia de afectos sobre todo: como enemigo es implacable y como amigo no tiene precio... pero sí afirmo que tiene el derecho de ufanarse con sus victorias, que es una voluntad y un carácter,—frutos escasísimos entre nosotros,—y que está llamado, si el diablo no mete la cola, a desempeñar, con presumible acierto y competencia en la mayoría de las veces, un papel importante en nuestro medio.

Con su regia hospitalidad de esta noche, ha opacado a los futuros anfitriones; hubo mucho entrar y salir de lacayos de librea, abundancia de pastas y caldos, de tabacos y licores, y *comme de rigueur,* los ingenios

se aguzaron, espiritualizáronse réplicas, discusiones y ocurrencias; y para que nada detonara, hasta las lecturas, inclusive la del amo de la casa, resultaron muy pasaderas y agradables.

27 DE NOVIEMBRE.—Segunda remesa de pruebas de SANTA. La portada del libro, infumable, tánto, que hube de devolverla.

Sigo arruinándome...

1.° DE DICIEMBRE.—Más pruebas de SANTA.

12 DE DICIEMBRE.—¡Milagro patente, y en esta fecha, más innegable todavía!

A la vuelta de su acuerdo con el Presidente de la República, me llamó el señor Mariscal a su gabinete, para comunicarme la grata nueva de que hoy habíame conseguido el puesto de Primer Secretario de nuestra Embajada en Wáshington...

Inmenso agradecimiento hacia mi venerable y desinteresado protector; y marcado malestar físico durante el resto del día y la noche entera, en la que dormí endiantradamente mal. Estoy enfermo de dicha...

17 DE DICIEMBRE.—Fechados ayer, entregáronme hoy mi nombramiento y la orden de pago de sueldos y viáticos.

19 DE DICIEMBRE.—En espera del señor Mariscal, en las antesalas de la Presidencia de la República, cuando después de salir él de su acuerdo nos disponíamos a regresar a la Secretaría de Relaciones, vino en su seguimiento el señor General don Bernardo Reyes, y

lo llamó aparte con acentuada familiaridad afectuosa:

—"Oiga Ud., Nacho...."

Algo hablaron juntos, de bracero, rumbo a los corredores, donde se despidieron casi festivamente.

A mi vez saludé al General, y le anuncié que iría en persona a su Ministerio o a su casa, a pedirle sus órdenes.

—Ya sé, ya, que se nos va Ud. a Wáshington; que sea para bien, y si ha de molestarse en buscarme, vaya mejor al Ministerio, esta noche, después de las 7...

Y en la propia tarde, se supo su caída sensacional, bordada con toda especie de comentarios.

20 DE DICIEMBRE.—Sesión del Liceo "Altamirano," en la casa de Antonio de la Peña y Reyes.

22 DE DICIEMBRE.—Desde el día 19, barruntos de que poderosos influjos dieran al traste con mi nombramiento; hoy desvaneciéronse elocuentemente, con el pago en la Tesorería de $ 6.943.36, importe de los viáticos y de un tercio adelantado de sueldos, conforme a la ley. Estoy despachado.

A la tarde, me recibió el Presidente de la República en audiencia privada de despedida.

Por su actitud, por algo que me dijo *claris verbis* y algo que me dejó entender, por lo que yo adiviné, llévome la impresión de que me he ganado, hasta donde ello es relativamente posible, la voluntad de este gobernante genial y habilísimo.

Hoy ajusté treinta y ocho años de edad; no es flo-

ja la "cuelga" con que se ha dignado obsequiarme la Providencia.

24 de diciembre.—En excursión votiva, fuí con mi mujer a la Colegiata de Guadalupe; y por lo especial de mi estado de ánimo, como nunca me impresionó el culto nacional a nuestra Virgen india. Bajo las naves del templo venerado, mi próxima novela RECONQUISTA.—nebulosa hasta estas fechas,—casi adquirió forma completa.

De vuelta a casa, esperábame la fotografía, con firma autógrafa, del Presidente de la República.

Y poco después de anochecido, salía yo de una mal encarada casona en las calles de Valvanera, de libertar mis muebles de las zarpas logreras que teníanlos estrangulados, y de paso, a mí con ellos.

31 de diciembre.—Si no fuera por la gravedad sin esperanza de alivio de mi hermana la señora viuda de Alcalde, cada día más próxima al sepulcro, víctima de un cáncer tan implacable como el que cargó con Jesús Contreras, la noche de este fin de año, al lado de mis gentes, habría sido feliz del todo. Sin embargo, al sonar las 12 hubo sus brindis familiares, mutuos augurios, caricias *verdad*. Y yo, dentro de mí, pensaba:

—¡El año ha muerto, viva el año, sí, viva la Vida!... A Wáshington, a luchar y a vencer los malos instintos y las viejas lacras, para que a mi hijo, cuando crezca y me juzgue, no le dé pena el haber sido hijo mío... ¡Dios sea loado!

Y los silbatos de máquinas y fábricas, las campanas a vuelo de los templos ensordecen la ciudad virreinal; exteriorizan el miedo a la Muerte de esta pobre humanidad cobarde y flaca; su ansia infinita de seguir viviendo, no obstante las espinas y amarguras que los inciertos mañanas nos tienen reservados; el júbilo meramente animal y físico, de haber vivido un año más...

1903

1.° DE ENERO.—Mucho me congratulan en la calle, diz que por el Año Nuevo y por mi nombramiento para Wáshington... Y yo, al igual de todo gato escaldado que del agua fría huye, huyo de creer en la sinceridad de un noventa y cinco por ciento, cuando menos, de tales felicitaciones.

Estuve en Palacio, con Pepe Algara,—Subsecretario de Relaciones Exteriores,—y los jefes de Sección del Ministerio, para participar en la felicitación oficial al Presidente de la República.

Luego, a felicitar en grupo al señor Mariscal, confinado en su casa a consecuencia de la *grippe*, que infaltablemente lo ataca todos los inviernos.

2 DE ENERO.—A pesar del mejoramiento que ello me trae aparejado, con algo de tristeza quitamos nuestra casa... que todas las ausencias son amenazantes por desconocidas e inciertas.

Por fuera, hemos dado principio a las compras y gastos precursores de los viajes.

7 DE ENERO.—Estuve a despedirme de don José I. Limantour, y contra lo que me esperaba por las fal-

sas historias venidas hasta mi oído, lo hallé cordial y afectuoso... espasmódicamente afectuoso, según es él, un hombre de hielo que mantiene a distancia a su interlocutor, aunque al recibirlo se haya adelantado a uno sonriente y cordial, con las manos tendidas... de súbito, encastíllase en su reserva habitual e inquisitiva, casi deprimente, el ceño fruncido, el mirar interrogante y frío, su aspecto todo respirando, a sabiendas o nó, una superioridad que lastima. Esa frialdad, téngola para mí como la principal causa de su escasa popularidad. Limantour no será nunca popular; es un prócer que ni vibra ni hace vibrar, que re calca las distancias. El se queda, allá, en sus alturas de dinero, de posición, de cultura refinada, en la aridez de sus problemas monetarios. No se le conocen amigos íntimos, de los que nunca se nos separan. Es un solitario y un avaro de palabras; aparentemente, avaro de afectos, salvo que con su familia los prodigue y magnifique.

Durante nuestra entrevista, se me presenta con las faces sucesivas que ya le he advertido en ocasiones anteriores: un tantico *persifleur,* con grandes vistas para ciertos problemas nacionales, vistas de sociólogo y de espíritu archicultivado, aunque más doctrinario que práctico; en asuntos financieros,—que yo desconozco por carencia de preparación y por invencible repugnancia y antipatía,—un consumado experto; en política, cauto, con sus ambiciones, si alguna tiene, domeñadas y ocultas; dejando en cambio que asomen, a pesar de su auto-dominio de témpano, despechos y enconos fugitivos, hijos de lo mal que lo han juzgado sus enemigos. De cualquiera manera,

es un hombre superior, que se impone; con menos devoción a los números y los caudales, y más calor en el alma, sería mi candidato para la Presidencia de la República, y sería un Presidente quizás superior al nivel de los que hayan de gobernarnos, cuando desgraciadamente el General Díaz desaparezca.

9 DE ENERO.—Le compré a Paco Mas dos primorosos óleos: una Tentación de S. Antonio y un Vaquero Cordobés, que seguramente llamarán la atención de los washingtonianos llamados a contemplarlos, y que han de significar, en el inminente destierro, un halago para mis ojos de latino, ávido de color y de luz.

10 DE ENERO.—Comida en la casa de Luis Urbina, con su familia. Sus dos chiquillas, me obsequian de sobremesa con una pieza en el piano, que ejecutan a cuatro manos.

Juntos vamos luego a que yo me despida de Justo Sierra; y ya anochecido, nos corremos hasta el estudio del pintor Germán Gedovius, que está haciendo un retrato de Luis. Como por la falta de luz, no hubo sesión de *pose,* Gedovius, que es un niño a pesar de su edad y de su cuerpazo, nos cuenta en su pintoresca jerga semiteutona y semicastellana, congestionada de infinitivos, de su vida en Alemania, de sus proyectos; y acaba mostrándonos sus cuadros actuales, bocetos y manchas de antaño, y los dos animalitos que le endulzan su existir de anacoreta: una apipizca y un gato que se le acercan sin recelos, el ave acuática, graznando y con las alas extendidas, el *morrongo,* con

el rabo erecto, enarcado el lomo, contraídas las pupilas de sus ojos de ágata.....

12 de enero.—Cena, en la casa de Arturo Paz.

17 de enero.—Sesión del Liceo "Altamirano," en el *restaurant* Sylvain.

Práctica nueva y agradable, que consiste en cenar agrupados, y después de la cena escuchar lecturas, abrir discusiones, etc.

Los socios que concurren pagan, al salir, el importe de su cubierto, de antemano arreglado con descuento. De este modo, ni Joaquín D. Casasús es el anfitrión perenne, ni los restantes miembros del Liceo, entre los que más abundamos pobres que ricos, se ven sacrificados la noche que en su casa se celebrara sesión, así sólo ofrecieran horchatas y bizcochos de Ambriz.

20 de enero.—Cena en la casa de Antonio de la Peña y Reyes. Su brindis cariñoso e inteligente, con el que me felicita, me aplaude y me estimula...

23 de enero.—Esta noche me he operado de las cataratas de mi espíritu.

Al cabo de mucho meditarlo, y convencido de que sólo en el seno de Dios debemos refugiarnos, desengañado,—ya era tiempo,—de todos y de todo, convencido de que el Eclesiastés tiene razón, de vuelta de muchas tempestades y siniestros, que pudieron y debieron haberme aniquilado moral y materialmente, con más canas por dentro, de las muchas que ya blanquean mi cabeza, viejo prematuro, retorno de bonísimo grado a mi fe infantil, la que no razona ni

discute, la que cree totalmente, simplemente, eternamente, la que consuela y levanta, la que promete y sana....

Y fuí y me confesé con el P. Labastida, Prepósito de la Profesa; un sabio varón, mi amigo y compañero de Academia.

Me confesó en su espacioso gabinete de trabajo,—primorosamente puesto, por cierto, en la quinta de su propiedad, en Coyoacán,—a la hospitalaria luz de su lámpara eléctrica con pantalla, que nos alumbraba desde lejos, desde la mesa colmada de libros y papeles, en que se alza un Cristo crucificado de mediano tamaño. Sentóse el Padre bajo las ventanas entreabiertas que caen a su huerto ensombrecido y desierto, por las que de tiempo en tiempo nos entraban ráfagas tibias que olían a flores...

Una confesión amplia, en voz alta, como la había yo anhelado, con hombre de talento, de larga práctica en este tribunal que repugnamos porque acercarse a él significa un enorme sacrificio de nuestro amor propio, de nuestras incurables vanidades... Entre él y yo, ahondamos mucho en mi pobre vida muerta, en mi vida de ayer... Y me concedió hasta el recurso de la defensa, de que alegara yo atenuantes a mis momentos de culpa y de flaqueza; discutimos varias de mis faltas, y cuando terminamos, cuando su mano me bendijo en señal de perdón, y sus labios pronunciaron las palabras rituales, me alcé aligerado y satisfecho, vuelta mi memoria a las épocas en que mi madre me esperaba cerca del confesonario, allá, en la vetusta iglesia de San Fernando,

para que a su lado fuera yo rezando las oraciones que la confesión reclama.

Y por largo espacio, el Padre y yo nos entregamos a conversa amistosa, me enseñó sus preseas bibliográficas, la joya del domicilio: un órgano extranjero, que él suele tocar, y que cubre casi todo un muro de su oratorio privado.

Salí a la calle, y mientras me recogía el tranvía, bajo los árboles añosos de la calle principal de Coyoacán, pensé con tristeza en nuestros libre-pensadores de cartel, que repugnan las prácticas del culto, que se declaran irreducibles e incapaces, por *convicción,* de prosternarse ante Dios; a reserva de besar las botas de cualquier dispensador de mercedes y sueldos, y de arrodillarse ante los próceres y los déspotas.

Prefiero prosternarme ante Dios, y proclamarlo a los cuatro vientos, ya que mi buena fortuna me ha permitido que nunca me humille ante los hombres.

24 DE ENERO.—Comunión muy matinal, en la Colegiata de Guadalupe, en compañía de todas las personas de mi familia.

¡Hacía 23 años que no comulgaba yo!...

Profundisima emoción en el solemne instante de sumir la Forma.

28 DE ENERO.—Nuestra partida de México, por el "nocturno" de Veracruz. La estación, pletórica de parientes y amigos.

29 DE ENERO.—En Veracruz casi el día entero, hasta las 4 de la tarde, en que zarpamos a bordo del

paquete yanqui "Havana," rumbo a Nueva York. El tiempo, magnífico.

Recibí, en el puerto, la confidencia de un amigo recomendable por los cuatro costados, padre ejemplar y marido muy merecidamente alabado. Y sin embargo, tuvo su caída sentimental; un *collage* que pudo ser de consecuencias, y del que lo apartó el tacto de su esposa, sabedora del hecho, pero prudente y discreta hasta lo último. Nunca le hizo el menor reproche. ¡Todos somos iguales frente a las tentaciones; el mal no radica en nosotros, sino en la especie humana que es de suyo incurable!

31 DE ENERO.—Frente a Progreso, desde por la mañana.

Los que se quedan en Yucatán y los que de Yucatán suben a nuestro bordo, acusan en sus miradas y palabras una insaciable sed de riquezas; la que provoca y suele apagar el Pactolo del henequén, gracias a que los dueños de la bienaventurada fibra gastan a raudales sus ganancias, lo mismo en jornales que en alhajas y viajes y despilfarros. La península se halla en plena bonanza, y de ahí estos afanes por venir a ella, a pesar de su clima, y en ella enriquecerse pronto, lo más pronto que se pueda, aun a trueque de la salud y de la vida...

Un vendedor de canarios, que los realiza al módico precio de diez pesos cada uno, me cuenta que sus viajes de Progreso a los vapores, y de éstos a Progreso, holgadamente los saca de las gardenias que también vende a los viajeros...

Al atardecer, levamos anclas.

1.° DE FEBRERO.—Mareo general a bordo, que a nosotros se nos complica con una alta y repentina calentura que invade a mi hijito.

2 DE FEBRERO.—A las 2 p. m. hemos entrado en la Habana, y aunque desde las épocas de la dominación española no había yo vuelto a verla, apenas si paro mientes en su aspecto, lindísimo siempre desde la bahía. Por lo pronto, más me preocupa procurarme un buen médico de tierra, que atienda a mi hijo, del todo vencido por una temperatura muy alta y por una tosecilla que me enloquece... Bríndame sus servicios uno de los facultativos venidos con la Sanidad,—anciano vivaz y agradable que simpatiza con mi aflicción, porque, según me dice, es más que padre, es abuelo,—ausculta a nuestro enfermito con especial detenimiento, diagnostica una aguda bronquitis y nos autoriza a que sigamos nuestra travesía sin temores por los grandes fríos que habremos de encontrarnos en Nueva York. Por añadidura, me enseña a conocer el síntoma inequívoco de la pulmonía, en los niños sobre todo:

—"Hay pulmonía cuando el paciente jadea y respira dilatando las narices."

Hasta entonces no me doy cuenta de la nueva fisonomía de la Habana, en la persona de sus celadores y demás funcionarios que discurren por el barco; en la multiplicidad de banderas cubanas que sacude la brisa; en las placas flamantes de los guardas, con las iniciales de "R. C." (República Cubana). Ya son libres, o por mejor decir, ya creen ser libres—¡como si alguna vez los pueblos lo fueran!...—ya sacu-

dieron el yugo español y han tomado a lo serio su metamorfosis republicana, tánto, que en exámenes e interrogatorios a nosotros los pasajeros, en las remisiones a la cuarentena de Triscornia, de los sospechosos, en sus ademanes y palabras antójanseme republicanos demasiado *dernier cri,* criaturas empeñadas en demostrar a las personas mayores que son muy seriecitos, muy acreedores a la distinción de que los han hecho objeto... Y es necesario rememorar lo épico y prolongado de su insurrección, el afán que todos padecemos de soñar siquiera con que nos hemos adueñado de la Libertad, para no censurarles el que estén con su república, como chiquillos con zapatos nuevos. El tiempo y sus naturales desengaños se encargarán de irles minorando estas arrogancias de los primeros momentos; se encuentran en la luna de miel con su conquista.

Imposibilitado de desembarcar, túmbome después de comer en uno de los sillones plegadizos de lona, a fumar mi tabaco, y entablo plática confidencial con un aduanero cubano sobre la voladura del "Maine," cuyo esqueleto crispado y retorcido surge de las aguas, a modo de maldición o de amenaza...

El aduanero, afirmándome que es el eco de la mayoría de la opinión en la Isla, confirma mis aprensiones y conjeturas formuladas a raiz del trascendental sucedido: el "Maine" fué volado por alguien interesado en precipitar el conflicto,—insurrecto o yanqui,—y no por manos españolas.

Alejado mi aduanero, recogidos mi mujer y mi hijo, quédome enteramente a solas frente a la poética ciudad voluptuosa y disoluta, hecha una ascua de oro

a causa de lo poderoso de su iluminación pródiga... Y hasta el barco inmóvil, diluídos en la distancia y en la pureza de la noche estrellada, llegan, intermitentes y muy desvanecidas, las palpitaciones de su vida tropical y persistente... Es una ciudad insomne, caliente nido de amor y de dolor, por lo mucho, muchísimo, que ha amado y que ha sufrido.

3 DE FEBRERO.—A eso de las 4 de la tarde emprendemos nuestra marcha, con velocidad máxima para la andadura de la nave; pronto hacemos dieciséis millas por hora, y vamos empujados por la "Corriente del Golfo."

4 DE FEBRERO.—En pleno océano. A las 12, se averigua que la singladura monta a 382 millas. Si a tal paso continuáramos, arribaríamos a Nueva York el viernes por la tarde.

Nuestro hijo, sin calentura.

5 DE FEBRERO.—En conmemoración de nuestra Carta Magna (y tan magna...), el buque ha saltado desesperadamente, derribando de mareo a todo el pasaje.

Muy deprimido mi hijo...

6 DE FEBRERO.—Poco antes del mediodía avistamos Nueva York, y cuando nos hallamos a la altura de Sandy Hook, se nos incorpora el piloto, disminuye el barco sus andares, y desgarrando la densa neblina invernal que corona a la Ciudad-Imperio y su larguísima costa, la enorme metrópoli surge lentamen-

te, majestuosamente, resistiendo el frío, un frío polar que nos veda la permanencia sobre cubierta...

Segunda detención, para recoger a los empleados fiscales y sanitarios, implacables y bruscos. Como quiera que se hallan oficialmente informados de mi llegada, me allanan las molestias indispensables de los desembarcos, y llevan sus atenciones hasta permitirme que un carruaje de punto penetre en el muelle, a fin de que los cierzos helados que soplan y gruñen, ofendan a mi hijito lo menos posible.... ¡Dios se lo pague!

En el propio muelle, Gervasio Pérez, condueño del hotel ''América'' y viejo amigo mío, me brinda su casa, nos empaqueta en el simón y nos despacha hasta la *University Place*...

Conforme vamos penetrando en las entrañas del monstruo, que principia a encender las grandes luces de sus plazas, avenidas y calles, y las innúmeras de sus tiendas y edificios; conforme al través de los cristales empañados del cojitranco *coupé*, podemos medio divisar nuestro recorrido, intermitente por lo intenso del tráfico, y palpar el hormigueo de seres apresurados que vienen y van, el golpe de vehículos de todos géneros, la magnitud de los inmuebles cuyo remate no alcanzamos a distinguir desde los interiores del coche que se detiene a cada paso, todos nos callamos, y mi hijito hasta se incorpora en mi regazo para mejor contemplar el inusitado aspecto. Mi silencio es quizá el más reconcentrado, sobre que a cada sitio que identifico, a cada rincón que me resulta un antiguo conocido, resucita mi juventud, y una muchedum-

bre de recuerdos de hace ¡23 años! échanseme encima...

Llegados al hotel, enviamos en busca de un médico, el Dr. Henna, portorriqueño de origen y muy merecidamente reputado entre la colonia española.

Nos vuelve el alma al cuerpo con su pronóstico de inmediato alivio, y para celebrarlo, salimos, a pesar del frío excesivo, a comprarle a nuestro muchacho una caja de soldados que nos tenía pedida.

7 DE FEBRERO.—Incontables los cambios y mejoramientos que advierto en Nueva York. ¿Hasta dónde parará el prodigioso progreso de este pueblo extraordinario?...

Lo que no cambia mucho es el tipo étnico del yanqui. Es el mismo de los principios, el mismo que yo conocí, el cantado por Whitman; más simpático en lo personal que en lo colectivo; en marcha hacia todas las conquistas; ambicioso, resuelto, brutal; máquina perfeccionadísima de hacer dinero; celoso guardián de sus libertades individuales, de la religiosa principalmente, causa y origen de las demás; atlético, medio niño a las veces, peligroso y admirable...

La americana, bella y frívola en su juventud, *bas bleu* cuando madura, encantadora cuando vieja por el delicado aspecto que adquiere de grabado en acero; romántica y extravagante, algo soñadora, la máquina más perfeccionada de gastar dinero...

8 DE FEBRERO.—Llueve y es domingo, dos circunstancias capaces en esta ciudad boreal y protestante, de que hasta las estatuas de bronce se coman de morriña y de nostalgia.

Misa en San Francisco Xavier, rezada, con positivos trabajos para leer nuestros libros, por las sombres que anegan el templo.

Excursión vespertina, en *handsome-cab*, hasta el famoso Parque Central, por en medio de los apretados hilos de lluvia, incesantes y tercos. Todo melancólico y vestido de niebla, de una gasa que evoca otros soles y otros climas, y que nos fuerza a mi mujer y a mí, a asirnos de las manos y a no despegar los labios; nuestros pensamientos, como golondrinas ateridas, volando rumbo a México...

9 DE FEBRERO.—Compra de gran parte de nuestros muebles, en los grandes almacenes de Wannamaker con los que llenaremos la tienda que nuestra estrella nos depare en Wáshington. Merma considerable de mis haberes.

Por la noche, en la Academia de Música, a ver "Florodora."

Y a la salida del teatro, cena en un café de Broadway; y a vagar luego, por estas calles inmensas y populosas cuando son arterias, y sombrías y taciturnas cuando son transversales.

10 DE FEBRERO.—Embarcados en el suntuosísimo "*Congressional Limited*" de la compañía del *Pennsylvania Railroad.*

Casi siete horas de devorar leguas y leguas de caminos nevados; de columbrar estaciones y poblados importantes, a entrambos lados de las cuatro vías de rieles. Encuentro inopinado y grato con Federico Me-

jía, de El Salvador, Secretario o Encargado de Negocios de su país.

Ya de noche, llegada a Wáshington; Manuel Torres Sagaseta con su familia, Alfredo Barron y Rodrigo Azpíroz, esperándonos en el paradero.

Grata la primera impresión de esta ciudad; aposentamiento en el hotel *"Cochran"* y colación en el *restaurant* del *"New Willard."*

11 DE FEBRERO.—Presentación oficial ante el Embajador, en su despacho, y ante los Secretarios, en la cancillería...

Innecesaria una sinopsis de mis futuros compañeros y jefe; casi todos *vieilles connaissances, hélas!*

Paisaje de invierno en la ciudad; y como grata compensación, pruebas de SANTA, por el correo.

12 DE FEBRERO.—En el Departamento de Estado, con el Embajador, a que me conozca Míster John Hay, que es el actual Secretario.

El Departamento de Estado ocupa una buena porción del soberbio edificio más comúnmente denominado Departamento de Guerra y Marina, porque este último lo llena en casi su totalidad. Es, sin embargo, amplio y bastante a las necesidades de su funcionamiento, a pesar de que las relaciones internacionales de los EE. UU. no pueden ser ni más importantes ni más numerosas. Dominan en su aspecto general, decorado, mobiliario, *parquets,* iluminación y tamaño de antesalas, pasillos, oficinas y salones, una severidad que mucho cuadra con el clima del país y los orígenes protestantes de la raza, y ciertos aires

de incuestionable grandeza. La servidumbre, lo mismo que en casi todas las dependencias gubernamentales, está exclusivamente encomendada a los negros o "gente de color" (*colored people,*) según aquí disparatadamente se les llama en inglés, supuesto que el negro es la negación del color.

Fáltame averiguar si esta predilección por los negros, es anterior o posterior a la gloriosa presidencia de Lincoln.

Un moreno, pues, y de categoría, nos despojó de abrigos y nos ofreció asientos, en tanto el señor Hay concluía con la persona que nos había precedido en la audiencia.

Vino nuestro turno, y campanudamente anunciados, penetramos en el despacho, solemne por sus anchuras, tapicerías, retratos al óleo y escasa luz, del Secretario de Estado de los EE. UU. de América.

Imponente el señor John Hay, de pie y apoyada una mano en el extremo de larga mesa sin carpeta, en que despacha y recibe. Frisa en los cincuenta años, no es muy alto, pero sí ancho y fuerte, viste pulcramente *jaquette* negra y pantalones obscuros; gasta barba y bigote, más enblanquecidos que castaños; usa lentes de oro y cordoncillo; mira con fijeza, como aquí por educación y hábito miran todos los varones, y arruga ligeramente el ceño; habla despacio y en inglés purisímo; se muestra atento, aunque guardando las distancias; la sonrisa es fácil, pero un tanto facticia; su conjunto atrayente, de hombre civilizado y distinguido.

Me recibe con los lugares comunes de rigor para estas presentaciones vanas y de mera fórmula; y póne-

se al habla con el Embajador, en un francés muy convencional y cosmopolita por parte de ambos.

Examínolo a mis anchas, su frente es vasta y abovedada, de hombre de pensamiento; la mandíbula, pronunciada, de hombre de acción; mezcla frecuente en estas latitudes, que así las han puesto en cimas sociológicas y políticas, de las que nosotros andamos tan ayunos y menesterosos. Y reconstruyo sus antecedentes de joven sin caudales, empleado, primero, y secretario particular, después, del coloso de Abraham Lincoln, cuya vida, ejemplar y casi santa, ha de haber moldeado su propio espíritu... Luego, calculo su temperamento de escritor, sus servicios como Secretario de Legación a los principios, su permanencia en España, donde pensó indudablemente su libro publicado más tarde bajo el título de "Días Castellanos;" en seguida, sus ascensos hasta Ministro Plenipotenciario cerca de la corte de Saint James: la anhelada visita a la vieja Inglaterra, que todos los individuos de relieve en esta tierra, han llevado a cabo con fruto, —Hawthorne, entre otros. Por remate, compláceme su encumbramiento, ganado a puño, hasta la Secretaría de Estado, con el malaventurado de McKinley antes, y ahora con el impulsivo de Roosevelt...

De vez en cuando, tercio en la conversación desmayada, respondiendo a preguntas directas y corteses de Mr. Hay; y al despedirnos, algo me defrauda con su ceremonioso apretón de manos, el viril *shake-hands* que yo me aguardaba. Volvimos a ser, él, Secretario de Estado, y yo, un Primer Secretario de Embajada cualquiera... Ya procuraré que lleguemos a más, con el trato.

13 DE FEBRERO.—Onda fría.

A la noche, copiosísima nevada, que beneficiamos al ir y al volver de nuestras primeras visitas de confianza.

14 DE FEBRERO.—Wáshington, desde mis ventanas que abrí al levantarme, totalmente envuelta en espeso sudario.

¡Cuántos años de no mirar nieve, y cuánta tristeza de advertir la melancolía que su vista me provoca! ello es indicio de que mi juventud se me ha ido por siempre... ¡por siempre!...

No hemos cesado en lo poco que de tiempo libre me deja la Embajada, severamente conducida por el señor Azpíroz, de buscar casa; a todas las que examinamos, mi mujer las encuentra demasiado obscuras y se resiste a habitarlas. Yo la dejo que las calumnie, que a ellas atribuya defectos de que carecen, para no puntualizarle que estos inviernos septentrionales son así, ladrones de luz, enemigos del sol y amigos de ponerle a uno el alma en un puño, que las sombras que la asustan no vagan en tamaña cantidad por las viviendas vacías, sino que van dentro de nosotros, dentro de nuestros entumecidos cuerpos de tropicales, huérfanos de sol...

Y hoy cerré trato con el notario William Corcoran Hill (sí, aquí se alquilan las casas con los notarios), por la número 1722 de la Avenida de Connecticut; un contrato de año y medio, con derecho a renovarlo a su expiración.

La Avenida de Connecticut, es una de las más dis-

tinguidas de la capital, al decir de los que se fijan en semejantes nimiedades.

16 de febrero.—Don Mauricio Wollheim, Ministro Diplomático retirado, y antiquísimo y muy respetable funcionario mexicano (mexicano por naturalización), llegó hoy de lejas tierras, no sé a punto fijo de dónde, con el carácter de secretario particular del Embajador.....

El caso es tan extraño, que me sume en cavilaciones; presiento en lontananza posibles conflictos de jurisdicción burocrática; confírmame lo que alguien bienintencionado y próximo al señor Mariscal, me comunicó confidencialmente a mi salida de México: que el señor Azpíroz, a causa de la pésima atmósfera que me formaron sucedidos y personas, y no obstante conocerme de antaño como mi jefe en el Ministerio, se opuso a que me enviaran a la Embajada, y si cedió ante la insistencia de la Secretaría, hízolo contra su voluntad.

Por suerte, Wollheim y yo la hemos llevado siempre admirablemente, y algo es algo.

18 de febrero.—Instalación en nuestro nuevo domicilio; una finca de ladrillos, cuatro pisos, sola y bien orientada. En el piso bajo, hay un *English basement,* destinado a fumadero y que no utilizo para gabinete de trabajo, a causa de sus exiguas proporciones; mi gabinete lo pongo en el tercer piso, una habitación amplia, de tres ventanas a la Avenida e inmediata a la alcoba.

Encuentro, en el *Dupont Circle,* con Domingo Gana,

Secretario de la Legación de Chile en los EE. UU., y su interesantísima esposa. A ambos los conocimos y tratamos en Guatemala, donde desempeñaba encargo análogo. Charla de acaecimientos retrospectivos y gratos; y a nuestro regreso a casa, esta primera noche que vamos a habitarla, al encender las luces y tomar inequívoca posesión del inmueble, la verdad es que el estado de nuestros ánimos, no es festivo precisamente.

23 DE FEBRERO.—Comida de familia en la casa de los Gana, y por la mañana, visita de ceremonial al Subsecretario Loomis.

24 DE FEBRERO.—Me presentó el Embajador al Presidente de los EE. UU., Teodoro Roosevelt, en su despacho de la Casa Blanca; la tan traída y llevada en cancillerías y periódicos, la esfinge, cuando no el coco, de los países de este Continente, la que sólo a fuerza de manos de jalbegue persiste exteriormente en su blancura mentirosa; ya que únicamente de veras lo ha sido por dentro, cuando Wáshington, cuando Jéfferson, cuando Lincoln...

A pesar de los agregados que la exigencia de los tiempos han venido imponiéndole, aun conserva la sencillez y modestia de sus orígenes, el sello patriarcal y cándido de la arquitectura virginiana, tan característica en los Estados del Sur, con reminiscencias inglesas modificadas, en peor, por los fundadores de la República. Los parques y terrenos que la circundan, los modernos edificios agarrados a sus flancos y fondos, le han prestado en grandeza lo que le arre-

bataron en poesía; aunque la grandeza que respira radica esencialmente en la idea,—que se incrusta quieras que no. en el pensamiento del que la contempla o la visita,—de que en sus interiores vive y alienta uno de los poderes más formidables de la tierra, una fábrica de rayos y desmedidas ambiciones, no todas ¡ay! encaminadas en provecho de la humanidad; la mayoría, en provecho de este pueblo que corre desbocado hacia el porvenir... ¡La Casa Blanca!... y casi me parece mentira hallarme dentro de ella, y que no sea más, pero muchísimo más de lo que es...

Teodoro Roosevelt,—que estaba rodeado de varios personajes, sus Ministros, serían,—se aparta de ellos y nos lleva hasta un canapé y dos sillones de cuero, colocados entre dos ventanas que dan al parque privado del edificio. No es muy alto, pero sí muy corpulento, con apariencias de disponer de una fuerza hercúlea de cazador de osos y antiguo *cow-boy;* sanguíneo y nervioso, tirando a epileptiforme, según lo revelan sus tics faciales y su inquietud continua. Me ha tendido su mano, francamente, mirándome en los ojos, y muestra hacia el Embajador una cordialidad manifiesta. El lleva la palabra, no sólo porque así lo manda la cortesía, sino porque su verbosidad de orador y de político no permite que uno meta baza. Se expresa de México con marcado afecto, y del Gral. Díaz con admiración extrema; a tal punto, que recojo y guardo con avaricia la siguiente frase, que en sus labios de americano y de Presidente de los EE. UU. sobre todo, no tiene precio:

—"Para que la grandeza de los Estados Unidos

" fuera total, sólo les hace falta tener de Presidente "un hombre de los tamaños de Porfirio Díaz..."

Y el individuo, que ya se me había hecho simpático desde los primeros momentos, con su alabanza me cautiva; no tanto porque yo admire a ciegas al Gral. Díaz como mandatario, cuanto porque me es gratísimo escuchar de persona tan caracterizada, un elogio de esa magnitud para un gobernante de mi tierra.

Padece Roosevelt de un tic facial que lo obliga a cada tres o cuatro frases de los centenares que le fluyen en la conversación, a hacer una mueca muy semejante a una franca sonrisa; despéganse le los labios, se le arruga el semblante íntegro, pone al descubierto su dentadura, los ojos se le empequeñecen y los quevedos le vacilan en la ternilla de su ancha nariz. Y yo, que creí se tratara en efecto de sonrisa de simpatía, le he estado pagando su mueca con sonrisa de verdad, una porción de veces, hasta no percatarme de que el Embajador permanecía impasible, y de que la sonrisa rooseveltiana se reproducía sin término, aun cuando hablara de los asuntos más serios y solemnes...

. . . .

Por la noche, gran baile en la Embajada Británica.

Una fiesta distinguidísima, sobre que es legítimamente británica. La casa, un palacio soberbiamente puesto; los amos de ella, Sir Herbert y señora, gente de suposición, *made in England;* los Secretarios y Agregados, en relación con sus jefes; la concurrencia, lo mejorcito que por aquí se cosecha; el *buffet* y los caldos, a millones de leguas del *Gout Américain* que en los cuellos estañados de las botellas Mumm se dele-

trea, y la orquesta, de italianos, franceses y austriacos. . . .

El Cuerpo Diplomático, completo; llaman la atención por el lujo de sus vestiduras exóticas, los chinos y coreanos.

Una nota de suprema melancolía: Sir Herbert, a quien todo le sonríe y que todo lo posee, cuna, posición, esposa bellísima, fortuna, relativa juventud, es víctima de una tuberculosis que arteramente va matándolo. . . Y a pesar de sus esfuerzos, no lo puede ocultar. ¡Con cuánto trabajo no ha hecho los honores de su mansión y de su fiesta, lo mismo al saludar a los invitados al lado de Mrs. Herbert, cuando llegábamos, que al despedirnos junto a la puerta del gran salón. Un instante, ha tenido que descansar en un diván y que sofocar la tos implacable que le sacudía su cuerpo enflaquecido, que le pintaba de sombra su semblante rosado de caucásico!. . .

1.º DE MARZO.—Misa en el templo inconcluso de San Mateo, que a nosotros nos queda a un paso, el favorito de los diplomáticos y de la *high life*.

Por lo inconcluso, seguramente, nótase gran escasez de imágenes y de altares laterales; pero tal escasez, sumada al fervor de los fieles,—un fervor del que no tenemos idea en México, no obstante lo que cacareamos nuestro catolicismo,—a la valentía del sermón pronunciado entre el Evangelio y el Credo; a la lectura del evangelio del día, desde el púlpito; a la semiobscuridad de la iglesia, iluminada por los cirios del altar mayor y por muchedumbre de picos de gas; y a los bancos cerrados y macizos (*pews*), con cojines y recli-

natorios, todo ello me obliga a preguntarme si el culto católico en los paises fundamentalmente protestantes, no se contagiará de ciertas rigideces del protestantismo, en la forma externa cuando menos?...

2 DE MARZO.—Arribo de los sueldos de cuatro meses. Y de hacer nuestras cuentas y advertir que no van a bastarnos, angustia por vernos aislados y sin tener a quién recurrir...

4 DE MARZO.—Desde hace algunas tardes, al dársenos suelta en la Embajada, largas caminatas a pie, con mi mujer, hasta después de anochecido.

Fuimos hoy a la colina donde se alzan el Capitolio y la Biblioteca del Congreso.

Un ideal de juventud realizado, esto de hallarme frente a frente del Capitolio,—que propongo escudriñar por dentro, hasta donde me lo permitan sus guardianes.

Por lo pronto, detenidamente póngome a determinar sus fachadas; conforme lo hice con el teatro de la Opera en París, que me negué a visitarlo mientras no se anunciara la representación del "Fausto" de Gounod. Así con el Capitolio, no he de entrar en él mientras no me sea dable asistir a una de las grandes óperas políticas que en sus entrañas se representan...

Impresionante la magna mole del edificio majestuoso, cuyas aristas y curvas se destacan con singular precisión en la bóveda gris del firmamento y en los nublados horizontes de invierno.

7 DE MARZO.—*¡Memento homo!*... El Embajador hízome su primer extrañamiento.

8 DE MARZO.—Murrias dominicales, que aguza e intensifica el inclemente clima de Wáshington, el tifo que impera todo el año, la lluvia necia, y hasta las veleidades de la primavera que anda ya medio asomando las narices, con temperaturas vacilantes y gran golpe de *grippes,* carraspeos y otros ornamentos.

Colgaba yo un cuadro en mi gabinete de trabajo, después de la comida, cuando recibimos un telegrama dirigido a mi mujer, que nos amedrenta antes de abrirlo. Es de México, nos trae la noticia, telegráficamente descarnada y bestial, de la muerte de mi hermana Virginia, uno de los pocos y grandes cariños que me quedaban; la primera que se marcha de los cuatro hermanos que supervivíamos a la prolífica nidada de la familia... . . . .

Estas mutilaciones incontrastables ¡cómo nos hieren si nos dan alcance en tierras extrañas!... El resto de la noche, vuélvese mudo y hosco. Mi mujer, ha llorado conmigo; mi hijito, con infantil extrañeza, nos ha contemplado a uno y a otro, interrumpiendo sus juegos y su cháchara; y cuando ya acostados todos, ellos dormían a la media luz amiga de la veladora, yo he *visto* mi niñez distante, toda transcurrida bajo la guarda de mi hermana muerta, y me he querido a mí mismo, en lo antiguo, he querido a aquel yo, inocente y puro, muerto también hace un puñado de años... . . . .

10 DE MARZO.—Pruebas de SANTA, de Barcelona. Compra de un legítimo cachorro *fox-terrier,* al que bautizo con el nombre de "Potómac," el río de Wáshington.

Decididamente no sé vivir sin un perro en mi casa. Buen síntoma.

11 DE MARZO.—Pruebas de SANTA, de México todavía; una retrasada signatura de "primeras."

15 DE MARZO.—Es particular que los domingos aquí sean especialmente insoportables: llueve y truena, o nieva, o cae plomo derretido, según la estación. Y cuenta que la ciudad, de suyo lindísima y una de las mejores del universo (sobre que es de las pocas que han sido concebidas, trazadas y edificadas para ser ciudad exclusivamente), se mira afeada por su clima, un clima variable y de perros, con cambios instantáneos y de lo más extremoso en su temperatura. Sus otros defectos salientes, tales como su pésimo alumbrado y su agua potable imbebible, conviértense en *peccata minuta.*

Pero hoy, por excepción, es un domingo radioso; ya los 10.000 y pico de árboles que tanto hermosean las calles nada más, de esta metrópoli,—dejo aparte los millares y millares de sus parques y de sus bosques próximos,—y los céspedes que alfombran los frentes de las viviendas, principian a reverdecer; son los primeros brotes. Y la población entera, nosotros inclusive, se echa a respirar aire puro; nosotros a lo hortera, dentro de alquilón *Herdic-cab,* que nos lleva hasta las rejas del Jardín Zoológico, el "*Zoo,*" como aquí lo apodan en su afán inmoderado de abreviar el discurso.

Por poco no soy testigo de unas nupcias regias... las de un león enjaulado,—el Rey del Desierto,—con

una leona su compañera de cautiverio, reacia a los primeros avances de su melenudo enamorado, mostrándole unas fauces y obsequiándolo con tales rugidos, que hubieran enfriado al propio Casanova, el de las libidinosas "Memorias." Cuando la hembra se ablandaba,—todas las hembras se ablandan al amoroso reclamo,—se endureció el *belario* uniformado, pudorosamente cubrió con tablas las rejas de la jaula, y bonitamente nos expulsó del recinto a los paseantes...

16 DE MARZO.—Tengo para mí que una de las causas que envuelven a Wáshington en la melancolía que la singulariza, estriba en su ausencia de músicas; no hay conciertos al aire libre, no se oye una banda, ni una retreta, nada; a lo sumo los órganos de ruedas, muy superiores a los que los franceses llaman órganos de Berberie, que pordiosean pegados a las aceras, frente a las hospederías y frente a las residencias de los millonarios, muy abundantes en la metrópoli, donde viene siendo moda que los ricos de cualquier Estado de la Unión se labren su palacio, para vivir en él sus últimos días.

21 DE MARZO.—Pruebas de SANTA y carta de Araluce dentro de la que me remite muestras de *affiches* policromos de la novela; nada extraordinario, unas hojas con el dibujo de Paco Mas,—que ha de figurar en la portada del libro,—y con las guardas modernistas. Bueno, para los fines mercantiles de anunciar la obra profusamente.

22 DE MARZO.—Hasta hoy y gracias a un devocionario con que poco antes de morir me obsequiara mi pobre hermana Virginia, me hago cargo pormenorizado de lo que es una misa, mientras asisto a la cantada, de tres Padres, en S. Mateo.

Los *per omnia secula seculorum* que aletean soberanos por las bóvedas de las naves, son una comprobación y una promesa; comprueban que el culto católico data de siglos, y prometen, supuesto lo que han perdurado hasta en su idioma prístino y a pesar de persecuciones y vicisitudes, que su triunfal duración es eterna e inconmovible en todos los países, aun en aquellos que alardean de superioridad sobre los latinos.

Admirable, simbólico, grande; habrá que aprovecharlo, desarrollándolo, en RECONQUISTA.

24 DE MARZO.—¡Ah! el cuadro encantador que contemplo esta mañana, camino de la *Oficina de la Unión Internacional de las Repúblicas Americanas,* (qué atrocidad de título!) al cruzar el parquecillo frontero a la Casa Blanca, el que luce los monumentos de La fayette, Jackson y Rochambeau.

Persiste la deliciosa vacilación de la primavera, que, diríase, coquetea antes de aparecerse en forma: hay hojas y colores, comienzo de aromas y alegría de árboles y prados llamándola, llamándola...

Wáshington abunda en gorriones, por miles alberga a estos pajaros bohemios y callejeros. Durante el invierno, muchos de ellos sucumben a la inanición y el frío; pero los substituyen otros, más, incontables, tan perdularios y simpáticos como los idos. Son tre-

mendos: gritones, peleoneros, voraces, endiantrados. En parvadas hambrientas, sobre la viva nieve se abaten a picotear el estiércol humeante con que estos sufridos y educados caballazos de normanda progenie, a su lento andar de bestias útiles, ensucian los armiños de las nevadas; y los rechonchos cuerpecitos de los pájaros cenicientos, desplegadas las alas, manchan de trémulos almagres la cándida blancura de los arroyos resbaladizos y espejeantes.... Se insultan, arrebátanse de los picos las briznas de paja que con pulcra habilidad segregan de los montículos inmundos y tibios; riñen de verdad, por grupos, por parejas, en combates singulares... A pesar de que el cierzo azota la cara, sin querer se detiene uno a contemplarlos y a reír de su pelea...

¡Pobrecillos! quién sabe dónde dormirán todos; el Ayuntamiento y algunas almas piadosas, cuelgan de varios de los árboles desnudos y retorcidos, viviendas de madera para uso de estos vagabundos; pero no han de caber ¡hay tántos!...

En la primavera y el verano, se multiplican, pululan, aduéñanse de esta capital del Capitolio. Entonces, son plaga; hay que ahuyentarlos para poder cruzar de una acera a otra acera, para poder discurrir por entre los arriates de los parques innúmeros...

Y esta mañana, por descuido de un inquilino que se levantaría tarde, a consecuencia de sus picardías de anoche, digo yo, descubro uno de sus palacios de invierno. Es enorme el palacio, bien abrigado, pero algo obscuro, eso sí, mas ¡qué demonio! gratuito y con trazas de no concluírseles nunca. Lo menos, puede

dar cabida a una veintena, y si no regañan, si el frío los torna caritativos, pues, apretándose, cabrán hasta cuarenta... y cuarenta multiplicados por cuatro, hacen ciento sesenta... Ciento sesenta caballeros gorriones que se asilan en los lúgubres interiores de los cuatro cañones inválidos, que, encajados en sendas cureñas circundan el momumento a Jackson, después de haber vomitado, años há, metralla que fué un horror. Vejez ejemplar la de èstos desgarbados criminales antiguos y tomados de orín, desollados de carcoma y emblanquecidos de intemperie. Menos mal que arrepentidos,—al igual de todos los viejos,—de lo perpetrado años atrás, les haya dado por ahí, en desagravio de sus crímenes...

Cuando mi gorrión se percata de que estoy observando cómo lleva a cabo una *toilette* a la ligera, con sus patitas sucias, posado en la broncínea fauce de la jubilada máquina de guerra, contrariadísimo se echa a volar gritándome sabe Dios qué insolencias en su *slang* anglo-gorrionesco:

—"Pío... pío... píiio..."

27 DE MARZO.—Si no saliera yo tan tarde de la Embajada, como un *calicot* de su tienda, no me habría encontrado cerrada ya la *Corcoran Art Gallery.*

Mohino, la tiro a pie hasta el monumento de Wáshington, el soberbio obelisco hueco, de piedra pura, que levantó la admiración nacional a su Grande Hombre (cada uno de los Estados de la Unión contribuyó con algo: operarios, piedra, hierro, etc.) y que de dondequiera se divisa por su altura. Es enteramente egipciano y está admirablemente colocado, en un sitio que

llaman el *White* Quién Sabe Cuántos... Le dedico lo menos un buen cuarto de hora de muda contemplación, sentado en un banco de hierro. Consideraciones acerca de este país-portento, de su historia, de sus destinos...

Monto luego en el primer tranvía que me sale al paso; siempre he gustado de ir conociendo así, a la ventura, las ciudades extranjeras que habito. Y éste llévame a donde tanto apetecía yo llegar desde hace días: a las riberas del Potómac.

Coincide con el atardecer, la entrada de un enorme *ferry-boat.*

¡Ah, la hermosísima ciudad silente!...

28 DE MARZO.—En unión del Embajador, a recorrer una exposición en la *Corcoran Art Gallery,* de acuarelas japonesas.

La tal Galería, impresióname gratamente, aunque su contenido en escultura,—fuera de algunos duplicados en yeso de los clásicos,—nada de extraordinario presenta. De pintura anda peor; pongan Uds. aparte un Ticiano legítimo, y hasta media docena de buenos cuadros franceses, y el resto, "buñuelos..."

El edificio, apropiado y soberbio.

29 DE MARZO.—Nuestra infaltable excursión dominical en *Herdic.* Hoy nos llevan hasta "*Soldiers' Home,*" a tres millas al N. del Capitolio. Opinan los washingtonianos, y puede que con razón, que de lo que circunda la ciudad federal, lo que más descuella, al Oeste, es la columnata del pórtico de la *Arlington House,* en las alturas del Estado de Virginia, y al

Norte, la blanca torrecilla normanda de la *United States Soldiers'Home.*

Esta *Home,*—pueden Uds. traducir, lo mismo hogar, que casa, o asilo,—goza en efecto, de muy favorable ubicación, sobre vasta eminencia, en medio a dulce paisaje, rodeada de viejo bosque, y con amplias y dilatadas vistas que abarcan la ciudad entera, el Capitolio, la Biblioteca, el Monumento y los pensativos meandros del Potómac.

La *Soldiers'Home* de Wáshington, al igual de sus varias congéneres en los EE. UU., fué fundada para beneficio de los militares licenciados honorablemente del ejército regular al cabo de veinte años de servicios continuos, y de los inutilizados a causa de heridas o enfermedades. Recíbese a los asilados, por plazos limitados o por toda la vida; y caben hasta unos 800. De los cinco edificios destinados a dormitorios, el principal es el Pabellón "Scott," así crismado en agradecida memoria al Gral. Winfield Scott, el que tomó nuestra ciudad de México cuando la guerra del 47, y fundador de la benéfica *Home.* Este pabellón es de mármol blanco, con muros almenados al estilo normando, y una torre de reloj.

El Pabellón "Sherman," se erigió en honor del Gral. W. T. Sherman, y el "Shéridan" en el del Gral. Philip H. Shéridan; dos connotados jefes republicanos de la Guerra de Secesión.

El Pabellón "Anderson,"—también conocido por el "*Cottage* del Presidente," debido a que varios de los Presidentes americanos, el gran Lincoln muy particularmente, han pasado en él los sofocantes meses del verano,—debe su nombre al Gral. Robert Ander-

son, en reconocimiento a sus esfuerzos en favor de la *Home,* allá, a sus principios.

Pabellón "King" llámase el quinto, en recuerdo del Médico-Cirujano B. King, durante muchos años encargado de los enfermos del establecimiento.

Completan el grupo,—siendo cada cual edificio separado,—los "*Officers'Quarters;*" una biblioteca con casi 8.000 volúmenes, en su mayoría producto de donaciones particulares; la capilla, y el hospital. Cerca de la capilla, levántase un monumento que costearon los veteranos del ejército, a la memoria,—léese en su soclo,—de "Henry Wilson, *the Soldiers'Friend.*"

Los terrenos y bosques del plantel, comprenden considerable extensión, nada menos de 512 *acres,* o sea, doscientos y tantos mil metros cuadrados, en los que hay de todo: árboles, caídas de agua, prados, lomas, y barrancos y quebradas. En una cima, figura la estatua en bronce del Gral. Scott, obra de Launt Thompson: y en el coronamiento de la reja de entrada, destácase con sus letras de oro, esta inscripción, que se antoja a la vez premio y estímulo:

—"*A Grateful Country—to her Defenders.*"

Amablemente nos lo mostraron, mejor dicho, nos dejaron recorrer lo no vedado. Y vimos comer a un grupo de inquilinos; nos asomamos al dormitorio "Scott," en el que, sin averiguar nuestra procedencia, nos espetaron que dicho señor Gral. había sido el *Conqueror of Mexico*...; examinamos los baños, y la despensa, y las cocinas, y una sala del hospital, y los interiores de la biblioteca al través de los cristales de sus ventanas. Mi hijo no paró hasta tentar con sus manos de criatura, uno de los varios cañones montados, que por

los sotos abundan. Divisamos porción de inválidos que ya habían comido y ahora fumaban la pipa apoyados en las peñas, sentados en los bancos agrestes o por entre los árboles desnudos, bajo las ramazones sin hojas todavía, solitarios unos, en parejas y grupos los otros.

Pero lo que me maravilló, lo que púsome meditabundo y suspenso, fué el hecho de que ninguno de ellos hablase, ni nada se comunicaran recíprocamente aun los que mirábanse codo con codo, ¡nada! no despegaban los labios, no se les oía palabra... Algunos de los que ambulaban lentamente, inclinábanse de vez en cuando sobre los bordes de los puentes rústicos, en los filos de las quebradas y las rampas, junto a las matas recias que comienzan a erguirse, y arrancaban una hoja tierna, una flor tempranera que revolvían y acariciaban con los dedos ankilosados y protuberantes de sus manos sarmentosas, y luego aspiraban su aroma, zurdamente, sumidos en mudas contemplaciones... ¿Por qué aquel silencio?... ¿Por la pesadumbre de los años, por la agonía de la tarde que suspiraba entre las enramadas yertas y los troncos sin hojas?... ¿No sería por el crepúsculo de sus propias vidas, tan desnudas y yertas como las ramazones y los troncos? ¿No sería porque la *Home*, al fin y al cabo es un asilo, y nunca los asilos equivalieron a los hogares familiares, en los que el amor de los hijos y de los nietos da calor de carne a las ancianidades que van consumiéndose?...

A punto ya de reembarcarnos en nuestro *Herdic* de un solo caballo, que al unísono con el apoplético automedonte cabeceaba allá, lejos, en espera nuestra,

un veterano manco y de gachos bigotes a lo galo, nos aconseja que nos lleguemos al cementerio:

—*The National Cemetery*...—deletrean sus encías desdentadas, en tanto el brazo sano apunta hacia el rumbo en que descansan los muertos.

Alumbrados por las postrimeras vibraciones crepusculares, nos encaminamos a donde indica el brazo rígido; y transpuesta la reja, aun nos es dable determinar dentro del campo-santo, el monumento que los asilados de la *Home* levantaron años há al Gral. John C. Kelton, Gobernador que fué del instituto en 1892.

Y contemplamos las 7.000 lápidas enanas y pétreas, en simétrica formación militar, a la cabecera de las tumbas de otros tantos soldados ahí sepultados...

La idea original de semejante colocación, todo ese ejército durmiendo el último sueño, trájome a la memoria "Los Granaderos" de Enrique Heine, uno de los cuales se alzaría de su sepulcro, para presentar armas al Emperador!

¿Se alzarán éstos el día que se haga preciso defender y vitorear a su República-Imperio?...

30 DE MARZO.—Un desengaño: mis gorriones,—afírmamelo quien lo sabe,—son unas fieras diminutas. Matan a cuanto pájaro se atreve a aportar por sus dominios, de ahí que abunden ellos únicamente.

¡Señor Dios! hasta los pajarillos en estas regiones son implacables.

Otro desengaño, y mayúsculo.

Traducía yo para el Ministerio de Relaciones Exteriores de México las leyes de casi todos los EE. UU. sobre vagancia, cuando tropecé (¡y qué tropezón!)

con que en el de Kentucky, los vagabundos son *vendidos* al mejor postor y por el término de un año!!!....

Y el monumento a Wáshington continúa firme en su sitio, y no se ha derrumbado el Capitolio, ni siquiera le asoman cuarteaduras.

Ved aquí esa ley:

—"*KENTUCKY. If any able bodied person be "found loitering or rambling about, not having the "means to maintain himself by some visible property, "or who does not betake himself to labor or some ho- "nest calling to obtain a livelihood, or who not posses- "sing such means has quit his habitation leaving a "wife or child without suitable means of subsistence, " or who is idle or dissolute in habits without visible "means of support, he shall be taken and adjudged "to be vagrant and guilty of a high misdemeanor. "He may be apprehended by a magistrate and bound "over to the circuit court, and if after indictment "and trial he shall be adjudged a vagrant he MAY "BE SOLD INTO SERVITUDE FOR A PERIOD "NOT EXCEEDING TWELVE MONTHS. If the "vagrant be a minor he may be apprenticed until he "is 21 years of age. THE PURCHASER OF A VA- "GRANT SHALL BE ENTITLED TO HIS LABOR "for the period especified.* (Oficio del Gobernador del "Kentucky, del 24 de febrero de 1903).

¡El Capitolio me sale sobrando!

¡Los dioses se van!

31 DE MARZO.—Pruebas de SANTA; páginas 225 a 240 inclusive, con lo que casi se da término al primer capítulo de la II parte. Aun me faltan tres.

1.° DE ABRIL.—Hace unos cuantos días recibí por correo interior una invitación que dice:

"The Columbian University—Vous prie de vouloir "bien assister—A une Conférence qui sera donnée "le mecredi—1.° Avril 1903, *á* 4 *heures et un quart, "par—M. LEOPOLD MABILLEAU—Sujet de la " Conference:—Ce que les Etats Unis durent a La "Fayette et ce que La Fayette dut aux Etats Unis.— "Cette Conférence a été organisée grace a la généreuse "initiative de M. James H. Hyde."*

A pesar de mi luto, me propongo asistir, y aun con algo de alborozo ¡qué demonio! la Universidad de Colombia no es precisamente un teatrucho "Riva Palacio", ni muchísimo menos. La "generosa iniciativa" del excelente Mr. Hyde, me huele a cheque expresivo de muchos dólares, que mi señor Mabilleau,—cuya personalidad me es absolutamente desconocida, por mi ignorancia ha de ser,—se embolsará tan tranquilo.

Y desde antes de la hora, cuélome en el paraninfo. (Esto de paraninfo es literatura pura, que las universidades yanquis carecen de ellos, en la forma a lo menos de los paraninfos de las viejas universidades europeas, las españolas muy particularmente). El salón de Conferencias,—que queda a la izquierda conforme se entra, al terminar la escalera que da acceso al vestíbulo y corredores,—se halla divinamente acondicionado, como todo lo escolar y universitario del país. Reviste las proporciones y lineamientos de anfiteatro, con una sola galería superior que se encara a la plataforma del conferenciante, tres gradas más alta que los asientos para el público, y coronada por amplio arco. Allí, en vez de tribuna, larga mesa de biblioteca,

con una especie de atril ancho y sólido, cuadrado, sin declive apenas. Revestimiento de maderas enceradas hasta cierta altura de los muros; y a los fondos de este a modo de escenario, dos puertas de talla, que sepa Dios a dónde conduzcan. Encima de la mesa, el infaltable garrafón de agua, con su copa, y a la izquierda del atril, enhiesto candelabro de bronce, de ampolleta incandeseente y *abat-jour* metálico, que sube y baja a voluntad.

El espacio para el público, espacioso y severo; de levantado artesón y esbeltas columnas; muchedumbre de butacas de esparto, arresortadas; caloríferos de vapor que algo han *culotado* las paredes albas y los dos pegotes de yeso, facsímiles de algo borroso ya; espesos pasillos de alfombra, ahogadores de inoportunas pisadas; capacidad para unas trescientas personas.

A las 4 y 15, está el salón a reventar; y en humillante proporción para las dos docenas de varones que figuramos en el local, dominan las mujeres. Escucho francés femenino, no mucho, aquí y allí; el que repiquetea es el inglés, en las bocas encantadoras de las *Misses* y de las *young Mistresses;* las bocas de las *old Ladies,* adrede no las veo. Hay *toilettes* y alhajas estupendas; pianísimo discreteo; atmósfera de distinción y cultura, las características de esta Wáshington tan bella y tan distante, por su fisonomía *sui generis,* del resto de las grandes ciudades de los EE. UU.

En el sexo ''fuerte,'' varios colegas diplomáticos: es de internacional *snobismo* entre ''los de la Carrera'' alardear de refinados y de aburridos en todas las fiestas que exornan con su presencia, las intelectuales *in capite;* conferencias, recitales, museos, *vernissages,*

premiéres y demás tituladas con nombres rebuscados y no al alcance del común de mortales.

La conferencia en sí, poco más que mediana. Al señor Mabilleau todavía le falta para hombrearse con los grandes literatos de su tierra: pergeño, parisiense puro, léase cursi; ademanes, violadores de los que previenen los cánones; lógica pobre; abundancia de lugares comunes. En ocasiones, *il patauge*...

En dos o tres *réprises*, las americanas, que, estoy seguro, no aprecian las exquisiteces del idioma, aplauden; pero tan a destiempo, que en una de ellas desconciertan a Mabilleau, el cual contémplalas extrañado. Con su mirada vivaz de galo inteligente, parece que se pregunta:

—"¿Por qué me aplaudirán estas madamas?..."

Ha de ignorar que la mujer norteamericana adolece, —en determinada posición social,—de un *bas-bleuismo* insoportable. Graduadas en universidades y colegios, salen más licurgas que sabias, y opinan, sobre ciencia, sobre arte, con una suficiencia y un aplomo que sólo se les perdona porque en lo general son lindísimas, como tentaciones, y peligrosas, como abismos.

Póngome a determinar al conferenciante, que no es nada antipático. Lo encuentro bien francés y bien *homme de lettres,*—lo que equivale a *plein d'aplomb* y a *poseur,* respectivamente,—realizando con este viaje lo que con trabajo tantísimo se alcanza en París a los muchos años y con mucho talento: notoriedad y dinero. Adivino su afán de ahorro,—el envidiable e innato en todo francés, que los habitúa a economizar la mitad cuando menos de lo que ganan, lo que en retorno les permite, en las lindes de su vejez, disfrutar

de una renta que les garantiza una independencia tranquila... Hélo aquí, a Mabilleau, trajeado en la calle de Richelieu, proclamando a gritos que no ha venido *pour des prunes,* que no se comprará ni un par de guantes... En cambio, *quelle rentrée triomphale,* qué recuento de las ganancias, qué hermosear la vivienda literaria y económica, allá, en la *rive gauche* de su París incomparable y único, qué mentir inteligente, chispeante, sobre América y los americanos, que quizás exteriorice en un libro...

Concluye muy bien, con dos toques que arrancan los aplausos nutridos que no pedían sino estallar.

Cita, primero, las frases de La Fayette, las que recomendó se le pusieran en su tumba:

—*"Ci git La Fayette, Général Francais et Cito-" yen Américain."*

Y cierra con un lugar común, que provoca un huracán de aplausos;

—"Francia y los Estados Unidos, han salvado y continuarán salvando a la humanidad entera!!!"

Son las 5.30. Afuera, en la calle, el desfile es suntuoso por el lujo de los trenes abiertos, de sus ocupantes, de los soberbios troncos que piafan o se parten al gran trote por las avenidas asfaltadas de la urbe aristocrática...

La primavera, sigue avanzando; ya los millares de árboles que bordean las aceras, están coronados de brotes verdes.

Prima vera: los primeros verdores.

En la mismísima esquina, tópome con grotesco espectáculo: un tranvía de verano, relleno de *ladies and*

gentlemen, que luce al exterior grandes rótulos pintarrajeados de carro de circo, "*Special Car for Seeing Washington,*" y en sus adentros atesora, amén de los pasajeros, a un *Barker* (ladrador, al pie de la letra), que se desgañita desde las profundidades de monstruosa bocina:

—"*Here, to my left, is the celebrated and famous " Columbian University...*"

Para escapar a esos ochenta rostros graves que están pendientes con sajón recogimiento, sin pestañear, de las vociferaciones del embudo, aprieto el paso; huyo de los que estan *viendo* Wáshington...

No paro hasta el *Dupont Circle,*—el más aseñorado tal vez de los que hermosean la confluencia circular de calles y avenidas,—en el cual, por su proximidad a casa, viene a jugar mi hijito con chiquillería yanqui...

En cuanto me descubre, viene a mí con el júbilo explosivo que le origina divisarme en cualquier parte; se me encarama jadeante, dobla su cabecita sobre mi pecho, y él y yo enmudecemos frente al crepúsculo; uno de estos tramontos septentrionales, imponentes y lentos...

5 DE ABRIL.—Domingo. En tranvía hasta *Chevy Chase Lake.*

6 DE ABRIL.—Acabo de leer "*Verité,*" de Emilio Zola.

Decididamente, no es un "evangelista," aunque haya intentado escribir nada menos de tres; apenas si llega a predicador laico de socialismo corriente... Y me cuesta, ¡vaya si me cuesta! estampar estas cosas

tratándose del para mí respetadísimo y bien amado maestro, y agregar que es éste el único libro suyo,—y cuenta que he leído y aun poseo como un blasón su íntegra obra magna,—que no luce ni una página siquiera, impregnada de aquel gran arte que tanto abunda en sus producciones anteriores.

¡Qué lastima que en esta vez el sectario ahogara al artista!

9 DE ABRIL.—(Jueves Santo). Explicable. Estas solemnes festividades que en mi tierra, y en otras tan devotas como ella, no me producían sino aburrimiento y fastidio, en este país protestante las echo de menos. Toda mi educación de católico, rebélase ante la helada indiferencia con que por acá se acoge a días tan señalados...

Para ponerme "dentro del movimiento" encamínome, no a ver las Siete Casas, encamínome al obelisco egipcio, erigido en honor de Jorge Wáshington.

Sopla un viento huracanado y no se siente calor que digamos; sin embargo, pacientemente aguardo a que me toque mi turno, incorporado a la larga línea de visitantes que aguardan el suyo. Entramos, y subimos de seis en seis a bordo del ascensor, en tanto que los fuertes e impacientes se tragan los centenares de gradas de la escalera. A los 555 pies de altura, se detiene el elevador y nos deposita en los topes de la torre, agujereada con un par de troneras en cada una de sus cuatro caras. Y miré la ciudad... con cierto regocijo pueril de vencido, de tenerla "a mis pies"...

La vi encantadora, diminuta, verdegueante, bellísima, ceñida por su impuro Potómac, bello también a

estas alturas. El Capitolio, ccmo un símbolo, lo domina todo; cada día sedúceme más, y no sé qué diera porque en realidad símbolo resultara, y de sus entrañas brotaran y se esparcieran por nuestra América, iluminándola y enseñándola, las sentencias definitivas de la Libertad y de la Justicia... Y no que salga, según suele, precisamente lo contrario.

El monumento, después de visitado, se me antoja por ser artificial, un tantico pigmeo y pariente de la torre de Babel, un arranque de la megalomanía que aflige a los señores yanquis. Jorge Wáshington, con y sin monumento, es inconmensurable.

Para comemorar a ese hombre, el monumento, no obstante sus proporciones, es mezquino. Que es "muy alto"... ¿y qué? Más alto es Wáshington... ¿Que se le ve desde lejos?... Mentira, a las dos leguas y media, ya se perdió, mientras que la memoria de Wáshington perdurará con el mundo. *Ergo*...

11 DE ABRIL.—Compré mi piano ¡el primer piano que me pago en mi vida! un flamante Chíckering, de Boston, que instalamos en nuestro *parlor* con orgullo desmedido.

La inauguración es a puerta cerrada: mi mujer nos toca el himno nacional a mi hijito y a mí, que lo escuchamos absortos, religiosamente, muy apretados el uno contra el otro, yo en pie, mi hijo entre mis brazos... Y mi padre, el herido de la Angostura, al través del cristal del marco que encierra su fotografía y que he engalanado con los colores nuestros en seda, preside la escena...

Eso es, que las notas sagradas de una patria que

existe aún, se esparzan y adhieran a las paredes y techos, y rincones y pisos de una casa yanqui, en la capital yanqui; que la purifiquen y nos la tornen habitable por el tiempo que haya de durar este dorado destierro diplomático.

15 DE ABRIL.—A pesar de lo mal que me siento de salud y de lo que me agobia el mucho quehacer de la Embajada, dí principio la noche de hoy a mi próxima novela RECONQUISTA; un buen trozo, brotado sin mayor esfuerzo, que no me disgusta para comienzo. Llegué a temer que nunca empezaría la nueva obra.

19 DE ABRIL.—Visita matutina de un Mr. Denton, redactor de *"The Evening Star"* y corresponsal recientemente nombrado de *"The Mexican Herald."* *Verborragia* recíproca. Que quiere mi retrato; el de mi gabinete de trabajo; el de la portada de SANTA; los títulos de mis libros anteriores; mi pasado literario; mi presente íntimo; mi porvenir probable... ¡qué sé yo! el delirio. Me enumera las ventajas: millones de lectores, salvar fronteras... ¡otro delirio!

Y como vivimos en la era de los "bombos," y este país,—que inventó a Barnum, o al que Barnum ha dado no escasa admiración de la que es boga alimentar por la Grrran Rrrepública....—sabe fabricarlos cual ningún otro, digo que sí a cuanto me piden, repitiendo para mis adentros el latigazo de Lope: "...el vulgo es necio y pues que paga es justo",... que, quién sabe si no también rece conmigo.

Escribí, luego, el *escenario* del capítulo I de RECONQUISTA; y a la tarde,—es domingo,—reali-

zamos a pie y andando, una larga correría por las afueras; mi hijo, de mi mano, en una crisis de gran salud, saltarín, hablador y contento.

21 DE ABRIL.—Noche sensacional, con los astros.

Juntos el Embajador y yo, salimos de la Embajada después de las 8, rumbo al Observatorio Naval Astronómico, que queda muy lejos, a una media hora de trote incesante de los frisones que tiran del carruaje particular del señor Azpíroz, en pleno campo, más allá de la universitaria y pobre Georgetown, ruinmente alumbrada, anterior a la ciudad federal; la "Ciudad de Jorge" fundada por los Jesuítas, en loor de Jorge Wáshington.

Muy bien recibidos por los técnicos que dirigen el edificio, nos llevan hasta los gigantescos telescopios que apuntan a los cielos por las rajaduras verticales del enorme dombo metálico.

Y allí, instalado cada cual junto a las lentes poderosas que nos acercan las estrellas, en sendos sillones mecánicos que se mueven juntamente con los telescopios, asomados al infinito, escuchamos sin parar mientes, sabias explicaciones sobre rotación, trayectorias, distancias y volúmenes... Asombrado y entristecido yo, de que seamos tan poquita cosa, muy inferiores a los más inferiores animálculos de la creación; más convencido que nunca de que nuestra verdadera grandeza radica en el cerebro, y sobre todo y por encima de todo, en el alma.....

25 DE ABRIL.—Perdido de unos vértigos casi permanentes, que todo me lo entenebrecen, que me amilanan.

Ellos me impidieron ir a trabajar esta tarde; y el encierro y el malestar precipítanme en profundas simas de nostalgia...

26 DE ABRIL.—(Domingo). Dilatada caminata en *Herdic-cab,* enteramente a campo traviesa, solitario y agreste, hasta los jardines del Observatorio Naval; y de regreso, por el Parque de Cleveland, al "*Zoo.*"

El tal Parque,—es el cochero quien me suministra los informes,—se apellida Cleveland porque el Presidente demócrata de aquel nombre, compró en veinte mil dólares los terrenos que hoy ocupa, edificó una buena casa en pie todavía, y vendió luego terrenos y casa en ciento y tantos mil escudos. (¿Cómo andaría esa especulacioncita, que huele que apesta a hispanoamericana? ¿que tánto se parece a la de... y la de...?)

Ahora, el Parque de Cleveland lo han urbanizado y subdividido en lotes para residencias privadas.

A poco caminar, nuestro sabihondo auriga,—que es blanco, por más señas,—nos detiene frente a la vivienda veraniega del Almirante Dewey. No puede garantizarme el cochero si este *cottage,* al igual de la habitación de la avenida de *Rhode Island,* fué también un obsequio de los amigos y admiradores del afortunado e indiscreto marino...

A propósito de la casa de la avenida de *Rhode Island,* cuéntase este rasgo que a mi juicio vale más que el edificio entero, con mobiliario inclusive. Advierto que yo lo oí, *tale quale,* de labios de una dama; pero ignoro si es maledicencia o un hecho comprobado: El total de la subscripción, excedía del valor de la finca; el Almirante lo supo, y sin duda cre-

yéndose aún dentro de la bahía de Manila, disparó el proyectilazo que aquí se consigna:

—"Pues, regalarme la casa con muebles, que así el regalo es más completo y mas útil..."

Y es la verdad que la casa con que lo obsequiaron, estaba amueblada lujosamente de arriba abajo. *Si non é vero...*

¡Ah, las pequeñeces de los grandes hombres! He aquí a un gran ciudadano que rehusa nada menos que la presidencia de los EE. UU. de América, e indica, o pide a las claras, muebles para la casa que van a regalarle.

28 DE ABRIL.—Peor de mis vértigos. Tengo que interrumpir mis trabajos literarios, que no escribir sino poquisimas cartas. ¿Neurastenia?...

Desde la tarde de hoy y hasta el próximo domingo por la noche, quedo al frente de la Embajada, como Encargado de Negocios *ad ínterim,* debido a un viaje del señor Azpíroz, que a las 3 se ha marchado a Saint Louis Missouri para concurrir a los festejos *dedicatorios* de los terrenos en que habrá de efectuarse, el año venidero, la Exposición Universal Conmemorativa de la Compra de la Louisiana.

30 DE ABRIL.—Más pruebas de SANTA, hasta la página 280. Qué ansia de concluir.

4 DE MAYO.—2.° aniversario...

El punzante recuerdo me acibara todo el día de hoy... ¿Por qué tendré conciencia tan severa para

conmigo mismo, y memoria tan fiel para recordar mis propias faltas?... ¿por qué mis buenas acciones, a poco de consumadas, pasarán a la categoría de nebulosa?...

Con copia de detalles, resucita la noche fementida, y de palparla dentro de mí, comprendo la exactitud de la virgiliana frase de ''La Eneida'':

—''*Vivit sub pectore vulnus.*''

No puedo ya con los vértigos, y póngome en manos de un especialista alemán que me sujeta a minucioso y brusco reconocimiento general...

Que no hay novedad por el hígado ni por el cardio; que lo que no anda es el estómago. Y me dispara un diagnóstico amenazante; de puro científico, ininteligible.

6 DE MAYO.—En el Departamento de Estado, a ultimar con Mr. Hay la entrevista que solicita Limantour desde Nueva York, para el arreglo que este último ha salido a procurar de nuestra cuestión monetaria. De ahí, al nuevo edificio propio de la Legación de China,—una cajita de laca,—con el mismo objeto.

9 DE MAYO.—En la estación del *Pennsylvania,* con el Embajador, a la 1.30 de la tarde, a esperar la llegada de nuestro Secretario de Hacienda y Crédito Público.

Arribo de Limantour, de su esposa e hijo, y de un caballero mudo y sonriente que viene con ellos. Es el banquero chihuahuense don Enrique C. Creel, miembro de la comisión mexicana, el Mecenas que le costeó a Jesús Urueta su viaje por Europa.

10 DE MAYO.—Limantour se presenta en la cancillería de la Embajada, a pagarnos a los Secretarios la visita de cortesía que separadamente le hicimos ayer. Acompáñalo su familia, el Embajador con una de sus hijas, y don Enrique C. Creel.

Muy afectuoso, según suele manifestarse cuando quiere, recorre con nosotros las oficinas, y se charla unos momentos en el saloncillo de recibo, que en uno de sus testeros ostenta la carta geográfica de México. Descúbrela Limantour, y acercándose a ella, exclama:

—"Véamos a nuestra querida tierra"...

¿Por qué la sencilla y explicable frase no habrá hallado eco?...

Creel, continúa de poquísimas palabras.

Después de haber despedido a Limantour y *party,* que se marcharon a las 4 de la tarde, en tranvía con mis gentes la tiramos hasta *Cabin John;* uno de los alrededores más atrayentes y pintorescos en que abunda Wáshington.

11 DE MAYO.—Esta tarde estamos de circo, por lo que mi hijo me lo ha pedido y porque somos víctimas del contagio de locura que el célebre Circo de Barnum provoca a su paso en cualquier ciudad de los EE. UU. Llega a tal extremo esa locura, que el comercio cierra sus puertas y las autoridades tienen acordado que sólo un día permanezcan en cada punto estos empresarios excepcionales, pues de prolongarse su permanencia, se perjudicaría el equilibrio monetario de las poblaciones de segundo y tercer orden. Y es que nadie prescinde de asistir a la diversión favorita;

grandes y chicos, pobres y ricos, negros y blancos, escuelas y cuarteles se precipitan a comprar su billete. ¡Ríanse ustedes de los entusiasmos por una corrida de toros en Madrid o México!

Con algunos días de anticipación, el Circo empieza a anunciar su llegada por medio de anuncios costosos, atestados de ilustraciones, con la historia de la empresa desde sus orígenes; y por medio de la prensa, entre la que paga avisos y réclames a pedir de boca. Hay entusiastas que no pierden ni el desembarco de artistas, fieras y bestias.

Las dos funciones las llevan a término por la tarde y por la noche de las únicas veinticuatro horas de que el Circo es usufructuario. Y por la mañana, previa propaganda pormenorizada de lo que se verá en tales y cuales avenidas que ha de recorrer el inmenso cortejo,—las que se aprietan de curiosos,—se echan a andar en lento desfile aplaudidísimo, al compás de sus varias bandas y orquestas, el par de centenares de artistas, y el sinnúmero de carros tripulados de *clowns* y de cirqueras en traje de carácter, que lucen muy agradables anatomías bajo las mallas rosas y los corseletes salpicados de lentejuela. Ellos, los hombres, hercúleos y rubicundos, caballeros en mansos palafrenes enjaezados primorosamente, caballeros en pacienzudos elefantes, en gestudos y gibosos camellos y dromedarios. En la procesión, cebras, girafas, *ponnies,* y enjauladas pero dejándolas ver, la magnífica colección de fieras vivas. Aquello dura las horas, aunque no tanto como el regocijo de los espectadores. En el paseo de esta mañana, he oído un órgano de hierro,

¡¡movido por vapor!! capaz de romperle los tímpanos a la estatua del finado Almirante Fárragut...

A la tarde, con el bocado en la boca, fuímos y nos acomodamos en nuestras localidades, sudando la gota gorda bajo la lona candente de la desmedida tienda que los herederos de Barnum llevan consigo, y levantan siempre en las afueras de las poblaciones que frecuentan, por falta, dentro de éstas, de espacio suficiente.

El espectáculo, de tan variado e intensivo, agotante; hasta tres pistas, en cada una de las cuales sucedíanse sin interrupción números y números de actos de suprema habilidad y atrevimiento: ora caballos amaestrados o jinetes y "jinetas" realizando proezas de equilibrio; ora acróbatas volando por los aires, los alambres y las barras, con peligro inminente de sus vidas; ora juegos malabares, perros sabios, juglares asiáticos, cuanto la imaginación humana puede inventar, cuanto peligro puede desafiarse y vencerse a fuerza de adiestramiento y de hambre, niños dislocados, adultos come-fuego y traga-espadas... Durante los instantáneos intermedios, la brigada de *clowns* recorriendo el inacabable perímetro oblongo, con farsas, saltos, carreras, contorsiones y pantomimas que sacudían de risa convulsiva a los catorce o quince mil espectadores apiñados en las butacas y graderías, no obstante ser la enjundia de su gracia en movimientos, tramas y palabras, netamente sajona y desaborida, infantil a las veces, y a las veces burda y sin delicadeza... Cualquiera de los números "servidos," aisladamente haría un exitazo en el más reputado de los *Music Halls* europeos: lo hace de fijo, supuesto

que los ejecutantes son los mismos que cruzan el charco y allá se exhiben con aplauso y lucro.

La enfermiza representación dió comienzo con un paseo triunfal de artistas, elefantes, caballos, dromedarios, cebras, *ponnies* y lebreles, vestidos y enjaezados, respectivamente, con suntuosidades orientales, en tanto las orquestas y bandas, al mando de una sola batuta, atronaban los ámbitos con una marcha bárbara. Luego, en un escenario máximo con kilométricas cortinas de terciopelo, nos dieron una *féerie* en la que tomaron parte no menos de doscientas personas; algo que pasaba en lejas tierras, con rajáes y huríes, cimitarras y gumías, bailes y cantos...

Por final, la tienda anexa, una tienda casi teratológica: enanos, gigantes, albinos, monstruos humanos, y una compañía de *Ministrels* uniformados, que tocaban y cantaban desde un tablado...

Y para ganar la salida, al cabo de dos horas de tamaño ajetreo, el recorrido frente a las jaulas de las fieras; una colección tan completa y abundante, que ya la querría para su regalo un buen jardín zoológico.

Se sale enfermo, la atención mental y la atención visual hechas añicos, y los nervios sacudidos cual después de una tremenda azotaina. Trabajo costó que mi hijo conciliara el sueño.

12 DE MAYO.—En el *"Lafayette Opera House"*, a ver la "Resurrección" de Tolstoi, arreglada y traducida al inglés por un Míster Burt Sayre,—don Teodoro,—a quien, si Dios y el viejo novelista ruso no se

la perdonan, trabajo ha de costarle salvarse. Un desacato.

14 DE MAYO.—A mi salida de la Embajada, y como de ordinario malhumorado y molido, tomo un tranvía cuyo derrotero ignoro, que me lleva hasta *Brookland,* poblado suburbio en los límites del Distrito de Columbia, y luego, a dos pueblecillos del Estado de Maryland: *Hyattsville y Riverdale*...

Abismado desde mi ventanilla, de la prosperidad y grandeza yanquis....

De regreso, me encontré en mi mesa de trabajo pruebas de SANTA, que alcanzan a la página 302.

17 DE MAYO.—*Paseggiatta dominicale* en "*Herdic*" descubierto. Un atracón de campo, diez millas, hasta los confines del *Rock Creek Park,* muy más allá del Jardín Zoológico.

Nos apeamos en medio del bosque, y horrorizado por el encuentro, reembarco a mis gentes. Una serpiente, larga de dos metros y de muy pintadas escamas, se arrastra por nuestra vereda. Con pésimo tino, el cochero desde el pescante le asesta un trallazo, y yo, enarbolando el bastón, corro en su seguimiento; todo inútil, el reptil se ha hundido por entre las malezas de una sima...

Es mucho cuento, y sólo a mí me acaecen estas cosas. Haber recorrido los caminos de herradura de Centroamérica, que toda ella no es sino un nido de víboras,—¡juro que lo digo sin *calembour!*—y no haberme tropezado tan de cerca con una alimaña de éstas, mi pesadilla, para venir y hallármela en tie-

rras boreales, tiene gracia; nada más que yo no se la encuentro.

El campo, soberbio, en poderosa *eclosión* de verano. Todo es verde, preciosamente verde.

19 DE MAYO.—Impóneme "El Imparcial" de México, de la muerte, allá, de Fernando Luna y Drusina. Leo que las alabanzas huecas y de cajón, el suelto funerario, son para el experto químico; para el poeta, nada...

Es una injusticia, pues aunque Fernando no era príncipe parnasiano, su poesía es muy dígna de que se la tome en cuenta; dígalo, si no, su letra a la danza "Perjura," de Miguel Lerdo de Tejada, tan popular en el país, que, estoy seguro, no hay enamorado ni enamorada que no se la sepan de coro.

Lo que nadie sabe es el porqué de esa letra: una pasión prohibida que amargó la existencia de Fernando, pues al igual de todas las pasiones, aun las permitidas, tuvo más de espinas que de rosas; espinas que crudelísimamente le hincaba una dama que yo saludo reverente.

Su "Perjura" aparte, saboreada y aplaudida,—lo que ya sería título para no escatimarle el de pceta,—deja Luna y Drusina una obra de mediano tamaño, en la que se destacan algunas composiciones de mérito, por mucho que se resientan de romanticismo ultra en el fondo, y de Bequerianismo y Urbinismo,—1.ª época,—en la forma; Gustavo Adolfo Béquer y Luis G. Urbina fueron los modelos predilectos de Fernando.

Su profesión de químico, la detestaba, a pesar de

lo que se distinguió en ella, porque considerábala la más incompatible con la poesía y una de las más prosaicas que pueden darse. ¡Cuántas veces, que yo lo visité en su farmacia, o en el Consejo Superior de Salubridad, revestido de mandil y manejando el mortero o la espátula, la maldijo conmigo:

—"Mira cómo me encuentras,—exclamaba accionando,—a leguas y leguas de las Musas..."

Lo consolaba yo, citándole el ejemplo de Sundermann, farmacéutico como él, y, sin embargo, un dramaturgo de tomo y lomo.

Fué Luna y Drusina, por temperamento, un amoroso y un poeta; y quizás habría legado mejores frutos, si, de veras, su profesión hubiese sido distinta.

La tal profesión, enconada frente a las ingratitudes y maledicencias de que la hiciera perenne objeto, al fin se vengó de Fernando y le segó su vida: inspeccionando unas vísceras infectadas, contrajo el tifo que prematuramente le diera muerte... Murió en el cumplimiento de su deber como perito químico del Consejo, vale decir, que murió heróicamente, aunque semejantes heroicidades y otras que tal, todavía pasen inadvertidas entre nosotros. Y no ha de haberse figurado que muriendo así, en el laboratorio, en el desempeño de noble empresa, con su muerte escribió el verso más sentido y perdurable!

Ya que no me es permitido acompañarlo a su fosa, y a él no se le realizó el anhelo de ver reunidos en un tomo todas las notas que arrancó a su lira, sin su licencia estampo aquí la composición inédita que me dedicara, y que algo deja entrever de su psicología:

MIS RECUERDOS

A Federico Gamboa

Cuando en mis noches de insomnio
hago venir mis recuerdos,
que yacen quietos y mudos
—como en su tumba los muertos—
en el rincón más obscuro
del fatigado cerebro;
Cuando ante mi van pasando
con andar pesado y lento
—cual pasa la comitiva
que acompañando va al féretro—
las lágrimas de mis ojos
van silenciosas saliendo,
y ruedan por mis mejillas,
y en silencio me las bebo. . . .
Ni un suspiro, ni una queja
exhala triste mi pecho,
ni de la noche la calma
viene a turbar mi lamento;
yo solo sé mis congojas,
yo solo sé lo que tengo
cuando mis insomnios paso
llorando quedo, muy quedo.
Y entonces, en esas horas
de angustias, es cuando creo
que debo tener el alma
más resistente que el hierro;
pues quiero gritar, y callo,
y sufro mucho ¡y no muero!

¿Por qué no vuelven, Dios mío,
esas horas y esos tiempos?
¿Por qué no son golondrinas
que vienen como se fueron?...
Si no podéis darme dicha,
si es imposible mi anhelo,
no vengáis a mi llamado,
no despertéis a mi acento
como despierta en las bóvedas,
la voz, los dormidos ecos.
De nuevo volved al sitio
en que estabais, mis recuerdos;
volved al rincón obscuro
del fatigado cerebro;
y quedad allí tranquilos,
siempre mudos, siempre quietos,
como oruga en su capullo,
como en su tumba los muertos...

México: mayo, 30|96.

21 DE MAYO.—Allende el Capitolio, en el Parque de Lincoln.

Un monumento en bronce, del gran abolicionista asesinado por un cómico fanático, de pie y en hermosa actitud, la una mano sobre la enmalazada melena de un esclavo medio arrodillado a sus pies y con la cadena rota, y la otra sobre el acta de abolición de la esclavitud, que descansa en una columna.

Las inscripciones en relieve, conmovedoras: el monumento lo costearon por subscripción voluntaria, los negros y una sociedad anti-esclavista. Inició la subscripción una liberta, con los primeros cinco dólares

que ganó trabajando ya como mujer libre, al saber que Lincoln había sido asesinado.

25 DE MAYO.—No hicimos ayer nuestra habitual excursión "dominicana," porque tenía yo resuelto que fuéramos hoy a sitio de mayor interés: *Mount Vernon,* a visitar la casa y la tumba de Wáshington.

Comienzan, pues, las peregrinaciones de año atrás contempladas, que propongo realizar en los EE. UU. No muchas, nó, tres nada más e importantes, aunque de naturaleza distinta: la primera, la de hoy; luego, conforme disponga de tiempo y dinero, a la tumba de Edgar Allan Poe en la abadía de *Westminster,* de Baltimore, y por último, a la tumba y casa de Walt Whitman, en Camden de Nueva Jersey.

A las 10 en punto de la mañana zarpamos del muelle que se encuentra al pie de la Calle 7.ª, a bordo de guapísimo barco, un "*Charles Macalester,*" especialmente fabricado para esta carrera. Golpe de pasajeros, los nativos en mayoría, sin que escaseemos los de otras latitudes.

El Potómac, histórico y trágico bebedor de sangre anglosajona en las pocas guerras que han asolado este país de paz, de las orillas washingtonianas divísase impuro y sucio; y como se sabe que con su hábito envenena, maldito lo que se le admira. Pero hoy es una revelación, hoy se me manifiesta bajo faz diversa: ancho, de gran volumen, importante, con riberas pintorescas, y harto surcado por embarcaciones de todas clases y tamaños.

La onda fría que sopla desde ayer, aliviándonos del tórrido calor que comenzaba a derretirnos, adquiere en

la cubierta del *"Macalester,"* inaguantable tosquedades que nos fuerza a refugiarnos dentro del salón en que los caloríferos runrunéan. Adherido al cristal de un ventanillo, no se me escapa detalle de la travesía. Entérome del aspecto general de la Villa de Alexandria,—primera capital que tuvo el Estado de Virginia,—vetusta ciudad que ha perdido de su antigua importancia por la proximidad con Wáshington. Atracamos breves instantes, tomamos y dejamos viajeros, el correo, algunos "morenos" que se hunden silenciosos en la segunda clase, bajo el puente...

Sigue el panorama. Los campos, en plena orgía de verano; ebrios de luz, de hojas, de aires bien olientes, de horizontes despejados y diáfanos, de alada garrulería; hay arboledas y arboledas, de cuando en cuando cortadas por chimeneas humeantes y altísimas,—las otras arboledas que tanto abundan en este prodigioso suelo de trabajo y de industria; más lejos, montañas azules; muy cerca, colinas y laderas, oquedades y abras, verdes, verdes, todo es verde... Por entrambas bandas del *"Macalester,"* pasan de tiempo en tiempo laboriosos remolcadores, puja que te puja, tirando de balandros cargados, de naves caprichosas que la inventiva de estos demonios multiplica y adapta a sus necesidades.

Al cabo de una hora, escala en el *"Fort Washington,"* donde depositamos a un par de artilleros que venían con nosotros; largamos dos roncos pitazos y ¡hala!...

Mount Vernon.

Cómodamente saltamos del *"Macalester"* a la tierra firme; es un desembarcadero en forma, con em-

pleados de gorra galoneada, que exigen los billetes de a veinticinco centavos que cuesta pasar adelante.

Desde luego,—y aun falta trecho para la tumba y la vivienda,—las charlas se apagan, ahora se habla en voz baja, está prohibido fumar y trasponer la reja del ingreso con canastos, perros, bebidas ni viandas... Algo de solemne ha de flotar en la atmósfera, supuesto que hasta los pequeños se ponen serios; dígalo el mío, que por el campo se perece, y que va caminando quietecito y mudo, como los otros dos o tres rapaces que integran nuestra romería...

Hénos frente a la tumba... Severa construcción de ladrillo, con reja de hierro en forma de arco, y esta lacónica inscripción entallada, arriba, en reducida lápida de mármol:

"*Within this enclosure rest the remains of Gene-*" *ral George Washington*". (Dentro de este cercado reposan los restos del General Jorge Wáshington).

En el interior, encima de los dos sarcófagos,—el de Wáshington y el de su esposa,—se leen, entalladas asimismo, las palabras de Juan el Evangelista:

"Yo soy la Resurrección y la Vida. El que en Mí " crea, aunque haya muerto vivirá..."

El sarcófago de Wáshington, que es de mármol blanco cortado como ataúd, sólo dice en su tapa: W A S H I N G T O N, y cincelados, ostenta únicamente el escudo de armas de los EE. UU. y el pabellón nacional en paño simulado.

Una de las garras del águila del escudo, *falta,* fué mutilada por un ciudadano que sabía leer y escribir, durante la guerra de secesión. (*¿Tu quoque, Bruto?*...)

En el otro sarcófago, se lee: "M a r t h a, Con-"
" sorte de Wáshington. Murió el 21 de mayo de 1801,
" a la edad de 71 años."

Es curioso que se hayan equivocado en la fecha; la viuda de Wáshington no murió hasta el 1802.

Esta tumba se denomina la "Tumba Nueva," para diferenciarla de la primitiva, la "Tumba Vieja," —a unos cuantos pasos, camino de la vivienda,— que Lafayette visitó cuando su famoso viaje en el año de 1824.

La "Tumba Vieja" fué violada el 1831, y por añadidura, *saqueada*... Manos sacrílegas extrajeron un cráneo de sus entrañas santas, y el profanador osó pretender que el tal, era el cráneo de Wáshington... Comprobaciones científicas posteriores han demostrado plenamente,—¡quiéralo Dios!—que los restos del grande hombre se encuentran completos.

(Por lo demás, esta violación y la mutilación del escudo de armas,—así como análogos horrores de siglos atrás perpetrados en Europa, y en París ¡¡¡la Ciudad-Luz!!! con las cenizas de Juan Jacobo, de Voltaire y de quién sabe cuántos monarcas sepultados en *Saint Denis,* esparcidas a los cuatro vientos; el atentado más reciente a la tumba de Napoleón,—en cierto modo, me consuelan aunque muy tristemente, por lo que a los mexicanos nos alivian del merecido dictado de bárbaros con que el mundo ha solido bautizarnos en recompensa a proezas parecidas o peores. Confieso que lo hemos sido, más de la cuenta, que quizás mañana reincidamos, pero, Señor, que los extranjeros no nos lo echen en cara tan a menudo y a destiempo; que a su vez entonen su *mea culpa* y re-

conozcan que el populacho y las chusmas, y en ocasiones hasta uno que otro civilizado, errata de la especie, son en todas partes igualmente salvajes, eternamente salvajes, incurablemente salvajes!...)

En previsión de otro atentado, se edificó la "Tumba Nueva," modelo de seguridad y solidez, verdadero recinto inviolable, y a ella transladaron los despojos de Wáshington y de Marta. Un John Struthers, de Filadelfia, labró con sus manos los dos mausoleos, empleando bloques de mármol de una sola pieza, y los obsequió al propósito de que para siempre custodiaran las venerandas reliquias. Se procedió con toda pompa al enterramiento final, y la llave del panteón la arrojaron a las profundidades del Potómac.

En su derredor míranse, por las afueras, diversas tumbas de herederos y parientes de Wáshington; mas lo que yo digo, ni después de muerto conviene hallarse muy cerca de las grandezas, so pena de que nadie se fije en uno. Que es lo que ocurre con todos estos difuntos, ni quien se detenga ante sus lápidas...

Detúveme, en cambio, frente a cada uno de los ocho árboles conmemorativos que crecen cabe el panteón, y cuyas procedencias pueden averiguarse leyendo los sendos cartones que cuelgan de sus troncos:

I.—Un olmo, plantado en 1876, por Dom Pedro, Emperador del Brasil entonces;

II.—Un plátano falso (arce), plantado el 31 de octubre de 1881 por las "*Temperance Ladies*" de América;

III.—Un roble británico, plantado por encargo del Príncipe de Gales,—hoy Eduardo VII,—para reemplazar el que como recuerdo de su visita a *Mount Ver-*

non plantó por sí mismo el año de 1860, y que se agostó al poco tiempo;

IV.—Un árbol plantado el 29 de novbre. de 1890, por la Fraternidad estudiantil *"Sigma, Phy";*

V.—Un álamo de Concordia, plantado en abril de 1897, por los "Hijos de la Revolución Americana";

VI.—Un encino blanco, plantado el 13 de mayo de 1899, por la asociación americana de Ingenieros Civiles;

VII.—Un tilo germano, plantado el 27 de febrero de 1902, por el Príncipe Enrique de Prusia, y

VIII.—Un álamo, plantado el 19 de marzo de 1902, por la Fraternidad estudiantil *"Phy, Beta, Psy."*

La heredad de *Mount Vernon,* en sus orígenes, se denominó *"Hunting Creek Estate,"* y hasta 1743 que la adquiriera Lawrence,—un medio hermano de Wáshington,—y en ella edificara su habitación, no le vino el nombre de *Mount Vernon;* en honor del Almirante Vernon, a cuyas órdenes había combatido Lawrence contra España. A la muerte de Lawrence y de su hija única, Wáshington heredó los dominios.

Data, a contar de entonces, la celebridad del sitio, debido exclusivamente a la alteza de su dueño, tan grande en su gloriosa y excepcional vida pública, como en su nobilísima y ejemplar vida privada.

Muy poco después de su matrimonio en 1759, víose Wáshington a habitar Mount Vernon. Aquí trabajó la tierra y administró la propiedad, hasta que la patria no lo llamó al campo de batalla; aquí regresó, después de *Yorktown,* y después de sus períodos presidenciales; aquí vivió en digno retiro, como un ciudadano cualquiera, sin ambiciones ni una sola man-

cha, amado y grande hasta la fecha de su muerte, en 1799. Aquí, por último, duerme apaciblemente su postrimer sueño, venerado de propios, admirado de extraños: aquí, en sus tierras, donde vivió, trabajó y amó; donde menospreció las mentidas grandezas humanas, muy inferiores a su grandeza propia, tan inmensa, que casi parece extrahumana... Aquí reposa; y resulta imponente el acto de equidad que con él ha consumado este conglomerado de ochenta millones de individuos, al transmutar en templo la poética morada, y peregrinar a ella año tras año, varias veces algunos, los próximos y los remotos, con pío recogimiento, veneración y respeto. Hacen divinamente, levántanse a sí mismos, es el legítimo tributo que tenían que pagar las posteridades del hombre puro, los cultores de la fuerza física, los sectarios de las ambiciones y de las audacias, los practicantes del abuso, y aun de la rapacidad internacional, que, como al galgo, de raza les viene... Hacen divinamente en llegar y prosternarse ante la tumba del que creyó y practicó el Derecho, del que sirvió a la Justicia, del que adoró a Dios,—y no al Dólar,—del que fundó la Libertad en todo un Continente, que, ¡ay de mí! parece que no acierta todavía a idolatrarla y reverenciarla cuanto se merece. Ojalá que los hijos de los hijos de los americanos de hoy, en cada generación futura se aproximen más y más a la grandeza de miras y pureza de hábitos de este Patriarca que sólo con su recuerdo llena el orbe... *"E Pluribus Unum."* De todos ellos, los *pluribus* vivos y muertos, apenas si los *unums* serán tres: Wáshington, Jéfferson, Lincoln...

Hay que consignar un precioso rasgo que mucho

enaltece a la mujer americana; si no es por ella, se pierde la propiedad de *Mount Vernon,* y en lugar de templo cívico sería ahora lo que Uds. gusten: fundición, molino, fábrica. Una egregia dama de la Carolina del Sur, Miss Ann Pamela Cunningham, animada de celo patrio poco común, se echó encima la ardua empresa de allegar los fondos bastantes a la compra del dominio, cuyo último propietario, John Augustine Wáshington, sin medios ni influjos, lo sacó al asta el año 1855. Miss Cunningham propúsose, y lo realizó, reunir la crecida suma de 200.000 dólares indispensables para su intento; y al efecto púsose a la cabeza en 1858 de la *"Mount Vernon Ladies'Association of the Union,"* sociedad organizada debidamente, con representantes en doce Estados, por lo pronto, y pedigüeña incansable de contribuciones, subscripciones y voluntarias dádivas. De éstas, una resalta y merece su renglón aparte.

El literato Edward Everett, consignó los productos de una conferencia de paga que dió en la ciudad capital, y de ciertos de sus escritos a la venta, a la incipiente asociación patriótica; una nadería, Dls..... 70.000!!! de los que, no digo un *plumitivo,*—por regla general a la cuarta pregunta en tanto no celebran nupcias o barraganías con mi señora la Fama,—un filántropo multimillonario y profesional, difícilmente se desprende.

La Asociación seguía en su tarea. Otro escritor de nota, que cuando joven yo causó mis delicias con su admirable "Vida y Viajes de Cristóbal Colón," Wáshington Irving, ejecutóse con 500 dólares... Luego,

contribuyeron todos, los de aquí y de allí, las mujeres, los varones....

Nota de suprema ternura y de altísima enseñanza de civismo: se abrió una subscripción múltiple en las escuelas primarias, y todos los niños, ¡todos! dieron cinco centavos cada uno. Miles y miles de criaturas,—madres y ciudadanos mañana,— los hijos de los acaudalados y de los menesterosos, los hijos de los blancos y los hijos de los pobres negros, sin diferencias ni humillaciones, daban idéntico óbolo para que el Padre de sus padres, el Padre de una Patria, durmiera tranquilo el sueño de que nunca se despierta, en su finca de campo, dentro de sus antiguas propiedades, a orillas de su Potómac, en su amada *"Ole Virginny,"* su "Vieja Virginia"....

La Asociación vencía; antes de expirar el 1859, los Dls. 200.000 se hallaban en su caja contantes y sonantes; y al año siguiente, el 1860, *Mount Vernon* fué adquirido por la sociedad femenina, y, consiguientemente, por el Gobierno, que es aquí el respetado patrono y administrador de las propiedades particulares e *incorporadas,* de personas morales de esta naturaleza, porque las cuida y regentea con honradez normal, sin apoderarse de réditos ni objetos, antes protegiéndolas, fomentándolas, subvencionándolas, cediéndoles rentas, edificios, terrenos nacionales. A diferencia de otros países que yo me sé, donde los Gobiernos son más temibles y peligrosos que los forajidos de las selvas. Y que no me fuercen a citar ejemplos....

De entonces acá,—hace cuarenta y tres años,—se va a *Mount Vernon* en piadosa peregrinación, si de americanos se trata, o en peregrinación de curiosidad

sana, si se trata de extranjeros como yo. Con el rodar de tanto año, la interesante historia de la adquisición se ha esfumado, sobrevive un detalle que otro, pero se estropean nombres, se confunden fechas; hasta muchos indígenas van por convencionalismo, y por *snobismo* muchos forasteros. Yo, nó; llevé a cabo dilatada y concienzuda visita, tragándome antes cuanto se ha escrito respecto a *Mount Vernon,* porque quiero señalar en las verídicas páginas de MI DIARIO, todo lo que de bueno y de malo advierta en este pueblo. Y en prenda de mi sinceridad y reverencia, me descubrí dentro de la morada sacra, más, obligué a mi hijo,—que es la idolatría de mi vida,—a que a su turno se descubriese.

—Cuando crezcas, hijo mío, y que leyendo estos renglones te enteres de lo que hiciste a mi lado, has de agradecerme que en un lugar como la casa de Wáshington, tu infancia purísima se haya descubierto.

Parque arriba, nos detenemos en la ''Casa de Verano,'' kiosco de madera medianamente espacioso, hincado en una eminencia y con vistas al Potómac. Un poco más arriba,—subimos siempre,—el ''Parque de los Ciervos,'' cercado de alambre, en declive hasta la ribera, en el que se apacientan venados virginianos a los que Wáshington era muy afecto y de los que continuamente guardaba algunos. Doblamos a la izquierda, y se aparece la vivienda tan popularizada en grabados e ilustraciones, en el centro de ancha plazoleta, a cuyos medios y al extremo superior de empinado y esbelto mástil, ondea a perpetuidad el Pabellón de las Estrellas.

Transpusimos el *Main Hall,* del que arranca la escalera para los pisos altos. Principia el museo: a la izquierda y aprisionada en nicho de cristales (¡también al verdugo azotan!), la llave de la Bastilla, que Lafayette regaló a Wáshington, después de su toma y demolición el 14 de julio de 1789, juntamente con un modelo de la fortaleza,—colocado en la Sala de Banquetes,—y amparados entrambos regalos con la siguiente auténtica autógrafa:

—"Permítame Ud., mi querido General, que le ob-
" sequie con una copia de la Bastilla,—según se veía
" pocos días después de que ordené su demolición,—
" y con la llave principal de la fortaleza del despo-
" tismo. Debo a Ud. este obsequio, como un hijo a su
" padre adoptivo, como un Ayudante de Campo a su
" General, y como un Misionero de la Libertad al Pa-
" triarca de ésta."

Junto al nicho de la llavaza de hierro forjado y de siete pulgadas inglesas de longitud, mírase, encuadrada y con vidrio, la copia en facsímile del contrato firmado en París el año de 1776, entre Silas Deane, Ministro de los EE. UU., y el Marqués de Lafayette, admitiendo a éste en el ejército americano con el grado de Mayor-General.

Frente por frente, cautivas asimismo dentro de nicho de cristales, tres de las cuatro espadas que Wáshington legó a cinco de sus sobrinos, y copia de la cláusula del testamento:

—"A cada uno de mis sobrinos, Guillermo Agus-
" tín Wáshington, Jorge Lewis, Jorge Steptoe Wás-
" hington, Bushorod Wáshington y Samuel Wáshing-
" ton, doy una de las espadas, o *cutteaux* (sic), que

"pueda yo poseer cuando muera y que ellos escoge-
"rán en el orden en que aquí son enumerados. Acom-
"paña a las espadas la orden expresa de que no las
"desnuden para derramar sangre, salvo en defensa
"propia o en defensa de la Patria y sus derechos;
"caso este último en que las conservarán desnudas,
"prefiriendo, a su abandono, caer con ellas entre sus
"manos."

Los tres aceros que se conservan, son: el escogido por B. Wáshington, un espadín en cuya hoja se grabaron dos inscripciones latinas: "Cumple el Deber," y "A ningún hombre teme"; el escogido por Lewis, espadín histórico que Wáshington llevó al cinto en varias y muy solemnes ocasiones, principalmente, cuando resignó el mando en *Annapolis,* y cuando la inauguración de su poder en Nueva York, y el escogido por G. S. Wáshington, obsequio a Wáshington de Theophilus Alt, afamado espadero prusiano de la ciudad de Solingen, con esta inscripción en alemán: "Destructor del Despotismo, Protector de la Liber-
"tad; Hombre Glorioso! Acepta de las manos de mi
"hijo esta espada, te lo ruego. Theophilus Alt."

En el *"Oriental Parlor,"*—crismado así por su orientación y no porque encierre nada de los países de Levante, e igualmente conocido por "Salón de Música,"—entre muebles de la época, se contienen: un clavicordio inglés, legítimo, que Wáshington regaló a su sobrina Nellie Custis, con motivo de la boda de ésta, y la flauta que tocaba Wáshington. ¡Ah! también una mesilla de juego, en la que hacían su partida de *whist* Wáshington y Lafayette.

Este Lafayette sí que la acertó. Figura en toda la

casa; en una habitación, obsequió esto, en aquélla, lo otro; el cuarto que le dedicaron, en el segundo piso, hállase tal y como si lo aguardaran a la noche; su nombre aparece arriba, abajo, en todos lados; y mucho de las irradiaciones poderosas del Gran Americano lo alcanza y cobija, lo ha incrustado ya en los fastos de este pueblo, que vive y olvida tan de prisa...

En el "*Occidental Parlor,*" llaman la atención: las armas heráldicas de la familia Wáshington; una suntuosa silla esmaltada de blanco, que procede del castillo de Chavagniac,—cuna de Lafayette,—con que el Senador Edmond de Lafayette, nieto del Marqués, obsequió a la Asociación Femenina de *Mount Vernon.* Vese, además, algo que conmueve, que es irónico y es hondamente triste: un retrato de Luis XVI en traje de corte, que el Monarca malaventurado envió "en prueba de su estimación", al fundador de la República... Con el retrato venía un tapete tejido de orden del propio Luis XVI (¿en los Gobelinos?...), que no fué admitido en aquellos dichosos días, porque a Wáshington, como Presidente (1), estábale prohibido aceptar obsequios de potencias o gobernantes extranjeros. Más tarde lo vendieron (¿en pública subasta?) a Jasper Yates, Juez de *Lancáster* de *Pennsylvania,* cuya nieta o tataranieta, Mrs. Sarah Yates Whelen, le cedió a la Asociación con plausible desprendimiento, el año de 1897. Es de fondo verde obscuro, y en su centro mírase el águila americana circundada de las 13 estrellas históricas de los primitivos Estados Unidos, los verdaderamente grandes por

(1).—La saludable prohibicióón subsiste.

mucho que no poseyeran el enorme territorio de hoy; poseían algo más, en cambio: el temor de Dios y la devoción del honor, de la justicia y del derecho. Bajo las garras del águila el *"E Pluribus Unum."*

La biblioteca. El culto aquí cae en cultomanía; los libros encerrados en los estantes, no son los de Wáshington, que atesora el Ateneo de Boston, sino un duplicado de aquéllos, comprados o adquiridos en fuentes varias. Hay algo peor: tomos muy bien empastados, flamantes algunos, de 1899 y aun posteriores, que nada tienen que ver con el singular estadista; por ejemplo: "Anales de la Asociación de *Mount Vernon*" "Historia de los Esquilmos de la Finca"... un *totum revolutum* que desnaturaliza la amplia estancia en que pensó, leyó y escribió el grande hombre.

Obras de arte: el busto en bronce de Wáshington, modelado por Houdon, y copias de los inconclusos retratos de Wáshington y de Marta, que Stuart pintó del natural en 1795 y que, según decires, es lo mejor que de Wáshington se ha hecho; por antonomasia llámasele "la Cabeza Modelo" (*the Standard Head*), y es el que anda por ahí en timbres postales, libros, grabados y revistas. Los originales obran en poder del Museo de Bellas Artes de Boston.

De entre los volúmenes alineados en los anaqueles, distinguí con grandísimo regocijo, un "Gil Blas de Santillana" en dos tomos... (¿Por qué con regocijo, si no me consta que Wáshington lo leyera?)

El Comedor de Familia. La cultomanía se agrava con golpe de minucias nada interesantes, así refiéranse o pertenecieran a Wáshington, su consorte, sus herederos y amigos; la concentración que poco a poco

ha ido adueñándose del espíritu del visitante, se divaga... En el armario-rinconero, es de admirar una reproducción del servicio de fina porcelana (¿Limoges?) que los oficiales de la Flota Francesa de la República Una e Indivisible, presentaron a la señora de Wáshington en 1792. Cada pieza está marcada con el monograma "M. W.," dentro de corona de olivo y laurel, con cadena cuyos eslabones lucen los nombres de los Trece Estados de aquel entonces. (¿Por qué no se quedarían en cifra tan moderada e inofensiva?....)

En velador aparte, una licorera de precio, regalo de Lord Fairfax a Wáshington.

El "*Sitting Room*" de Marta, con muebles, cuadros y objetos que no dicen nada.

Sala de Banquetes. Domina una soberbia chimenea central de mármoles de Carrara y de Siena, en Italia esculpidos, que un londinense, Samuel Vaughan, *Esquire,* regaló a Wáshington. Quieren las crónicas, que durante la travesía del artefacto, rumbo a América, unos piratas franceses se lo adjudicaran como parte del botín de la nave saqueada, en que venía; pero que al enterarse de que estaba destinado a Jorge Wáshington, intacto lo remitieron a su destino...

Cuelgan de los muros muy curiosas acuarelas de no mala factura: el feudo de *Sulgrave,* hogar británico de Wáshington, y sepulcros de ancestros, otros Wáshington vueltos polvo hace años de años, en *Little Brington* y *Great Brington* de Inglaterra.

En armarios y mesas, infinita variedad de reliquias, —la cultomanía se ha hiperestesiado,—hasta hebillas de coturnos y botones de uniformes.

Elocuente, a pesar de su mutismo de inanimado y humilde, un ladrillo vidriado de la Taberna de Frannces, en Nueva York, donde Wáshington dió a sus oficiales "su adiós inmortal" (*his immortal farewell*).

Nos acercamos al sitio solemne por excelencia, en el piso alto, la estancia en que Wáshington exhaló su último suspiro.

Es honda la impresión que se recibe, más de lo que uno se imaginaba. Todo se halla como en la fecha del fallecimiento: los mismos muebles, las mismas ropas de cama, el mismo baúl de cuero que Wáshington llevaba consigo en sus campañas, está ahí, al pie del vasto lecho de columnas, como en las vísperas de las gloriosas excursiones... Y se habla bajo y poco; se dice a los íntimos, "¡Mira!...", y todos no hacen sino ver, mirar, contemplar, soñar...

De puntillas hemos salido de la alcoba; ya el resto de la casa significa poca cosa. Los pensares hanse amotinado en el cerebro y azotan los sienes... ¿por qué pienso en mi México?... ¿por qué habré asido la manecita de mi hijo, y se la habré apretado tánto, tánto?...

Con desgana recorro los cuartos restantes, desde el de Marta hasta el del Marqués de Lafayette; sin contar porción de habitaciones inexpresivas, triviales casi.

De una ventana, ha descubierto mi hijo un hato de carneros que pacen en el jardín, y a remolque me obliga a que bajemos y los miremos de cerca:

—¡Cómprame uno!—me pide en el tono zalamero que emplea para dominarme.

Un triunfo me cuesta hacerle comprender que no

se venden; y a mis juicios y *proudhomescos* argumentos, opóneme su voluntad, que es mi actual soberana:

—¡Yo quiero uno, papá!

La vista de las flores, (que ama casi tanto como a los animales,—no vas descaminado, hijo mío, y Dios sea servido de mantenerte por tan segura senda: animales, flores... cuánto mejores que los hombres... y aun que las mujeres!)—lo distrae de su capricho. Andamos ambos jardines; nos asomamos en el invernadero, la hilandería y la carpintería; penetramos en la antigua cocina patriarcal de magna chimenea, a cuyo calor arrimábanse amos, criados y esclavos, en las prolongadas vigilias invernales, de disforme mesa de pino, para los ágapes coloniales, reposados y graves. De la campana del fogón, penden las marmitas ventrudas, y de sus muros retostados, platos y tazas de auténtica China... Todo igual que antaño, cuando el gran desaparecido habitaba y animaba sus extensos dominios. Aquí, en la cocina, el museo ha cedido el lugar a la tienda: compramos recuerdos de *Mount Vernon,* objetos de madera trabajados en la casa y provenientes de la de sus bosques y parques.

A la mitad del patio de labor, que se encara a la cocina, un reloj de sol, moderno y excelentemente acabado, substituye al que allí había en los tiempos idos.

A fin de grabarme por siempre la morada y sus dependencias, mi curiosidad se entra hasta en el granero o troje; y por último, echamos una ojeada a un vetusto furlón que se apolilla en la cochera,

y que se conoce por el "coche perdido," pues perdido, en efecto, estuvo varios lustros.

Meditabundo yo, nostálgica mi mujer,—paréceme que esta tierra no ha de ganársela nunca,—y locuaz mi muchacho, regresamos a la capital federal, a bordo de nuestro *"Charles Macalester,"* y en su cubierta comemos...

Nuestro yantar es melancólico, y a su término, espontáneamente mi mujer y yo nos llegamos a la borda del barco, junto a nuestro hijo; nuestros mirares, clavados en las ondas verdosas del Potómac, nuestros pensamientos, clavados en México; nuestros rostros, azotados por brisas virginianas, y nuestros cuerpos, amortajados sutilmente en las brumas y neblinas del río histórico y trágico. Poco a poco, la ciudad de Wáshington se nos muestra a lo lejos, y el Capitolio se dibuja, crece, se impone...

¡Ah! vosotros los que jamás habéis gustado el amargo dejo de los destierros; los que jamás padecisteis de la espantosa ansiedad inconfesada de no saber lo que os alcanzará primero, si la muerte en tierra extraña o el regreso a la patria, vosotros ignoráis lo que en momentos tales se experimenta, lo que se anhela volver al terruño, aunque sea pequeño, aunque sea defectuoso; esa pequeñez y esos defectos no existen en la ausencia, porque el amor los borra, caritativamente...

26 DE MAYO.—Llegó ayer la noticia a la Embajada de la absolución en México del Gral. D. Bernardo Reyes, Gobernador del Estado de Nuevo León.

El delito por que se le acusó, no puede ser peor:

una matanza de ciudadanos pacíficos, fusilados desde el Palacio Municipal de Monterrey, por tropa de línea, el 2 de abril último, so pretexto de que fueron ellos,—los opositores políticos de Reyes,—quienes trabaron la mortal pelea en contra de los "reyistas." Reyes, o sus defensores cuando menos, alegan que el choque de las dos manifestaciones se registró frente al Palacio Municipal, y que las fuerzas que guarnecían éste, por propia conservación y disciplina, dispararon al aire; que los muertos,—muchos muertos,—y los heridos, lo fueron porque los miembros de entrambas manifestaciones iban armados y resueltos a la pelea.

Sea de ello lo que fuere, el Gral. Reyes fué acusado ante la Representación Nacional, erigida en Gran Jurado, y cuando se creía en una condena, el dedo omnipotente del Gral. Díaz decretó la absolución *unánime.*

Y una de dos: o de veras era culpable el Gral. Reyes,—según se colegiría del voluminoso proceso,—y entonces ni los diez dedos de las dos manos del Gral. Díaz debieron de salvarlo; o era inocente, y entonces, la entereza más elemental exigía que los individuos del grupo "científico," sus enemigos irreconciliables, no se hubiesen abstenido de votar, como es fama que se abstuvieron, *por transacción* con el Presidente de la República. Ya que bajo de cuerda le habían trabajado su proceso, no esquivar la votación, según de acuerdo con las noticias que nos llegan, parece que la esquivaron.

Mal presagio.

28 DE MAYO.—*Che peccatto!* estar tan alcanzado de monises. Si no, concurriría yo el 10 del entrante junio a la inauguración en Nueva York del 149.º curso anual de la *Columbia University*, para el que he sido especialmente invitado a la propia plataforma en que se arrellanarán los directores y las facultades....

30 DE MAYO.—"*Decoration Day,*" o entre nosotros, Día de Muertos.

En casas, avenidas, calles, plazas, *squares y circles,* banderas; en carruajes, tranvías y demás vehículos, banderas; y en todas las estatuas de los parques, banderas. Y todavía me aseguran, que en los cementerios ocurre lo propio, que todos los sepulcros lucen, más que flores, banderas.

Asegúranme, asimismo,—y ello va en nuestra contra,—que a diferencia de las verbenas que nuestro pueblo celebra el Día de Difuntos, cuando en los camposantos "le va a llorar al hueso," aquí los asistentes a ellos, que no son los humildes nada más,—van humildes y poderosos,—se conducen con extremado respeto y compostura...

Envidiable costumbre la del culto a los muertos, que nosotros, entre la millonada de defectos que nos perjudican, no practicamos. Sólo cultivamos el culto a los vivos que están arriba y otorgan mercedes y dádivas, y el culto a los más *vivos* que nosotros, los que con la vergüenza a las espaldas son capaces de *todo*... Para nuestros muertos, tenemos únicamente tierra y olvido; y eso se llama, creo, ser descastado.

Por las aceras de Wáshington, tropiezo con muchedumbre de condecorados, ¡claro! si es el "*Decora-*

tion Day"; militares viejos, militares jóvenes, hombres blancos y hombres negros que sacan á relucir lo mismo medallas y cruces ganadas en la guerra, que cintajos y distintivos de sociedades y gremios. Oh! Rabelais...

2 DE JUNIO.—Primera visita nocturna a la Biblioteca del Congreso, de la que ando prendado desde mi arribo.

Pura y simplemente, una maravilla de alto gusto, un precioso relicario de arte y de ciencia. Escoltado por uno de sus empleados, que *sotto voce* va explicándonosla—está prohibido levantar la voz para no perturbar a los lectores—la inspecciono minuciosamente, y mientras más la penetro, mas me encanta... ¡Qué ganas de cargar con ella y colocarla en la Avenida Juárez, donde estaba el Hospicio de Pobres!

A fin de conocerla hasta en sus mecanismos, métome con mi mujer en la gran rotonda destinada a la lectura, y pido la última edición de las obras de Walt Whitman; mientras me la dan, nos sentamos en uno de los tantos escritorios, el 221, al que me llevan a poco los tomos solicitados, que han venido a la rotonda como de la rotonda partió mi demanda escrita: por tubos pneumáticos, silentes e invisibles. Facilitan papel y lápiz, y no permiten escribir con tinta.

Póngome a leer, de verdad, hasta las 10, que cierran; póngome a tomar algunas notas. Y de verme con mi mujer al lado, inclinada sobre el libro que consulto, pidiéndome que le traduzca aquí y allí, me olvido de mi "delicado" carácter diplomático, evoco

parejas semejantes que en más de una ocasión envidié por bibliotecas y museos de Europa, y me afirmo en que éso es lo único que he sido, soy y seré: un impenitente y eterno hombre de letras, a pesar de legaciones y embajadas, de espadines y veneras, de vanidades que me hacen reír a solas, de seriedades y fingimientos que a regañadientes practico, casi asnales de puro candorosos.

3 DE JUNIO.—*Chevy Chase* de noche, desde el tranvía abierto, escuchándose amortecidas las harmonías de un vals acompasado y bello, netamente americano, que ejecuta la renombrada Banda de la Marina...

Espolvoreado de luces incandescentes, brilla a modo de enorme brasa que acabara de consumirse en medio de los campos.

11 DE JUNIO.—Esta mañana, vino el barbero a afeitarme a casa. Mi barbero es negro, condiciones ambas que lo hacen aun más charlatán que sus cofrades blancos.

Se despidio de mí, porque a la noche o mañana se marcha a California; aquí lo forzaron a cerrar su tienda las reparaciones que están llevándose a cabo en el Hotel Normandia, en cuyos bajos teníala establecida. Al terminar conmigo, peina a mi hijo, del que es muy devoto, y yo entonces le pregunto por su mujer y su chiquilla, por qué no ha escogido lugar más cercano a ellas, o Nueva York, si según me anuncia, volverá a Wáshington con los primeros fríos.

—¡Ah! señor,—me replica en patético tono,—yo bien quisiera, pero mi color me lo impide... En Nueva

York no nos admiten como ''oficiales'' ni nos permiten establecernos por nuestra cuenta... No nos consideran iguales a los blancos.

—¿¿?...

—Sí, señor; en este país, que es el nuestro y que se proclama la cuna de todas las libertades, nosotros ''los de color'' estamos lo mismo, o peor, que cuando fuimos esclavos... Ya Ud. algo habrá notado ¿verdad?... pero no ha de saber ni la mitad: lo que sufrimos, lo que se nos persigue, lo que se nos humilla... Somos contribuyentes, al igual de los blancos, y sin embargo no podemos votar, ni ser votados para cargo alguno, salvo los de peligro, agentes de policía, bomberos, soldados que de preferencia se envía a que los maten en Cuba y las Filipinas...

Y mi negro Fígaro se extiende en interminables lamentaciones, de individuo postergado y perseguido, que se siente paria.

—¿Acaso ignoran Uds.,—le pregunto yo,—que son una masa no menor de nueve millones, una entidad seria y una fuerza temible? ¿por qué no se unen y defienden?...

—Porque ellos son los más y no podríamos con ellos, porque en lo general somos mansos, ¡quién sabe por qué causa!...

¿La causa?... La esclavitud que por siglos ha pesado sobre sus hombros musculados de bestias de labor y de carga; por eso son mansos, por eso, a menos de una reversión étnica, perpetuamente respetarán y temerán al blanco. Pero nada de esto le digo, déjole partirse con sus dudas y amarguras, con las melanco-

lías que no atina a ocultar por la inminente separación de su hija:

—Una negrita,—me explica él mismo,—así de alta... Y hasta la altura de las rodillas baja una de sus manazas gorilescas. Luego, desde la puerta, añade:

—¿Creerá Ud. que no cruzo nunca el puente que nos separa de Virginia?...

—???...

—Porque en Virginia, como en todo el Sur, nos odian, y nos matan por cualquier pequeñez...

¡Ah! nación mentirosa y cruel, de la que no ha querido divorciarnos un cataclismo terrestre...

Y rabio dentro de mí, al reflexionar que estos desventurados negros, peor tratados aquí que los caballos y los perros, ¡sin hipérbole!, que tan sumisos se manifiestan para con sus conciudadanos (?) los blancos, en cuanto transponen la frontera y en México se suponen, aunque vistan librea o desempeñen viles oficios, se crecen y comportan con altanería. Es que allá sí son hijos de la Grrran Rrrepública, la que nos reclamaría hasta la piel íntegra de unos de estos ilotas, que, en su propio país, a la menor conjetura de delincuencia, los cuelgan, fusilan y tuestan...

La libertad (de Bartholdi), continúa alumbrando al mundo... desde la entrada de la bahía de Nueva York, por las noches, cuando le encienden sus luces eléctricas.

17 DE JUNIO.—El Embajador se ausenta de Wáshington; va a veranear con su familia, por tres meses, en *Deul Beach* de Nueva Jersey.

Los impudores del calor. En esta época, las señoras visten telas delgadísimas y delatoras de sus encantos; y, o no gastan corsé o gástanlo demasiado bajo, ello es que con los andares de sus dueñas, palpitan los senos, en un ofrecimiento voluptuoso...

19 DE JUNIO.—Como si la peste bubónica fuera a abatirse sobre la ciudad.

La llegada del verano ahuyenta a sus pobladores, y hoteles y residencias particulares ciérranse a piedra y lodo, con maderas y alambrados.

Sin embargo, Wáshington sigue embelleciendo; ya toda ella es una alameda, una selva de árboles frondosísimos, un búcaro de flores; hay calles, en las que no penetra el sol, así de tupida es la bóveda de hojas que las defiende. Las ramas de los árboles de entrambas aceras se han desposado, por unos meses.

El termómetro Fahrenheit, marca 93 grados, con la certidumbre de subir todavía...

22 DE JUNIO.—Pruebas de SANTA, de Barcelona.

De México recibí, publicado en la "Revista Moderna," mi manchón gorrionesco, aunque mutilado en su final, que es la miga de todo el boceto. Me suprimieron lo de "Señor Dios, hasta los pajarillos en estas regiones son implacables."

¿Sería por "consideración" a los EE. UU? Mal estaríamos de *abyeccionitis*.

28 DE JUNIO.—En la edición literaria del "*New York Herald*" de hoy, leo algunos nombres nuestros, *already* ayankados, terca floración de su tierra na-

tiva que ya no nos pertenece. Son del *"Far West"* de estos señores, o si les parece a Uds. mejor, del *"Lost North"* de nosotros, y dicen: *"Lasoing the Bronco."* ¿Verdad que proclaman a gritos su prosapia mexicana?

4 DE JULIO.—¡Oh, Libertad! digo, ¡oh, Wáshington! Vaya una conmemoración de su *"Glorious Fourht"*, la que se estila en la capital federal del "primer país de la tierra"...: bombas y cohetes, petardos y negros; negros y petardos, cohetes y bombas. El calor, sofocante desde el día 1.º, ayer y hoy, 100 grados a la sombra. Ni ceremonia cívica, ni desfile de tropas, ni una mala música...

Que no sepan en México cómo se celebra por estos rumbos la independencia yanqui, y al saber lo que hace "el coloso del Norte," vayamos a suprimir nuestra incomparable noche del 15 de septiembre y nuestro jubiloso día 16.

A la tarde, hubo una variante atmosférica: lluvia. Por lo demás, persistió el sugestivo programa de la mañana.

A la noche, se invirtió el orden, y tuvimos; cohetes y negros; bombas y negros; negros y petardos; negros y negros...

¡Oh, Wáshington! digo, ¡oh, Liberia!

5 DE JULIO.—A las 11 y 40 de la noche, rumbo a Nueva York, en busca de un *"cottage"* a orillas del mar, para que nuestro hijo sane de una tos ferina que está aniquilándonoslo hace más de un mes.

6 DE JULIO.—Día de fatigas. Recorrí *Jersey City, Long Branch, West End, Atlantic Highlands,* y regresé a Nueva York por mar, en confortable barco del F. C. C. de *New Jersey.* Para digerir mi *luncheon,* subí a fumar mi tabaco en la cubierta superior,—el *hurricane deck,*—pues el grandioso espectáculo de la bahía de esta Nueva Amsterdam, no me cansa nunca.

A la altura del Arsenal, el crucero argentino "Presidente Sarmiento," hacía a los fuertes su saludo de recién llegado, que se lo devolvieron a cañonazo por cañonazo. Y los del "Sarmiento" predispusiéronme a la morriña, se me antojaron especial saludo a mi persona, que tan dichosa fué en aquella tierra a la que todavía amo tanto...

11 DE JULIO.—Al cabo de ocho horas de camino de hierro, a las 4 de la tarde hemos llegado a *Atlantic Highlands,* y procedido a instalarnos en el *"Michaelis' Cottage,"* que por tres meses será nuestro, y del que esperamos sacar toda la salud y la conformidad toda de que habemos menester. El sitio es un primor, frente al mar; me propongo trabajar mucho en él.

12 DE JULIO.—El rincón soñado, la casita apetecida, el *cottage* ideal: pequeño, cómodo, lindo, sobre una eminencia, en pleno campo y frente al mar.

¡Qué hartazgo de trabajo literario voy a darme: ¡qué perspectiva de días y días de serenidad e independencia, bien lejos de nuestra escolar Embajada, de las flaquezas de mis compañeros en burocracia, de la labor pesada e insípida, de las vanidades e inconvenientes de Wáshington! ¡qué tardes apacibles en

mi horizonte íntimo, saliendo a caminar con nuestro hijo enfermo, hasta no verlo rozagante y sano con estos aires! ¡qué noches de tranquilidad, de contemplación de seres y cosas, de recuerdos y anhelos, de mutismo y quietud espiritual y corporal, sentado en una mecedora, bajo el pórtico de "mi" *cottage,* donde fumaré mi puro después de la comida familiar, desde donde escucharemos la orquesta del casino que nos queda cerca, las risas y charlas de los vecinos invisibles, la sin igual música del océano...

Y el día entero se nos va en la instalación del domicilio nuevo y desconocido, en exclamaciones de sorpresa y saudades por nuestros ausentes...

—Mira qué vista, mira... allá, lejos, un transatlántico que arriba, un velero que zarpa... y aquí cerca, sí, aquí mismo, qué mueble tan práctico, qué puerta tan atinada, qué inmediato se halla el baño... Desde las ventanas abiertas, en nuestro ir y venir, divisamos los *cottages* próximos, los hoteles embanderados; oímos las campanas de las *boarding-houses* llamando a comer, y los silbatos de los trenes que llegan; podemos ver los regios yates, airosos y sin velas, que han venido a pelear la "Copa de América," y hasta allá, junto a la punta de *Sandy Hook,* los "*Shamrock*" de *Sir* Thomas Lipton....

Subimos, bajamos, cargamos muebles, mi hijo aplaude, reímos nosotros, es una fiesta que de cuando en cuando nos trunca el recuerdo; pensamos en los nuestros, los que al otro lado de la frontera de veras nos aman, los que nos llaman, los que nos echan de menos. Y nos decimos a dúo:

—¡Si estuvieran aquí, con nosotros!....

14 DE JULIO.—Acalenturado nuestro hijo, no afloja su tos.

16 DE JULIO.—Franca y bendecida mejoría del *Hereu;* fresco y como unas pascuas, cantando reclama su desayuno.

Primer baño de mar.

En tren a *Deal Beach,* a saludar al Embajador. Panorama de belleza, de dinero tirado a manos llenas a entrambos lados de la vía. Lujosa coquetería de los *cottages*: las habitaciones, allá, principescas; las cocheras y caballerizas, acá; viviendas y cuadras, salpicadas de parquecillos a la inglesa y alfombradas de pasto afeitado. Se respira bienestar y abundancia, casi se mira el oro y los billetes desparramados. De todos estos lugares, *Long Branch* inclusive, me quedo con *Sea Bright,* no tiene pero.

18 DE JULIO.—Coincidió con la terminación del capítulo I de RECONQUISTA, trabajado aquí en su mayor parte, el arribo de Barcelona de las pruebas finales de SANTA.

19 DE JULIO.—Misa en el rústico templo de allende el paradero del ferrocarril. Intempestivamente, el recuerdo de que hoy ajusta mi madre veintiocho años de muerta.

¡Toda una vida!

21 DE JULIO.—A Nueva York, por mar, con mi pequeña brigada.

Regreso a las 9 de la noche, molidos de cansancio,

aturdidos de ruidos y andares por la ciudad-monstruo, que, sin poder remediarlo y a pesar de todo, amo y me subyuga. En ella viví y gocé, en ella cumplí mis dieciséis años...

Feliz ocurrencia de mi hijo, que ha venido en la breve travesía, durmiendo como un lirón. Desperézase a medias, y de ver que su mamá y yo recogemos paraguas y bultos de compras, nos pregunta:

—¿A ver a mí quién me carga?...

26 DE JULIO.—Héme impuesto la tarea de leer noche a noche el *"Journal"*, y domingo a domingo, la edición Leviatán de *"The New York Herald."* Es tal el cúmulo de salvajismos que los yanquis perpetran a millaradas (lynchamientos, crímenes espeluznantes, suicidios, robos variados y peculados frecuentísimos, adulterios y cuanto hay ¡toda la gama del delito!) que desisto de trasladarlos uno a uno a MI DIARIO. Sería ocioso, que ni ellos los ocultan o excusan, ni impiden que esta tierra anormal, siga adelante y adelante...

Lo que en cualquier otra nación resultaría rémora y atraso, o redundaría en descrédito, es aquí insignificante efemérides sin mayor resonancia... para ellos, que se encogen de hombros, o que claman al cielo si usted o yo nos atrevemos a censurar la mayor de sus enormidades consuetudinarias. Quieren ser los perfectos, y ni quien los apee de ese macho... Véase lo que ya Charles Dickens escribía desde Nueva York a su amigo John Forster, en Londres, a principios de 1842, sobre la propiedad literaria, desconocida y pirateada entonces en la Gran República:

"...I believe there is no country on the face of " the earth where there is less freedom of opinion on " any subject in reference te which there is a broad " difference of opinion than in this... There! I write " the words with reluctance, disappointment, and " sorrow; but I believe it from the bottom of my " soul. I spoke, as you know. of international copy- " right at Boston and I spoke of it agoin at Hartford. " My friends were paralyzed with wonder at such " audacious daring. The notion that I, a man alone " by himself, in America, should venture to suggest " to the Americans that there was one point on which " they were neither just to their own countrymen nor " to us, actually struck the boldest dumb"...

El mismo "*graft,*" que en la acepción exclusivamente yanqui, significa: corrupción administrativa, política, mercantil, en sus varias formas de cohecho, prevaricación, etc., según un diario de Wáshington, es dolencia crónica que ya la padecían los EE. UU. desde los tiempos de Jorge el Puro...

Y sin embargo, todo el mundo tan contento.

27 DE JULIO.—Aun no comienzo el capítulo II de RECONQUISTA. Se comen mis mañanas las cartas particulares y el alistamiento de originales de MI DIARIO, que habrá de publicarse, *Deo volente,* si SANTA triunfa en la venta.

Las tardes las consagramos a vagar por los caminos deliciosos de estos lugares, en los que nuestro hijo, con la colaboración del "Potómac," juega al ferrocarril, y para que no le falte el humo a su imaginaria locomotora, levanta unas polvaredas que a él le

arrancan carcajadas y toses, lágrimas a nosotros y ladridos y saltos al "Potómac." El mar no nos desampara, aunque por momentos se nos oculte, sus tumbos van acompañándonos con el fin manifiesto de que no nos sintamos tan solos.

A cobrar respiro nos sentamos hoy en puente agreste, de piedra-pómez, con bancos empotrados en sus flancos, con linternas góticas de muy trabajado hierro y muy limpios cristales, cuya fe de bautismo se destacaba en letras de bronce: *"Oounchodi Bridge— " Erected by the Borough and Public Spirited Ci- " tizens"*

Son las 8. Arrellánome en mi mecedora, en el pórtico, de cara a la gloria del crepúsculo cárdeno, a la diadema de oro que cintila al Poniente, *tras os montes* lejanos de *Staten Island.* Desde mi altura,—nuestra casuca se halla en el *upper circle* de esta poblacioncilla escalonada en un anfiteatro que arranca de la playa, las *"Atlantic Highlands,"*—los grandes y pequeños *cottages* diríase que van resbalando por las colinas enanas y verdegueantes; columbro siluetas de mujeres jóvenes, rubias, bellas, vestidas de blanco como las del Florentino; me alcanzan pedazos de risas infantiles; veo humear chimeneas. A mi diestra, el mar, la bahía minúscula que se forma en este ancón natural; más distante, la lengua de tierra que acaba en *Sandy Hook,* con su par de faros y su caserío, que no he llegado a saber si será el presidio de *Sing-Sing* o el Manicomio de Mujeres... A la vera de la península, cabecean el *"Shamrock I"* y el *"Shamrock II"* venidos de Britannia a disputar la "Copa de

América,'' dos esbeltos yates que, escoltados por sendos vapores, a diario salen a ejercitarse mar afuera,—la regata de combate se efectuará en agosto,—y a los atardeceres tornan al anclaje... Todavía más distante, algún transatlántico—un *liner*,—¿entrando?... ¿saliendo?... y naves veleras que se van, se van dando tumbos, quién sabe a dónde...

A mi diestra siempre, en la playa opuesta y muy disminuídos por la lejanía, el *far Rockaway*, la esfumada costa de *Coney Island* abrasándose en sus millones de focos eléctricos, los *Bronx*, suburbio de *Brooklyn*, las quintas y fábricas de *Long Island*.

Traicionada por su halo de aurora boreal que rasga la bruma, Nueva York, la cosmópoli.

A mis pies, los muelles de la flotilla y el paradero del F. C. C. de Nueva Jersey, con ir y venir de trenes que silban y tañen melancólicas campanas.

En el Casino de este mi pueblo, ha principiado el bailoteo de todas las noches, oigo los voluptuosos valses lentos que los americanos han hecho su especialidad.

Todo empieza a encenderse: Casino, *cottages*, calles, estación, muelles; el cielo guarda, más débil, la luz de su diadema en incomparable agonía; la atmósfera es diáfana, tan pura como el soñar de los niños...

Qué inmensa serenidad sale del mar, y de la tierra, y del cielo, y de todas las cosas; cómo se anega en ella mi espíritu de literato y de nostálgico; con qué emoción releo una carta de casa....

Cuán dulce no sería, tristemente dulce, morir frente a un cuadro como éste...

¡Qué paz, Dios mío, qué paz tan grande, tan hon-

da, que a modo de bendición y de infinita misericordia, vibra, vaga, suspira!...

8 DE AGOSTO.—Dedicados a nuestros políticos y sociólogos, predicadores de que Hispanoamérica debería ser un trasunto de los EE. UU., inicio hoy la reproducción de casos típicamente yanquis, que bien podían titularse "Casos Ejemplares." Y otras manos que no sean las mías, que sigan con los incensarios en movimiento. Ninguno será de mi cosecha, sino traducciones o extractos de lo que sus mismos diarios y revistas saquen a luz.

Leo esta tarde en el *"New York Journal"—Night Special N.°* 7537, que dirige William Randolph Hearst, candidato a la presidencia de la República, millonario, *politician* y mexicófobo de profesión:

" *GIRL WHIPPED AT POST IN A GEORGIA*
" *PRISON—Member of Prominent Savannah Fami-*
" *ly Cruelly Punished—(Special to THE EVENING*
" *JOURNAL*).

" *Milledgeville, Georgia, Aug.* 8.

(Versión castellana) " La brutal flagelación de la
" señorita Mamie De Crist, en la Cárcel Agrícola don-
" de extingue condena de dos años por robo a joyeros
" de Savannah, ha levantado intensa indignación en
" toda Georgia. Amigos de la joven, que desde la fe-
" cha de su encarcelamiento no han cesado de soste-
" ner que sus robos los perpetró durante una pertur-
" bación de sus facultades mentales, han dicho que
" no descansarán hasta que se abra una investigación
" y se derribe todo el sistema penitenciario del Es-
" tado.

" La Srita. De Crist, que es una joven notablemen-
" te bonita y que pertenece a buena familia de Sa-
" vannah, fué acusada de contumaz por los empleados
" del presidio. Conducida a la oficina del médico del
" establecimiento, la ataron a un poste, la desnuda-
" ron hasta la cintura, y la azotaron. El médico vi-
" giló el castigo, *a fin de que no fuese más allá de las*
" *resistencias de la pobre mujer.*

" La despiadada flagelación la llevó a cabo un guar-
" dián de la propia cárcel. La muchacha, gritaba y
" se retorcía bajo los golpes brutales; y apenas si po-
" día tenerse en pie cuando, su cuerpo todo cubierto
" de cardenales y manando sangre algunos, la des-
" ataron y llevaron a su separo. Aunque se guardó el
" mayor secreto, al fin se ha hecho público en *Mi-*
" *lledgeville* el asunto, y se ha desencadenado una
" tempestad de indignación.

" La Srita. De Crist figuraba en la alta sociedad
" de Savannah y Atlanta; las joyas de que se apoderó
" en Savannah, inventando falsas comisiones, montan
" a respetable suma. Cuando la vista de su causa, se
" alegó, sin éxito, la exculpante de demencia.

" Aseguran sus amigos, que la Srita. De Crist no es
" equilibrada, y que su insubordinación dentro de la
" cárcel débese a su estado mental. En todos los cír-
" culos se califica su flagelación de brutal e injusti-
" ficada."

—¿Y el Capitolio,—me preguntarán Uds.,—y la estatua de la "Libertad iluminando al Mundo"!, y la Civilización y el Derecho de que los EE. UU. se han declarado depositarios y dispensadores?...

—¡Pues, todos bien, y muchísimas gracias!

9 DE AGOSTO.—*"The New York Herald"* de hoy, a su vez ocúpase en el salvaje castigo aplicado en Georgia a la Srita. De Crist; y a guisa de consuelo, expresa que "nada puede hacerse" porque la legislación local prescribe los "castigos inmediatos"... para los presos que se rebelan...

A esto se contesta en mi tierra con un "Apaga y vámonos"..., pues en efecto, entran ganas de largarse a otro país que no goce de tantas libertades. Y cabe preguntarse: ¿Si tales cosas ocurren en el E. de Georgia, y en el resto de los Cuarenta y Tantos tuestan a los negros, a qué deportes por el estilo no se entregarán en los países que conquisten?...

La "culta Europa," cada día se deja más que los señores yanquis la vuelvan tarumba; ya no dominan sólo en las profesiones reconocidamente suyas, como la de dentistas, pongo por caso; ahora, la cosa aumenta: en París, Londres, Berlín, Viena, Bruselas, se baila el *"Cake-Walk,"* predomina el calzado yanqui, se cantan *"Coon's Songs";* yanquis son las batutas de balnearios, *caravanserails,* etc. El Káiser, recibió y trata a uno de los Vánderbilt, cual si fuese una testa coronada; la Fábrica Krupp contrata, *a cualquier sueldo,* operarios yanquis; de Londres, se descuelga en Nueva York una comisión para estudiar el sistema de tranvías y demás comunicaciones urbanas... El Universo-Mundo, se pasma!!! El Rey de Portugal se deshace en zalemas con el Almirante Cotton, durante la estadía de su escuadra en Lisboa; en *Portsmouth,* dan a los marinos americanos un *luncheon* de 800 cubiertos y una representación de gala; Centroamérica y gran parte de Suramérica,

se dislocan por los Estados Unidos... ¿y nosotros?...

Una buena noticia: Jean Richepin vendrá en el invierno a dar conferencias en diversas ciudades, Wáshington en cuenta. Diz que viene para presenciar los ensayos de su *"Mmc du Barry,"* léase, para vencer a un autor-empresario, Belasco, que,—esto la afirma Richepin,—le ha plagiado la obra; y para embolsarse pirámides de dólares, que seguramente se embolsará, y yo me alegraré mucho de que se los embolse; válgale ser literato de verdad y no de exportación ni de pega. Lo conoceré y lo oiré.

Algo apocalíptico que garantiza el *"New York Herald."*

Trátase ya de edificar un teatro en París, donde únicamente se represente repertorio *"Made in America";* ópera americana, drama americano, petipiezas americanas, todo cantado y declamado por artistas de aquende el Atlántico...

¡Dios vaya con los accionistas y con los espectadores!

12 DE AGOSTO.—El *"Journal"* de esta tarde y el de ayer, cogen el cielo con las manos a propósito de la civilizada azotaina a *Miss* De Crist. Reproduce cartas, protestas y opiniones de jurisconsultos, condenando a una la infamante escena...

Se ha aclarado ya por qué azotaron a la desequilibrada: porque no cedió a los ruegos de su guardián; y ya se aclaró algo más: que mientras no se reformen las leyes del E. de Georgia, no hay por

qué alarmarse de paliza más o menos, "como no existe prohibición expresa de emplear el látigo, ¡y empléase el látigo desde tiempo inmemorial! es casi seguro que el atentado se quedará impune...

Africa y China, se me hacen dos criaturillas inocentes.

El magazine "*The Munsey*" correspondiente a agosto en curso, que se publica en el número 115 de la Quinta Avenida de Nueva York,—volumen XXIX, número 5,—trae un artículo de Mr. Joseph Freeman Marsten, intitulado "*The Maelstrom of the Betting-Ring,*" en el que censura con copia de documentación y detalles, el juego desenfrenado a que todos se entregan—las señoras *in cápite*—en las diarias carreras de caballos que a cabo se llevan en una millarada de hipódromos. Y sentencia al concluir:

—"*Truly, we Americans are a nation of gamblers.*"

—De veras que nosotros los americanos, somos una nación de tahures.

15 de agosto.—El "*Journal*" proclama que como consecuencia de la indignación que al fin ha estallado "en todos los EE. UU." por la bárbara tortura de Mamie De Grist, el Senado y la Cámara de Representantes intervendrán y en el E. de Georgia quedará abolida la pena de azotes... a las mujeres.

A los hombres, que nos muerda un perro, digo yo.

Aun no me sale,—ni es probable que me salga en muchos años,—la impresión compleja que me ha ori-

ginado la troglodítica lucha de ayer en San Francisco de California, y en la que se ocupan hoy la prensa *íntegra* de este país dilatado, y grandísima parte de sus 80.000.000 de habitantes... No vuelvo de mi pánico, aun perdura mi duelo de hombre de raza más fina y más sensible, que sufre y contempla un desafuero que no le es dable impedir ni castigar. Esto es el salto atrás al período primitivo, la regresión al ''Hombre de las Cavernas'', a una velocidad de 70 millas por hora en caminos de hierro, sin rival en el mundo, que cruzan uno de los pueblos más portentosos de la tierra, con millares de fábricas e industrias, con laboradas regiones agrícolas sin segundo, con conglomerados de millones de almas archicivilizadas... El Hombre de las Cavernas, que pasea en automóviles perfeccionados, que ha inventado el teléfono... y los *trusts,* que practica el divorcio ilimitado, que masca tabaco o chicle, y escupe sabios por el colmillo de sus innúmeros colegios y universidades, que no desdeña la prostitución y crea el ''Feminismo''...

Este Hombre de las Cavernas es el que anoche abofeteó a la civilización y a la humanidad, en la arena (?) del *''Mechanics'Pavilion''* de San Francisco, con la lucha por el Campeonato Mundial de Pugilismo.

Es el Hombre de las Cavernas el que sanciona, apuesta, aplaude y se enloquece frente a un espectáculo propio de aduar centroafricano; es el troglodita, el huno, el seguidor de Atila, con la agravante de los siglos trascurridos, pero trascurridos en balde...

Tres meses llevábamos los que en los EE. UU. vivi-

mos, de leer a diario pormenorizadas columnas impresas, relativas al *entrenamiento* de los "célebres y afamados" James J. Jeffries y James J. Corbett, que no son sabios, ni artistas, ni filósofos, ni exploradores, ni apóstoles o educacionistas, sino dos tocayos *Heavyweight Prize-fighters,* palabraza que en romance significa "Púgiles de peso máximo." El par de angelitos,—cada cual por su lado y respectivamente asistidos de padrinos, amigos y especialistas,—se adiestraban para el descomunal encuentro de anoche. Corbett, era el "Campeón del Mundo," lo que no me causó extrañeza ninguna, por el hábito que he venido contrayendo de que cuanto los EE. UU. producen o atesoran, lo apoden ellos mismos lo primero o lo único; la arrogancia y exageración hasta hoy imputadas a lusitanos, brasileños, andaluces, marselleses, napolitanos y demás gente charlatana y embustera, aquí han encontrado su sepultura. Era campeón del mundo, porque había vencido a Sullivan, pero su reino fué efímero (¿cuál no lo es?...), porque Jeffries, *boilermaker, de son état,*—forjador de calderas,—fortísimo de suyo y fortalecido más aún con la práctica de su oficio ciclópeo, se divorció de yunque y martillos para entregarse al pugilismo, mejor retribuído y mirado que todos y cada uno de los "milenta" mil oficios conocidos en "América," si se exceptúan el de multimillonario o el de *get-rich-quick*, especialidades de estos andurriales. En cuanto Jeffries sintióse capaz, retó a Corbett, y el 11 de mayo del año del Señor, 1900, último del siglo XIX, llamado también de las Luces, en la ciudad de *Coney Island,* a un suspiro de Nueva York y a seis días del Viejo Continen-

te, previa furibunda paliza ¡23 asaltos! derrocó a Corbett, y quedó dueño absoluto de las insignias del campeonato: banda-cinturón de seda bordada, y unos calzones cortos, que se portan a la hora de la pelea y que lucen las *Stars and Stripes*... (*Oú l'Amour va-t-il se nicher*...)

De entonces acá, inconforme Corbett con el destronamiento (¿qué monarca destronado no lo está?), púsose a adquirir más conocimientos, agilidad y fuerza, a efecto de enfrentarse de nuevo con Jeffries, quien no obstante su manifiesta superioridad física sobre el derrotado antagonista, también púsose a echar más músculo y a procurar mayor ligereza, de la que carece a causa de su mole gigantesca.

Los EE. UU., a su vez, se interesaron; los periódicos mejorcitos,—y vaya si abundan,—enviaron corresponsales y dibujantes a uno y otro cubil, digo, a uno y otro retiro de los gladiadores, con el laudable objeto de tener al público al tanto de cuándo aumentaban una libra de peso o una pulgada de bíceps; de si Jeffries trepaba ya escarpadas colinas y mataba a riflazos cuanto venado le pasaba por la mira; de si Corbett se ensanchaba o aprendía golpes misteriosos y certeros. Conforme el tiempo transcurría, informes y dibujos se multiplicaron hasta no alcanzar el semblante de obsesión y pesadilla en estos días últimos; todo era Corbett y Jeffries...

Ellos, entretanto, seguían en su *training,* el cual es más severo que el del más severo monasterio, y más tiránico que el programa abstinente de que nos habla Don Quijote. No es permitido:

"...ni comer pan a manteles,
"ni con la reyna folgar...",

ni consumar la porción de cosas que el común de mortales ejecutamos día por día, y aun más de una noche. Ellos, los púgiles, ayunan.

Quieras que no, hasta los enemigos de la fuerza bruta, como yo, nos impusimos al pormenor,—dado que no se pensaba, hablaba ni escribía otra cosa,—de la anchura de tobillos, muñecas, pectorales y menudencias de los combatientes. ¿Para qué, Señor, para qué?... Y diputé por tan inútil, pernicioso y antiestético ocuparme en el reglamentado salvajismo (peor si cabe, y mire Ud. que ya cabía poco, que las corridas de toros), que decidí ni mencionarlo en MI DIARIO; pero más tarde, he reflexionado que siendo lo que es, el predilecto espectáculo, conviene acusarlo en sus repugnantes pormenores, para que conste que esta nación también padece sus llagas, ¡y qué llagas!, en relación con su innegable y cacareada grandeza.

Datos oficiales: Jeffries pesa de 287 a 223 libras, Corbett de 190 a 185; el juez de la lucha, atleta él, Eddie Graney, prometió *urbi et orbi* que discernirá el premio conforme a los méritos estrictos de los luchadores; que "por lo que tenemos de mortales," habría vigilantes y un par de policías en el ángulo—*corner*—de cada uno de los rivales, a fin de garantizar un "juego limpio"—*te assure the men fair play;*—que no consentiría en el anillo—*the ring*—padrinos ni compadres, y que la batalla—*the battle*—se libraría sin separarse un ápice de las reglas del Mar-

qués de *Queensberry.* Busquen Uds., si el asunto les interesa, en la Enciclopedia Británica, la biografía del tal Marqués, pues yo no he de darla.

Para que cupiera mucho público, se escogió como local,—¡ qué sarcasmo !—el *"Mechanics'Pavilion"* de San Francisco de California,—es un honor a la familia,—que permite acomodar a ¡¡¡10.000!!! ocupantes. De apuestas se versó—sin incluir la *"purse"* que se distribuye entre los reñidores, descontados los gastos de papeleta,—la friolera de ¡¡¡300.000!!! dólares; sólo Nueva York contribuyó con sesenta y tantos mil; San Francisco, como dueña de casa, se llevó la palma en el capítulo de apuestas; el resto de Estados, sin embargo, figuró con "honrosa proporción."

La demanda de billetes,—siguen *ilustrando* los diarios,—fué sin precedente; en la taquilla solamente, recogiéronse unos $60.000; la suma que se embolsó el ganancioso Jeffries, oscila entre $27 y 30.000; la que se guardó el aporreado Corbett, alcanza unos $16.000. *Una gran fuerza de las reservas de Policia se envió al sitio del encuentro, para guardar el orden* (sic).

Hubo en Nueva York tal anhelo por ir conociendo los detalles de la lucha, que en las dos oficinas de *"The Journal,"—Park Row,* y esquina de *Broadway* y Calle 37.ª,—pusiéronse enormes cartelones iluminados, con aditamento de "estereopticón," que minuto a minuto los anunciaban, desde el anochecer hasta la madrugada en que, por diferencia de meridianos entre San Francisco y Nueva York, se supo el final resultado. Acudió densa masa de curiosos, incluso

ladies, "ni más ni menos que si se tratase de una elección presidencial *(sic).*"

Pactado el combate por veinte asaltos—*rounds,*—al décimo, de espantosa puñada en el "plexo solar," Corbett cayó fuera de combate—*knocked out*—"a medio sentar, los labios contraídos en forma de círculo, agónica la faz, sin perder totalmente el sentido..." Al recuperarse, el primer hombre que le estrechó la mano, fué su vencedor...

¡Oh, Pieles Rojas, sois corderos!

Hoy, que con mis gentes fuí a Nueva York a recibir a Rafael Sagaseta, que nos llega de México, me encontré todavía vibrante de emoción a esta soberbia *Manhattan,* aunque en su morbosa actividad de costumbre; bella, imponente, inmensa, desempeñando importantísimo papel en el concierto del mundo, sin que se le advierta en la cara que todo el organismo social a que ella pertenece, anda pobre de entrañas, antes disimulando con su manto imperial de dinero, trabajo y fuerza, todas las inmoralidades, los crímenes todos que nutre, que practica y hasta ¡qué vergüenza! que aplaude, como las luchas humanas...

Resueltamente, los EE. UU., en la alta y completa acepción de la palabra, no son un país civilizado del todo. ¿Será que esa civilización ideal no existe en parte ninguna?...

Taine, en su admirable "Filosofía del Arte," dice algo que conviene no olvidar:

—"*La haute civilisation, le complet développe-*
"*ment, la profonde élaboration de l'ame ne peuvent*
"*se rencontrer avec un corps athlétique, nu, accom-*

" pli dans la vie gymnastique. Le front méditatif, " la finesse des traits, la complication de la physio- " nomie feraient disparate avec des membres de lut- " teur et de coureur."

¡Tanto peor para el pugilato y sus devotos!

20 DE AGOSTO.—Paseo *exciting,* en una lancha de vapor, la *"Dorothy,"* pequeña y regida por el dueño de las casetas de baño de la playa. Vamos a esperar el regreso de los yates que hoy comenzaron a disputar la "Copa de América." Por cincuenta centavos me he puesto en las manos de este excelente sujeto, con más aspecto de farmacéutico que de marino. Los demás tripulantes, son: Rafael mi cuñado; hasta media docena de mocetones en traje de baño, instalados en la tolda de la *"Dorothy,"* a la que sacuden con sus potriles retozos; un joven gordo y pacífico, que ayuda al patrón; otro, flaco, portador de una Kodac.

Nos lanzamos muy mar afuera, transponemos *Sandy Hook,* sufriendo unas cabezadas capaces de marear a un cachalote. Y a pesar de lo que persistimos en nuestra espera al garete, no vemos nada. Tornamos un poco antes que el *"Erin,"* suntuoso yate de vapor de *Sir* Thomas Lipton, tripulado por lindas mujeres elegantes, oficiales de marina, *yachtmen* de cartel, millonarios... Un instante, atácanme ráfagas de megalomanía, ¿poseyera yo una embarcación así?... Detallo el *"Erin"* y a sus tripulantes... ¡un platal! Nos adelanta el *"Shamrock II"*—gemelo del actual combatiente *"Shamrock III."* Hoy no hubo regata, por culpa del poco viento; pero yo renuncio a nue-

va salida en esta zangolotina *"Dorothy,"* que los diarios me enteren de las peripecias náuticas de la justa.

Sir Thomas, que ya no se cuece de un hervor, es el personaje a la moda, el punto de vista neoyorquino. Noches atrás, que asistió invitado por el *"Yacht Club"* a no sé qué teatro, le enderezaron a media función unas coplas compuestas en su obsequio; urbanamente pasó al escenario en el entreacto, a dar las gracias, y el "coro de señoras" se le tiró a los besos, unos veinte minutos de bombardeo de ósculos... Nueva York ha reído de la ocurrencia, los *gentlemen* la aplauden, las *ladies* tómanla a buena parte, los golfos y granujas ya le apearon el tratamiento, y sólo le llaman *"Tommy,"* los periódicos comentan el sucedido, en tono serio...

Nota de angustia: Hay lejos de nuestro ancón—la *Horseshoe-Bay*—una gran boya, con campana que repica al compás de las olas que la mecen, ora pausadamente si el mar está en calma relativa, ora desesperadamente si está agitado; y a nuestro paso por sus cercanías, la escuchamos que toca con violencia grandísima,—el mar anda revuelto,—y es un tañer que coge el corazón, que suena a desamparo, a naufragio, a muerte implacable en el hosco y despiadado desierto de agua...

A propósito de las regatas internacionales por la "Copa de América," ved aquí cómo las juzga el "*Journal*" de esta noche:

—" La Gran Regata de Hoy—*Our excitement* se " basa en una emoción inocente, aunque no útil: el " deseo *de ganar* en cualquier clase de juego... *John*

" *Bull* y el Tío Sam han sacado a relucir sus *corre-*
" *dores* de juguete, y millones de personas talluditas
" seguirán la regata con la misma excitación nerviosa
" de los niños que rodean el estanque de un par-
" que... Así, a lo lejos en nuestra historia, nuestro
" patriotismo hase despertado con las luchas entre
" un yate de juego y el de algún tercero, entre nues-
" tro caballo de carrera y algún caballo de carrera
" inglés, entre nuestros púgiles y algún pugilista in-
" glés. Habremos progresado el día que el entusiasmo
" de las dos naciones se concentre en una lucha y una
" ambición de categoría más alta y noble. CASI TO-
" DOS NOSOTROS, SOMOS DESCENDIENTES
" DE PIRATAS, CUYOS CRUCEROS TRIUNFA-
" LES DEPENDIAN, PARA ACARREAR SU BO-
" TIN, DE MASTILES ALTOS. SOMOS LOS DES-
" CENDIENTES MAS PROXIMOS DE UNOS
" HOMBRES CUYO PRINCIPAL PLACER ERA
" REÑIR. TODAVIA LO QUE MAS NOS SEDU-
" CE, ES: BARCOS LIGEROS, CABALLOS DE
" CARRERA, PUGILISTAS, ETC.-Tiempo vendrá
" ¡esperémoslo! en que cuando las naciones o los in-
" dividuos quieran competir, compitan en materias
" distintas... *Sir* Thomas Lipton ha gastado mi-
" llones, alegremente, porque su yate sea el mejor y
" más veloz del mundo. El Rey (de la Gran Breta-
" ña), el Presidente (de los EE. UU.), todos lo alien-
" tan... *Sir* Thomas dijo al Rey y al Presidente:
" mi yate será más ligero que ninguno, sin reparar
" en su costo. El Rey y el Presidente, le dieron apro-
" batorias palmadas en la espalda. Si les hubiese di-
" cho en cambio, voy a hacer que mis obreros, hombres

" y mujeres, sean los más satisfechos y felices del
" mundo, es probable que el Rey no hubiera dispues-
" to de tiempo para escucharlo. De consiguiente, co-
" mo nosotros todos nos perecemos PORQUE NOS
" ALABEN y por hombrearnos con presidentes y mo-
" narcas, apenas si resulta explicable que *Sir* Thomas
" emplee su dinero en un barco-juguete, de preferen-
" cia a que se lo gaste en mejorar vivientes seres hu-
" manos"...

Lo restante del artículo se suprime, pues extrema la nota "socialista-cargosa", de que alardea Mr. Hearst en sus publicaciones.

23 DE AGOSTO.—Inoculado de la manía imperante por la "*Physical Culture*" y cediendo a viejas aficiones, toda la tarde de hoy, domingo, conságrola a remar por esta "*Horseshoe-bay,*" poblada de yates de placer, de vapor y de vela, propiedad de *ricoshomes* que la han escogido por fondeadero, desde los comienzos de las regatas internacionales.

26 DE AGOSTO.—Al anochecer, una luz vivísima recorre con gran velocidad buena porción del firmamento. Para que fuera globo, se hallaba demasiado alta; para ser bólido, caminaba con lentitud, y para ser estrella, corría demasiado y brillaba extraordinariamente...

27 DE AGOSTO.—Ni una palabra en los diarios que registro, acerca de la volante luz firmamental de ayer noche.

Triunfaron los yanquis en la tercera regata de hoy por la ''Copa de América''; el yate ''*Reliance*'' derrotó con seis minutos de ventaja a su competidor ''*Shamrock III,*''' venido de Inglaterra a disputar el trofeo. Periódicos y personas están a punto de estallar de exultación.

28 DE AGOSTO.—Nos despierta temprano en la mañana, huracán que, con lluvia, sopla del mar. Frío y confinamiento dentro del *cottage,* que clausuramos concienzudamente. Durante el día y la noche, plañidero llorar de las ''sirenas'' de las embarcaciones ancladas.

30 DE AGOSTO.—Han continuado, el temporal deshecho y nuestra reclusión absoluta.

Panorama ventanero: espesa niebla, que todo lo borra; desolación y desconsuelo; el distante ajetreo del puerto, fantástico a la distancia, borroso, angustiante...

Un viento de borrasca, con velocidad de ''X'' millas a la hora, azota casas y parques, doblega arboledas, gime por hendeduras y ramazones; ''paquetes'' de agua salada estréllanse contra fachadas y vidrios; nuestro *cottage* tiembla y se sacude cual si fueran a arrancarlo de cuajo... Y las ideas negras, las tristezas recónditas pugnan por asomarse en el cerebro y en el ánimo; la distancia que nos separa de México, lo menos se nos ha triplicado.

Por la equivocada interpretación de una noticia oficial, el Gobierno de los EE. UU. se ha tirado ma-

yúscula plancha. Como se dijera que el Vice-cónsul en Siria,—Turquía Asiática,—había sido asesinado a su regreso a la oficina, después de una partida de "*golf,*" los periódicos y los "Reverendos" protestantes, pusieron a los turcos que no había por donde cogerlos; la "Opinión Pública" frunció el ceño, y el Gobierno ordenó la movilización "a todo vapor" del formidable "*Brooklyn,*" del no menos formidable "San Francisco" y del medianamente formidable "*Machias*", hacia los Dardanelos... Ansiedad nacional superaguda, y de súbito, la resurrección del Vice-cónsul, quien disfruta de una salud que yo para mí quisiera; que se equivocaron al cifrar o al descifrar el mensaje, y que la Sublime no se ha apartado de los cánones: supo del atentado,—pues atentado hubo, en efecto, perpetrado por enemigo personal del Vice-cónsul,—y ha prometido por boca de uno de sus tantísimos "beyes," actual Ministro de Relaciones Extranjeras, lo que siempre se promete en casos tales, que en cuanto pueda haberse al culpable, se hará ejemplar justicia, que lamentan de todas veras el deplorable suceso, y que patatín y que patatán...

La escuadrilla yanqui, sigue no obstante camino de aguas turcas; pues lo que estos señores dicen, aunque hoy por hoy nada puede intentarse para castigar la no-muerte de un representante mercantil, quizá peligren la colonia y los intereses americanos en Turquía, y es deber nacional ir y tranquilizarlos... Ni a tiros reconocerán su yerro, primero bombardean Constantinopla. Según los buscavidas, la culpa de ligereza tan imperdonable en *un país serio,* pesa sobre don Teodoro Roosevelt, quien rompiendo hasta con

prácticas burocráticas, desde su balneario ordenó por telégrafo al Subsecretario de Marina, que despachara de urgencia a Beyreut, al Vicealmirante Cotton, tan quitado de la pena en *Villefranche*...

Sin embargo, la primera derrota, la sufrieron hoy por boca de Chékib bey, Ministro diplomático de la Puerta, en los EE. UU. Una derrota impresa e incruenta, pero que ha de haberles levantado ámpula. Dice S. E., en las columnas del *"New York Herald"* de esta fecha:

—" ...el envío de la escuadra, va a resultarnos contraproducente a nosotros los turcos. Ya no es necesaria, supuesto que no hubo tal asesinato de Vice-cónsul, y en cambio, será alentadora para los rebeldes que han de suponerse apoyados por los EE. UU., sobre todo después de lo que en las páginas de su prensa se ha tronado contra nosotros... Nuestras relaciones, son de lo bueno lo mejor; Uds. se quejan de que sin previo examen facultativo, no se permita a los médicos de los EE. UU. el ejercicio de su profesión en Turquía, pero lo mismo exigimos de los médicos de Francia y de toda Europa. ¿Por qué si los médicos de Uds. se hallan tan científicamente preparados, repugnan lo del examen previo?... Otra fuente de dificultades radica en los misioneros de Uds., sin que por lo que voy a decir, pueda creerse que los censuro, nosotros los turcos somos de lo más tolerantes *(¡esto es guasa viva!)*, díganlo si no, esos mismos misioneros; y el pago que Uds. nos han dado, consiste en gritar a voz en cuello que debería borrársenos del mapa, después de que, allá, sus agentes incitan a los armenios a exterminarnos.... Supongan Uds. que yo

estableciese en Wáshington una escuela para negros, y que mis profesores les predicaran la rebeldía contra el lynchamiento... ¿me dejarían en el país por mucho tiempo? ¿prosperaría mi escuela?... Me interrogan Uds. sobre las matanzas de cristianos en Turquía; sí, desdichadamente se registran; pero ¿ACASO EN LAS NACIONES CRISTIANAS NO TAMBIEN SE MATA? NADIE SERIA TAN NECIO DE DECLARAR RESPONSABLE AL GOBIERNO DE UDS., CADA OCASION EN QUE SE LYNCHA A UN NEGRO. EL GOBIERNO DE UDS. *DEPLORA* TALES VIOLENCIAS, PERO *NO SIEMPRE PUEDE* PREVENIRLAS... LO PROPIO HACE TURQUIA, *DEPLORA* las matanzas, y para prevenir las actuales, estamos apurando todos los medios?"...

—¿Qué opinan Uds. de este bey, disparando tamañas verdades en la primera publicación periódica de los EE. UU., y qué del "*Herald,*" que les da cabida y no les da respuesta?

1.º DE SEPTIEMBRE.—A pesar de mi aborrecimiento hacia traducciones y traductores,—*traduttore, tradittore,*— hoy traduje para la "Revista Moderna," de México, un precioso cuento de Bruno Lessing.

¿Que, quién es Bruno Lessing?... Lo propio me pregunté días há, cuando leía otro cuento suyo, que por su estilo y fondo se aparta de los de la generalidad publicados a toneladas en diarios, hebdomadarios y *magazines.* Bruno Lessing, es un artista de cuerpo entero, cuyo nombre hasta me suena a progenie latina, a ancestros en Sorrento o en Calabria. De fijo que no

aprendió el oficio por la posta, sí, lectores míos, *por-la-pos-ta,* según aquí le enseñan a uno porción de profesiones "liberales," "conservadoras," etc. Hojee quien lo dude, la sección de anuncios de cualquier *magazine,* y se encontrará con que en el *ramo* de música, por correo le habilitan a Ud. de violinista, arpista o afinador de pianos; en el *ramo* de pintura, por correo le enseñan a pintar óleos, acuarelas o rótulos de tiendas; en el de elocuencia, me lo transmutan en orador político, sagrado o de sociedad *(sic)*: banquetes, funerales, matrimonios; en el *ramo* literario, en poeta, novelador, dramaturgo, libretista, "cuentista-corto," *(short-story writer),* sainetero o corrector de pruebas... lo que uno elija, de cerca o de lejos, de maestro a discípulo, sin intermediarios; todo por la posta, o séase, por la mala, con o sin equívoco, que mala quiere decir posta, y mala, malísima es la cosecha que por medios tales se levanta. ¿No ven Uds. que los buenos son contados en la mole de 80.000.000 habitantes, que no abundan los Emerson y Hawthorne, los Whitman y Poe, los Bryant y Longfellow?...

10 DE SEPTIEMBRE.—El termómetro principia a loquear y mi licencia expira; mañana regresaremos a Wáshington.

El "*Journal*" de esta noche, me ha traído de despedida la siguiente estadística que compila con motivo del fallecimiento de un pugilista en Filadelfia, ¡la ciudad quákera!:

—" EL PUGILISTA MUERE DESPUES DE UN COMBATE DE SEIS ASALTOS—DICEN SUS AMIGOS QUE DEBIO DE RECONOCERLO AL-

GUN DOCTOR ANTES DE LA BATALLA—MAS DE SESENTA MATADOS EN LA ARENA—Más de sesenta muertes se registran a consecuencia de las luchas por dinero (*prize-fights*); entre las más recientes se mencionan: Alejandro Scott, de *Brooklyn,* 26 de agosto de 1898; Memo *(Billy)* Walker, de *Omaha,* 8 de octubre de 1898; Tono *(Tom)* Lansing, de *Louisville,* 12 de enero de 1898; Quico *(Harry)* Apfel, de *Brooklyn,* 1899; Félix Carr, de San Albano, Virginia Occidental, 1899; Chiquito *(Kid)* Lavelle, de Pittsburgo, *Pennsylvania,* 1899; *Ralph* Miller, de *Brooklyn,* 1900; Memo Smith, de Londres, Inglaterra, 1901; Curtis L. Crane, de *Cambridge, Massachusetts,* 1901; Eugenio O'Connell, de *Scituate, Rhode Island,* 1903; Pepe *(Joe)* Stearks, de *Connecticut,* 1903, y *Olin* Knight, de Filadelfia, 1903.—Filadelfia: 10 de septiembre. La necesidad de que se reconozca total y facultativamente a los pugilistas antes de que se les permita pisar la liza, es el asunto de las conversaciones en los círculos pugilísticos, a consecuencia de la muerte de *Olin* Night, conocido por José Reilly, acaecida después de una pelea de 6 asaltos con *Griffith* Jones. La lucha se efectuó en el Club Atlético del Sur, y Knight falleció más tarde en el Hospital de Santa Inés.—Guillermo Hahl Knight, propietario del Club, y los cinco padrinos de los combatientes se encuentran detenidos —todos están contextes hoy en que Knight debía de hallarse en muy malas condiciones cuando pisó la liza. El combate no fué de los particularmente duros; y la muerte parece que no la provocó golpe determinado, sino el machacamiento que Jones le infli-

gió en el costado y el estómago, y el agotamiento consiguiente al esfuerzo.—Si un doctor hubiese reconocido a Knight antes de su entrada en el círculo, habríase descubierto su condición y evitádose el desenlace,—opinan hoy los peritos.—Acabado el encuentro, ambos combatientes saltaron ágilmente por sobre los alambres y se encaminaron a sus vestidores. Llevaba Knight unos cuantos minutos en su cuarto, cuando repentinamente se abatió sin vida.—El doctor P. Brooks Bland, trabajó por volverlo a la vida, unos veinte minutos, y lo condujo al hospital; nada sirvió para salvar a Knight.''

—¿Verdad que nuestras salvajes y crueles corridas de toros, se convierten en juego de chiquillos?...

Pues tomen nota nuestros políticos y sociólogos, porque estos místeres que se matan a puñadas, por dinero, son hermanitos carnales de los que los aplauden y endiosan, el gran remanente de sus compatriotas que se nos pone de modelo.

¿Ellos nuestros conquistadores y maestros?... ¿Y a dónde pararíamos, si ya tenemos de sobra con nuestras propias y prolíficas máculas?... Copiémosles lo que de bueno atesoran, y cuanto antes, mejor; pero cada cual en su casa, y Dios en la de todos.

11 DE SEPTIEMBRE.—De regreso a Wáshington, que rabia de calor, 88 grados Fharenheit.

Las cigarras, incansables, ensordecen con su cantar ríspido, son la única nota ruidosa. Todo lo demás se sofoca, suda, enmudece...

16 DE SEPTIEMBRE.—Anoche y hoy no hemos para-

do de devanar en las ruecas de charlas y pensares, el montón de recuerdos que nos han alborotado estas fechas patrias.

En lo oficial, nada; el Embajador aun no regresa de *Deal Beach,* ni habría para qué. La estación social y política, todavía no se inaugura; muchas casas siguen cerradas y alambradas; casi nadie ha vuelto del campo, de las playas, de las montañas o de Europa. La conmemoración que de nuestra Independencia se intentara, resultaría deslucida y sin concurrentes.

20 DE SEPTIEMBRE.—Carta de Guadalajara, que subscribe Frederick Starr, de la ''Universidad de Chicago.'' solicitando mi retrato y datos biográficos, a la mayor brevedad, para sacar uno y otros en un libro que comenzará a imprimir en Chicago dentro de dos semanas, bajo el título de ''*Readings from Modern Mexican Authors*''; ''unos veinticinco,—explícame en la carta,—entre los que Ud. figurará con varias páginas de SUPREMA LEY, que he copiado y traducido con esmero... diríjame Ud. retrato y apuntes a la Universidad de Chicago, para la que salgo en breve...''

Cedo de bonísimo grado, por la maldita vanidad literaria de verse traducido y publicado en tierra extraña, con vera efigies y *tóo.*

23 DE SEPTIEMBRE.—Verbosa circular al mimeógrafo que hoy me llega firmada por Emeterio de la Garza jr., José Peón del Valle y Jesús Urueta, entérame de que han acometido los tres, en México, ardua y dispendiosa empresa: sacar a la calle obra de romanos, que habrá de llamarse ''México Intelectual'' y de

ser el heraldo de los progresos realizados en la República, en aquel campo. Dará a la estampa, a gran lujo, todo o parte de la obra que cada uno de nuestros autores designe como su *chef d'oeuvre,* y biografías y retratos de los autores elegidos por la negociación.

Para eso me han escrito, para que les remita biografía y retrato, juntamente con la indicación de cuál de mis libros reputo por el mejor.

27 DE SEPTIEMBRE.—Comienzan las tristezas otoñales, con la melancólica caída de las hojas...

Como en todos los órdenes de la naturaleza, las que primero caen, son las hojas más débiles. ¡Pobres de los débiles!...

El "*New York Herald*" de hoy, trae interesante artículo, "*Opening of the Art Season in the City Studios, and in Galleries and Marts,*" en el que, a vuelta de comentarios y réclames sobre éste y aquel taller, aquélla y esta galería (estupendas algunas), y éste y aquel traficante o rematador de cuadros, anuncia que la casa parisiense de Soligman Fréres, negociante en pinturas, muebles antiguos y objetos de arte, en el presente otoño establecerá su casa matriz en el número 303 de la Quinta Avenida. Agrega el "*Herald,*" en el colmo de la satisfacción, lo que nadie puede negar ya: "No sólo tenemos año por año en nuestros teatros de *Broadway* lo más notable y reputado del Viejo Mundo en todas las ramas teatrales, sino que con la venida de esta afamada casa parisiense, se pone de manifiesto lo que nosotros nos sabíamos desde hace tiempo: que nuestra metró-

poli ha llegado a ser uno de los grandes emporios de arte del universo (*the metropolis has become one of the great art marts of the world''*). *Lo cual que,* es la verdad desnuda...

¡ Oh ! influencia omnipoderosa del oro, que así transmutas a los filisteos en Mecenas, primero, y en artistas luego.

30 DE SEPTIEMBRE.—¡ La justicia inmanente! Don Lázaro Urrutia, de Guatemala, visítame sin más objeto que disculpar al Dr. Lazo Arriaga,—con quien acaba de estar en Nueva York,—por haber éste solicitado de orden de Estrada Cabrera, mi retiro de Guatemala...

El Dr. Lazo Arriaga, hállase a punto de renunciar su cargo de Ministro diplomático en los EE. UU.

6 DE OCTUBRE.—Mr. Frederick Starr, en reciprocidad amistosa, me remite desde Chicago su fotografía. Y me ocurre que bien podía ser este caballero el humano vehículo para que yo me ganara unos quince o veinte mil dólares (la eterna fábula de ''La Lechera''), realizándose mi vieja ilusión de verme traducido ¿por qué no? Con que tradujera SANTA, y SANTA gustara y me la compraran muchos lectores... pues, (otra vez ''La Lechera''), sería la fortuna, y con ella, la consumación de mi sueño: comprar una casa en San Angel y vivir de mis libros...

8 DE OCTUBRE.—Carta de Araluce, anunciándome que ¡al fin! SANTA se pondrá a la venta en México y Barcelona, simultáneamente, la segunda quincena del mes que corre. Se manifiesta muy esperanzado de

alcanzar carretadas de pesetas con mi novela; y yo, que poco necesitaba, contágiome en el acto de ilusiones, y también me doy a creer que SANTA me sacará de pobre.

11 DE OCTUBRE.—¡Cuánto me place lo que leo en el "*New York Herald.*"! El próximo martes se pondrá en escena en el teatro "*Manhattan,*" la "Tierra Baja" de Angel Guimerá. Dios saque con bien a joya tan preciosa, y haga que a su autor le caiga lluvia de onzas. Me alarma, sin embargo, desde el título de la traducción, arreglo o lo que sea: "*Marta of the Lowlands—A Play of Spanish Peasant Life.*" Los autores llámanse, Wallace Gillpatrick y Guido Marburg, y no sé por qué pluralizarían el título del original. ¿Marta de las Tierras Bajas?...

12 DE OCTUBRE.—A horas de oficina en la Embajada, solicita hablar conmigo un individuo que no conozco y cuya tarjeta dice: "*H. Humphrey Read—Scientific American, Compiling Department—New York.*"

Son tan frecuentes estas visitas, y tan ociosas, (hay ocasiones en que sólo quitan el tiempo con preguntas necias: ¿por dónde deben enviarse a México los equipajes; qué industria o comercio es más productiva; cuánto cuesta la vida material en la capital y los Estados, etc.?) que por lo general, bajo al salón mal prevenido y con el gesto agrio. Pero hoy, la cosa varía.

El señor Humphrey, de irreprochable pergeño y verbosidad de sacamuelas,—calidades ambas, comu-

nes aquí entre los masculinos,—viene de parte del "*Scientific American*" a mostrarme, primero, los grabados y páginas iniciales de la magna obra que bajo el título de "*Cyclopaedia Americana,*" está editando o va a editar la empresa del "*Scientific.*" Obra enorme, con quién sabe qué cantidad de palabras, mapas, vistas, retratos de celebridades en todos los ramos del saber humano; obra que ya cuesta $200.000, y que llegara al millón; perfectísimamente hecha en su parte tipográfica, de la que desde luego puede juzgarse; con la colaboración de muchedumbre de apellidos ingleses, escoltados de abecedarios mayúsculos,—sistema que indica celebridad entre los anglosajones,—Doctor en Divinidades, en Humanidades, en Derecho, en Medicina, "D. D. D."_"Ll., D." "D. M." "D. J." Obra llamada a perdurar centurias y edades, en atención a su enjundia y a que se han subscripto a ella los Gobiernos, Embajadas, Legaciones, Universidades, Colegios, Hombres de Letras, Artistas, millonarios...

—Vengo a dos asuntos,—concluye Mr. Humphrey, *interloqué* frente a mi defensivo silencio,—a saber quién en la Embajada se encargaría de escribir lo concerniente a México, ¿Ud. o el Embajador?... Me han asegurado que Ud. sería el indicado. Trátase de sintetizar "en tres o cuatro mil palabras la situación de México" *(sic)*. ¿Quiere Ud. hacerlo?...

—Todo depende de las condiciones .que Ud. ofrezca....

Estupefacto por mi ssadía contémplame Mr. Humphrey, y con una cómica sorpresa retratada en su semblante afeitado, agrega:

—Los que colaboran, considerando que su colaboración es tarea de patriotismo y de legítimo orgullo para ellos, "¡figurar junto a celebridades universales!"... no han pedido honorarios...

Continúo sordo-mudo, no oigo de ese lado... Publicación que redituará los sacos de pesos y que nada paga a quienes la escriben, no me seduce; qué patriotismo ni qué hojarascas el trabajar gratis para obra yanqui...

Mr. Humphrey embaula sus muestras en sendas carpetas de marroquí, con graves ademanes de personaje de Dickens.

—¿Cree Ud. que el Embajador lo hará?... —me pregunta.

—El Embajador no regresará de Nueva York hasta mediados de semana; tómese Ud. la molestia de volver y preguntárselo directamente.

Se levanta la sesión.

Son impagables estos nuestros primos, hay que tratarlos, hay que tratarlos.

El rasgo final, es de veintidós quilates:

—¿Cuántas subscripciones me tomará la Embajada?...

"*The Washington Mirror*" es una hoja periódica de las mil y tantas que se dan por estos climas, con exclusiva floración de *chantages,* procacidades y calumnias, entre los que se deslizan una vez que otra verdades como puños. El sábado último nos tocó nuestro turno, a propósito de las muy solemnes exequias celebradas en el templo anglicano de San Juan, por cuenta del Gobierno de los EE. UU., en memoria del

Embajador británico *Sir* Michael Herbert, fallecido en Suiza de tuberculosis. Discurrre *"The Mirror"*:
"...Cuando murió el Sr. D. Matías Romero, a raíz
" de su nombramiento de Embajador de México en
" los EE. UU., después de haber sido Ministro en
" Wáshington durante unos cuarenta años, nuestro
" Gobierno no desplegó, ni con mucho, la centésima
"parte del esplendor desplegado hoy por *Sir* Mi-
" chael Herbert. Las exequias de D. Matías Romero,
" fueron menos que modestas. ¿Por qué seria?"...

14 DE OCTUBRE.—El Teniente Coronel de Ingenieros don Ignacio Altamira, Agregado Militar a nuestra Embajada desde principios de año, cuéntame lo que le ocurrió en la casa amueblada que habitaba antes de instalarse en el "apartamento" que ahora ocupa.

El sucedido es una muestra de hipocresía puritana.

La víspera de la entrega, se le presentó un joven preguntándole con insistencia cuándo dejaba la vivienda. Le informó Altamira que sería al día siguiente, pero que no entregaría las llaves hasta después de cuatro o cinco. A la noche, que Altamira acompañado de su hijo,—un chico de catorce años,—pasó por el frente del edificio, avirtió luz y ruidos dentro de las habitaciones que debieran de hallarse calladas y a obscuras. Fué Altamira a dejar a su hijo, y regresó solo; los ruidos iban en *crescendo.* Abrió con su llavín, y lo primero que le sale a la cara es un sujeto en paños mínimos, que, asustado, lánzase escaleras arriba en demanda del cabecilla del allanamiento. Viene éste, igualmente escaso de ropas,

y resultó ser el curioso que averiguaba la fecha de desocupación... Nada, un encierro de reses bravas; media docena de mozas de Baltimore y Wáshington, con otros tantos varoncitos, que en casa ajena y escalada por los fondos, se entregaban a una juerga de arte mayor.

El cabecilla intentó engallarse, era el hijo del dueño del inmueble; pero Altamira, justísimamente irritado, mantúvose inflexible mostrándoles la puerta, por la que se escurrieron a medio vestir ellos y ellas, no sin haber antes suplicádole no diera aviso a la policía... Altamira se limitó a participarlo al notario que le alquiló la casa, en previsión de lo que sátiros y ninfas hubiesen roto o substraído.

Vecina oficiosa y escandalizada, pormenorizó a Altamira que el tal ''hijo del dueño del inmueble,'' después de *escalar* la morada y de franquear la puerta del frente, ''en automóvil estuvo acarreando a sus invitados''...

Si en México el heredero del más capitalista de nuestros capitalistas llevase a término algo análogo en el domicilio del Agregado Militar a la Embajada de los EE. UU. ¿cuánto no nos costaría y qué de sentencias no estamparían en sus ''grandes rotativos'' contra la República entera?...

15 DE OCTUBRE.—De asistencia oficial a un tablado que lleva más de un mes de afear el parque que se halla a espaldas de la Tesorería, para presenciar la ceremonia oficial, con discursos, de descubrir una estatua ecuestre del finado General Sherman.

Hacía veintidós años que no veía yo tropas de los

EE. UU., en cantidad tamaña, y he de haber sido el único concurrente a quien el marcial desfile, harto imperfecto, sin calumniar a nadie, le pusiera el humor como las entrañas de un tintero. Y es que no puedo olvidarme de "lo que nos hicieron"... el pasado nuestro, despertaba dentro de mi memoria; de verlos triunfantes, aplaudidos, grandes, de oír sus músicas bárbaras, abríanseme mis viejas heridas incicatrizadas de mexicano, de vencido sin esperanzas de revancha, antes continuamente amenazado de pòsibles despojos nuevos y de posibles humillaciones futuras...

19 DE OCTUBRE.—Estuvo a visitarme, de vuelta de México, el Dr. A. Conde de Sarak, con quien trabé relaciones superficiales de vecinos de mesa en el *restaurant* del hotel *Cochran* a mi llegada a Wáshington.

Sarak se llama a sí mismo "Esoterista del Tibet" nada menos; y me pormenoriza los buenos resultados que logró en mi tierra, en la que fundó un "centro."

Ofréceme, para una de estas noches, en mi casa o en la suya, aclararme "de dónde vengo y a dónde voy"... Y de oírlo no más, un escalofrío me recorre todo el cuerpo. ¿Será cierto eso del ocultismo?...

20 DE OCTUBRE.—En alta mar, sin salir de mi gabinete de trabajo, con la lectura de las obras completas de Walt Whitman, sus Memorias, Correspondencia, etc. No obstante lo extraordinario del artista,—extraordinario en todos sentidos, hasta en lo desusado de su metro y de su rima, que no son ni rima ni me-

tro,—prefiero al hombre, con gusto cambio sus *"Leaves of Grass"* por sus *"Specimen Days,"* y sin vacilar regalo su obra íntegra, para aplaudir y admirar su incesante sacrificio seráfico cerca de heridos y moribundos durante la Guerra de Secesión.

Conviene que cuanto antes realice yo mi segunda excursión votiva en el país: visitar su tumba en Camden de Nueva Jersey; pues propongo a mi regreso a México,—del que ¡plegue a Dios! nunca más vuelva a salir,—dar conferencias sobre Whitman y Poe; conferencias concienzudamente documentadas, que ya he principiado con apuntaciones y datos interesantísimos; conferencias a la europea, por *cuanto vos,* en nuestro Conservatorio o en algún teatro.

24 DE OCTUBRE.—Ni quito ni pongo Rey.

"*Munsey's Magazine*"—*Vol. XXX.—N.º* 2.—*No-*
" *vember,* 1903.—*The Frank A. Munsey Company,*
" 111 *Fifth Avenue, New York.*

Traduzco:

LA TIERRA DE LOS ODIOS

por

Hartley Davis y Clifford Smyth

Una Región de los EE. UU. en que la Matanza es un Pasatiempo, y el Asesinato Cobarde y Cruel queda Impune. La Historia Terrible de los Siete Grandes Feudos del *Kentucky.*

" La Tierra de los Odios ha ganádose su nombre
" con sus asesinatos al por mayor. El homicidio es su
" entretenimiento y su pasión. Debía de llamársela
" reliquia de la Edad Media, en la que se injertaron

" las atrocidades de las modernas banderías políti-
" cas; mezcla híbrida que ha producido semejante
" montruosidad

" La Tierra de los Odios, tiene definidos sus lími-
" tes geográficos: hállase en el corazón de las monta-
" ñas *appalachianas,* en el punto en que se reúnen o
" aproximan las fronteras de cuatro Estados, *Ken-*
" *tucky,* Tennessee, Virginia y Virginia Occidental.
" Pero su región más siniestra está en Kentucky, en
" los diecinueve Condados del sureste del Estado, ha-
" cia los orígenes de cuatro ríos: el *Cumberland,* el
" *Kentucky,* el *Licking,* (el *"Lamedor",* o entre el
" vulgo, el "Golpeador"), y el *Big Sandy;* región,
" en su mayor parte, sin ferrocarriles ni telégrafos;
" comarca salvaje y primitiva en la que se han des-
" arrollado esas feroces y terríficas guerras de familia,
" los odios americanos, junto a los cuales la *vendetta*
" italiana es casi una ocupación filantrópica y hu-
" manitaria ...."

" Cuando uno estudia la historia de los siete ma-
" yores feudos de odio del *Kentucky,*—pues, al igual
" de las estrellas, difieren en magnitud,—sólo se tro-
" pieza con la narración de un morboso derramamien-
" to de sangre, repetido y vuelto a repetir; con el ata-
" que cobarde, por la espalda; con los disparos a hom-
" bres inermes. Lo único que varía son los espanto-
" sos detalles. Ni un solo acto caballeresco, ni un rayo
" de nobleza o de altruísmo, ni siquiera una vislum-
" bre de rectas intenciones que ilumine las negruras
" de tales leyendas. Entre aquella gente, la sed de
" sangre humana se ha convertido en una dolencia
" maligna"...

Y durante diez páginas más, a dos columnas de a 57 renglones c|u, y con ilustraciones explicativas *s'il vous plait!* no hay sino la recitación documentada, dantesca y lacónica, de crímenes, crímenes, crímenes... Vamos, que no pueden leerse sin horror, sin no cerciorarse de que algunos de los orígenes de la génesis de este gran pueblo, fórmanla agrupaciones troglodíticas de individuos sin piedades ni sentido moral, maculados de crueldades y vesanias.

¿Ellos los que habrán de absorbernos o de civilizarnos?...

¡Santísimo Dios, si te dignaras romper el Continente y que un ancho brazo del mar océano, libertador y fuerte, nos alejara un tanto!...

27 DE OCTUBRE.—Un gran día. Llegaron de Barcelona los primeros ejemplares de SANTA; catorce tomos, de los de lujo, que al igual de todos y cada uno de mis libros anteriores, deléitanme con su olor a papel nuevo e impreso, con sus hojas por cortar, con sus portadas flamantes en que el nombre del autor, a la cabeza de la página, es un dasafío, un reto noble al público, a los Aristarcos, a los envidiosos y a los impotentes...

Para que el júbilo sea completo, en la Embajada me entregaron por adelantado mi sueldo de cuatro meses; un puñado de oro que viene a aliviarme de porción de achaques.

28 DE OCTUBRE.—Los diarios yanquis nos enteran de un atentado en Guanajuato contra la vida del Gral. Díaz. Algunos hispanoamericanos pasan a in-

formarse de si la noticia es cierta; de los diplomáticos europeos, ni uno...

29 DE OCTUBRE.—El Gral. Díaz contestó a nuestro telegrama. Cuanto se ha dicho, es falso de toda falsedad. Nuestra Secretaría de Relaciones Exteriores autoriza al Embajador a desmentir la fantástica nueva.

2 DE NOVIEMBRE.—Encantador y profundo el nombre inglés con que se conoce el día de hoy: *All Souls' day,* Día de todas las almas...

Cómo hace pensar.

4 DE NOVIEMBRE.—Es de saber, que los domiciliados en la ciudad-capital de la Grrran Rrrepública, y los nacidos y residentes en el Distrito de Columbia, carecen del derecho de sufragio: ¡¡¡no votan!!!

Ello no obstante, se amotinaron esta noche frente a los cartelones luminosos que en plazas y esquinas de calles céntricas, publican los resultados de las eleciones de Senadores en algunos Estados vecinos.

Adrede no salgo ni a curiosear esta curiosidad de los americanos por su farsa electoral, de la que tan ufanos se manifiestan, por mucho que sepan que ninguna elección es de veras libre y honrada. Aunque los electores, individuos conscientes parezcan, no son en su inmensa mayoría más que vendidos o alquilados, carentes de credo político sincero. Votan al mejor postor, por quien paga más, así resulte dechado de vicios y defectos.

El árbitro electoral, y el árbitro de una variedad de cosas, es el dólar, el *Almighty Dollar.*

5 DE NOVIEMBRE.—Alarmantísima la noticia llegada ayer, de que el istmo de Panama adquirió su independencia, y república se ha declarado...

Los periódicos se muestran con gran reserva, aunque en su ánimo y en el de todo bicho viviente se halle incrustada la convicción de que tal independencia sería obra exclusiva y traicionera de los EE. UU. de América.

¿Me tocará ser testigo de una de las más cínicas y villanas piraterías que hayan visto los siglos?...

7 DE NOVIEMBRE.—Con detalles que lo transportan a uno al dominio de las pesadillas, confírmase lo de Panamá.

Los EE. UU., por la fuerza incontrastable de sus acorazados, opónense a que Colombia desembarque fuerzas en el istmo y reduzca al orden a los rebeldes separatistas...

Parece mentira ¿verdad?...

Pues crean Uds. que ha de ser así, puntualmente, si no peor, con agravantes que más tarde irán sabiéndose...

8 DE NOVIEMBRE.—¡Abajo caretas!

El "*New York Herald*" de hoy, trae copia de pormenores acerca de la "República de Panamá."

Lo mismo que cuando un terremoto nos sorprende y amenaza, cierro los ojos anonadado, extiendo los brazos al vacío... Esto es un terremoto de insondables consecuencias para los chapados a la antigua que aun creemos y adoramos en las patrias. No es el

fin de una raza, nó, es el fin de un mundo inmolado por estos mercaderes fuertes y ricos.

Vae victis, o mejor, *Vae pauperibus,* que por serlo resultan vencidos en todos los mundos, en todas las escalas y en todos los órdenes, hasta en el de la Naturaleza... ¡Quién nos manda carecer de músculos!

¿Habrá Cruzados que salgan, no a la reconquista de un Santo Sepulcro, sino a enfrentarse y castigar a estos EE. UU., que so pretexto de una civilización que ni ellos mismos poseen completa, se han convertido en peligro y amenaza armada para todo un Continente?...

Hoy, más que todos los domingos,—tan ingratos aquí por lo evangélicos, pseudo-puritanos y tétricos (¡oh, tierra de la hipocresía!)—gánanme tentaciones desaforadas de correr y correr con mis gentes y mis libros, con las contadas ilusiones y esperanzas que me quedan, hasta ignorado rincón de mi ciudad de México, en el que sólo la muerte ¡la Inevitable! me dé alcance cuando mejor le plazca, en medio de las pocas almas que adoro todavía; lejos de todos y de todo, de las Babilonias y Cosmópolis modernas, de las naciones poderosas y de las débiles; a fin de escapar al horrible exilio de los ideales y de los dioses, ya que en parte ninguna moran la Justicia y el Derecho.

10 DE NOVIEMBRE.—En el *"Convention Hall",* a oír a la Nordica y a la Orquesta Sinfónica de la *New York Metropolitan Opera House,* que dirige J. S. Duss.

Preciosamente ejecutados el *"Liebestod",* de "Tristán e Isolda"; el *"Im Kahn",* de Grieg, y el *"Waldesgespraech",* de Schumann; la "Polonesa", de

"Mignon". Soberbia la obertura "1812", de Tschaikowsky, conmemorativa de la invasión de Rusia por Napoleón, y de la retirada de Moscow.

12 DE NOVIEMBRE.—Siguen las firmas.

"*The Washington Post*" de hoy, bajo el título de "*The Test of Philantrophy*" (¡ojo!), dice entre otras razones a propósito de la República de Panamá,—acontecimiento que reprueba por la forma de que se han valido los EE. UU. para consumarlo,—lo que sabrá el que siga leyéndome:

"*Texans will not become very bitter in their de-*
"*nunciation of the Administration course in Pana-*
"*ma if they stop to think WHAT TEXAS DID TO*
"*MEXICO, SOME YEARS AGO!!!*"

Permita Dios, que nuestros directores y sabios profesionales, los que hoy tienen la sartén por el mango y los que mañana hayan de tenerla, se aprendan de coro el parrafejo, al efecto de aprender la suerte que aguarda a los renegados....

Y mientras se lo aprenden o nos arrastran a que todos lo experimentemos, que continúen en su ciega imitación de cuanto se piensa, dice y hace en este país; y favoreciendo la "conquista pacífica"; y abriendo puertas y segando resistencias a su decantado "destino manifiesto."

Rayo de sol. Viénenme más ejemplares de SANTA, y un proyecto de liquidación que vuelve verosímiles unas ganancias, que, de producirse, resultarían casi portentosas, dado que se trata de obra puramente literaria, y dados también, nuestro idioma y nuestro medio...

Da capo con la eterna fábula de "La Lechera."

13 DE NOVIEMBRE.—¡¡¡¡¡¡Los Estados Unidos de América han recibido hoy, *oficialmente,* al representante diplomático (?) de la República (??) de Panamá!!!!!!

Dicha República,—llamémosla así,—nació el día 3 de los corrientes.

Su reconocimiento por estos fenicios de nuevo cuño, es el toque a degüello, en plazos indeterminados, de *todas* las nacionalidades américoespañolas que comienzan al sur del Bravo; nosotros los primeros...

¿De qué sirve predicar el saludable "*Cave canem*" que lucían los umbrales pompeyanos, si no queremos cuidarnos; si del Bravo a la Tierra del Fuego no nos curamos de alianzas ni de fraternidades; si en los interiores de nuestras casas solariegas y amenazadas, en vez de sembrar arrasamos, en vez de querernos nos odiamos y en vez de construir defensas y hogares nuevos, destruímos los antiguos y no vigilamos las fronteras? Con nuestras luchas intestinas y nuestras seculares inmoralidades, con nuestros jácobinismos intransigentes y nuestros ateísmos facticios, vamos que volamos a todos los suicidios...

14 DE NOVIEMBRE.—¡No toda Dinamarca está podrida! Un puñado de recortes de diversos diarios americanos, que de Nueva York remiten a la Embajada, censuran con la severidad que el atentado reclama, la fazaña de esta administración *strenuous,* en tierra de Colombia; ponen de asco a los autores, los abofetean; y yo leo y releo los latigazos y las protes-

tas, por lo que me desquitan de mi forzado mutismo, y por la libertad de pensamiento que su publicación entraña.

15 de noviembre.—Al concluir el acuerdo con el Embajador, nos quedamos divagando sobre lo de Panamá; y de súbito, paramos en recuerdos de la Intervención y el Imperio, de los hombres de entonces, con los que figuró el señor Azpíroz.

Entre otras interesantes efemérides, me cuenta por qué fracasaron las tentativas extraoficiales iniciadas por Francia para reanudar sus relaciones con nosotros.

Jules Fabre, antiguo defensor parlamentario de nuestra causa, cuando subió a la Presidencia de la República Francesa, para ser consecuente consigo mismo, se propuso consumar la reconciliación internacional con México. Desgraciadamente, había en México un Agente francés de poco seso y mucha intriga, que no desperdiciaba coyuntura para frustrar los buenos pasos que la tal reconciliación recorría: enviaba informes falsos o adulterados de cuanto grande o pequeño ocurría por entonces a diario en todo el país. Un buen día, por conducto del Ministro de los EE. UU., se interrogó en nota oficial al señor Azpíroz,—Encargado del Ministerio, dentro de su categoría de Subsecretario,—sobre si México aceptaría los avances que Francia pensaba llevar a cabo. No quiso Azpíroz asumir la responsabilidad de respuesta tan trascendente, y fué y consultó con Juárez. Muy halagado, Juárez lo autorizó a responder que México los recibiría con el mayor agrado y los retribuiría, confor-

me a derecho, en cuanto Francia realizara el primero.

Puntualmente lo contestó Azpíroz al Ministro yanqui, quien, a su vez, lo transmitió en seguida a Wáshington. Algo de la secreta negociación trasporaríase en público, pues el periódico francés de la época interpeló al "Diario Oficial."

Cuál no sería la sorpresa del señor Azpíroz al leer el "Diario" y encontrarse con un artículo en que por modo categórico se declaraba que "nada había de cierto respecto a negociaciones confidenciales para reanudar relaciones diplomáticas con Francia..." Llamó el señor Azpíroz al director del "Diario" y le pidió explicaciones del logogrifo, y fuése de espaldas al saber que la noticia venía especial y directa del Presidente Juárez. Corrió a ver a éste, que le ratificó lo aseverado por el director del "Diario."

—" Pero, señor,—le argumentó Azpíroz,—yo ya co-
" muniqué al Ministro Americano, para conocimiento
" del Gabinete de Wáshington, que el Gobierno de la
" República estaba anuente a la reanudación... ¿có-
"mo compaginamos mi dicho y lo publicado en el ór-
" gano del Gobierno?..."

Momentáneo silencio de Juárez, sin apartarse de su impasibilidad de estatua....

—" Pues, ¡es verdad! Que mañana aparezca una
" rectificación, diciendo que, mejor informados, etc..."

Y así se hizo. Y así nos fué.

El malévolo Agente privado, se apresuró a remitir a Francia lo primeramente publicado en el "Diario Oficial", acusándonos de soberbios, a par que el Ministro de Francia en los EE. UU. avisaba a su Gobierno que México aceptaría las *ouvertures* francesas

y prometía retribuirlas. La llegada de las dos noticias contradictorias, que revelaban al parecer una malísima fe por parte de México, hizo que Jules Fabre prescindiera con enojo de su proyecto de ser él quien reanudara las rotas relaciones de amistad con la nación injustamente victimada. Todo vínose abajo, a causa de una inhibición en la memoria de Juárez; la que nos significó, además, que andando los años, y a cambio de que se estableciera en México el Banco Franco-Egipcio,—padre del Banco Nacional,—México fuera el que tuviese que solicitar la tal reanudación, el año de 1884, por el conducto de don Emilio Velasco.

Cree el señor Azpíroz, que ésta y otras inhibiciones de Juárez, eran síntomas de la enfermedad que lo mató al cabo; supuesto que de su patriotismo y rectitud, nadie puede dudar.

—"Y yo menos que nadie,—me agrega,—que lo traté mucho y que venero su memoria. . ."

De ahí, pasamos forzosamente a la caída del Imperio, vista tan de cerca por el Embajador; y la pregunta que hace tiempo traigo en los labios, se aparece en la charla:

—¿Qué impresión personal le produjo a Ud. Maximiliano, y cuál conserva de él? . . .

Breve reconcentración del señor Azpíroz; luego, rugoso el ceño, con el acento de honda honradez que es la característica suya, me responde:

—"Me subyugó. . ."

Entra en pormenores, palpitantes, de la secuela del proceso que formó por sí propio: cómo se trataban en el calabozo; la entereza del Archiduque; su urba-

nidad exquisita; las ningunas dificultades que tuvo con los interrogatorios, repreguntas, etc.

—" Yo no quería ser el Fiscal de esa causa,—si-
" gue hablando el señor Azpíroz,—y por suerte, ha-
" bíanme encargado de la dirección del periódico ofi-
" cial en Zacatecas, una de las muchas atenciones que
" me prodigó el señor Lerdo. Pero mi pundonor de
" soldado me obligó a solicitar el abandono de empleo
" tan pacífico, y mi incorporación a mis compañeros
" de armas, para cuando tuvieran que batirse.

" Se me concedió, y al saberse que Miramón, re-
" hecho, se nos iba encima, me permitieron reunirme
" con el ejército activo, en cuyas filas había yo pelea-
" do durante toda la Intervención; y fuí y combatí, a
" las órdenes del General Aranda.

" Derrotado Miramón, de nuevo me encargué del
" periódico oficial, en San Luis Potosí ahora, hasta
" que al saberse que Querétaro resistía, destináronme
" al ejército de operaciones al mando del Gral. Esco-
" bedo.

" Presencié, pues, la caída material del Imperio;
" estuve presente en el momento preciso en que Ma-
"ximiliano rindió su espada... Luego, concluída la
" campaña, con mi grado de Teniente Coronel me li-
" cenciaron como a otros tantos, y una vez más volví
" a San Luis Potosí, resuelto a marcharme a casa, con
" mi madre, a la que hacía algunos años no veía. El
" señor Lerdo, al saberlo, me confirió honrosa comi-
"sión enteramente confidencial cerca de Escobedo.

—" Aprovecho el paso de Ud. por Querétaro,—me
"dijo,—para recomendarle diga a Escobedo esto y lo
" otro, y para que Ud. lo ayude como abogado, en

" las dificultades que necesariamente han de produ-
" cirse con el proceso que se impone....

" En cuanto Escobedo se enteró de mi recado ofi-
" cial, y de que mis servicios profesionales podía uti-
" lizarlos en lo privado, me significó:

—" Lo necesito a Ud. de Fiscal, porque ningún
" otro posee sus condiciones, y porque Asesor lo tengo
" ya en la persona de Joaquín Escoto...

—" Me rehusé,—continúa Azpíroz,—desde luego y
" redondamente. Para todo menos para Fiscal de esa
" causa, dispone Ud. de mí,—le repuse. Escobedo en-
" tonces, con ruda franqueza de veterano, me espetó
" en términos crudos una verdadera filípica: Así son
" todos Uds., todos iguales, todos creyendo que el va-
" lor sólo consiste en exponer la vida a las balas, en
" verter la propia sangre, en alcanzar heridas y cica-
" trices... Hay un valor más alto, y veo que a Ud.
"también le falta, como a todos los demás: el de arros-
" trar, en cumplimiento del deber, una responsabili-
" dad inmensa ante el mundo entero, ante propios y
" extraños; una responsabilidad que todos tratan de
" descargar sobre mis espaldas. ¡Y para eso sí que se
" necesita de... calzones! Está bien, déjeme según
" me dejan todos; yo arrostraré solo lo que tanto
" *hombre* repugna compartir conmigo...

—" Me cegó el amor propio, hábilmente espoleado
" por el Gral. Escobedo,—opina el Embajador, ofre-
" ciéndome un cigarrillo mexicano,—me cegó lo mu-
" cho que de juventud me quedaba, y todo rojo de
" que alguien pudiese sospechar que carecía yo de
" valor, del grandísimo valor civil que se ha menes-
" ter para afrontar una situación tan comprometida,

" acepté el nombramiento de Fiscal, aunque median-
" te ciertas condiciones: Seré el Fiscal, mi General,
" seré el Fiscal; pero, prométame Ud. que por motivo
" ninguno seré yo quien conduzca al patíbulo,—sí, sí,
" al patíbulo, ¡no nos forjemos ilusiones! Ud., y yo,
" y todos sabemos que los crímenes contra las patrias
" ajenas, se pagan con la vida,—que no seré yo quien
" conduzca a los que resulten sentenciados por la jus-
" ticia nacional. Para ese último acto, que alguien me
"substituya, pretextaré enfermedad...

"Escobedo aceptó, y no fué necesario pretextar en-
" fermedad imaginaria; de veras me enfermé, de fie-
" bre cerebral, por los insomnios y la continuada ten-
" sión de espíritu... Llegué a delirar, por las noches,
" en la soledad de mi cuarto... no probaba bocado, y
" aunque ni lo parezco ni soy impresionable, me im-
" presioné fuera de medida con el desenlace de ese
" gran drama en que por poco no zozobra la Repú-
" blica..."

Un largo espacio, pensando cada cual por su lado, el señor Azpíroz y yo permanecemos taciturnos...

A poco, vibrante Azpíroz con la evocación de aquellas jornadas de epopeya, exclama:

—"¿Sabe Ud. quién fué el culpable principal de que yo enfermara?..."

—???...

—"Miguel Miramón."

—¡ !...

—" Sí, Miguel Miramón,—repite con mayores ener-
" gías. Desde un principio simpatizamos ambos, nos
" presentó el Gral. Vélez, que lo quería como a un
" hermano y que, parece, le habló primores de mí; y

" Miramón, dentro de la hidalguía que irradiaban sus
" actos y palabras, me conquistó totalmente a las primeras que cruzamos. ¡Si viera Ud. con qué claridad y con qué noble franqueza respondía a mis interrogatorios!... A pedido suyo, convinimos en " que él diríame al detalle todo lo que supiese acerca " de los puntos preguntados, y que yo, luego, les daría forma a sus respuestas. Así lo hicimos, aunque " con la precaución de mi parte, de leerle en alta voz " lo que iba yo dictando. El día de la *confesión con* " *cargos*—diligencia odiosísima si las hay,—nos fatigamos mucho. Lo advirtió Miramón, y jovialmente propúsome:

—" Si no tiene Ud. inconveniente, señor licenciado, descansaremos un poco los dos, que a cual más " estamos de fatigados, y mientras descansamos hablaremos de asuntos menos ingratos, y tomaremos " juntos una copa de un vino generoso con el que me " han obsequiado, ¿acepta Ud?...

" Acepté de buen grado, pues mi fatiga era tanta a " causa de los delicados quehaceres del proceso y de " mi escasez de alimentación y de sueño, que en ocasiones la cabeza se me partía, y la pluma, materialmente se me caía de las manos; por otra parte, la " *confesión con cargos* afligíame aun desde antes de " proceder a ella; y por último, Miramón habíaseme " hecho de tal modo simpático, pedía las cosas con " maneras tan especiales suyas,—maneras de valiente " que procura no revelarlo,—que bebí con él una copa " de no sé qué vino dulce. Al levantarse Miramón y " colocar la botella en su sitio, extrajo de su baúl una " fotografía que puso ante mis ojos:

—" Mire Ud., señor licenciado, estos son mis hijos...

" Y al decírmelo, parecía que con su mano libre
" acariciara en el aire los rizos de las idolatradas ca-
" belleras infantiles..."

Ni Azpíroz puede continuar hablando, ni yo escucharlo; a él y a mí nos ahoga honda emoción que no intentamos disimular.

Bruscamente abandono el despacho, contentísimo del descubrimiento impensado que acaba de realizarse: no es cierto, conforme me lo temía por falsos decires y por la "cáscara amarga" que informa los exteriores del actual Embajador de México en los EE. UU., que sea un hombre de alma endurecida. Azpíroz es un hombre reconcentrado, de convicciones arraigadas, que no gusta de exhibirse delante de extraños o indiferentes; que mucho sabe de la vida y de los hombres, pero que sepulta dentro de sí mismo, igual los desengaños padecidos que la escasa estima que sus semejantes despiertan en su vejez experimentada.

El descubrimiento regocíjame. Harto estoy ya de "cuerpos vacíos" y de "retóricas huecas."

16 DE NOVIEMBRE.—A Nueva York, por el nocturno del *Pennsylvania,* a esperar al señor Mariscal que regresa de Europa.

17 DE NOVIEMBRE.—*Caravansérail,* según el diccionario francés, quiere decir: "Parador público de Oriente, para alojar a las caravanas." Enmiéndese la frase en el sentido de "parador público del oriente de los EE. UU., para alojar viajeros presuntuosos y

marcadamente *rastas"*, y se habrá definido el nunca bien afamado hotel *"Waldorf-Astoria"* de la imperial ciudad de Nueva York.

Menudos eran mis deseos de alojarme alguna vez en este hotel ponderadísimo; y de que supe que a nosotros los miembros del Cuerpo Diplomático extranjero, se nos concede una rebaja de 25 0|0, me prometí aprovechar la primera ocasión de habitarlo.

Si no fuera por un detalle que otro, legítimamente *rastaquoeur,* el hotel resultaría sin defecto; pero es tanto el oro, y el estuco, y los mármoles y rasos, que la hostelería se convierte en símbolo de los EE. UU., enfermos de ostentación tosca, de advenedizo enriquecido. La historia de la casa es aplastante, un aguacero de millones: sus dueños son multimillonarios patentados; el menaje, importó un número "N" de millones; de empleados, dependientes y servidores, hay varios miles; en flores para los 14 comedores, y pasillos, escaleras, tránsitos, salones, cantinas y *halls,* se invierten al año, cuarenta y cuatro mil dólares; el inmueble, posee una atrocidad de pisos; hay doce ascensores, sólo para pasajeros; billones de focos eléctricos y de lacayos, *chasseurs,* mensajeros y pajes galoneados; trillones de comodidades, y cuatrillones de lo que Uds. manden.... ¡Es mucho hotel! Detalle de platino: está prohibido que señoras y caballeros, de cualquier categoría y cualquiera sea el precio de sus habitaciones, *reciban dentro de éstas visitas a ninguna hora,* y a guisa de compensación, en comedores, salones y *halls* no cesan de día ni de noche el desfile, charla y coqueteo de centenas y centenas de *demimondaines* conocidísimas, con las que puede Ud. hablar a

sus anchas o a sus angostas, apalabrar entrevistas posteriores de mayor sabor, sentarlas a *breakfasts, luncheons, dinners* y *suppers* más o menos rociados de caldos importados e indígenas, dentro del *respectable* establecimiento. De sabido se calla, que hay también abundancia de damas de veras, que no desdeñan la promiscuidad y el estudio comparativo de los masculinos.

Inconveniente insuperable: es tal la demanda de cuartos por anticipación y hasta por telégrafo, no obstante el coste exagerado de habitaciones y *restaurants,* que no le hacen a uno maldito el caso, y a ellos la misma les pega que se quede Ud. o que se vaya. Es uno un número, como en los presidios.

Por la tarde, hasta los muelles de la poderosa compañía *"Norddeutscher Lloyd"*, de Bremen, situados en la barriada de *Hoboken*. Camino de *Hoboken*, sensación de unidad infinitesimal frente a este progreso prodigioso, dentro de este póvido y pululante colmenar humano.

Los muelles, formidables, con proporciones de basílicas, de tres pisos, todos de hierro y exudando a pesar del cierzo marino, las montañas de dólares que habrán costado; para quien los mire de tierra, perdurables y fuertes; mirados del mar y junto al mar, enclenques, caquéxicos, míseros...

Cerca de las 4, atracó el *"Wilhelm der Grosse"*, barco-leviatán de catorce mil toneladas y seiscientos cuarenta y nueve pies de longitud, a cuyo bordo viene el señor Mariscal con su esposa muy grave, tánto, que a cada mano amiga que estrecha las suyas, a cada voz afectuosa que le pregunta cómo sigue, se le saltan

las lágrimas. El señor Mariscal, como siempre para conmigo, paternalmente cariñoso, haciendo pública la amistad con que me distingue y favorece.

Después de comer en el *"Waldorf-Astoria"*, a los arrullos de no sé cuál de las orquestas balkánicas y húngaras del edificio, al lado de cautivante judía blanda de corazón y cuajada de gemas,—que es la "amiga" del anfitrión,—nos vamos a ver *"The Three Little Maids"*, una de tantas "comedias-musicales" que disparan desde casi todos los teatros: mucho *attrezzo;* magnífico vestuario de altos precios; muchedumbre de chicas guapas y rubias, semi-desnudas; par de viejos, cómicos excelentes, que dicen chistes... en inglés, y se bailan y zapatean cuando el argumento (?) lo reclama; tres o cuatro buenos mozos, tan irreprochablemente vestidos como un Agregado de Embajada, que diz que cantan de tenor o de barítono; luces eléctricas, de magnesio, de colores; efectos de luna, de estrellas, de aurora boreal, de sol y de cometa; y vengan tres actos, y aplausos, y repeticiones de los "cantables", y a las 11 en punto, ¡afuera! *la comedia é finitta...*

De cena en el Café *Martin* de la Quinta Avenida, que nada le pide a los mejores de la Avenida de la Opera y de los Grandes *Boulevards.* Congestionado de concurrentes; de bellezas al alcance de todas las admiraciones y deseos, y al de poquísimas fortunas. Derroche de sedas, de joyas, de flores, de fragmentarias desnudeces que dejan contemplar carnes blancas y jóvenes, de tentación y de pecado. Orquesta oculta, que toca sin descanso música moderna. Plenilunio de luz incandescente.

Permanecemos hasta eso de las 2 de la mañana, ''libando'' Mumm, presididos por la judía blanda de corazón y cuajada de gemas. . .

Si ahora se me obligara a llevar esta vida, que tanto llevé dentro de marcos muy más modestos, me moriría de tedio, de gastritis y de anemia. . .

20 DE NOVIEMBRE.—De regreso en Wáshington.

24 DE NOVIEMBRE.—A cumplir su ofrecimiento de descifrar mi porvenir, el Dr. A. Conde de Sarak vino esta noche a casa.

Encerrados en mi gabinete de trabajo, díjome:

—Antes de que me duerma, va Ud. a concretarme sobre qué asuntos desea Ud. preferentemente conocer el futuro. Tendrán que ser tres; el número 3 es el eje y centro de todo, Pitágoras fué el primero en así declararlo. Luego, cuando yo vaya durmiéndome, no se alarme Ud. aunque me ataquen convulsiones, déjeme estar; yo iré escribiendo en un papel y le tenderé mi otra mano, en la que Ud. apoyará la suya; entonces, me interrogará. Cuando despierte, que será *(consultando su reloj)* dentro de una media hora, se servirá Ud. darme un sorbo de cualquier alcohol, con un poco de agua. ¿Quiere Ud. que principiemos?. . .

Excepto un solo pico de gas, extinguimos las demás luces; instálase Sarak en mi diván, y yo le vendo los ojos con un pañuelo; frótase frente y cráneo con cilindro metálico parecido a los que sirven para inyectar suero quirúrgico,—díceme que contiene fluido. . .—; transcurren algunos minutos en silencio ab-

soluto, y Sarak sacúdese con breves y muy ligeras convulsiones.

No experimento ni pizca de impresión.

Cae Sarak en sueño auto-hipnótico, tranquilo a los comienzos, inquieto en seguida, hasta que se incorpora, y vuelta la cara a la pared pónese a gesticular con algo invisible, y a hablar por lo bajo, de prisa...

Los tres puntos que le concreté, son:

Primero y principal: ¿Triunfará SANTA?

Segundo: ¿La traducirán al inglés, y los productos serán tales que me permitan vivir independiente y decir en libros posteriores las muchas verdades que ahora me está vedado imprimir?

Tercero: En lo general, ¿qué me reserva mi suerte?

Sarak me advirtió que no debía yo de afligirme si dejaba sin esclarecer puntos que me contrariaran.

—Puede que vea,—me dijo,—cosas extrañas a las tres interrogaciones, pues voy a enfrentarme, por interpósita persona, con el *doble* de Ud.; lo que los espiritistas denominan malamente el *periespíritu*... Diré lo que vea, y si Ud. se interesa, pregunte a su antojo, responderé hasta donde me sea dable...

De improviso, Sarak se apodera del bloque de papel y enristra el lápiz. Empieza por dibujar una elipse perfecta, si se atiende a que lo hace a tientas; esa elipse divídela con una raya horizontal, después con una oblicua, de izquierda a derecha; la línea horizontal salva el contorno de la elipse y termina en el filo de la hoja. De la oblicua, a la que corta en tres puntos y a la horizontal en otros tres, ha nacido un rasgo tembloroso y ancho. Vése un centro, claramente demarcado, y viniendo de afuera, una flecha que va

a parar en sitio determinado de la ancha línea vacilante.

Transcribo en seguida con su propia ortografía,—cuyo original pasa al tomo IV del PROCESO DE MIS OBRAS que lego a mi hijo Miguel Félix,—el horóscopo, o lo que fuere, del esoterista del Tibet, Doctor A. Conde de Sarak:

—" ¡Aquí está tu elipse de vida! la flecha siñala el " punto en el cual te encuentras hoy, tu vida pasa- " da a sido una lucha constante nadie ha comprendi- " do tus nobles ideales et tus pensamientos, tus mis- " mas aspiraciones han sido la causa que muy pocos " hayan sido lo que te han comprendido casi ningu- " no, ni tu misma compañera todo querendote mucho " y siendo buena con tigo, sinembargo no ha alcanza- " do la comprensión de tu pensamiento! Tus idea- " les son superiores, y si en tu pasado as sufrido mu- " chos desenganos sobre todo de aquellos mismos que " tu creias tus mejores amigos, hoy te ves obligado a " reconocerlo, y una nueva linea de vida se presenta- " sa para ti, de aqui 7 ou 8 meses!—Todo cambiara, " y las preocupaciones de hoy desapareceran si te " impones firmemente de ir adelante!

" ¡Pero hagas atención! alla en tu mismo Pais, " allá en el seno mismo de aquellos que tu crees que " te quieren, allá hay *UNO* que en lugar de ayudar- " te no es muy faborable por ti!.... Acá mismo entre " tus compañeros, hay *uno* que ha escrito no ha mu- " cho no en muy favorables términos.—Pero no hagas " caso.—¡Adelante!—y tu triunfaras—tu vida es aun "muy larga, pronto dejaras Washington, y un cam- " bio grande habrá en tu destino venidero.—

" Alguien busca tu mismo puesto acá y han habla-
" do ya a un gran Personaje de tu Pais; ¡pero que
" no te preocupe! adelante.

. . . .

"¡Tus libros! tu llegaras a lo que deseas, peró...
" hay un obstaculo creado por algunos medios... y
" tu vencerás en 7 ou 8 meses.—

. . . .

" Es una buena inspiración que as tenido, peró hay
" que no confiar á nadie tus ideas, ya as hablado a
" *alguien* y este alguien en lugar de ayudarte ha ha-
" blado á este Alto Personaje en contra tuya.—

"¡Silencio! y verdadera diplomacia.—

" ¡Tu llegaras! ¡el tiempo no es largo adelante!

. . . .

" Tu tendras que separate por algunos *(aquí un*
" *principio de palabra tachada)* meses de tu compa-
" ñera, ella ira por una cosa importante una noticia
" *inesperada* á su pais!—pero no importa, tu iras á
" otra ciudad de los E. U.

"Valor y adelante.

"Yo no soy el Doctor que que escribe; no soy más
" que tu Guía Espiritual que te ayuda y te protege
" contra todos tus enemigos que son aquellos mismos
" que alla en Centro America te hicieron mucho da-
" no, tu lo recuerdas!...

" Pero los venceras, adelante te bendigo."

Arroja el papel escrito y me tiende su mano abierta:

—¡Interrógame!...—murmura.

Lo interrogo, a fin de que me esclarezca lo que ha escrito.

Y me lo esclarece. Todo ha de efectuarse dentro de

7 a 8 meses (cifra que al parecer me persigue); mi libro triunfará en la traducción, aunque deberé de hacer "muchas concesiones"; dentro de poco y por ausencia del Embajador, habré de quedarme al frente de la Embajada un corto tiempo; después, no me precisa si abandonaré la carrera diplomática, o qué, sólo me predice que saldré de Wáshington, a otro gran centro de este país, primero, y luego, fuera de los EE. UU., a causa de mis libros...

Mi vida será larga, me encuentro casi a la mitad de ella, "a un poco más de la mitad"; mis dolencias son morales y nerviosas, no me matarán; subiré ¿cómo?... ¿en qué?... ¿cuándo?... Sarak, o no lo sabe o no puede decírmelo; en cambio, adviérteme que me cuide de uno de los empleados de la Embajada...

Y despierta, se despereza, no aguanta la luz, se siente cansado. Nada recuerda, ni lo que escribió con su puño y letra, y se opone a que yo se lo muestre:

—Nó, nó, guárdelo Ud.; y el tiempo dirá si me engañé o de veras he visto su futuro...

Clausura la sesión contándome que él predijo el trágico fin del asesinado Presidente McKinley, y la exaltación al Solio Pontificio del actual Papa Pío X, hace muchos años, en Monza, en presencia del entonces Príncipe Heredero y hoy Soberano de Italia.

Honradamente dejo consignado lo que antecede. Ni creo ni dudo: ¡ignoro!

Que el tiempo, como Sarak opina, decida si la profecía es cierta o fué una mistificación.

Por dicha, mi neurastenia no se ha agravado con la sesión aparatosa; experimento una ecuanimidad absoluta, y voy a la cama completamente tranquilo.

28 de noviembre.—Primera nevada en forma, de la estación; nevada copiosa, insistente, que cubre de inmenso sudario esta lindísima ciudad muerta.

¡Qué frío por dentro, de considerar que el invierno se nos echa encima, la estación de las nieves y las tristezas, de los cielos grises y los espíritus acongojados, que a mí sorpréndeme tan desprovisto ya de juventud, ilusiones y esperanzas, tan provisto de desengaños!...

Mando que se queme mucho carbón en nuestra casa; y procuro que mi mujer y mi hijo se me aparten lo menos posible.

Continúa cayendo la nieve, en la calle; los copos, bailan y tiemblan por los aires, se asen a los retorcidos troncos desnudos de los árboles, se posan en los tejados, emblanquecen las ropas de los transeúntes y los techos de los vehículos.

Los copos tiemblan y bailan, muchos, muchos, muchos...

Y yo en mi casa, entre mi mujer y mi hijo,—que son la chimenea de mi alma,—junto a la chimenea de mi gabinete de trabajo, que se arde, tiemblo más que los copos; porque descubro que con ser ellos tan poquita cosa, tan efímeros, tan endebles, son ¡ay! más que yo mismo...

2 de diciembre.—Noticias de SANTA.

Mi sobrino José Joaquín Gamboa me escribe que el libro triunfa, a pesar de que no ha habido en su obsequio, ya no propaganda, ni anuncio siquiera; que se discute en público, y cuenta con defensores y enemigos; que ha hecho verter llantos femeninos y que

se me prodigan insultos; que algunos de "mis mejores amigos", han declarado que un libro así sólo debiera escribirlo un independiente, no un empleado como yo, al que novela semejante quizá le cueste la torta....

"El Correo Español", de México, me elogia.

Mi tierra es un abismo; y mis conterráneos, dos abismos.

Por lo demás, ¡Dios sea loado! que me devoren y despedacen, qué importa, pero que lean la obra, de principio a fin. Ya sé que ha de amargar; y si fuese hacedero, la vendería con sendos ejemplares del famoso "¡Trágala!..."

5 DE DICIEMBRE.—Desde Barcelona me remite Araluce un número de "La Vanguardia", en el que ponen a SANTA poquito más acá de las nubes; a vuelta de alabanzas sin tasa, hasta me la llaman "libro incomparable"...

18 DE DICIEMBRE.—Acompañado de "atento oficio", llégame de México, de la Secretaría de Fomento, el diploma que alcancé (?) *colectivamente,* con mis obras (!!!), en la Exposición Universal de París de 1900.

¡Oh, farsas, farsas, farsas!

A benévolo pedido de Ferrari Pérez, consentí en enviar mis obras (!!!), y por Jesús Contreras supe que todos los cajones que contenían libros ¡¡¡ni abiertos fueron por el Jurado!!!

Lo mismo es todo en la vida.

Guardaré el diploma, porque en sí lo merece; y lo

colgaré en un hueco del *hall* de mi casa yanqui, mientras se va conmigo a mi vivienda mexicana y definitiva, que he soñado tanto... *Je suis diplomé.*

En la Casa Blanca, a un Té que la señora de Roosevelt ofrece al Cuerpo Diplomático.

Cuánta cursilería, dentro de esta innegable grandeza yanqui.

Mis honorables "colegas", más trabajosos cada día, y más vacíos. No sabe uno a quién ir, si a los europeos, o a los asiáticos, o a los hispanoamericanos; la mayoría de ellos parece empeñada en realzar lo caricaturesco de *la Carrera,* cuando principalmente se desempeña *dans le monde.*

Sin miedo a un mentís, es de afirmar que mientras más pequeña, insignificante y débil es una Potencia, más altanero, ignorante e inflado es su Representante. Los señores europeos, nos huyen a los hispanoamericanos,—digan lo que quieran algunos de éstos,—cual si fuésemos leprosos y apestados; es un positivo cisma: ellos a un lado, a otro nosotros.

¡Cómo esmérome en alternar nada más con los repudiados a que, gracias a Dios, pertenezco! Tanto peor para los que nos repudian, yo reúnome a los pocos sanos.

20 DE DICIEMBRE.—Acabé los "*Specimen Days*" de Walt Whitman. El original pensador no favorece mucho que se diga a estos EE. UU. que tanto adoró.

Valiente artistazo.

21 DE DICIEMBRE.—Halagüeñas noticias particulares

acerca del lento triunfar de SANTA en México. Sin embargo, "El Correo Español" aparte, no hay periódico que me la mencione.

La conjuración del silencio.

22 de diciembre.—Cumplo treinta y nueve años.

Retrotracción mental a épocas desaparecidas y días mejores; "siempre el tiempo pasado fué..."

Aunque aquí me rodea, bloquéame más bien dicho, atmósfera de grandeza moral, material y otros *ales* (no confundirse con las cervezas británicas de este nombre), el día íntegro me persiguen unos versos de Luis Urbina, que repito y repito hasta que el sueño me vence, ya en mi cuarto a obscuras, entrapajado en la cama:

"... mis bosques y mis colinas,
" mi triste pueblo, mi pobre hogar,
" y hasta el enjambre de golondrinas
" que hizo su nido en las rüinas
" de la parroquia de mi lugar..."

Entiendo que a esto se le llama nostalgia pura.

24 de diciembre.—*Christmas,* para los rubios; Navidad, en mi lengua.

"Las Novedades", de Nueva York, han sido mi *Santa Claus,*—un santo quimérico vestido de pieles, de larga y alba barba fluvial, tocado de gorra borlada, enguantado y de botas, que con su trineo tirado por ciervos y abarrotado de juguetes para los niños, viene desde tierras de Fantasía caminando por encima de torres y techos, y en esta noche precisamente, se cuela a una misma hora en todas las chimeneas, en

las que están alineados los zapatitos y las medias de la gente menuda, que sonriente, sueña con su venida, desde las camas de rejilla y las cunas blancas de los hogares callados, segura de que a cada uno le dejará su juguete, el juguete ambicionado que los papás han comprado y tenido oculto,—y me trajeron elogiosísimo artículo, firmado por Tres Estrellas, en loor de mi pobre SANTA... El enmascarado autor me supone guatemalteco, y aunque tal suposición me vendría de perlas si guatemalteco hubiese nacido, le escribiré para rectificar mi nacionalidad y para darle muy expresivas gracias.

28 DE DICIEMBRE.—Carlos Béguerisse me escribe de Guatemala, que la primera remisión de ejemplares de SANTA, se agotó en menos de una semana.

A pesar de presagios y apariencias, no quiero consentir en que con SANTA haya yo al fin conquistado la definitiva victoria literaria que vengo persiguiendo solitaria y valientemente, hace más de cuatro lustros.

Harto es conseguir que el libro se lea mucho, y que se venda en razón directa de lo que se lea.

29 DE DICIEMBRE.—En el andén del paradero del "*Pennsylvania*", intensa y dramática conversación fragmentaria con el ilustre general colombiano D. Rafael Reyes. Sobre lo de Panamá ¡claro! no íbamos a hablar de la Vía Láctea.

Opina el anciano exPresidente, y yo con él, que asunto tan trascendental no ha preocupado lo que debiera a los países nuestros, a pesar de que los EE.

UU., con su brutal agresión e incalificable atropello, a todos nosotros se han dirigido. En lo que disentimos, y así me permito manifestárselo, es en lo que él agrega: que el presente atropello debería de unirnos, para mejor resistir los próximos que vendrán fatalmente, dentro de plazos indefinidos.

Alégole el precedente estadístico: Cuando el atentado contra México, del 47, tan inicuo o más que el actual, aparte de que nadie nos tendió la mano,—excluyo ayudas individuales y simpatías platónicas,—la dura lección no fué por nadie aprovechada.

Todos los hispanoamericanos caminamos, y caminaremos salvo un milagro de educación, aislados y egoístas rumbo a los exterminios y las disoluciones; somos fatalistas y retóricos, casi orientales...

Después de despedir a mi tío D. Alfredo Chavero, que regresa a México, nos separamos junto a un tranvía; la noche helada, desnudos los árboles, entristeciéndolo todo una espesa neblina. El General me estrecha la mano y exclama:

—No hay remedio ninguno; la Casa Blanca me responderá rechazando cuanto le he propuesto... y ¿quién calma a mis paisanos?... No nos queda otro recurso que matar a estos demonios, es decir, matar los más que podamos, yo el primero...

Y él y su Secretario, que mordisqueaba nerviosamente su cigarrillo, en tanto yo hablaba con su jefe de problema tan grave, montan en el eléctrico iluminado, melancólicos, silenciosos, pensativos, con su odio a cuestas, y con el convencimiento de su debilidad frente a la descomunal fuerza de estos corsarios *up-to-date*...

31 DE DICIEMBRE.—Al obscurecer, nos dirigimos mi mujer y yo a San Mateo,—nuestra parroquia aquí,— a dar gracias por el año que concluye. Desierto el templo, escasamente alumbrado por tres de sus candelabros de gas, y por las lámparas rituales que pestañean colgadas frente al tabernáculo...

Hasta el templo se cuelan las clownescas armonías de la *"Hiawatha"*, que un organillo toca una vez y otra vez, afuera, en la calle...

"Las Novedades", de Nueva York, siguen empeñadas en obsequiarme; ahora me llega su aguinaldo, en respuesta a mi rectificación de nacionalidad. Ni a quién presentar excusas por mi inmodestia de trasladarlo a estas páginas; para los que me quieran, el suelto ha de serles grato, y para los que nó, pues allá se las hayan:

" El distinguido colaborador de nuestro semanario " que modestamente veló su nombre bajo las socorri- " das tres estrellas y a quien debemos el obsequio del " artículo crítico que sobre la novela del señor don " Federico Gamboa intitulada SANTA, tuvimos el " gusto de publicar en el número de la semana pasa- " da, nos suplica hagamos en su nombre la siguiente " rectificación:

" No es el señor Gamboa guatemalteco, como erró- " neamente apuntó nuestro estimable colaborador, " quien ahora se apresura a reponerle en su legítima " nacionalidad de mexicano. La circunstancia de ha- " ber residido en Guatemala el ilustre hijo de Méxi- " co, pudo hacer creer que tenía allí más que el arrai- " go de su cariño, y pudo también contribuir a este

" concepto el notorio aprecio, la general estima que
" allá, en la culta Guatemala, encontró tan honorable
" huésped..."

A pesar de mi impudor, trunco las alabanzas que todavía se me prodigan, pues basta a mis propósitos con lo que dejo consignado.

Medio dormido ya, despabílame el juvenil vocear en la calle, de "alcances" de periódicos, suceso inusitado en la ciudad muda.

—*"¡Extra Post!... ¡extra Post!..."*

Enfundado en mi bata, bajo y compro el alcance extraordinario de *"The Washington Post"*, que un granuja aterido de frío me alarga por la puerta entreabierta, y que, en la sombra de la ancha acera alfombrada de nieve, antójaseme un gorrión con cachucha...

Subo a nuestro tibio dormitorio en el que runrunéa el calorífero, y a la luz del foquillo de mi mesa de noche, leo la siniestra noticia: el voraz incendio homicida del teatro *"Iroquois"* de Chicago, la ciudad trágica.

¡Qué atrocidad!... Hasta estos momentos se sabe de seiscientas víctimas, niños en su mayor parte...

Los horripilantes detalles de la catástrofe, me ahuyentan el sueño, me fuerzan a volverme y volverme a la camita en que mi hijo duerme apaciblemente, me obligan a participar desde aquí del duelo de tantísimos hogares desiertos, en los que las cunas vacías se han de clavar como dagas en las almas paternales, heridas para siempre con la más despiadada de las mutilaciones...

1904

1.º DE ENERO.—Día teatral, aunque muy pintoresco y nutridísimo de observaciones. Hoy ha sido la solemne recepción anual, en la Casa Blanca, del Cuerpo Diplomático extranjero. Hoy, el Secretario de Estado nos obsequió a grandes y chicos, desde Embajadores a Agregados,—y cónyuges inclusive,—con un almuerzo en su residencia, del que periódicos y particulares se hacen lenguas durante los 364 días que les queda a los años astronómicos, descontado el del Año Nuevo.

De uniforme y condecoraciones, a partir de las 10 de la mañana, en que pasó a recogernos uno de los carruajes de la Embajada.

Frío y niebla.

Imponente nuestra acomodación, por precedencias, en el gran comedor de la Casa Blanca; sobre que sumamos nada menos de treinta y ocho misiones, y algunas de ellas copiosas, la nuestra sin ir muy lejos, que cuenta diez personas. Por el estilo hay varias: la de Rusia, cuyo jefe, el Conde Cassini, es el decano del Cuerpo; la de Alemania; la de la Gran Bretaña, y las del Extremo Oriente: Japón, China, Corea.

La multiplicación de vestimentas, condecoraciones,

alhajas femeninas, uniformes militares y navales de tantísimo país, forma un conjunto resplandeciente de poder y de escenografía, que no carece de hermosura y grandeza. Los uniformes coreanos y chinos, vistosos y exóticos, en nada amenguan la infinita variedad de uniformes rusos, austriacos, madgyares, húngaros, hispanos, persas, turcos, noruegos, suecos, belgas, holandeses, galos, británicos, siameses, portugueses, daneses, italianos, argentinos, chilenos, haitianos, cubanos, etc. Un total de dorados y diseños que haría la fortuna de cualquier Barnum que lograse exhibirnos. ¡Ninguna *troupe* de ningún teatro del mundo ha lucido jamás un cuadro de artistas y de *atrezzo* a éstos comparables!... Mire usted que hay dinero, y elegancia; belleza y señorío en muchas de las damas. Luego, que asusta calcular lo que simboliza despliegue tamaño: ¡las Potencias!—así, con mayúscula,—el equilibrio europeo, el problema de Oriente, el concierto universal, las Américas, los EE. UU. con su *trust* de civilización y de progreso... Cuánto Monarca representado, cuánto Imperio, cuánta República (???), cuántas bayonetas, cuántas injusticias y cuántos abusos de fuerza. Los grandes ejércitos, las grandes miserias, el proletariado, la lucha entre el capital y el trabajo, los orfanatorios, los presidios, la pena de muerte, la cadena perpetua y los trabajos forzados, los azotes, el *knout,* el yatagán, el "Jardín de los Suplicios", Siberia, la Isla del Diablo, Ceuta, los *Boxers,* los absolutismos monárquicos, las tiranías hispanoamericanas, las brutalidades de los EE. UU.; los que se mueren de hambre, los que se mueren de injusticia, los que no saben leer, los pobres, las prostitutas, los

turiferarios, los mártires, los perennemente oprimidos... La eterna mentira, la comedia eterna, las jaurías de lobos que se llaman naciones, este padecer de la humanidad, infinito e irremediable...

¡Diantres! por poco no me inclino, conforme a protocolo, ante XXX...

Estalla, abajo, el himno yanqui, que ejecuta la banda de la Marina.

El desfile comienza.

A la cabeza, Rusia; México después, con mohina y agravio mal contenidos del resto de colegas europeos que, quieras que nó, por haber sido acreditados con posterioridad a nuestro Embajador, tienen que seguirnos...

Lo de ritual: apretón de manos a Roosevelt, con su mueca facial agravada y permanente; y reverencia máxima para su esposa y para las de los miembros del Gabinete, que componen su corte republicana.

Ametrallados por la curiosidad *bon enfant* de los reporteros, y por la de *Misses* y *Mistress* que por los vanos de las puertas nos contemplan entre risueñas y embobadas, nosotros, muy graves, nos derramamos en los salones adyacentes...

Teodoro Roosevelt, con la propia mano con que ha saludado a los representantes de las ¡¡¡Potencias!!!, las ha abofeteado, por supuesto, ya que a bofetón equivale estrechar con efusión idéntica la mano de tanto Embajador, Ministro, Secretario y *Attaché*, que la del Plenipotenciario de la República de Panamá, *Monsieur* P. Bunau-Varilla, ¡aun no reconocida por muchas de esas mismas Potencias!, y obra atentatoria y

exclusiva de este mandatario *strenuous.* El Sr. Bunau-Varilla, portaba uniforme de circunstancias.

Minutos antes del medio día,—cada oveja con su pareja,—nos transladamos en los coches a la cercana y señorial mansión del Secretario de Estado, a gustar el amuerzo *kolossal* cacareado por la prensa.

Racimos de curiosos nos atisban de las aceras; algunos fotógrafos profesionales, y no menos *amateurs,* nos apuntan con sus cámaras y kodaks, exponiéndonos a *poses* comprometidas, si se atiende a nuestro apresuramiento para apearnos de los vehículos, y al afán, común a maridos y esposas, de que sayas y uniformes nos caigan sin arrugas ni peros.

En los interiores de la vivienda, cuesta un triunfo moverse; nadie da paso, so pena de magullarse o magullar al vecino; el cotorreo de los cultos invitados, ensordece...

¡Al comedor!

En el comedor no hay asientos, es decir, no hay mesa en forma, ni oficial ni privada; todo se hace *au petit bonheur.* Las señoras que afianzan una silla, se dan por satisfechas, y apenas si una Embajadora que otra, se han instalado de milagro. El servicio de *secos e molhados,*—que diría un lusitano,—lo desempeñan "Excelencias", "Honorables" y "Señorías" en traje de carácter, malgrado ser en su obsequio la colación; el champaña hierve en las *flutes* de servidores y servidas, y las mandíbulas diplomáticas mastican tan prosaicamente como las del primer hambrón.

Horrorizado, me refugio en la biblioteca de Mr. Hay, que ahora sí puedo examinar a mis anchas... ¡Soberbia! de hombre de letras legítimo y acaudala-

do. Un detalle que revela al Secretario Particular, al partidario y al amigo del Presidente Mártir: sobre uno de los estantes más visibles, destácase, en yeso, la mano yerta de Abraham Lincoln; y en uno de los testeros de la estancia tapizada de libros, cuadros, bronces y otras preciosidades, un magnífico retrato al óleo de aquel gran mandatario.

¡Qué lástima que el famoso *luncheon* no pueda efectuarse de manera diversa, a causa de los muchos concurrentes! No querría censurar nada de Mr. Hay, que me es excesivamente simpático, y sin embargo, su almuerzo es censurable: o darlo bien o no darlo.

5 DE ENERO.—*"Le Nouveau Monde"*, de París, y el "Diario del Salvador", de San Salvador,—antípodas,—se ocupan en SANTA; y de México, ni un solo periódico que siquiera mencione el título de la nueva novela.

7 DE ENERO.—Recepción en la Casa Blanca, en honor del Cuerpo Diplomático extranjero.

¡Grotescamente grandiosa! Rayan en lo inverosímil el ceremonial y las prácticas que por aquí rigen. Ved una muestra: como el país es oficialmente abstemio, no le brindan a Ud., ya no digamos una copa de nada, ni una taza de té; sólo hay agua, agua pura y helada, que tiene Ud. que salir a beber hasta una fuentecilla del *hall,* en vasos metálicos y *encadenados* a la propia fuente...

Y cuidadito con las censuras, porque todo el mundo se le echa a uno encima; los indígenas los primeros, cuya egolatría hiperestesiada se atufa por quítame allá esas pajas.

Pero ¿no es ampuloso y falso que proclamen en todos los tonos que cuanto los EE. UU. piensan, ejecutan, escriben, pintan, tocan, bailan, producen y hasta imaginan, es lo primero del mundo? ¿No es censurable el trato que dan a los negros? ¿ni su reciente escándalo de Correos? ¿ni su atentado último contra Colombia? ¿ni su silencio para con la Gran Bretaña y Alemania, ahora que bloquearon puertos venezolanos, poniendo con ello a la Doctrina Monroe cual no digan dueñas?... ¿No es censurable que a sus barberías las llamen *Tonsorial Parlors,* o sea, Salones Tonsurantes?...

8 DE ENERO.—"El Popular", de México, que acaba de llegarme, pide a "Las Novedades", de Nueva York, que me repongan "en mi legítima nacionalidad de mexicano, equivocada al hacer un sensato juicio de la novela SANTA", y agrega que lo pide "por cuestión de negra honrilla"...

Bloqueados por la nieve y ateridos por el frío. ¡Vaya un invierno!

9 DE ENERO.—Resuelvo intentar la realización de un viejo anhelo: que me traduzcan a un idioma que se lea en medio universo.

Y le disparo al antropologista Starr, de Chicago, que sin conocerme personalmente me hará figurar en su libro sobre escritores mexicanos, una epístola *á l'instar* yanqui: que traduzca SANTA al inglés, (con mi ayuda para mexicanismos y giros regionales), en copiosa edición de las que por acá se acostumbran,

—100.000 ejemplares mínimum,—que él se entienda con editor, propaganda, etc., y que irá conmigo a mitad de utilidades...

Con sorpresa me entero de que "El Popular", de México, ha reproducido íntegra la encomiástica rectificación de "Las Novedades", a propósito de mi nacionalidad y de SANTA.

Primera visita en forma al Capitolio, al que me encaminé resbalando aquí y allí en la nieve endurecida y espejeante de las calles, soplándome los dedos por el cierzo,—había a las 9 de la mañana unos 17 o 18 grados bajo 0, centígrado.

Pero a él empujábanme, la discusión sobre el asunto de Panamá y unos párrafos de Justo Sierra, que entresaco de su libro "En Tierra Yanqui—Notas a todo Vapor" (México, 1898. Tipografía de la Oficina Impresora del Timbre. Palacio Nacional.)

Dice el maestro, a págs. 131, capítulo XII, intitulado: "El Capitolio—Paseando":

"... Como el San Pedro en Roma, el domo de esta " gran catedral laica de la Libertad humana, se ve de " todas partes. Confesémoslo de buen grado: el *Ca-* " *pitolio* de Wáshington es el centro de la transfor- " mación republicana del mundo cristiano. La teoría " científica (apoyada en la observación y la experien- " cia), del gobierno libre, democrático y federal, for- " mulada en preceptos en la Constitución, ha sido, en " este laboratorio político y judicial, reducida a la "práctica. Y a pesar de que el admirable domo blan- " co, asentado sobre un tambor artístico de puro es- " tilo francés neo-clásico, ha disminuído a la vista

" sus majestuosas proporciones de antaño, gracias al
" crecimiento constante de los pabellones laterales,
" puede decirse que, idealmente, descuella sobre todo
" el Continente nuestro; es la mayor altura ameri-
" cana..."

A la página siguiente (132) del propio capítulo, arrepentido sin duda de su arranque "idealista", habla de la labor del Capitolio, y exclama:

" ... las iniquidades allí sancionadas por la fac-
" ción que perpetró la guerra con México y la ane-
" xión de territorios que no eran Texas; pensaba en
" lo que por tanto tiempo había logrado hacer el par-
" tido esclavista protegido por la ley; en la áspera e
" implacable política de egoísmo nacional que con el
" título de *protección a la industria*, no sólo ha crea-
" do la industria americana, lo que podía justificarla,
" sino que después de nacida y crecida, la ha mante-
" nido en su situación privilegiada, lo que ha dado
" por resultado la formación de formidables divisio-
" nes sociales en el seno de la democracia, provocan-
" do el amontonamiento de gigantescas riquezas en
" manos de unos cuantos oligarcas, y de apetitos in-
" saciables en las densísimas masas obreras..."

Y a la 153, tiene este grito que me sacó de quicio desde que por vez primera lo leí:

" ... cómo no inclinarnos ante ella (la labor capi-
" tolina, en sus lados buenos) nosotros, pobres átomos
" sin nombre, si la Historia se inclina?..."

¡Maestro, por Dios!...

No he de describir el edificio, que recorrí al por menor, asistido de un guía experto y alquilado, que iba detallándome como a un paleto cualquiera, hasta

los rincones y escondrijos últimos, y no desagradado con mi atención, silencio y mansedumbre, aunque sí un tanto sorprendido de mi aguante—de las 9.30 hasta la 1.15 de la tarde, no pedí tregua, descanso o asiento, ni a él se los consentí tampoco. Algo le contrarió enterarse, cuando entrábamos en la galería del Senado, de que era yo portador de un ''Sésamo-ábrete'', en mi tarjeta-pase de Secretario de Embajada; y muchísimo más, el que no me pasmara yo frente al óleo mural que llena la meseta de una de las monumentales escaleras de mármol, pintado por un general del ejército invasor, y que ostenta el para nosotros sacro nombre de ''Chapultepec''... Vaya un mamarracho. Lo es tanto, que ni indignación provoca; mueve a lástima hacia su autor y hacia el gusto artístico del país, que conserva en sitio de honor lo que un prendero ignorante desecharía alzándose de hombros... Ved una muestra del... cuadro (???): entre los asaltantes triunfadores de nuestro histórico alcázar,—que remeda en el lienzo, inexpugnable fortaleza rhiniana de la Edad Media,—figuran unos *bull-dogs* y *bloodhounds* frenéticos, que se lanzan contra la colina, o dan bocados a los heridos yacentes, o persiguen a defensores fugitivos...

Cúpome en suerte presenciar la instalación del tribunal pleno de la Suprema Corte de Justicia, una de las poquísimas instituciones, si no la única, respetable de veras en estos ''inconmensurables'' Estados Unidos. Pasa por ser,—aunque ya hay quien opine en contrario o con reservas, citándole a Ud. casos específicos que lo comprueban,—honorabilísimo cuerpo integrado por sabios y rectos juristas, que no ceden a

tentaciones ni consignas, depositarios y distribuidores de justicias y derechos, venerados de tirios y troyanos que acatan sus resoluciones, cual si fuesen mosaicas parábolas de un nuevo Sinaí... Casi todos sus miembros son ancianos o de edad provecta, y funcionan revestidos de la clásica toga, no obstante la cacareada democracia del país, que sin embargo se perece por cintajos, veneras y trajes privativos. Ellos, no; portan, y con cuantísimo decoro un tantico teatral, el célebre pergeño de sus predecesores en las curias romanas; un pergeño que Walt Whitman calificaría de "feudal", según de feudal tachaba todo lo antiguo europeo y todo lo monárquico.

El cargo de estos "*Justices*" es vitalicio, de ahí el secreto de su poderío, de su honradez y del respeto general en que se los tiene.

Asistí a la incorporación de dos o tres abogadillos recientemente graduados en sabe Dios qué universidad provinciana, que prestan el juramento profesional ante uno de los empleados, y me doy por satisfecho. He conocido una agrupación humana de las menos manchadas, no obstante que dirimen asuntos trascendentales; un núcleo de hombres, que, al decir de la mayoría de sus conterráneos, son casi incorruptibles. Y es espectáculo hermoso, que reconcilia con la especie y hace confiar en el perfeccionismo progresivo.

Pasé, luego, al Senado.

La sesión había principiado ya. Los noventa y un "privilegiados",—según aquí denominan a los Senadores,—por conducto de unos ujieres-infantes, rapaces entre doce y dieciséis años, enviaban propuestas manuscritas que los ujieres recogen de las propias ma-

nos de sus autores, puestos en pie desde sus pupitres. Esas propuestas, conducidas con singular maestría por los muchachos uniformados, son entregadas al *Chief Clerk* instalado en la primera tribuna e inmediatamente abajo de la de la presidencia del alto Cuerpo; el Presidente, sentado, recibe los papeles y escucha los discursos y discusiones, que los Senadores formulan de pie.

La cosa va larga y yo renuncio a tragarme la discusión que habrá de iniciarse a poco. Ya los Senadores demócratas,—opositores a la conducta del Gobierno en lo de Panamá,—reúnense en corrillos amenazantes... Por fortuna, ahí esta el *"Congressional Record"*, impreso dos horas después de las sesiones del Congreso, que reproduce con exactitud admirable ¡ni una errata! lo propuesto, discutido y aprobado o rechazado por entrambas Cámaras, respectivamente.

Para concluir mi excursión, asómome a la Casa de Representantes, o sea la Cámara de Diputados, llamada aquí por abreviación y antonomasia *"the House."*

Local harto más vasto que el Senado, como que alberga a unos cuatrocientos Padres Conscriptos.

El Representante Fulano de Tal, desgañítase por que le escuchen su peroración, una campaña contra la falsificación de marcas de fábrica. A cada período de los que vocifera, ase de su pupitre una botella, un pomo, una lata de los varios que tiene alineados y que son otros tantos frascos y botellas de vinos y conservas alimenticias.

El *Speaker* (lean Uds. el Presidente, aunque también signifique el "hablador" ¡tanto monta!) arrellanado en monumental sillón de cuero, allá, en su ele-

vadísima y marmórea plataforma, sin más dosel que el pabellón nacional desplegado,—un detalle imponente y bien concebido,—lee un libro, sin que se le importe un ardite de los oradores; sólo interrumpe su lectura, cuando la algazara de los "Honorables" es tan ensordecedora, que ni él puede seguir leyendo ni el tribuno perorando. Tañe entonces una esquila, y, con entonaciones de prefecto de estudios, recomienda, avinagrado, mayor compostura...

Mi discursero persiste en su logorrea; algunos curiosos se han llegado a contemplarlo de cerca y a manosear botellas y pomos. El resto de Diputados sigue en sus charlas, recorre las amplias páginas desplegadas de los kilométricos diarios yanquis...

El orador habla, habla, alza las manos, empuña frascos, se debate, gira, acciona...

Y yo me marcho.

Decididamente, no me ha hecho feliz esta "gran catedral laica de la Libertad humana."

Lo que Justo Sierra calificara de "la mayor altura americana", a mí me resulta apenas el nido de las grandes iniquidades impunes.

12 de enero.—Nota democrática.

El Secretario de Estado,—nos comunica nuestro decano el Conde Cassini, Embajador de Rusia,—recomienda, por acuerdo presidencial, al Cuerpo Diplomático Extranjero, que el personal de las Embajadas y Legaciones, así como sus jefes, "se sirvan en lo de adelante" asistir de uniforme a las recepciones y fiestas a que son invitados, pues *"Mr. Roosevelt will be pleased"* de ello...

Jamás, en lo que de vida cuenta la Gran República, se expresó deseo parecido. Es un adelanto hacia... el delirio de grandeza; un rompimiento con sus prácticas sencillas y austeras; un *de profundis* de sus acendrados hábitos republicanos, que tanto singularizaron a Franklin cuando su permanencia en Europa la monárquica.

22 DE ENERO.—Recepción anoche en la Casa Blanca, en obsequio del Poder Judicial, a la que concurrimos los diplomáticos, "de uniforme". Y el caballero que actúa de Introductor, Mr. M'Cowell, nos hizo desfilar por ante el Ejecutivo, primero que a los Magistrados *(Justices.)*

Los periódicos de hoy ponen el grito en el cielo por lo que califican, conforme al criterio de los *Justices*, de imperdonable desacato. ¿Cómo,—exclaman,—los Diplomáticos han pasado antes que los Magistrados?... Y todos los EE. UU. se han estremecido de indignación; y los "Justicias", que no tienen pelos en la lengua, hanse apersonado con Roosevelt y echádole en cara sus procederes, con términos durísimos; y Roosevelt, que por asegurar su reelección no sabe ya a qué santo encomendarse ni cómo halagar a partidarios y opositores, ha pedido mil perdones y culpado al inocente de M'Cowell, a quien periódicos y particulares ponen como hoja de perejil...

No parece sino que se trata de alguno de nuestros países; salvo en el hecho de que aquí es posible ir y exigir cuentas al mismísimo Presidente.

De la recepción en sí, peor es meneallo; imperial-

mente cursi, hasta chiquillos concurrieron a ella, y damas ensombreradas, y caballeros de *jaquette.*

La Democracia en cueros.

2 DE FEBRERO.—Continúan empeorando las crudezas de este excepcional invierno, las nevadas y "ondas frías" son incesantes casi.

Por las noches sobre todo, en el silencio característico de la bella ciudad tristísima, ahora cubierta de nieve,—una inmensa sábana blanca que sofoca cualquier ruido,—sólo se escucha el acongojado tintinear de los cascabeles y campanillas de innúmeros trineos exhumados al cabo de varios años de confinamiento, gracias a lo inclemente de la estación actual.

Creeríase, al oírlo, que una porción de "Viáticos" recorrieran apresuradamente las calles y avenidas, para llegar a tiempo junto a las cabeceras de muchas agonías ignoradas y anónimas....

5 DE FEBRERO.—Terminé la lectura,—con anotaciones marginales,—de todas las obras en prosa de Walt Whitman.

Ya hablaré detenidamente de algunas de sus apreciaciones sobre ésta su tierra, que él amó tanto.

7 DE FEBRERO.—Al atardecer compré en la calle el alcance al "*Washington Post*", el siniestro "*Extra Post*" que los vendedores voceaban a toda carrera. ¿Habrá estallado la guerra entre el Japón y Rusia?...

Nó, es Báltimore, la ciudad católica por excelencia de los EE. UU., que se arde por sus cuatro costados.

La frecuencia de las calamidades públicas en este país, me amedrenta: incendio en Chicago, huelgas san-

grientas, crímenes a porrillo, catástrofes ferrocarrileras a diario, el fuego de hoy que no pueden apagar, que amenaza propagarse...

¿De veras se manifestará por modo general y tangible la cólera divina?... ¿Los EE. UU. serán acreedores a castigos tales, ante la Suprema Justicia?...

En dos noches he devorado, lleno de angustia, los "Recuerdos de la Casa de los Muertos", del portentoso Dostoiewski.

9 DE FEBRERO.—Al fin extinguieron el incendio de Báltimore, después de que el fuego consumió *tres cuartas partes* de la populosa y próspera ciudad...

Y al fin estalló la guerra entre el Japón y Rusia...

Malas entrañas las que se trae el señor don 1904.

18 DE FEBRERO.—Llégame de San Salvador un número de "La Quincena", semanario que allá dirige el poeta Vicente Acosta, con un juicio crítico sobre SANTA.

Nueve columnas, con varias transcripciones del libro; crítica amiga y desapasionada, que cierra con una galantería máxima.

La moralidad mercantil al menudeo, de los EE. UU., corre parejas con la que observan al mayoreo, y con su moralidad administrativa. Unas cuantas pruebas al canto, de la millonada que podría aducirse:

En la cancillería de nuestra Embajada, más de media docena de veces hemos tenido que exhibir recibos viejos, para evitar que nos cobraran por dos ocasiones una misma cuenta...

Y lo que le ocurrió al Dr. don Juan N. Navarro,

Cónsul General en Nueva York, y testigo mayor de toda excepción. Hablaba yo con él de la mala fe yanqui, y para ilustrarla me narró con su peculiar ingenio regocijado, que un buen día presentáronle para su pago un recibo importante poco menos de cien dólares. Casualmente hizo memoria de tenerlo pagado; rectificó registrando archivos y dió, en efecto, con el documento, saldado ya.

—"Triunfante,—me dijo,—lo mostré al pretendi-
" do acreedor, quien lo examinó repetidamente, y aca-
" bó por contestarme: El recibo es bueno, pero no
" creíamos que lo hubiera Ud. conservado tantos
" años..."

De su moralidad administrativa, "no quiero acordarme"...

Pero sí he puesto en claro, con motivo de los últimos atropellos en Panamá,—para no insistir en el tremebundo y reciente peculado postal, en quiebras fraudulentas, etc., etc., etc.,—el título de los textos que han de estudiar en la "Escuela de Leyes y Diplomacia",—gran edificio anexo a la Universidad de Columbia, de esta capital,—textos con los que no atinaba yo y que teníanme intrigado. ¿Qué Diplomacia estudiarán y practicarán?—preguntábame. Y ya dí con ella, es obra vasta cuyos tomos principales se denominan:

—"Texas"

—"Hawaii"

—"Puerto Rico" y "Filipinas"

—"Panamá'...

Lo grave es que la tal no ha concluído; en la última

página del tomo más reciente, léese un amenazante: "Continuará..."

22 DE FEBRERO.—Me encuentro, leyendo un periódico extranjero, con que en ruso hay una palabra que se escribe *karacho* y significa "muy bien". ¿Qué parentesco la ligará a nuestro vulgar "caracho"? ¿pasaría del ruso al español o del español al ruso?...

Logré a principios del año que la Embajada se subscribiera a *"Le Figaro"*, diario, y a *"Le Figaro"*, mensual ilustrado, de París; y hoy que llegó la primer remesa, no es hartazgo el que me he dado con su lectura. Dígase lo que se quiera, es incurable en los hispanoamericanos,—y más en los que somos escritores,—el culto a Francia intelectual, y a París principalmente...

Recorriendo los números, tropiezo con folletines de Jules Huret, titulados *"En Amérique"*. En el correspondiente al 7 del mes en curso, que se llama "Chicago", después de defender a la ciudad jamonera, de las censuras y menosprecio con que la tildan los pobladores del Este de los EE. UU.,—censuras y menosprecio grandísimos,—narra su visita a la Universidad de aquel centro, mucho la encomia, y concluye transcribiendo un diálogo con su Presidente, Mr. Harper: inconveniencia de que se eduquen mozos y mozas en buen amor y compaña; castidad (?) de los estudiantes yanquis, y en general, castidad de todos los jóvenes americanos (???), quienes, al decir de Mr. Harper, antiguo Pastor bautista, en un 70 % consérvanse castos hasta su matrimonio...!!! Luego, Huret interroga a Harper acerca del movimiento militarista que

en los EE. UU. se acentúa con los progresos de su imperialismo:

—"¿Se convertirán en guerreros?..."

—"Nó,—afirma Mr. Harper,—después de la gue-
"rra de las Filipinas habrá terminado nuestra ex-
"pansión. El militarismo, por lo *exciting* que es en
"sí, es una pequeña satisfacción con la que nos rega-
"lamos..."

Huret,—que no es un ignorante, ni menos un ignorado,—pero que al igual de todos sus congéneres y compatriotas lo que especialmente ha de buscar con este viaje y la correlativa publicación de sus impresiones, es el dólar, el condenado dólar que tantos desaciertos nos fuerza a perpetrar, Huret agrega:

—"*Pourtant, il restera le Canadá et le Mexique á*
"*vous annexer...*"

Más sensato y discreto resulta Mr. Harper con lo que le replica:

—"*Le Canadá viendra a nous de lui méme. C'est*
"*en somme le méme peuple que nous, il a les mémes*
"*religions, le méme commerce, les mémes intérets,*
"*c'est forcé. Quant au Mexique, c'est en effet une*
"*autre race, et une autre langue. Je n'ai pas étudié*
"*la question...*"

No creo que exista mexicano en parte ninguna, que por congraciarse con nadie, pregunte a un alemán por qué no le arrebataron más Provincias a Francia, o cuándo piensan aniquilarla para siempre.

25 de febrero.—Para los que no quieren ver y para los que no quieren oír, al pie de la letra reproduzco, sin traducirla, la carta que un caballero particular

dirigió ayer al Embajador, desde uno población del Estado de *Pennsylvania*:

"*Johnston, Pa., Feb.* 23, 1904.

"*To the Hon. Minister of Mexico.*

"*Washington, D. C.*

"*Honored Sir*:

"*Kindly inform your correspondent whether*
"*or not Mr.* Edmundo J. Plaza, *formerly fourth*
"*Secretary at Washington, is now located at*
"*Tokyo or Yokohama.*

"*Hoping that Uncle Sam, THE NEW LAND*
"*THIEF will not soon BOTHER* (1) *the home*
"*of* Porfirio Díaz,

"*I remain,*

"*Very respectfully,*

(firmado) "*Duncan McCready*

"*No.* 332, *Walnut Street.*"

28 DE FEBRERO.—¡Vaya! sólo ésta les faltaba a los señores yanquis...

"*The New York Herald*",—con una libertad de lenguaje que para nuestros países quisiera,—con grandes grabados publicó hace ocho días la noticia de que en una porción de Estados del *Far West*, se trata a los peones de labranza ni más ni menos que como a los de nuestras "haciendas", o peor si cabe,—y ya cabe poco,—a punta de látigo, exacciones, abusos, atropellos, cual si fuesen esclavos, vamos al decir.

En el número de hoy del propio diario, denúnciase la humanitaria práctica vigente en "todos los Estados

(1) Las mayúsculas son por mi cuenta.—N. del A.

del Golfo'', para habérselas con los trabajadores negros: lo mismito que antes de Lincoln y de su abolición memorable, con mayor crueldad aún, pues se llega a perseguirlos ''a tiros y con traillas de perros bravos'',—después de arrasarles casas y heredades,—cuando por lo brutal de los castigos corporales huyen a las selvas... Diz que va a intentarse una campaña por la prensa y el Congreso, contra hábitos tan filantrópicos y civilizados. Pero a mí ya no me la pegan; igual ofrecieron a raíz de la azotaina a aquella señorita de Georgia (blanca, por más señas,) y ésta es la hora en que nada se ha hecho; el horrendo crimen pasó al olvido, y *tutti contenti*...

Huelga, pues, que a sí mismo se llame este país la tierra de Promisión, de la Justicia y del Derecho.

¡Mienten los que tal cosa afirman!

Es, a lo sumo, la tierra de las Mayúsculas... Imposturas.

7 DE MARZO.—Tarde anoche, terminé la lectura de ''*Leaves of Grass*'' de Walt Witman, y con ella, la de sus obras completas.

Salgo aturdido, cual si saliera de *Manhattan,* la Nueva York idolatrada de este poeta raro y sin rimas, nebuloso, apostólico, casi siempre incomprensible, a menudo enorme, más a menudo infantil y trivial, ora blasfemo, ora místico y cuákero, que con artístico y valiente desenfado, con no escaso talento maneja y manosea, descarnadamente en ocasiones, grandes ideas, grandes doctrinas, grandes utopías, grandes esperanzas y grandísimas enormidades...

Prefiero sus obras en prosa, sus ''*Specimen Days*''

sobre todas, en que nos cuenta, con bellezas a puñados, de su vida y viajes, de su infancia y sus dolencias, de sus anhelos y vagares, de su amor entrañable a la naturaleza y de su culto sin par a la América, que él condensó y personificó,—como casi todos los yanquis, y aun algunos no yanquis,—en "Estos Estados", según amorosamente denominó siempre a los Estados Unidos... Y por cima de las obras en prosa, todavía prefiero su propia vida, ese su dulce y espontáneo sacerdocio durante la cruenta Guerra de Secesión, en la que perdió su hermosa fortaleza física de varón sano; ese su altísimo altruísmo, su misión femenina casi, de atender, curar y "consolar" por campamentos, hospitales y ciudades a unos ¡¡¡100.000!!! combatientes de uno y otro bando, surianos y del Norte, blancos y negros; a todos los que sufrían, los que agonizaban, los que habían menester de arrimo, de palabras, de agua, de "golosinas y sellos postales", de amanuense para escribir a las esposas y los hijos y los padres, distantes y acongojados por la falta de noticias de los guerreros; los necesitados de plegarias, de lecturas, de que piadosamente les cerraran los ojos y los escoltaran hasta el sepulcro, después de haberlos acompañado durante las imperativas amputaciones crueles, durante las largas noches insomnes y de martirios de la carne, durante los instantes de cobardía para los cuerpos torturados y de cobardía para las almas que se asoman a los abismos de la Muerte... Obra santa e inmensa, que nos fuerza a respetar y querer al vate, sagrado por el dolor ajeno, obra que toca de luz su inteligente testa blanca de anciano soñador y socialista.

Naturalmente, no hay en todos los EE. UU. un solo monumento que en bronce o mármol perpetúe su memoria entre este pueblo mercader que él amó entrañablemente...

De muy difícil léxico es dueño el poeta, y sin embargo, poco bregué con el diccionario; pero la prolongada lectura en su idioma, me ha lastimado de cuerpo y de espíritu. Hasta creo en los "Incubos" y "Súcubos" medievales; sí, yo no poseo el inglés, es el inglés quien me posee a mí, haciéndome padecer lo indecible con la tal posesión, sofocándome, dislocándome, atenaceándome con sus durezas, brutalidades y latrocinios (¡oh, símbolo de las razas que lo parlan!) El idioma inglés es mi íncubo.

Lo que por la trillonésima ocasión me comprueba que la barrera de las lenguas es infranqueable, eternamente infranqueable, y a Dios sean rendidas mil y mil gracias.

Si alguna vez realizo mi proyectada conferencia en México sobre Whitman y Poe, por lo que al primero mira hablaré esencialmente de éste su sincero amor por la humanidad, práctico y grande, sin teorías ni idealismos, que le dejó, a guisa de recompensa elocuente, una parálisis incurable...

10 DE MARZO.—En la ciudad de *Springfield,* Estado de Ohio, un negro asesinó a un agente de policía. *Comme de rigueur,* se le aplicó la civilizada ley de Lynch: fué ahorcado en un poste de luz eléctrica, en medio de los aplausos y canibalismo peculiar a estas gentes, cada vez que se hacen justicia por su mano;

con asistencia de la población entera y universal regocijo.

Hasta aquí, la cosa va mal, ¡indudablemente!, pero habituados ya los de casa y los de fuera al salvaje procedimiento de estos pseudo-cultos, nadie paró mayores mientes en el homicidio. ¡Bah! un negro de menos y un crimen colectivo de más, es poco para la Grrran Rrrepública, que tan de priesa avanza por los senderos del Progreso... Mas ved aquí que el acostumbrado drama alcanza un tremendo epílogo, un epílogo espeluznante: toda la parte blanca de *Springfield,* ebria de *whiskey* y sedienta de sangre "de color", encamínase, con *niños* a su cabeza, a INCENDIAR Y MATAR con estrépito, con gritos de chacales y aullidos de hienas... Van a arrasar la íntegra barriada que habitan los negros; llevan dinamita y odio ancestral, puñales y petróleo; nada ni nadie los ataja, van ciegos de encono, tambaleantes de afán de matar y destruir, convertidos, por ese formidable salto atrás, en los hombres de las cavernas...

De todos los ámbitos de los EE. UU. ha brotado un inmenso grito de espanto, a pesar de que no pecan de asustadizos; en periódicos y personas nótase el remordimiento, el horror y la vergüenza.

Por lo cual, no me meteré en apreciaciones personales, reproduciré, mejor, lo que "*The Washington* "*Post*" de hoy, publica en el primer artículo de fondo de su página 6:

"*RACE HATRED IN OHIO*

" *Altogether the most ominous feature of the lynch-* " *ing at Springfield, Ohio, is the disclosure of deep-* " *seated race prejudice and hatred which characteriz-*

" ed it. LYNCHING IS HIDEOUS ENOUGH, even " in its simplest aspects, but when the killing of the " ostensible offender is attended by an outburst of " murderous animosity against the entire negro co- " lony it attains the proportions of an all-pervading " calamity. No matter how completely we may con- " demn and abhor the lawless destruction of a hu- " man life, it is still possible to imagine the infuria- " tion provoked by some particularly fiendish crime. " But when this appalling outburst of mob violence " is followed by a demonstration of general and com- " prehensive passion for massacre, one stands aghast " at the horror and the barbarity of the spectacle.

" These frightful phenomena nearly always attend " a Lynching at the North. They never do at the " South. In Alabama or Mississippi, Arkansas or "Carolina, they catch the culprit, or the SUPPOSED " CULPRIT, and put him to death—often UNDER " CIRCUMSTANCES OF UNSPEAKABLE HOR- " ROR. But there the matter ends. No carnival of " BUTCHERY ENSUES. No outbreak of race ha- " tred and persecution is provoked. THE CRIMIN- " AL IS EXECUTED AND THAT IS ALL... " In Ohio, Indiana, Illinois, Kansas, Delaware and " other Northern States the lynching is merely THE " SPARK THAT LEADS TO THE EXPLOSION. " IN ALMOST EVERY INSTANCE THE MOB " WHETS ITS APPETITE FOR SLAUGHTER " AND DEVASTATION ON THE INITIAL SA- " CRIFICE. IT IS ONLY TOO PLAIN THAT " THE LYNCHERS SEEK THE EXTERMIN- " ATION OF THE NEGROES? AND USE THE

" LYNCHING AS A PRETEXT. THE QUESTION " IS NOT THAT OF PUNISHING SOME INDIVI- " DUAL OFFENDER? HOWEVER CRUELLY, " BUT OF KILLING EVERY MEMBER OF THE " RACE WITHIN REACH.

" What, we have often asked ourselves, can be the " explanation of this appalling tendency? It cannot " be that the negroes in Ohio or Pennsylvania are " worse than the negroes in Virginia or Texas. It is " inconceivable that Northern people hate them AS " SAVAGELY AS THESE DEMONSTRATIONS " WOULD SEEM TO IMPLY .But if neither of " these hypotheses will serve, HOW ARE WE TO " ACCOUNT FOR SUCH A SAVAGE AND IN- " SENSATE FURY AS HAS JUST POSSESSED " THE WHITE PEOPLE OF SPRINGFIELD, " Ohio? A press report, published in yesterday's " afternoon newspapers, says that practically THE " ENTIRE WHITE POPULATION WAS IN SYM- " PATHY WITH THE MOB. Many of Springfield's " best people have participated—the end is not yet— " etc. In other words, PUBLIC SENTIMENT AP- " PROVED NOT ONLY THE LYNCHING OF " THE WRETCHED NEGRO MURDERER, BUT " ENCOURAGED AND PROMOTED THE MOVE- " MENT AGAINST THE WHOLE NEGRO COL- " ONY. THE REVOLVER AND THE TORCH " HAD THE SYMPATHY OF THE COMMUNITY. " A SLUMBERING, BUT BITTER, HATRED " WOKE, AND TOOK THE FORM OF UNIVERS- " AL MASSACRE AND INDISCRIMINATE EX- " TERMINATION.

"Of course, there must be a reason for all these "ghastly and abominable things. We are told that "the negro should be educated, and assured that the "race problem, as they call it, will receive its sol- "ution by that means. The South is reproached and "denounced on the assumption that it does not edu- "cate sufficiently. The North, from an eminence of "superior virtue and wisdom, invites inspection and "imitation of its more righteous methods and its "finer civilization. But the Springfield problem re- "mains. WHO WILL RESOLVE IT FOR US?"

Yo sé quién podría resolverlo: una coalición de naciones que vinieran a castigar a esta tierra de civilización y de justicia; pero ninguna lo pensará siquiera. Apuesto...

Es de advertir, que esta gran república en cuyo seno se perpetran iniquidades tamañas, es la misma que puso el grito en el cielo por las matanzas de judíos en Rusia; la que llama incivilizadas a "las pequeñas republiquitas hispanoamericanas" y se propone ci-vi-li-zar-las por modo análogo, o peor,—¡según sea menester!—la que a sí misma se ha ungido modelo y depósito y dispensador de todo lo bueno que acaricia la mente humana...

Detalles cotizables a un millón de dólares cada uno, y que el *"Herald"* de Nueva York publica sin censuras, al dar cuenta de este horror:

—¡Más de doscientas familias de negros se han refugiado en los bosques, sin recursos de ninguna especie, huyendo de la bárbara persecución!...

—El pueblo incendiario iba precedido en su siniestra procesión, por una porción de *Niños* algo alcoholi-

zados y tan frenéticos o más que los adultos!... (¿Se imaginan Uds. esas almas infantiles camino del homicidio y del incendio?... En cambio, hay una sociedad en Nueva *Jersey* o *Pennsylvania,* que a todo el mundo pide dinero para preservar a los menores de "los peligros de las calles y del vagar, y de ser aprisionados, cuando delinquen, juntamente con los delincuentes mayores...")

—Un maquinista del *"Big Four"* (es una compañía poderosa de ferrocarriles que por ser de este país había de denominarse "grande",) confesó sonriente, QUE HACE DIECISEIS AÑOS TRATABA DE QUE LAS CHISPAS DE LAS LOCOMOTORAS A SU CARGO, AL COSTEAR LOS TERRENOS DE LAS VIVIENDAS DE ESTAS FAMILIAS NEGRAS — ¡¡¡toda una colonia!!! — INCENDIARAN LOS TECHOS DE LAS CASAS Y A SUS MORADORES... (Nadie piensa en que esta fiera que premedita por tanto año un crimen horrible, vaya a presidio; ¿quién podrá decir si no irá mejor a una curul o a la mismísima presidencia?...)

—Las compañías de seguros, "han declarado por medio de sus patronos jurídicos", que no pagarán un centavo a los fugitivos propietarios de las viviendas incendiadas, por no ser "exigible el seguro."

—Los dueños de tiendas y almacenes colindantes con las casas arrasadas, anuncian que comprarán esos terrenos y en ellos levantarán "anexos" bellísimos y modernos, a sus establecimientos mercantiles... ¡¡¡la comunidad se regocija por estas mejoras materiales!!!...

Leí hace poco en un periódico de México (ministe-

rial), que Justo Sierra, en su carácter de Subsecretario de la Instrucción pública, había pedido quién sabe cuántos miles de ejemplares de la obra,—notable por otra parte,—del profesor negro Booker T. Washington, que se intitula "De esclavo a Preceptor", con el objeto de declararla lectura de texto,—supongo que traducida al castellano,—en nuestras escuelas de primeras letras, y que aprendieran nuestros párvulos,—¡el porvenir de la patria!—cómo se practican la igualdad y la democracia en un pueblo libre... Y la cosa me pareció laudable.

Pero para que quede completa, habrá que añadir un libro II, por el estilo de las parrafadas que anteceden, que ponga la verdad en su lugar, y desengañar a nuestros entusiastas *yankófilos* que se pasman con estos individuos, por lo lejos que les resultan a pesar de la diaria comunicación de las vías férreas, y enseñar a nuestros párvulos, que aquí, como en cualquiera otra parte en que se padece de la misma enfermedad, hay un odio de raza, inextinguible, contra los negros; que los Booker T. Washington son la excepción, y los ajusticiados en la hoguera, en la horca, en las calles, en sus casas... a ciencia y paciencia de las autoridades, de la policía y del ¡¡¡Capitolio!!! ("la mayor altura americana"), la regla general. Por un Roosevelt que invita a su mesa y protege abiertamente (sus enemigos y opositores aseguran que también por ganarse en las próximas elecciones presidenciales los ¡9.000,000! de votos que forman la población "de color" de los Estados Unidos,) a un Booker T. Washington, hay en toda la Unión miles y miles de cadáveres de pobres negros ignorados, muertos a manos de

estos blancos que están siendo la admiración del universo, y que han sido, son y serán los implacables enemigos de cuanto no es ellos mismos, y de México, por cercano y codiciable, más particularmente...

12 DE MARZO.—Como de una cruel pesadilla deliciosamente artística, que me hubiese durado por tres noches consecutivas, salgo de la lectura de las "Confesiones de un inglés comedor de opio", por Th. de Quincey... ¡Con razón soñó lo que soñó, sobre que llegó a apurar, por varios días ¡¡¡ocho mil gotas de láudano, o sean seis vasos ordinarios!!!... Y vivió 75 años, fué casado, padre de familia...

Encantadora la descripción de su "*cottage*", que habitó después de Wadsworth; soberanas sus visiones asiáticas; espeluznantes las de los cocodrilos y demás monstruos; ¡formidable el libro entero! ¿Peligroso?... ¡puede que sí! Altamente dramático al narrar su mísero vivir abandonado, por Londres; dulcísima, la historia de sus castos amores con Ana la tísica, la prostituta de dieciséis o dieciocho años que lo salva de la inanición; historia que tan bien comenta Paul Bourget en sus "Estudios y Retratos", capítulo de "Los lagos ingleses." Soberbio de soberbia británica,—¡la mayor soberbia de las soberbias!—al enumerar las causas en que funda su profundísimo desprecio, y horror, por los chinos...

15 DE MARZO.—Comenzada, anoche, al acostarme,—única hora en que puedo leer,—la lectura de las obras completas de Edgard Allan Poe; seis gruesos volúmenes que me ocuparán qué sé yo cuántas noches...

18 DE MARZO.—Estupenda la gratuita y elocuente contribución con que el *"Washington Post"* de ayer, me obsequia en uno de sus artículos de fondo,—pág. 6, columna 2a.,—que se intitula: *"Respect for Law and Order."*

Substancialmente (que los curiosos acudan a la fuente, para eso determino el nombre del periódico y su fecha, etc.), es una respuesta a esta tremenda pregunta formulada por *"The Boston Herald"*, después de consignar el hecho de que las matanzas de judíos en Kishenef han alcanzado ya en Rusia la única solución civilizada y justiciera; sus autores e instigadores fueron descubiertos, juzgados y condenados, y como los Estados Unidos tanto gritaron contra ellas y hasta anunciaron que iban "a protestar oficialmente", *por humanidad* (?), dice:

"WILL THE POLICE AND COURTS OF "SPRINGFIELD, OHIO, DO AS MUCH? THE "INSTANCES WHEN AMERICAN MOBS OR- "GANIZED FOR RIOT AND MURDER CARRY "OUT THEIR UNLAWFUL PURPOSE WITH "COMPLETE IMMUNITY FROM PUNISH- "MENT ARE FREQUENT. MUST AMERICA "YIELD TO RUSSIA IN RESPECT FOR LAW "AND ORDER?"

Y el *"Washington Post"* contesta que no es lo mismo una democracia, como la de los Estados Unidos, que una autocracia como la de Rusia; que aquí, cada Estado es soberano y se manda según le pega la gana, y que los yerros,—¡grandísimos en ocasiones!—que cometen los componentes de la Unión, no dañan a la Unión entera, atento el hecho de que semejante unión

es la de ciudadanos libres que a sí mismos se gobiernan, aunque sujetos a un pacto que para ciertas cosas los liga a todos. Que en Rusia, el dispensador de justicias e injusticias, de premios y castigos, de obligaciones y derechos, es sólo un hombre (aquí, varias pesadeces en contra del pobre de Nicolás II), más sujeto a errar en lo que a sus súbditos se refiere, que en lo que se refiere a naciones extrañas...

... Qué sé yo cuánto más; un chorro de lugares comunes, del que se desprenderían, más bien, las excelencias de un régimen autocrático, supuesto que bajo su yugo, matanzas como las de Kishinef se reprimen o castigan, y las que aquí a diario se perpetran quedan impunes a pesar de la sacrosanta Democracia....

... Luego, las promesas de siempre: que andando los años vendrá el mejoramiento y el perfeccionismo absoluto; que éste es el mejor mundo de los mundos posibles, con defectos y todo, y que, etc., etc.; los *kiries* con que estos individuos vociferan la egolatría incurable de que padecen.

Y concluye con las siguientes confesiones,—¡preciosas por mil títulos!—que ojalá sean leídas y releídas y aprendidas de coro por los innúmeros "yankófilos" de nuestra Hispanoamérica:

"... There is nothing to be gained by denying
"OUR SHORTCOMINGS. We are WOEFULLY
"and SHAMEFULLY deficient in the administrat-
"ion of our criminal laws. The deficiency is not con-
"fined to the HORRID CRIMES OF 'MOBS OR-
"GANIZED FOR RIOT AND MURDER', MANY
"AND GREAT AND INFAMOUS as they are. The
"trouble extends to other murders and to less ser-

" ious crimes. Our record in this respect—our aggre-
" gate of UNPUNISHED CRIME—¡¡¡¡¡¡EXCELS
" THAT OF ANY OTHER CIVILIZED NATION
" ON THE GLOBE"!!!!!!...

Conque, queda declarado, y por el periódico capitalino que se precia de inspirarse y reflejar la información y la verdad oficial, que este país,—no obstante que el articulista después de su confesión agrega: ser extraordinario que contra lo que era de esperar, dados semejantes antecedentes y radicales vicios, vaya esta nación a la cabeza del universo en industria, comercio, agricultura, etc., etc., etc.,—queda declarado, repito, que el total de CRIMENES IMPUNES en los Estados Unidos, ¡¡¡EXCEDE AL DE CUALQUIERA OTRA NACION CIVILIZADA DEL GLOBO!!!...

¡Después de esto, el caos!

19 DE MARZO.—¿Sentimentalismo?... bien puede ser.

Por segunda vez voy esta tarde en tranvía hasta *Anacostia,* del otro lado del *Potómac,* el humilde barrio de los menesterosos de Wáshington. Estas barriadas de las grandes ciudades, en las que se refugian los pobres francos y los pobres vergonzantes,—¡más pobres éstos que aquéllos!—siempre me han atraído; ¡ve uno tántas caras raras y adivina tántos calvarios de almas y de cuerpos!...

Entre los chiquillos que juguetean libremente por el arroyo de las calles, a pesar de que continúa el frío de este invierno prolongadísimo y excepcional, que comienza a extinguirse, domina, como en muchas par-

tes de los Estados Unidos, el tipo italiano, bello, bello, eternamente bello.

Los italianos son "los garañones" modernos, los generadores de las buenas razas; están poblando el Nuevo Mundo,—Estados Unidos y Argentina,—y quizá parte del Viejo. Son inagotables, sucios, ignorantes, viciosos; se alardea de despreciarlos como inmigrantes, y ellos se vengan inyectando sangre latina en hembras fecundas, engendrando rapaces escultóricos, hermosos, fuertes, que allá van ¡a todas las conquistas! con el indeleble sello de su *eugeneia* inmortal, mal que pese a los sajones y a los adoradores de los sajones.

24 DE MARZO.—Aviso telegráfico, de México, de que mi hermano José María y mi sobrino José Joaquín se hallan en camino de Nueva York.

El solo aviso me mejora de mis achaques neurasténicos.

25 DE MARZO.—A Nueva York, a esperar a mi hermano y a mi sobrino.

28 DE MARZO.—Regreso de Nueva York, saboreando el dulcísimo dejo de la charla íntima con Pepe y su hijo; ordenando todo lo oído y todo lo comentado en este par de días, en que ellos y yo hemos padecido de aguda hemorragia de ideas y caricias...

Destruyo el tedio de las seis horas mortales del camino de hierro, con la lectura del libro de un argentino, Bunge, que se intitula "Nuestra América", acerca del cual no es difícil que hable yo en estas pá-

ginas, pues dipútola de obra falsa y honrada, más honrada que falsa.

30 DE MARZO.—¡Ah, las revelaciones de las grandes ciudades! No he podido olvidarme de lo que en Nueva York me dijo, casualmente, persona bien informada, de cuya veracidad no puedo dudar, algo extraordinario y poco conocido de los mexicanos; una pregunta formidable, cuya respuesta no seré yo quien a darla se atreva, pero cuyos términos,—en sus dos supuestos posibles,—sí quiero hacer del dominio público, por lo que nacionalmente nos importa que la verdad se esclarezca, cuando estas pobres hojas vean la luz.

Trátase de averiguar el paradero de lo que don Sebastián Lerdo de Tejada, durante sus seis o siete años de destierro voluntario en Nueva York, se supone que dejó escrito para la posteridad. De que algo escribió, no cabe la menor duda; testigos hay que materialmente lo vieron escribir con tesón manifiesto. Su ayuda de cámara, que con él compartió el destierro, afirma el propio hecho: ¡el señor Lerdo escribía a diario!

Cuando el señor Lerdo pagó en tierra extraña su tributo corporal a la naturaleza, el entonces, y ahora todavía, Cónsul General de México en Nueva York, doctor don Juan N. Navarro, en el ejercicio de sus atribuciones oficiales, se incautó de todo lo que dejaba el ilustre difunto "*sin encontrar ni asomos de manuscritos,* de memorias, autobiografía, historia o cosa semejante." Y de lo que haya afirmado don Juan N. Navarro no puede dudarse, pues su honorabilidad se

halla por encima de discusión y de duda. ¿Qué se hicieron, pues, esos papeles?...

A poco de la muerte del señor Lerdo, su camarista superviviente fué a México, "en donde, según ha dicho, se le ofrecieron algunos empleos modestos que a él no le convino aceptar", y regresó a estos Estados Unidos, en los que vive, casado y no en la abundancia...

Lo que me dice, al llegar aquí, la persona que me ha ministrado lo que antecede: una de dos, o los manuscritos fueron entregados por el camarista,—único en el mundo (dentro del más estrecho cálculo de probabilidades,) que sabiendo su existencia y su especial importancia *puede* haberse adueñado de ellos, al Gobierno, de manera absolutamente secreta, o los entregó, también bajo el mayor sigilo, al señor don Angel Lerdo de Tejada que fué el principal de los herederos de su hermano don Sebastián...

En el primer caso, el camarista es un camarista infiél, es decir, común y corriente, ni peor ni mejor que los millones y millones de camaristas que andan por el mundo; en el segundo, es un hombre de excepcional fidelidad, que merece por su raro comportamiento los respetos de cuantos conozcan el hecho!

Mas en uno u otro caso, ¿en dónde están los manuscritos?...

Téngalos el Gobierno de la República, o el señor don Angel Lerdo de Tejada, a ninguno de los dos pertenecen, pertenecen al país a que el autor los destinó; y lo mismo el señor don Angel Lerdo que el Gobierno, tenían, en conciencia, la obligación de restituirlos a su legítimo dueño.

9 DE ABRIL.—Se necesita haber salido con bien de uno de estos inviernos implacables y prolongados de los Estados Unidos; de uno tan excepcionalmente crudo como el que acaba de extinguirse—sin ejemplo en ¡35 años! según las estadísticas de la prensa—para gozar y *sentir,* como yo he gozado y sentido con los primeros brotes de las matas y de los árboles, del césped de los parques y de las flores de las plantas, que, diríase, alguien las colocó anoche, con la mano, para dar hoy la sorpresa. Pálpase entonces que, de veras, la primavera es la resurrección, la vida que torna engalanada y sonriente.

¡Es bello y es grande vivir!

11 DE ABRIL.—Una buena noticia: ayer quitaron a mi perro "Potómac", en plena calle de esta culta ciudad-capital del país más culto de la tierra, el collar que, con candado, portaba al cuello. La noticia me parece buena por lo que equipara mi ciudad de México a ésta, no mía, ciudad de Wáshington. ¿Que allá hay muchos rateros?... ¡Pues acá lo mismo, y a mano, mundo!

16 DE ABRIL.—Así había querido conocerla y visitarla, por sorpresa. Vagando por las calles a la buena de Dios, como casi todas las tardes vago después de la oficina, con mi mujer y con mi hijo; y más estas tardes en que la primavera, recién nacida aún, convierte nuestro vagar en una callada fiesta admirativa para nuestros cuerpos friolentos de tropicales y para nuestros tristes mirares de desterrados, de repente nos hallamos en la "*Mount Vernon Square*", en cu-

yo centro se alza, simpático y noble, el monumento nuevo de alba cantería...

—¿Qué edificio es ése?—le pregunto a un chico que conduce de la mano su bicicleta, mientras con la otra engulle, a dentelladas casi feroces de puro infantiles, una manzana madura y mora que lo empapa de jugo en los labios sanguíneos.

—La biblioteca pública... la que regaló a Wáshington Andrew Carnegie...

Y no aguarda mis agradecimientos—aquí no se fingen esas cosas como entre nosotros,—arrea su máquina y le pega nueva dentellada a su poma.

Nosotros penetramos al establecimiento que a sí mismo se intitula:

"A UNIVERSITY FOR THE PEOPLE"

Eso es, en efecto, una universidad para el pueblo, majestuosa, de poco más de un año de edad y poco más de 100,000 volúmenes a ella donados por particulares, empresas periodísticas, casas editoras, oficinas del gobierno, etc., etc.; con dos novedades a cual mejor: la una, que puede uno sacar libros y llevárselos a su casa, previos determinados requisitos, y la otra, que existe en su seno un amplísimo departamento consagrado sólo a los niños, subdividido en dos: el primero para párvulos, y el segundo para niños más crecidos, ¡hasta de 16 años!...

Resulta tierno ver tanta cabecita rubia que contempla estampas, o deletrea, o lee ya de corrido, inclinadas sobre mesas pequeñas... los asientos son también bajos, y las estanterías... Las vigilantes y encargadas son todas mujeres, que hasta sonríen frente a

esta especie de juego sublime: que la niñez cobre amor a la lectura...

¡Vi dos chiquillas negras!...

En cuanto se enteran de que soy extranjero, me suministran cuantos datos solicito, me obsequian con un álbum de vistas del edificio, me ofrecen entrevistas con los directores para que me enteren ampliamente, se excusan de que en el piso superior estén ahora en reparaciones que me impiden contemplar el gran salón de conferencias, me ruegan que vuelva, cuando guste...

¡Pues ya lo creo que volveré, y muchísimas veces!

El caballero escocés, Andrew Carnegie, que en los EE. UU. enriqueció, lleva regalados al universo para obras de esta índole,—es su especialidad, las bibliotecas,—y para las que tienden a conservar la paz universal, la friolera de ¡¡¡ciento y tantos millones de dólares!!! Ha hecho pública, además, esta declaración:

—"¡¡¡EL RICO QUE MUERE RICO, MUERE DESHONRADO!!!"

¿Qué le costaría al señor Carnegie asomarse por México y dejarnos un recuerdo de estos?...

Fuera de honrosísimas y contadísimas excepciones, según la teoría de Carnegie, ¿cómo debemos declarar que mueren nuestros ricos, nuestros *pobres* ricos? ¿honrados...?

30 DE ABRIL.—En la Casa Blanca, a presenciar la apertura de la Exposición de St. Louis, que desde aquí abre Roosevelt oprimiendo un botón eléctrico delante de los representantes de casi todas las Potencias...

Ni asientos para las damas ni atenciones para los hombres: un discurso presidencial, himno yanqui, veintiún cañonazos, y que Uds. la pasen... ¡como puedan!

1.º DE MAYO.—Leyendo un estudio médico-psicológico del doctor francés Gastón Lougue, sobre Teodoro Mikailovith Dostoievski, al concluir la lectura del voluminoso *"Journal d'un Ecrivain"*, del eslavo admirable, me encuentro con que, en ruso, a nuestra *nana* se la llama *niania.*

Van dos semejanzas entre ambos idiomas: el otro día, *karacho,* hoy, *niania.*

También me entera este "estudio" de que, por miseria, Dostoievski jugó en *Baden-Baden,* hasta las enaguas de su segunda esposa....

Mi sobrino Pepe, que desde hace cosa de un mes se encuentra conmigo, me lee esta noche, su nuevo drama "El hogar"; un drama que, o mucho me engaño, o ha de ser su mejor obra y una de las pocas buenas y artísticas de nuestro raquítico teatro nacional. Tiene un final soberano, a la Ibsen.

4 DE MAYO.—¡Tres años hace hoy de mi noche memorable!... Realízase la predicción del señor Mariscal:

—"Cuando todos se hayan olvidado del suceso,
" Ud. continuará recordándolo; y eso será a la vez
" el castigo y el remedio!..."

5 DE MAYO.—Otro aniversario: Hoy hace doce años que dí principio a este diario, que, sólo la muer-

te o alguna enfermedad que materialmente me impidiese escribir, truncará ya...

8 DE MAYO.—Al escuchar en la misa cantada a que asisto en el templo católico de San Mateo, con qué entonaciones gloriosas se esparcen por la anchura de las naves y de las bóvedas los cantos sacerdotales en latín, que las voces del coro, acompañadas por al órgano, contestan en el propio idioma; idioma y cantos que han sobrevivido al tiempo y a los odios y a las persecuciones y a las vicisitudes, pienso en que, de veras, existen las razas inmortales e imborrables, las razas que perduran por la lengua y por el alma ¡por el alma sobre todo!...

La raza latina es eterna, y la religión católica,—¡que es coraza y su custodia!—también es eterna:

—*¡¡¡Per omnia saecula saeculorum!!!...*

Así lo cantan, a los tántos siglos, las voces sajonas; así lo comprueban en este instante, Francia e Italia, dándose a la faz del universo el sacrosanto ósculo de la reconciliación y de la conciencia de su espíritu imperecedero.

9 DE MAYO.—Me llega de México,—después de una larga e injustificada interrupción de varios meses,—el número de la ''Revista Moderna'', correspondiente al mes de abril. Ya ostenta la forma de ''*magazine*'' de los Estados Unidos, es decir, ya perdió su fisonomía propia y en cambio ha adquirido la de imitación torpe. Pero luce algo peor, un título que jamás se ha aplicado a literatos ni a letras: Jesús Urueta, que antes figuraba de jefe de la redacción, ha sido ascendi-

do ¿a qué?...—preguntarán Uds.,—pues nada menos que a "¡¡¡*CONSULTOR* LITERARIO Y ARTISTICO"!!!...

Con canibalesca complacencia, algunos diarios de México ("El Mundo", "El Imparcial", "El Popular", etc.,) vienen llenos de copia de detalles y de grabados bárbaros, a propósito del fusilamiento de un soldado, efectuado hace poco en nuestra culta (?) capital...

No sólo no se censura la aplicación de la incalificable pena de muerte ¡nó! sino que por sacar más miserables cuartos, se halagan los malos instintos de los muchos que todavía en muchas partes tienen de oráculo a los periódicos... hasta los últimos pormenores, los gestos del ajusticiado (!), las lágrimas de su familia, los instantes postrimeros, etc., etc.... Una delectación sanguinaria y hienesca, de periodistas (???) sin pizca de sentido moral, acariciando la parte rudimentaria de un pobre pueblo que, quizás, podría aprender a mirar hacia arriba...

11 DE MAYO.—¡Qué contraste!

Una revista que se publica en castellano, en París, dice:

" MEXICO.—Contra el idioma nacional.—A juz-
" gar por la aseveración de un colega, el ministerio
" de instrucción pública de la Federación pretende
" que los alumnos procedentes de colegios ingleses
" sean examinados en su idioma para ingresar en los
" colegios mexicanos.

" Es elemental que en cualquier país se observe de

" preferencia su propio idioma; ya por imposición o " como una necesidad derivada del derecho de propia " subsistencia.

"De cualquier modo, el idioma de una nación es de " carácter oficial. Los exámenes, entretanto estén su- " jetos al régimen de autoridad los establecimientos " de enseñanza, son evidentemente también actos ofi- " ciales.

" Aparte de las dificultades que tendría la necesi- " dad de que los profesores de distintas materias fue- " sen nativos ingleses o norteamericanos, para con " más pureza poseer el idioma, constituirá esa medi- " da un flagrante atentado contra el idioma propio.

" SIGUIENDO ASI Y HACIENDO DESAPA- " RECER GRADUALMENTE LOS GRANDES " DISTINTIVOS DE LA NACIONALIDAD, NO " SERIA EXTRAÑO QUE HASTA LA IDEA DE "EXISTENCIA SOBERANA E INDEPENDIEN- " TE VAYA EXTINGUIENDOSE." (1)

(La cosa, aunque desatinada a todas luces, no me sorprendería que en hecho se convirtiera; pues en esta materia, mal andamos: a nuestros gendarmes se les exige que aprendan a hablar en inglés.)

En cambio, he leído en un periódico yanqui de estos últimos días, que el afamado pianista Paderewzki, en los recitales que acaba de dar en San Petersburgo, ha tenido una serie de triunfos tan extraordinarios, que el Czar en persona, ¡¡¡el Czar de todas las Rusias!!! quiso felicitarlo directamente después de uno de ellos.

---

(1) "Revista Latino-Americana", París: 30 de abril de 1904.

El artista compareció ante el autócrata, quien se dignó significarle, más o menos:

—" Felicito a Ud. por su legítimo triunfo y me fe-
" licito a mí mismo, porque un ruso posea facultades
" tan asombrosas..."

—" Perdone V. M.—interrumpió el "virtuoso",—
" ¡pero yo soy polaco!"....

Y un úkase imperial ha declarado proscripto para siempre de *todas las Rusias,* al *irreverente* pianista.

Lo siento por Rusia.

¿Si nosotros dijéramos también al que lo ignore, finja ignorarlo o no quiera saberlo, que somos mexicanos y mexicanos moriremos?....

¿Si frente a *cualquier poder* y en *cualesquiera circunstancias* nos condujésemos como el grande artista sin patria, nosotros, que la tenemos todavía?...

12 DE MAYO.—Acabo de releer—cuando por primera vez lo hice era yo un muchacho,—*"Il Signor Io",* de Salvatore Farina, adaptado al francés y publicado en 15 folletines de *"Le Figaro"* por Pierre-Paul Plan.

¡Qué sencillo, qué tierno y qué artístico! ¡Ah, italianos!...

20 DE MAYO.—¡Honda desgarradura afectiva que me produce la lectura de una carta horrible!...

Depresión y tristeza, de que nuestras llagas humanas sean incurables.

22 DE MAYO.—Inopinadamente,—aunque no inesperadamente,—viéneme hoy el argumento de un drama, que hace diez años, desde la representación de "La úl-

tima campaña'', estoy buscándome en el cerebro. Viene tal y cómo yo lo quería: a favor de nuestros desheredados, totalmente nacional, azotando en plena cara no sólo a nuestras clases privilegiadas ¡que tánto se lo merecen! sino también a todas nuestras otras clases (!), ¡que quizá se lo merecen más!

Lo bautizo en seguida, durante los momentos inefables que preceden a la formación material y siempre imperfecta de los hijos del ingenio, que, mientras no los echamos sobre el papel, se nos antojan—y tal vez lo sean entonces,—la obra maestra, perseguida desde los comienzos, y por maestra nunca realizada a la entera satisfacción del autor.

Lo bautizo, mientras sus tres actos se esbozan en mi mente; y su título me suena a himno de purificación y de castigo, se denominará: LA VENGANZA DE LA GLEBA.

23 DE MAYO.—Principia el nacimiento de mi drama ¡con cuántos trabajos!...

Después de una labor del día íntegro, apenas si doy término a la escena primera.

1.º DE JUNIO.—Acabé anoche el primer acto de mi drama, que, en lectura, se lleva bastante más de tres cuartos de hora.

6 DE JUNIO.—Aquí en los EE. UU., todo es grande, lo bueno y lo malo: el territorio; los pobladores de uno y otro sexo; las funciones de los elementos; el clima; la fauna y la flora,—¡hasta las domésticas!—los crímenes y las virtudes, los defectos y las calidades...

Ya tenemos el verano encima; un verano implacable y capaz de tostar al africano más africano de Africa ecuatorial,—temperatura variable durante estos tres últimos días, ¡¡¡entre 72 grados Fahrenheit, mínima, y 98 máxima!!!—y anoche y antenoche, la ciudad envuelta en rayos ¡qué tempestad! como no la había yo sufrido nunca, ni en los trópicos.

7 DE JUNIO.—Principio el acto II de ''La venganza de la gleba'' y termino la escena primera.

10 DE JUNIO.—Después de 2 meses exactos de vivir conmigo, hoy se marcha a Nueva York mi sobrino José Joaquín, para reunirse con su padre.

11 DE JUNIO.—Asistí ayer a una recepción en la Casa Blanca, para la que había invitado desde hace varios días la esposa del presidente Roosevelt, con objeto de festejar a 45 filipinos que vienen de su archipiélago, comisionados para representarlo en el certamen universal de *Saint Louis Missouri.* Casi todos son funcionarios; hay muchos jueces, doctores, *ct sic de coeteris,* son gente de razón, vamos al decir.

La recepción, de las pocas de veras agradables a que he concurrido en la mansión presidencial; con un gran lujo de uniformes militares y marítimos ¿somos o no somos una de las primeras Potencias del universo-mundo?... (hablo por los Estados Unidos, ¡conste!)

¿Y saben Uds. cómo fué el envío de mis 45 filipinos, agasajados y deslumbrados con tanto galón y tanta rubia encantadora y tanto erguido *gentleman* y tanto representante diplomático, al concluir la brillante fies-

ta dada en su obsequio?... ¡Parece mentira! Empaquetados, a pesar de sus chisteras y levitas, a pesar de sus títulos y doctorados universitarios, a pesar de ser los nuevos hijos de esta nación *civilizatriz,* empaquetados por grupos de a 14 individuos, dentro de infectos ómnibus de alquiler, tirados por mulas; y el último grupo ¡oh, ignominia! ¡oh, inutilidad de los centenares de millones ahorrados en la Tesorería! ¡oh, desprecio infinito para estos recién nacidos a la vida del derecho, del respeto y de la justicia, por obra y gracia de los Estados Unidos! el último grupo fué empaquetado dentro de un carretón de expreso ¡como suena! con rótulo y todo: *"The Geo. W. Knox Express Company"*....

15 de junio.—¡Ah, país trágico, trágico, trágico, en el que hasta la muerte es grande!...

Antes del mediodía de hoy, salió a luz el fatídico *"Extra Post"*, anunciando la espantosa catástrofe ocurrida a bordo del vapor de excursiones *"General Slocum"*, que se incendió y se fué a pique en el río del Este... Detalles horribles, y muchos: era una excursión de placer; unos mil seres pertenecientes a la iglesia evangélica luterana de San Marcos, que con su pastor y todo, iban a un *picnic,* ¡muchísimas señoras, muchísimos niños!... Y hasta estos momentos, se sabe que entre cadáveres y desaparecidos el número de las víctimas se eleva a casi ¡¡¡500!!!...

16 de junio.—Termino el acto II de "La venganza de la gleba."

17 DE JUNIO.—¡Abajo caretas! El Departamento de Estado, aquí, ha expedido una circular que *debe* espantarnos a todos los países hispanos del Continente: a partir de su fecha,—creo que es de anteayer,—las embajadas, legaciones y los consulados de los Estados Unidos en todas las muchísimas naciones en que los hay, no se denominarán ya "Embajada de los Estados Unidos en...", "Legación de los Estados Unidos en...", "Consulado general, o particular, o agencia consular de los Estados Unidos en...", sino "EMBAJADA, LEGACION O CONSULADO DE *AMERICA* EN..."; porque, reza la circular, "hay dignidad y sencillez en el término AMERICA, y porque, habiendo algunos otros países americanos que también se llaman Estados Unidos de ésto o de aquéllo, ¡¡¡las naciones extranjeras quedan expuestas a confusiones!!!"

¡El principio del fin! Ahora es el despojo de un nombre que a todos por igual nos pertenece, ¡mañana será el despojo de la tierra!

Sigamos, pues, en toda Hispanoamérica brindando facilidades a estos místeres; sigamos dándoles la bienvenida con concesiones, contratas y *ainda mais*... ¡ya nos saldrá a la cara, más de lo que ya nos ha salido!

18 DE JUNIO.—Nuevos detalles acerca del siniestro del "*General Slocum*". Las víctimas montan al ¡¡¡millar!!! y se cree que aun haya mayor número.

Que el Gobierno Federal va a tomar cartas en el asunto, y a castigar a los que resulten responsables; pues, entre otras cosas, hemos salido con que los sal-

vayidas a que los pasajeros echaron mano, se hallaban "podridos y se deshacían al estarlos fijando..."

¿Y a tantos y tantos que en estos instantes y por tiempo indefinido lloran el desaparecimiento trágico, —¡por causa punible!—de los más amados de su alma: los hijos, los padres, las esposas, para qué les sirve que ahora se castigue a los criminales que por el morboso afán de lucro que reina en este país, no cumplieron con determinadas prevenciones de policía, y por ahorrar el gasto, verbigracia, de renovar la dotación de salvavidas, son los causantes de la muerte de más de mil almas?...

27 DE JUNIO.—El "Herald" de Nueva York anuncia que anoche, dentro de cerrado y custodiado recinto en los campos de la Exposición de Saint Louis, Mo., —¡los custodios eran *Guardas de Jefferson!*—manos criminales, "vándalos" *(sic)*, rasgaron con navaja en varios lugares, el globo dirigible que desde París trae consigo el aeronauta brasileño Santos Dumont, para concurrir al concurso de navegación aérea que de aquí a dos semanas habrá de efectuarse en Saint Louis: premio al vencedor ¡¡¡$200,000!!!...

Agrega el diario neoyorkino, que a pesar de los grandes esfuerzos desplegados por las autoridades y por la policía, no ha sido posible dar con los "vándalos"... Y que Santos Dumont, al ver su globo inutilizado, lloró.

—¡Córcholis!—esto lo digo yo,—¡lloraría una beata de medias negras!...

Si estos *vándalos* llegan a perpetrar su fechoría en cualquier otro país menos civilizado (?) y menos mo-

ral (???) que la Gran República, ya no habría por dónde coger a éste, y ya se le estaría compeliendo ¡por la fuerza! a que entonara un grandísimo ''*mea culpa*'' y a que indemnizara al perjudicado, hasta en la cuarta generación de herederos.

¿Cuánto apuestan Uds. a que para el remoto caso en que se descubra a los ''vándalos'' prófugos, éstos resultan extranjeros?...

28 DE JUNIO.—Termino de escribir ''La venganza de la gleba.''

Ahora sólo falta que después de mi esfuerzo, o no pueda yo al fin arreglar mi viaje a México para el mes que entra, o aunque lo arregle, a mi llegada allá, la compañía dramática de Pancho Cardona haya concluído su temporada, y no pueda o no quiera representar mi pieza.

¡Todo es posible!

3 DE JULIO.—Termino la copia, a máquina, de mi drama.

5 DE JULIO.—¡La nota que me faltaba en esta opulenta ciudad vanidosa!

Casi al fondo de la ancha y mercantil avenida de *Pennsylvania,* a donde voy en busca de un encuadernador barato para el ejemplár de mi ''Santa'', me hallo con que mi artesano,—que, entre paréntesis, trabaja a maravilla,—tiene su taller en el cuarto piso de un edificio menguado y sombrío, con escalera mugrienta y carcomida de años y polilla, que me da gusto trepar ¡sí! positivo gusto; necesitaba que también

aquí, como en Europa, existieran estas madrigueras. En cambio, el taller, arriba, al que llego medio sofocado, espacioso, lleno de obreros y de trabajo, hecho un invernadero con la moderada temperatura de hoy: ¡¡¡99 grados Fahrenheit!!!...

Según diarios de México, salió verdad mi temor: la temporada teatral de Pancho Cardona, allá, en el Teatro del Renacimiento, se clausurará el próximo día 15. ¡Quién sabe cuánto tiempo irá a dormir mi drama concluído, y copiado, en un cajón de mi mesa!...

11 DE JULIO.—¡Todo abajo!

No puedo, a pesar de la licencia que solicité y obtuve, ir a pasar dos meses en México. Y preocupado, aterrado más bien dicho, a causa del verano que tiene convertida en ciudad-horno a esta ciudad-capital de los Estados Unidos, a toda prisa, sin orden ni concierto, póngome a pedir informes y precios en los lugares de veraneo que no son de alto tono.

Admírame y consuélame, porque algo quiere decir, la conformidad con que pronto me resigno a poner buena cara al mal tiempo.

Problema: ¿Cómo, cuándo y dónde se representará "La venganza de la gleba"?... Los diarios de México impónenme de que Pancho Cardona, con lo más granado de su compañía y todo su riquísimo decorado, se va a España, a Madrid, asociado a Emilio Thuillier, a trabajar en el Teatro de La Princesa; que luego, harán una jira teatral por Zaragoza, Barcelona, etc., y, por remate, se lanzarán, juntas siempre las dos compañías, hasta Buenos Aires.

¿Si "La venganza de la gleba" pudiese ser representada por primera vez en teatro madrileño?...

15 DE JULIO.—Despiértame, a las 5 y ½ de la mañana, el ingrato concertante de las primeras cigarras.....

¡El termómetro, a 92 grados Fahrenheit!

¡Oh, Grecia!

17 DE JULIO.—Arreglada nuestra *villegiatura,* en Atlantic Highlands, como el año pasado.

20 DE JULIO.—Viaje e instalación en *Atlantic,* en un *cottage* superior al que habitamos hace un año, más grande, más cómodo, pero inferior en situación: no se ve el mar; está enclavado en el centro de un macizo de árboles, pleno bosque; tiene piano, para endulzar las noches; lleva el nombre del propietario, se llama *"Patterson's cottage."*

21 DE JULIO.—Madrugada. Quietud corporal, de varias horas, en el portal *(porch)* de la casa, aspirando, saturándonos de oxígeno... Más tarde, primer baño en el mar, que me rinde a causa de los esfuerzos de la natación... Después del almuerzo, al compás de los tumbos oceánicos que desmayadamente vienen a acariciar mi oído por entre pinos y castaños; casi ensordecido por el insolente cantar de las cigarras; perdido en este rinconcito encantador de este balneario diminuto, que, a su vez se halla perdido en esta costa inmensa, la que resulta bien poca cosa en comparación a todas las costas de todos los continentes; continen-

tes y costas que nada valen, ni sumados, ni elevados a la vigésimaquinta potencia, si se los compara al Resto, a lo que no vemos, ni comprendemos, ni sospechamos; es decir, convencido de que no soy nada, nada, nada ¡absolutamente nada!... de leer en los periódicos llegados anteayer de México y que conmigo me traje, el resultado de nuestras elecciones (???!!!) nacionales, la serie enorme de fraudes, bajezas, envilecimientos, discursos vacuos, ignaros, rampantes... todavía me siento, solo yo y valiendo tan poca cosa, más, mucho más ¡incomparablemente más! que el grotesco conjunto de individuos, actos y palabras de mi tierra. La triste lectura—¡y qué triste, Dios mío!—oblígame a encoger los hombros y a sonreír compasivamente, con sólo una pregunta mental que me aterra:

—¿Si por cualquiera causa posible: mal comportamiento mío, un capricho de alguno de tantos como arriba me quedan, etc., me arrebataran de súbito este remedo de independencia espiritual y corporal en que tan a gusto vivo, y me arrojaran, inerme como estoy para luchar por la vida, en el medio aquel, que defectuoso y todo, es el mío, lo fué de mi padre y lo será de mi hijo, ¿no estaría yo obligado—por instinto de conservación—a conducirme igual o más bajamente aún de cómo se conducen los que ahora censuro?... ¿no en todas partes, estos grandes EE. UU. inclusive, las cosas pasan lo mismo más o menos?... ¿no los dioses ha tiempo que se fueron de Grecia, y de Roma, y del mundo?...

Y para huír a la despiadada respuesta que se im-

pone, abro el tomo V de las obras completas de Edgar Allan Poe,—que vengo leyendo hace meses,—y me encuentro con la declaración siguiente:

"No me avergüenza el confesar que prefiero Vol-
"taire a Goethe...."

El dueño de mi *cottage,* Mr. Patterson, que es aquí nada menos que el encargado de la estación del *"New York Yacht Club",* invítame a pasear en esta apartada bahía *(Sandy Hook Bay)* a bordo de su lancha eléctrica *"Commodore Rowe"...* Y me echa a perder, sin quererlo, lo delicioso de la travesía y del crepúsculo, con las necedades de su charla; necedades característica y universalmente yanquis, que sólo contesto, ocultando el mal humor que me originan, con monosílabos escupidos sobre las olas, por encima de uno y otro bordo de la gallarda lancha que nos conduce recta y temblorosa, a razón de 8 nudos por hora:

—"Yo admiro mucho al presidente Díaz" (pronuncia Dáias.)

— ...

—"¿No mira México con aprensión, nuestra ida a Panamá?... ¡lo hemos encerrado!" *(y sus manos, apartándose del timón, se juntan y forman un círculo constrictor, de serpiente boa.)*

— ...

—"Nosotros tenemos muchas responsabilidades para con el mundo"....

— ...

—"¡Nosotros respondemos por toda la América"!

— ...

—"Pero nosotros la defendemos de Europa."

— ...

—"Ya ve Ud. lo que hemos hecho de Cuba."

— ...

—"México ha progresado mucho, y a nosotros nos alegra, le vendemos cuanto necesita."

— ...

—"Nosotros no queremos territorio..."

— ...

—"Y Uds. ¿educan tan bien como nosotros?..."

— ...

Mete su cucharada, asimismo, en el problema de la Iglesia y el Estado, con la arrogante ignorancia y el insoportable aplomo sajón.

Paso las de Caín...

Por dicha, hemos regresado a su muelle; atracamos, y tengo que darle las gracias. Me invita, con sincera cortesía, a que siempre que yo lo desee venga a embarcarme con él:

—Iremos mucho más lejos,—añade.

Resuelvo no aceptar, que con la *distancia* recorrida hoy en tres cuartos de hora, hállome satisfecho...

Acuéstome, pensando en "Reconquista"; en que aquí la comencé; en que hace un año que no doy plumada en ella, gracias a la embajada ¡que Dios confunda!; y en que es fuerza que aquí crezca dos capítulos siquiera...

23 de julio.—Atácame uno de los agotamientos totales, con calentura y todo, de que padezco periódicamente.

25 de julio.—Lxxx G. Lxxx, recién llegado de Mé-

xico, y no obstante que es por herencia y por hábito propio, un ''reservado'', almuerza con nosotros y cuéntame, a propósito de dos o tres casos, el alarmante estado político-social en que el país entero se debate; no hay idea de lo que allí ocurre; hay que verlo, que verlo y que escapar...

Siempre que oigo estas cosas, éntranme ganas de que se me prolongue el destierro; aquí, siquiera, vivo con una tranquilidad y una independencia—de opiniones, y de pensamiento, sobre todo—grandísimas.

27 DE JULIO.—Mejorado; vuelvo a mis baños de mar, de los que es fuerza que saque la ídem de que he menester.

Por la tarde, avanzo mucho en mi próximo libro, en el cap. II de ''Reconquista'', principiado en este mismo pueblo el 31 de julio del año pasado, e interrumpido en Wáshington desde el 18 de marzo.

28 DE JULIO.—Sigue avanzando mi cap. II.

Secretas esperanzas de que Pancho Cardona, a su paso para España, se detenga en Nueva York, y yo pueda leerle mi drama, y él se lo lleve con el compromiso solemne de representármelo por dondequiera que vaya.

29 DE JULIO.—Quinto cumpleaños de mi hijo. Cuántos anhelos amantes...

31 DE JULIO.—Termino la lectura de las ''Almas muertas'', de Nicolás Gogol, el famoso novelista ruso que escribió por los años de 1830 a 1850. Mientras

más leo a los grandes escritores de aquel imperio, más parecidos descubro entre los rusos y nosotros los mexicanos, y más descubro también ¡ay! que los rusos son unos perfectos salvajes en todos sentidos.

1.º DE AGOSTO.—Por la mañana y por la tarde de hoy, conságrome al cap. II. de "Reconquista", teniendo que vencer un desaliento grandísimo y justificado. ¿Para qué empeñarme en escribir libro tras libro, si mientras más avanzo en mi obra, más intentan los periódicos y los críticos (?) de mi tierra, un desconsolador vacío al rededor de ella y al de mi nombre literario?... Ahí está "Santa", que no sólo ha sido muy leída, sino muy gustada por profesionales, por *amateurs* y por el vulgo, ¿qué satisfacción directa y positiva me ha proporcionado?... Ni siquiera la de un rendimiento monetario aceptable, que ésta es la hora que no me llega ni un solo peso... ¿A qué, pues, empeñarse y poner la salud y los cinco sentidos en mi pobre obra, sin cesar creciente, y superior en cantidad y cohesión, a lo menos, a la de todos mis *dévanciers,* con excepción de José T. de Cuéllar?...

—¿Quién representará mi drama?...

—¿Quién editará mi "Reconquista"?...

—¿Quién dará a la estampa los tres primeros volúmenes de la primera serie de "Mi Diario", que desde hace tantísimos años vengo escribiendo?...

Y la verdad es que no me seduce, al cabo de siete libros publicados y de más de tres lustros de hallarme pegado al yunque, pasar a la categoría de autor inédito...

Ello no obstante, siento que si dejara de escribir,

mi vida carecería de objeto y se me iría por quién sabe dónde, perpetrando qué sé yo qué cosas...

Zapatero, a tus zapatos.

2 DE AGOSTO.—Cada día mejora la cosa y aumenta la moralidad en este poderosísimo país. Ya está pactado un encuentro para disputarse el "campeonato del mundo" entre dos púgiles: Corbett, el vencedor del año pasado, y un tal—este "tal" va sin malicia—Munroe; la lucha será a fines de mes, en la ciudad de San Francisco de California.

Y en las goteras de Chicago, tres valientes detuvieron y saquearon un tren de vapor, hiriendo a dos pasajeros...

En un periódico de hace pocos días, leí un artículo que se intitulaba: "Diferencia de Civilizaciones: Guerra en el extremo Oriente y Exposición Universal en "*Saint Louis Missouri*"... Uds. dirán lo que gusten.

Yo, en vez de decir nada de mi propia cosecha, limítome a transcribir autorizada opinión:

" ... *the United States are fit for many excellent*
" *purposes, but they certainly are not* TO LIVE
" IN..."

(Letters, by Nathaniel Hawthorne, publicadas en fragmento por el *magazine* de Harper, correspondiente al mes de marzo del año en curso, en el núm. DCXLVI, volumen CVIII.)

Y Hawthorne no es el primer venido, aunque no lo conozcamos ni mencionemos en nuestras revistas, diarios, etc., de Hispanoamérica; Hawthorne es el primer novelista de los Estados Unidos, el primero de

los vivos y muertos, más conocedor de la lengua inglesa y con fama y renombre más extendidos que Poe y Whitman. Es además, originario de Massachusetts, vale decir, dos veces americano, y su veredicto es la mejor autoridad en esta materia.

4 DE AGOSTO.—Con mi mujer y mi hijo pásome la tarde entera en la encantadora ciudad de *Asbury Park,* en la famosa *Ocean Gròve.*

Todo aquí es portentoso, Dios mío, lo mismo lo bueno que lo malo...

Cuánto dinero, cuánto movimiento, cuánto ruido, cuánta prisa para vivir, cuánta "neurorragia"...

Cada día enférmame más este ruido característico de las grandes agrupaciones yanquis, mi neurastenia se recrudece, mi espíritu se alarma. Cierto que soy y he sido siempre un ciego adorador de la Vida, pero no tan formidable, no tan enfermiza y morbosa, no arrastrándolo a uno y aniquilándolo. Vivir, sí, pero vivir racionalmente, con treguas para los sentidos y para el organismo, sin esta fatiga, sin esta ansia de acabar, de apurarlo todo en unos cuantos segundos; con descansos y reposos, con renovamiento de fuerzas, con horas de contemplaciones tranquilas y con vagar para las facultades mentales; que si excelente es el vertiginoso camino de hierro, es delicioso el caminar a pie, de cuando en cuando, y detenerse a las contemplaciones mudas y dilatadas del camino. Al cabo, no por vivir tan de prisa se acorta ni se violenta el Fin; de uno o de otro modo hemos de llegar a él...

5 DE AGOSTO.—Con cuánto júbilo, por lo que me ha-

bía tardado en contra de mi voluntad, termino la tarde de hoy el capítulo II de "Reconquista."

12 DE AGOSTO.—Leyendo en el "*Journal*" de Nueva York, de esta tarde, la noticia del nacimiento de un hijo varón a los Czares de Rusia, me encuentro con esta observación curiosísima, comprobada al concluirse la tremenda guerra de secesión de este país: en las épocas de guerra, nacen muchos más varones que hembras, como para llenar los vacíos causados por aquélla. Y cuenta que la Czarina, lamentando muy mucho el conflicto en el extremo Oriente, en el fondo regocijábase de que existiese, confiando en "que por su causa", en esta vez pariría el heredero masculino tan deseado por el pueblo y por el Czar.

Una rareza que es bueno consignar: el Presidente Roosevelt ordenó a las autoridades aduaneras de Nueva York, que el equipaje del célebre escritor Mr. Samuel L. Clemens—*Mark Twain*—no fuese inspeccionado ni abierto, a su desembarco del transatlántico que lo devuelve a su tierra después de una prolongada ausencia en Europa—en Italia principalmente, donde, por cierto, enviudó. Es decir, lo ha equiparado a los dignatarios y grandes personalidades extranjeras, que son los únicos aquí, además de los diplomáticos, cuyos equipajes no se registran. Me alegro por Roosevelt, y, de paso, por los Estados Unidos, que comienzan a gastar esta clase de distinciones en obsequio a sus artistas y hombres de talento.

¿A ver cuándo los imitamos nosotros?...

Anteayer, y después de uno de los prolongadísimos silencios a que ya me tiene acostumbrado mi editor Ramón de S. N. Araluce, recibí carta suya anunciándome, entre otras cosas, el envío de un juicio crítico sobre "Santa", aparecido en el diario barcelonés "La Publicidad". Y hoy me llegó el diario, con un artículo elogiosísimo y sobrio respecto de mi novela, que subscribe "Suasus"—pseudónimo que, según el mismo Araluce me explica, pertenece a E. Marquina.

Como compensación al buen sabor que esta lectura prodúceme, me llega, siempre por conducto de Araluce, es decir, por la vía de Barcelona, otro juicio sobre "Santa", publicado en la "Revista Moderna" de México, por José Juan Tablada, desde el mes de febrero (núm. 6 del volumen 1.° de este actual "*magazine*" incolor, en que vino a convertirse la antigua "Revista Moderna" a cuya redacción pertenecí por varios años.) José Juan se propuso, y lo logró, escribir acerca de mi libro uno de los juicios menos benévolos que han salido de su pluma inteligente; hasta los nombres de los personajes cambia y adultera: a Hipo lo denomina "Nipo", y a mi torero Jarameño le dice "Parameño". Luego de ponerme durante cuatro columnas, de oro y azul, empleando a las veces imperdonables ligerezas presuntuosas para tratar —no mi personalidad literaria, que bien poco vale, nó—para tratar la escuela naturalista y otros asuntos igualmente altos, termina diz que proclamando que "mi novela, en bloque, es una obra vigorosa que,

" una vez más, revela las raras y grandes condiciones
" que, como novelista, posee el autor de "Suprema
" ley" y de "Metamorfosis"...

La carta de Araluce, tráeme otra buena nueva: "Santa" se ha vendido bastante en México, y continúa vendiéndose. De los males el menos.

Las sucursales de la "*Maffia*" y de la "Mano Negra", de Nueva York, siguen sembrando el pánico entre sus connacionales establecidos en esa metrópoli y ya adinerados. Ha habido, en estos últimos días, varias voladuras con dinamita, un plagio y dos o tres asesinatos. Témome que de un momento a otro, la población de Nueva York, asistida francamente por la policía y las autoridades, o indirectamente por las mismas, que consentirán cruzadas de brazos las represalias que amenazan desencadenarse, lleve a cabo una hecatombe-escarmiento de italianos criminales, en la que asimismo perezcan—como es de rigor en casos tales—cantidades iguales de inocentes... Y hay que recordar que, según las últimas estadísticas, sólo en Nueva York alientan unos 400,000 italianos.

Persisten las diarios de México en asquearme, a esta distancia, con lo de la farsa electoral y con las adulaciones de todo género que consiguientemente son y serán, hasta que Dios quiera, su resultante lógica, y deplorable....

17 de agosto.—Me había propuesto no volver a mencionar ni uno solo de los miles y miles de lynchamientos que sin cesar ocurren en este privilegiado

país, porque ya propios y extraños se encogen de hombros ante esos horripilantes sucedidos que, por la frecuencia con que ocurren y el aplauso e impunidad con que cuentan, deben ser considerados *vieux jeu* o como dicen por aquí, *old fashion*. Pero el acaecido ayer en una población, *Statesboro,* del Estado de Georgia, que hoy pormenoriza y censura el ''*Herald*'' de Nueva York—pacientemente leído por mí día a día y de cabo a rabo—sale a punto tal de la medida de horror, común a esta clase de crímenes colectivos y cobardes que a sangre fría perpetran los ''civilizados'' blancos, que conceptúo de mi deber consignarlo, para enseñanza y lección de los adoradores e imitadores de los EE. UU. en todas nuestras repúblicas hispanas.

Dos negros, Paul Reed y Will Cato, convictos de haber quemado vivos dentro de su propia casa a un señor Henry Hodges, su mujer y sus tres hijos, hace poco (crimen horripilante, indudablemente, y merecedor del más severo de los castigos), luego de juzgados, se les sentenció a la horca para el día 9 del entrante septiembre. Temeroso el tribunal de que la población se adelantase la justicia por propia mano, solicitó de *Savannah* el envío de un fuerte destacamento de sus tropas, a fin de que custodiaran a los reos, mientras eran transladados a la propia ''*Savannah,* cuyas cárceles, por ser la población de mucha mayor importancia, ofrecían más seguridades.

Ayer, después del juicio y condena, como es costumbre, pasaron los reos a la pieza de los testigos, habiendo sido previa y competentemente cercado y guarnecido con las tropas el ''Templo de Themis''. La multitud, rugiente de odio, se llegó a la puerta prin-

cipal del edificio y a la de su parte posterior, parlamentando con los soldados que los aguardaban bayoneta calada, "pero con los rifles descargados"... Tras breve lucha en la que "milagrosamente" no hubo un herido ni un lastimado siquiera, sacaron a rastras a los asesinos, a pesar de las protestas de las autoridades que suplicaban no hubiera violencias y que se dejara que la ley siguiera su curso, supuesto que los culpables ya estaban condenados a la última pena. ¡Qué si quieres!... La muchedumbre no oía por ese lado, y, siempre arrastrándolos, cargaron con los negros incendiarios hasta unas dos millas de la ciudad, bajo un sol de fuego. Llegados al punto que les pareció conveniente, hicieron alto, disponiendo lo necesario para colgar a los negros culpables, cuando se escucharon voces de "quemarlos"... "quemarlos vivos"... y se resolvió complacer a los que reclamaban tal castigo. Hubo sus demoras; se carecía de petróleo, y de leña; y a presencia de los reos se envió gente hasta el centro de la ciudad en busca del líquido inflamable, en tanto que otros, muchos, acarreaban de las granjas vecinas la cantidad indispensable de combustible seco y apropiado, que entregaron gratuitamente los dueños de él. Los dos negros, encadenados, contemplaban con espanto los canibalescos y lentos preparativos... Por fin, regresaron los que habían ido en busca del petróleo; se sujetó a los negros, con sus propias cadenas y algunos lazos más, para que permanecieran inmóviles durante el tormento. Y SE DERRAMO EN SUS ROPAS Y CUERPOS LA CANTIDAD DE DIEZ GALONES DE KEROSEN PARA CADA UNO; Reed, nada dijo, sólo veía, veía...

pero Cato, más nervioso sin duda, púsose a impetrar clemencia, a gritos:

—“ ¡Por el amor de Dios, señores, tengan miseri-
“ cordia, yo no maté a nadie; no niego mi complici-
“ dad, pero no me quemen, cuélguenme, mátenme a
“ tiros, pero no me quemen, por el amor de Dios!”...

Todavía transcurriría una media hora, antes de que la pira estuviese terminada... La terminaron, los negros fueron atados a unas estacas, se iba ya a prenderles fuego...

Una demora más, aquella masa de hienas humanas alejóse un poco de sus víctimas, para QUE UN FOTOGRAFO SACASE VARIAS VISTAS DE LA ESCENA...

Y se arrimó la flama a las piras, y el fuego prendió formidable, en llamas que el viento avivaba y agrandaba, desmesuradamente, envolviendo a los negros atados con cadenas... en tanto los blancos, festejaban con gritos y hurras el festín de las llamas enfurecidas...

Otro detalle que prueba concluyentemente la irremediable criminalidad y salvajismo de estos civilizados (???) resueltos a subyugar el orbe, se encuentra en los dos siguientes renglones que traduzco:

“ ...Conspicuos, entre la multitud, destacábanse muchos NIÑOS, TODAVIA CON EL PANTALON A LA RODILLA...”

Me horroriza transcribir otra porción de pormenores, a tal grado bárbaros, que se resiste uno a creer en ellos, que lo obligan a pensar en castigos y represalias espantosas...

Y para que no se diga que yo, por ignorancia o

por malicia y *parti pris,* desfiguro lo que el mismo "*Herald*" de hoy asienta en uno de sus editoriales cortos, limítome a reproducirlo íntegro y al pie de la letra; tradúzcanlo mis lectores.

" *The New York Herald. Wednesday, August* 17, " 1904. (Página 8, columnas 2a. y principio de la 3a.)

"GEORGIA'S SHAME

" *For cold blooded atrocity the mob which yester-* " *day burned two negro criminals at the stake with-* " *in fiyty miles of Savannah, Ga., breaks all records.*

" *The murder of the Hodge family by these ne-* " *groes was a shocking crime, but there was no de-* " *lay of the law in this case. One of the men was* " *convicted by a Jury on Monday evening and the* " *other yesterday morning, and both sentenced to* " *be hanged on September* 9.

" *Although the brother of the murdered man* " *pleaded that the law might be permitted to take* " *its course and the trial judge in like manner ad-* " *dressed the mob, the prisoners were seized from* " *behind the bayonets of the alleged National* " *Guardsmen, tied to a stake, covered with kerose-* " *ne oil and roasted to death in presence of the mob.*

"*The cold blooded deliberation of the proceeding* " *is attested by the fact that the crowd fell back and* " *grouped itself to permit a photographer to take a* " *series of pictures of the victims under torture!* " *What a commentary upon our boasted civilization!* " *None of the familiar excuses for lynching was pre-* " *sent in this case. There was no hot headed out-* " *break of rage. There was no delay of the law—*

"boht prisoners were under sentence of death—and "the relatives of the victims, instead of inciting to "riot, begged that there might be no exhibition of "savagery by the mob.

"The crime of the ignorant and besotted negroes "was appalling in its ferocity. What shall be said "of that perpetrated by the mob of white and pre- "sumably civilized and intelligent men? It would "disgrace South Sea cannibals. Shame. Shame."

Es cierto, no hay potencia ninguna sobre la tierra que venga y reclame justicia y castigo por este crimen, pero dichosamente, por encima de todas las potencias terrenales, existe la Justicia Divina.

Y vaya otro lynchamiento, no menos salvaje, aunque de índole muy distinta:

Después de los daños causados al globo dirigible de Santos Dumont, que lo inhabilitan para tomar parte en la competencia con premio de $200.000, que habrá de efectuarse en terrenos de la Exposición de *Saint Louis,* daños que "no se sabe" quién los causó, pero que ya alejaron al competidor brasileño de la próxima lucha en que pudo salir triunfante; después de este vandalismo, escuchen Uds. esta otra tristísima narración:

The Metropolitan Museum of Art, de la gran ciudad de Nueva York, (¡de rodillas, profanos!) contrató con el escultor romano Ernesto Biondi la exhibición durante un año de su célebre grupo *"Saturnalia"* en las galerías de su grandioso inmueble. Esta *"Saturnalia",* dicho sea de paso, formada por nueve figuras, recibió el gran premio en la Exposición de

París de 1900; su original encuéntrase en el Museo del Louvre, y una copia en la *Galería Nazzionale* de Roma. En 1902, se celebró el contrato con los *officers* y *trustees* del *Metropolitan,* quienes, al recibir el famoso grupo, declaráronlo, a título de sus millones únicamente—pues no ha llegado a mi noticia que J. Pierpont Morgan y demás *trustees* (con excepción, naturalmente, del secretario Luigi P. de Cesnola,) sean expertos en obras de arte, sino al contrario, declararon el grupo, repito, inadmisible, a pesar del contrato escrito que los obligaba a exhibirlo en el museo neoyorkino, por "encontrarlo artística-
" mente malo, degradante e inmoral en su tendencia
" y CARACTERISTICAS ETICAS"...!!!

¿Verdad que hay para privarse?...

Luigi P. de Cesnola, que no es sólo secretario de la junta de administración, sino también y sobre todo director del *Metropolitan,* en explicable rapto de indignación ayer, del que hoy por desgracia y por razones igualmente explicables—pérdida de empleo, etc.,—se desdice, denominó a los inteligentes y moralísimos *officers* y *trustees*—18 ricos, y políticos, y diplomáticos de este país—"una colección de asnos" *(a set of ignoramuses.)*

El desventurado de Biondi, que ante el inesperado fracaso se ha puesto malísimo de neurastenia, imposibilitado según los médicos, de dedicarse a su arte en un año a lo menos; que tiene cerrado su estudio en Roma, desde hace más de dos que se halla esperando aquí lo que harían con su grupo—soterrado de entonces acá en los sótanos del *Museum of Art*—va a demandar $200.000 por daños y perjuicios.

Ojalá los obtenga, que lo dudo, pues es ese el único castigo que duele a estos Hunos y a estos Otros: perder dólares.

Dice el "*Herald*", que "se dice" que la clave del desastre está en que la esposa de uno de los *trustees,* lastimada en su pudor de ignorante, dirigió la cruzada en contra de que el grupo se exhibiese en los Estados Unidos, y que cuando en junta general se significó a su esposo las responsabilidades a que el Museo se exponía, faltando al cumplimiento de un contrato escrito y legal, el marido contestó:

—" Asumo esas responsabilidades legales, y si re-
" claman perjuicios, YO LOS PAGARE..."

Oh, becerro de oro, *¿quosque tandem...?*

26 DE AGOSTO.—Leída "*La Commune*", de los hermanos Margueritte. Vaya una fraternidad tan talentosa y tan artística... El libro, por ser fiel trasunto de aquellos días nefastos en que la civilización universal estuvo en suspenso, admirable y horrible; haciéndolo a uno reconocer, aunque no lo quisiera, que tienen razón los Goncourt: el pueblo francés es "un pueblo de asesinos"...

Pero ¿acaso no lo son también, o lo han sido, todos los demás pueblos del mundo, más o menos?... Hasta el de estos Estados Unidos lo es: horroriza leer cualquiera de sus diarios, reflexionar en los sucesos de todos órdenes que por aquí acaecen "a calderadas."

27 DE AGOSTO.—En todos los periódicos de la Unión se hace saber el globo terráqueo, con copia de porme-

nores, que anoche, en la ciudad de San Francisco de California, en el "Pabellón de los Mecánicos", venció el campeón del mundo Jeffries al púgil exminero Munroe que osó disputarle en la arena, el título o grado o lo que sea, de campeón número uno del universo... Dos asaltos, y Munroe se fué a dormir medio muerto por lás puñadas "terríficas"—dicen ellos con verdadera unción—que le propinó Jeffries...

A las 5 de la tarde, termino el capítulo III de "Reconquista."

29 DE AGOSTO.—A mi vuelta de *Allenhurst,* hoy en la noche, encuéntrome mi *cottage* en movimiento, cual si durante mi ausencia hubiese ocurrido algo que no me quisieran revelar. ¿Qué ha sido ello?... Que a mi pobre perro *"Potómac"* lo ha mal herido uno de los tantos trenes de vapor como cruzan este pueblo. Bajo a verlo, al *basement,* está todavía con su cerebro torpe por la conmoción y con dos grandes heridas en un ojo y en el brazo derecho, sin contar diversas lastimaduras en todo su cuerpo. Reconóceme, sin embargo, y se deja curar por mí, aunque tirándome unos cuantos mordiscos, con los que a las claras me significa—ya que no sabe hablar—que por mucho que me quiera, el dolor puede más que el cariño. Pobre animal, hoy ha vuelto a nacer...

No he podido explicarme nunca por qué padecerá de la fobia de la velocidad, desde cachorro. Ciego de ira persigue siempre, tratando de atacarlos, los trenes de vapor aun cuando vayan a toda máquina, los automóviles y las bicicletas; en cambio, permanece tranquilo ante los tranvías eléctricos y los vehículos

tirados por bestias... ¿Por qué aquéllos lo excitarán y éstos nó?...

El golpe de hoy, me cuentan, fué espantoso: venía un tren de 4 carros de pasajeros; el *"Potomac"*, se le tiró a la locomotora como siempre se tira, intentando, en irracional justa, correr más que ellas, junto a sus ruedas. No calculó las distancias y el "aventador"—nombre que nosotros damos al aparato delantero de las locomotoras, y que en inglés denominan *cowcatcher* (caza-vacas,)—lo "aventó" por los aires, después de golpearlo. "Muy alto lo aventó—díceme la sirvienta—como el humo de la chimenea"... Tuvo *"Potómac"* la fortuna de ir a caer en medio de la vía, por entre dos plataformas; de ahí que el convoy entero pasase por encima de él sin destrozarlo; y gracias también, a que con el tremendo choque perdió el sentido y estúvose quietecito.

Gran parte del pueblo se ha enterado del suceso e interesádose por mi *fox-terrier*, un médico de Nueva York, que aquí pasa su verano y que se perece por los canes (posee una jauría de siete u ocho de diversos tamaños y especies,) lo curó cariñosamente y sin cobrar ni un solo centavo; varias chiquillas, unas cubanitas entre otras, vienen, tarde ya, a informarse de cómo sigue el contuso...

A eso de las 10, el enfermo ladra...

Duerme, luego, debajo de mi cama, un sueño intranquilo y quejumbroso, de persona; lo oigo cómo se lame las heridas y cómo se queja, con el menor ruido posible, para que no lo mande yo al piso de abajo.

Malas noticias del antropologista de Chicago, Fre-

derick Starr: no traducirá ''Santa'' al inglés, porque —díceme—''aunque interesante en su asunto y en el modo de tratarlo, no lo resistiría sin hacerle ascos, el pudibundo público norteamericano, y su nombre (el de Starr) se perjudicaría''... Recomiéndame a dos buenos traductores, pero pienso lo que cobrarán, los reparos que puedan oponer, sus exigencias; además, yo no conozco libreros ni editores aquí ¿qué voy a hacer?... Sin embargo, no renuncio a mi ensueño, sólo lo aplazo: GANAR MI INDEPENDENCIA INDIVIDUAL CON EL PRODUCTO DE ALGUN LIBRO MIO... Ello ha de ser. ¿Cuándo?...

30 DE AGOSTO.—En paquete certificado llégame el ejemplar con que Starr me obsequia de su libro recién nacido: *''Readings from Modern Mexican Authors''*, en el que figuro en su capítulo último; mi biografía, y traducidos (bastante bien, por cierto), fragmentos de mi ''Suprema Ley.''

El descubrirme en el capítulo postrimero, revélame ¡ay! que me he convertido ya, por virtud de los años, en el último de ''los viejos'' y el primero de ''los jóvenes''... *dura lex*...

Con este libro de Starr, son ya siete los que se han ocupado de mi personalidad literaria en tierra propia y en tierra extraña; un principio de bibliografía que, en mi ánima lo juro, no me ha costado hasta la fecha un solo centavo. Los que así lo han querido, de mí se han ocupado en sus libros—sin contar artículos de publicaciones periódicas. Dios se lo pague a todos, a los que aplauden y a los que censuran. He aquí la lista de tales libros, por su orden cronológico:

"Reseñas y Críticas", por Ernesto Quesada—Buenos Aires, 1893—1 vol.

"En el Ocaso", por Andrés Clemente Vázquez, Habana, 1898—1 vol.

"De mi cosecha", por Victoriano Salado Alvarez—Guadalajara, Méx., 1899—1 vol.

"Prosas", por Enrique Martínez Sobral—Guatemala, 1899—1 vol.

"Páginas", por Salvador Calderón—S. José de Costa Rica, 1901—1 vol.

"Homens e cousas estrangeiras", por José Verissimo, Río de Janeiro, 1902—1 vol.

"Readings from Modern Mexican authors", por Frederick Starr.—Chicago, Ill., 1904—1 vol.

2 DE SEPTIEMBRE.—Vuelvo esta tarde de mi excursión número dos en este verano, a Nueva York. Quise que mi familia conociera *Coney Island;* y la tuve que "conocer" yo también, que la actual *Coney Island* no es ni el recuerdo de la de mi tiempo, de la de hace 22 o 23 años, a la que iba mi juventud curiosamente enfermiza de latino...

Coney Island, lo mismo que Nueva York, y que todos los grandes centros populosos, de los EE. UU. principalmente, exuberante, congestionada de espectáculos, de priesas, de gente, de dinero, de ansia de apurar la existencia en un solo minuto, de apurar el placer sobre todo. Yo, decididamente, ya no sirvo para esto; me fatigo; consagro hondos suspiros a mi rincón; creo en poquísimas cosas de este mundo; he

probado muchos besos y acariciado muchas quimeras. Y como tampoco entiendo palotada para hacer dinero, y no seré nunca lo que por aquí llaman un *get-rich-quick,* cuánto anhelo ir a encerrarme a casa, en México, a seguir escribiendo "la verdad verdadera"—más de lo que hasta la fecha he podido realizarlo debido a mi condición de empleado,—poniendo en práctica, después de tánto como lo he leído y releído, el portentoso y verídico "Ecclesiastés."

4 DE SEPTIEMBRE.—Con el viento de esta tarde, caen las primeras hojas de los árboles... Astronómicamente, faltan todavía diecisiete días para que el verano se marche.

5 DE SEPTIEMBRE.—Hoy es el *Labor Day* que una vez al año celébrase con pompa grandísima en todos los Estados Unidos. Los que trabajan en este inconmensurable colmenar humano—que son los más, hay que confesarlo, hombres, mujeres y hasta niños, —al llegar esta fecha, alzan los útiles y las herramientas; desertan los talleres, fábricas, etc., etc., y sin perder el sueldo o el jornal, se dedican al descanso o a concurrir a innúmeros festejos durante veinticuatro horas. Todo se abarata en su beneficio: vapores, caminos de hierro, tranvías, etc., y el formidable ejército de la industria y del comercio (las tiendas de todas clases cierran sus puertas y dan suelta a sus dependientes) se desparrama por teatros, parques, alrededores de las grandes ciudades, campos, playas, etc., hallando en todos los sitios entretenimientos y diversiones a mitad y a cuarta de precios, que en su

obsequio funcionan. El espectáculo es imponente y es conmovedor: este país excepcional, que debe su grandeza al trabajo, glorificándolo siquiera un día en el año. Ah, si no existiera la encarnizada lucha entre este trabajo y el capital...

El *"New York Herald"* de esta fecha, publica la explicación del homicidio infantil que se registró el sábado en el Parque de Seward, al salir de una de las escuelas municipales su racimo de alumnos y alumnas. Copio y traduzco:

BOY AN EXPERT WITH "SOLAR PLEXUS" BLOW.

Muchacho perito en el golpe en el plexo.

WILLIE KATZ, WHO KILLED HYMAN ABRAMSON, WAS UNUSUALLY PROFICIENT IN ITS USE.

Memo Katz, que mató a Hyman Abramson, era excepcionalmente diestro para emplearlo.

AT AN EXAMINATION CONDUCTED BY CORONER GOLDENKRANZ INTO THE KILLING OF HYMAN ABRAMSON, OF No. 50 MARKET STREET, IN SEWARD PARK, SATURDAY AFTERNOON, IT WAS LEARNED THAT THE BOYS WHO

En la investigación dirigida por el *coroner* (aquí se llama *coroner* a un funcionario cuyo oficio es indagar la causa de las muertes repentinas y violentas, en presencia del cuerpo) Goldenkranz acerca de la muerte de Hyman Abramson, del No.

HAVE BEEN USING THE PARK FOR ATHLETIC EXERCISES HAVE BEEN PRACTISING THE "SOLAR PLEXUS" BLOW, WITH WHICH WILLIE KATZ, OF No. 69 MARKET STREET, CAUSED THE DEATH OF HIS EIGHT-YEAR-OLD OPPONENT.

WITH A VIEW TO DEVELOPING THE BLOW WITH WHICH FITZSIMMONS TOOK FROM CORBETT THE WORLD'S CHAMPIONSHIP, THE BOYS HAVE BEEN PRACTISING IT FOR SEVERAL WEEKS. KATZ IS SAID TO HAVE BECOME UNUSUALLY PROFICIENT IN LANDING ON THE VITAL SPOT BELOW THE BRESTBONE.

50 de la calle de *Market,* en el Parque de Seward el sábado por la tarde, se ha averiguado que los muchachos, que habían venido haciendo uso del Parque para sus ejercicios atléticos, mucho practicaron el golpe al plexo, con el cual Memo Katz, del No. 69 de la calle de *Market,* causó la muerte de su competidor, de ocho años de edad. Con la mira de lucir su ciencia en ese golpe con el que Fitzsimmons arrebató a Corbett el "campeonato" del mundo, los muchachos habían estado ejercitándolo por varias semanas. Dícese que Katz ha llegado a adquirir excepcional habilidad para dar ese golpe en el sitio vital preciso, abajo del esternón.

Y nada más; ni un comentario en contra, ni una

lamentación por parte del importante y sesudo diario. Hay un homicida de nueve años, que mata a un compañero de infancia, en un parque en el que ellos y sus condiscípulos van a jugar todas las tardes, al concluir de sus estudios, y ni siquiera por pelear una manzana, un juguete—las primeras causas de discordia en la niñez, que, a los cuantos cachetes sin consecuencias, comparten la manzana o destrozan juntos el juguete que momentáneamente los hizo odiarse,—nó, el desafío es en forma, ante un público de gente menuda que aplaude y repite los golpes famosos de los pugilistas profesionales, los que "por dinero" se estropean y aún matan, en las *Arenas* de las ciudades principales de la Unión; el desafío es premeditado, han venido preparándolo, estudiando el puñetazo mortal; saben que, a la larga, esto les dará gloria y dinero... Y luchan; el concurso de chiquillos y chiquillas les forma rueda, los azuza, los enardece, como sus padres lo hacen cuando apuestan a púgiles de verdad... Uno de los dos minúsculos combatientes, cae, no se mueve, los demás se le acercan creyendo que finge, que quiere asustarlos, lo llaman por su nombre, por el mote cariñoso que le han dado en el aula... Y como pájaros ciudadanos que en parques y jardines picotean las flores en parvadas alegres y canoras, hasta que al acercárseles alguien, huyen piando y describiendo curvas fantásticas en los aires; así esta parvada de niños, se dispersa llorando al descubrir que la Muerte se halla entre ellos, y carga ya con uno de sus compañeros de juegos y de risas...

Nadie ha dicho palabra, ejemplo: el *"New York Herald"*...

¿Verdad que es cosa que horroriza? ¿verdad que es preferible que nuestros hijos, en nuestras tierras "atrasadas" no adelanten tanto, ni tanto se den al cultivo físico *(physical-culture)*, que no sean atletas, si es que para lograr título tan bárbaro se corre el riesgo de ser también asesino a los 9 años?...

No me nieguen Uds. que los *Prize-fights* moralizan y estimulan.

6 DE SEPTIEMBRE.—Yo lo habría dicho, por lo mucho que lo he experimentado durante mis casi diecisiete años de carrera diplomática, a cada vez que he salido de México sin saber cuándo ni cómo se efectuará mi regreso. Es la verdad pura, embellecida por el talento del poeta francés d'Haracourt, en su famoso rondel del Adiós, hoy reproducido por Marcel Ballot en su revista crítica semanaria, que los domingos publica en "*Le Figaro*" bajo el título de "*La Vie littéraire*":

" *Partir, c'est mourir un peu,*
" *C'est mourir á ce qu'on aime,*
" *Et l'on part, et c'est un jeu,*
" *Et jusqu' á l'adieu supréme,*
" *C'est son áme que l'on séme,*
" *Que l'on séme á chaque adieu....*
"*Partir, c'est mourir un peu!*"

Eso es partir, eso.

Es tal el odio que aquí,—los surianos sobre todo,—alimentan contra los negros, que, a propósito de las grandes maniobras (ya estamos de acuerdo en que en los Estados Unidos a todo lo propio se denomina "grande" aun cuando no lo sea, ni con mucho,) que

en estos días se llevan a cabo en Virginia,—unos 26,000 hombre de las tres armas y entre milicias de los Estados y tropas de línea,—el *"Herald"* de Nueva York hace saber al mundo, sin sonrojarse por supuesto, ni llamar a los sucesos con el nombre que les corresponde y que con el mayor júbilo discerniría a cualquier otro país en que hubiese acaecido algo siquiera análogo, el *"Herald"* anuncia que, ningún soldado blanco saluda a los oficiales "de color", y que las tropas surianas han declarado públicamente, que si no retiran a las tropas negras, a la hora del fuego DISPARARAN CON BALA EN CONTRA DE ELLOS... Se han llevado a cabo minuciosos registros entre los soldados blancos, y, en efecto, se les han encontrado muchos cartuchos de bala...

Caballeros, y denominar este conglomerado "los Estados Unidos"... Estados, sí que lo son, pero ¿unidos?...

11 DE SEPTIEMBRE.—"De orden superior", tengo que truncar mi mes de licencia y que regresar a Wáshington mañana mismo. En esa virtud, ayer fuíme a Nueva York con mi familia, para pasearnos en señal de despedida de nuestro veraneo de este año... Y el desagradabilísimo incidente de que me hizo víctima un mal educado agente de policía, así como la crasa ignorancia de los empleados superiores de la propia "institución", a pesar del berrinche que me produjo, no lo daría yo ni por algunos miles de dólares, no obstante lo bienvenidos que serían; permíteme el tal incidente haber conocido "prácticamente", que la famosa policía de la metrópoli de los Estados Uni-

dos ¡de la imperial ciudad de Nueva York! se halla tan echada a perder como todas o casi todas las campanudas instituciones del país. Yo ya sabía,—por la prensa (única institución libre de veras, en la que todo se puede decir, aplaudir o censurar, así se trate del Presidente de la República o de los cuatro Evangelistas,)—un puñado de las imbecilidades policiales de Cosmópolis: que habían resuelto contener la velocidad abusiva de los automóviles, a punta de revólver; que en el plagio reciente del italianito Mannino, los plagiarios se habían burlado a su sabor de los 12 o 14,000 individuos que componen el cuerpo, —entre agentes uniformados, secretos, superiores y subalternos,—durante 11 mortales días, en los que les hicieron gastar dinero, aprehender a una porción de inocentes, y andar la Ceca y la Meca sin resultado positivo nunca, con detalles como éste, que pinta la astuta e inteligente vigilancia de los sabuesos neoyorkinos: los plagiarios,—mientras no llegaron a un convenio con el padre del niño plagiado,—le enderezaban a diario, *"Y DESDE LA MISMA SUCURSAL DE CORREOS"*, tarjetas postales, para que la policía se enterara del contenido, apremiándolo a soltar la mosca cuanto antes y a retirar su demanda de protección y esclarecimiento del crimen por parte de las autoridades, ¡so pena de perder a su hijo para siempre! Y no sólo la policía "no dió" con la persona que en un mismo sitio y día por día depositaba las cínicas tarjetas, sino que los italianos plagiarios llevaron su audacia y su guasa al límite: amenazaron, también por tarjeta postal, a uno de los capitanes de la policía (que aquí equivalen a nuestros comisarios de de-

marcación), al capitán en cuyo ''precinto'' había ocurrido el hecho, con que si no dejaba en paz a los criminales, lo reventarían con dinamita o lo coserían a puñaladas... Y, efectivamente, el chico no pareció hasta que no le dió la gana a sus secuestradores, y esta es la hora en que esos individuos han de estar riendo a carcajadas de su impunidad, ornada de burlas hacia la policía afamadísima de Nueva York (ya se sabe, ¡la primera del mundo!); sabía yo también, que el ''Comisionado'' jefe de la policía, un señor McAdoo, alarmado de lo que la criminalidad aumenta sólo en la isla de *Manhattan,* es decir, la ciudad de Nueva York, ha resuelto ''barajar'' a los capitanes de los precintos (léase: comisarios de las demarcaciones,) para ver si el juego, y los homicidios, y los asaltos disminuyen un tantico siquiera (del 1.º de agosto al día de ayer, hanse perpetrado ¡¡¡20 asesinatos!!! y sólo tres arrestos; entre el mismo 1.º de agosto y el 4 del actual, se han cometido ¡¡¡42 robos con asalto y sin él!!! que no sólo han quedado impunes, sino que ''ni registrados se hallan'' *The New York Herald);* sabía yo otra porción de lindezas, y ya medio habituado a leerlas a diario, casi me encogía de hombros, dado que, en definitiva ¿a mí qué me importan?... Pero jamás sospeché que pudiera ocurrir lo que a mí me ocurrió. Helo aquí:

Después de tomar *luncheon* ''abajo de la ciudad'', en *Broadway,* con mi mujer y con mi hijo, resolvimos ir a los grandes almacenes *(Dry Goods Stores)* de la 6a. Avenida. Para mejor distraernos con la vista de aparadores y vidrieras, en vez de tomar el ferrocarril elevado, tomamos los tranvías eléctricos del mis-

mo *Broadway,* y al llegar a la curva de *Union Square,* nos apeamos y doblamos por la calle 14a. A los cuantos pasos, entramos en una casa de diversiones, en la que cada cosa vale ¡un centavo! ora mirar estereoscopos, buenaventura automática, etc., etc.; nos dedicamos a ver vistas sobre la guerra del Japón, cuando discurrí grabar el nombre de mi hijo en una tarjeta de aluminio, para lo cual introduje dos centavos en la máquina que, decíase, las grababa; hice funcionar el aparato, sujetándome a las instrucciones impresas que adheridas contiene, y, efectivamente, no salió ni tarjeta, ni nombre, ni nada... En virtud de un letrero repetido en los muros y con gruesos caracteres, en los que se suplica que cuando un aparato no funcione se avise a los vigilantes, para que los pongan en orden o para que devuelvan lo gastado, acudí a un negro uniformado que aseaba barandales, en demanda del arreglo de la máquina, y éste me señaló a otro uniformado, blanco él y coloso él, que discurría por entre la muchedumbre de concurrentes, con la gravedad asnal que es característica en los anglosajones cuando se consideran "funcionarios."

Le enderecé idéntica demanda que al negro, y en lugar de proceder conforme a los letreros de los muros, se me encara, y con los términos más poco urbanos y la más insolente entonación, no acepta mi reclamación ni mis objeciones, sino que me amenaza con ¡¡¡SACARME POR LA FUERZA DEL ESTABLECIMIENTO!!!... Enmudezco de asombro, y sin tiempo para oponerme, en efecto me saca, cogiéndome de un brazo... Ni por pienso me le resisto, pri-

mero, porque físicamente me pondría yo en ridículo, y este bárbaro me sacaría como a una pluma,—6 pies de estatura y unas 200 lbs. de peso,—y segundo, porque quiero conservar toda mi justificación para la queja que, *in continenti,* resuelvo presentar ante quien, o ante quienes corresponda.

Diríjome, ya en la calle,—confluencia de *Broadway, Union Square* y calle 14a.—al policía de guardia; éste me consigna a otro, con el que regreso al establecimiento, y exijo,—declinando mi carácter diplomático,—el arresto del que yo supongo un empleado descortés y brutal. Al pronto, el culpable se niega a venir, quiere enviar en su lugar al pobre negro, le guiña el ojo al policía que me acompaña, amenázame con hacerme encerrar en un calabozo; pero ante mi enérgica insistencia de que lo saquen y conduzcan a dar cuenta de su atropello, resígnase al fin, y de malísima gana sale con nosotros.

Dentro de un carruaje, despacho a mi mujer y a mi hijito,—que llora alarmado, creyendo que yo corro un peligro,—al muelle en que hemos de embarcarnos para regresar a nuestro balneario; y nos encaminamos al *precinct* (comisaría) que corresponde. Por el camino, el policía de la calle, propóneme que entre en un avenimiento con el animalazo uniformado de gris, pero yo rehuso, y llegamos, por último, a la comisaría.

Infecto lugar, congestionado de policías uniformados y de policías secretos; sombrío, sucio. A nuestro arribo, cierran la puerta y me rodea una veintena de esbirros. El oficial encargado de tomar las declaraciones, resulta más descortés aún que el arrestado a

petición mía; asegúrame que no le importa mi categoría; apela al capitán,—el comisario,—una bestia de gorra muy galoneada, que reprende al policía que me impartió auxilio, porque, dice señalando al vestido de gris,—que éste es un oficial de la misma policía, comisionado en el establecimiento de recreo...

Luego, pretende darme a mí una lección, que yo cuido de interrumpir en el acto, aunque no sin sentir que me ahoga la bilis....

País del *¡hum-bug!* ¡¡mentiroso e hipócrita en todo y para todo!! ¡¡¡ignorante y presuntuoso!!! pisoteador de porción de derechos...

Salgo decidido a elevar mi queja al *Commissioner* (Inspector General de Policía), y a mi salida, más de media docena de individuos me ofrecen espontáneamente su testimonio; presenciaron los hechos y me dan sus nombres y direcciones para que los llamen cuando sea necesario. La tiro hasta la calle de *Mulberry,*—ahí está la Inspección General. El "comisionado", McAdoo, sobre el que tengo las mejores referencias, está ausente, en *Brooklyn,* atendiendo a no sé qué asuntos de su incumbencia. Tengo que conformarme con hablar al que hace sus veces, un tal Brooke o Brooks, zafio y mal educado como todos los subalternos con quienes he hablado hasta ahora. ¡Ni la gorra se quita, dentro de su despacho, al que yo he penetrado sombrero en mano!!!...

¡No puedo más de indignación, y así se lo significo con bastante dureza! Ante su obstinación para no hacerme la justicia a que me creo con derecho perfecto; ante sus obstrucciones y dificultades; ante sus arro-

gancias, sólo le manifiesto, por final, que daré parte de lo que me ha ocurrido a mi Embajador...

¡¡¡Oh, Nueva York, metrópoli del Continente!!!...

12 DE SEPTIEMBRE.—Regresamos a Wáshington. En la misma noche doy cuenta al Embajador de mi desagrado. El señor Azpíroz háceme ver, con calma, que si presenta queja formal ante el Departamento de Estado, nos satisfarán, pero después de que toda esta prensa temible se apodere del hecho, y lo comente y tergiverse a su capricho, para salir, al cabo de la averiguación (?) que levanten, con que yo fuí, si no el culpable, el responsable por lo menos del sucedido.

—" Sin embargo,—me añade,—si Ud. quiere pon-" dré la nota..."

Y yo no quiero que se ponga ¿para qué? Me doy de sobra con haber sabido, por experiencia propia, que la policía de ¡¡¡LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA!!! se halla al nivel de la de Guatemala o Nicaragua...

22 DE SEPTIEMBRE.—Realízase hoy, por modo de lo más inesperado, un deseo viejísimo que nutro desde que entré en la carrera diplomática: quedar de representante de México en estos Estados Unidos...

A partir de hoy, y hasta que no regrese el Embajador de *Saint Louis Missouri,* adonde va con misión oficial del Gobierno nuestro, soy el Encargado de Negocios interino de México en este país.

¿Vanidad?... Puede que sí; pero vanidad y todo, siéntome halagadísimo. ¿Cuándo cesaremos los hombres, de tener arranques de chiquillos?...

10 DE OCTUBRE.—Terminé anoche ¡al fin! la lectura de las obras completas de Edgar Allan Poe; unos seis volúmenes de 500 a 600 páginas cada uno. Urgeme ahora, llevar a cabo mi proyectada peregrinación a su tumba, en *Baltimore,* y a la de Whitman en Nueva *Jersey;* me alegro de que el invierno se acerque, es la estación propicia para estas visitas solemnes.

12 DE OCTUBRE.—Como llovida del cielo, para mi justificación, me cae la aventura que con la policía de *Massachusetts* acaba de ocurrirle al 3er. Secretario de la Embajada Británica, Mr. Hugh Gurney.

Paseaba, diz que a mayor velocidad de la permitida por las leyes del Estado, en su automóvil, cuando fué detenido por la policía y llevado a la presencia del juez de paz (¡un plomero, de *son état!)* quien, aunque Gurney le declaró en inglés purísimo ¡inglés de Londres! que era diplomático, etc., etc., etc., le propuso este dilema: o paga Ud. $25.00 de multa o lo meto en la cárcel, pues me importa tres pitos todo eso que me cuenta de inmunidades y otras zarandajas. Negóse Gurney a reconocer autoridad en el juez de paz, y negóse el juez de paz a dejarlo asomar la nariz a la calle, antes lo multó en $25.00 más, "por desacato al tribunal, cuya autoridad desconocía, y aun escarnecía, no contestando palabra a los interrogatorios que le dirigían"...

Se resolvió a pagar, pero como no llevara consigo sino $15.00, "POR MERCED ESPECIAL" del juez, se le concedió que llegara hasta su hospedería, custodiado por un policía, y allí reuniera el importe de la

multa... Y atravesó *Lenox* y *Lee,* oh, Gran Bretaña, ¡¡¡escoltado por un polizonte rural!!!...

Quiso en el hotel resistirse a pagar, y el polizonte, a imitación del juez de paz, propúsole idéntico dilema: o dinero o cárcel... Y pagó la multa.

Avisados el primer Secretario de la Embajada—que es a la vez el Consejero de ella,—y el Embajador en persona,—veraneando en punto lejano, vino la protesta formal, y la reclamación, y cuanto es de rigor en casos tales. Resultado: el Departamento ''presentó sus condolencias por lo ocurrido'' y, bajo cuerda, obligó a que el Gobernador del soberano e independiente (?) *Massachusetts,* ordenara al bárbaro juez de paz a escupir la multa y dar excusas.

Ignórase todavía si el Embajador británico se conformará con lo que le llevan dado, o exigirá la destitución del plomero togado...

Pero lo que sí se sabe es que la prensa de todos los colores, las personas de todos los grados sociales y la atmósfera misma de este país de libertad y de respeto al derecho, encuéntranse gozosísimos con que un Secretario haya pasado por ahogos de ese calibre; así lo dicen en sus charlas, en sus artículos impresos, en sus comentarios y hasta en sus caricaturas...

Un pormenor: el juez-plomero declaró en un periódico, que al mismísimo Embajador británico en persona le habría hecho, en igualdad de condiciones, lo que le hizo a su *''High Lord Secretary''* (sic). ¡¡¡En premio, hánle ofrecido mejores empleos!!!

Y cuenta que en el caso tratábase de los representantes de potencias amigas, de la potencia que los

engendró y que con ellos comparte el *trust* de la justicia, del derecho y de la cultura...

¡Pobres de nosotros, los demás, que no somos sajones, ni fuertes, ni ricos!

14 DE OCTUBRE.—Paréceme conveniente guardar la siguiente opinión del novelista de los Estados Unidos, Henry James, recién vuelto a esta su tierra, después de una ausencia de veinte años, pasados en Inglaterra. (Véase el "*New York Herald*"—*magazine section*—del domingo 2 de octubre de 1904.)

" ...*when questioned about his views of American*
" *literature Mr. James would only speak in general.*
" ' *The mass of writing is so great' he explained,*
" ' *and so unguided. Never yet has such a mass of*
" *literatura been put forth so unwarned, so unpro-*
" *tected, so unguided by any adequate criticism.'*
" *He spoke rather sadly, rather aghast, of the effects*
" *of the demand of the American publics, which he*
" *considers so intermingled, so almost inseparable in*
" *their parts, as to be unsusceptible to division into*
" *classes of tastes.*

" *We have such a vast number of dissolute read-*
" *ers* — OMNIVOROUS, GULPING READERS —
" *those who, fortunately, cannot remember* WHAT
" THEY READ AND OUGHT NOT TO CARE TO,
" THEY ARE IGNORANT OR WEARY, THEY
" READ *either to soothe or to indulge.* ¡¡¡PEOPLE
" IN GENERAL IN AMERICA *DO NOT LIKE TO*
" *THINK!!!!!!...*"

Con lo que viene a comprobarse, que tenía yo toda la razón, noches atrás, cuando discutiendo con uno

de tantos adoradores ciegos e hispanoamericanos con que cuentan los Estados Unidos, al afirmar que en este país se lee mucho, muchísimo (¡ya quisiéramos!), pero se piensa muy poco, en razón directa de lo que se lee. Pueblo de lectores de diarios, *magazines,* novelas (?), etc.,—¡concedido, aunque sus periódicos, novelas (?), magazines, etc., sean como son!— ¿pero los Estados Unidos pueblo de pensadores?... ¡¡¡De algunos pensadores, sí, pero ni tantos, dada su población extraordinaria!!!

18 DE OCTUBRE.—Hoy regresó de *St. Louis Mo.,* el Embajador, mañana cesaré en mis interinas funciones de Encargado de Negocios de México; lo fuí 27 días.

21 DE OCTUBRE.—Acabo de leer, y con muchísimo interés por cierto, el libro escrito por Pancho Bulnes en México, bajo el título de "El verdadero Juárez". Al propio tiempo he venido enterándome por nuestra prensa (?), de la campaña emprendida en contra del autor, y me he sentido avergonzado con esta última, que, con sus excesos y procacidades, nos retrata de cuerpo entero y al tamaño natural. No hay idea de lo que a Bulnes se le ha dicho; y aunque él se ha defendido hasta donde le ha sido posible, acosado por la jauría de nuestros salvajismos nacionales, ya guarda silencio.

¡¡¡Cada día vamos peor!!! ¿A dónde llegaremos?... Misterio, enigma, secreto...

23 DE OCTUBRE.—Impóneme el "*Herald*" de Nue-

va York, de que el señor C. F. Schwartz,—uno de los "expertos" del Departamento de Insectos en el Instituto Smithsoniano,—acaba de declarar que una araña moradora de esta capital de los EE. UU., y sus vecindades, conocida en el sur de Europa bajo el nombre de *"malmigniatte"*, es de los bichos más venenosos que se conocen, pudiendo matar con su mordedura, picadura, o lo que sea, hasta a un adulto bien desarrollado. Como además da su descripción corporal, por dondequiera que vuelvo los ojos, paréceme descubrir al animalito...

Y hable Ud. luego de los inconvenientes de los Trópicos y de las excelencias de estos climas templados (!) y fríos.

¿Qué le faltará a Wáshington, digo yo, para ser una de las ciudades más agradables de la tierra, según lo afirman sus hijos, sobrinos y demás parientes? De enfermedades, las posee todas—el tifo, con mayor abundancia en cantidad y calidad que nuestra pobre México;—la viruela, el corazón, una tisis de patente, cuanto hay; y ahora salimos con que también gasta sus arácnidas homicidas. Por suerte, su clima es abominable.

27 DE OCTUBRE.—Anoche,—que concurrí a ver uno de estos disparates cómico-líricos que denominan "piezas de teatro", con música de todo el mundo, letra o argumento sin pies ni cabeza, chistes enteramente sajones, un batallón de mujeres encantadoras que se visten... digo, que se desnudan admirablemente, con un lujo que desconocemos en nuestros tea-

tros y que se desconoce también aún en los mejores teatros europeos,—observé, por segunda vez, una mejora que me produce un raro efecto, no sé si de censura o de aplauso: en los bailables y grupos que se efectúan estando el escenario casi a obscuras, y la sala y la orquesta en tinieblas, a fin de que mejor luzcan los efectos de las luces de color que aparecen luego, la batuta del director se ilumina en su extremo libre con una diminuta lucecilla eléctrica, que, como una luciérnaga amaestrada, rasga las sombras guardando el compás de la música, y a la que los ejecutantes, los profesores de la orquesta, y ¡hasta el público!, sigue sin pestañear en sus zig-zags y volteos fantásticos...

1.º DE NOVIEMBRE.—Después de asistir en el "*New National*" a la comedia inglesa de gran fama y renombre "*The School for Scandal*"—una enorme mistificación desde mi punto de vista del arte dramático —recorro en tranvía la avenida de "*Pennsylvania*, que es aquí la arteria en que todos los acontecimientos públicos de sensación se manifiestan y laten, para presenciar a mis anchas lo excitado que este pueblo se pone con motivo de sus elecciones presidenciales... Allí me entero, leyendo los cartelones de manta que los principales diarios plantan delante de las fachadas de sus edificios, del triunfo formidable de Roosevelt; un triunfo al que apenas si puede compararse el del partido republicano a raíz de su victoria cuando la espantosa guerra de secesión.

Dos cosas me asombran. Primera, que en esta ciudad, castrada de sus derechos políticos (¡¡¡el Distrito

de Columbia no vota!!!), el entusiasmo sea igual al de cualquiera otra ciudad completa; y segunda, que haya tal cantidad de bebedores a las puertas de las cantinas (¡abiertas durante la noche entera!) en las que se ven cordones de gentes esperando su turno para penetrar y apurar su copa, o copas. Como en un teatro, *ils font la queue!*

4 DE NOVIEMBRE.—Importada directa y personalmente por T. Hansen, 1er. Secretario de la Embajada de Rusia aquí, hoy me hace entrega el mismo Hansen de la *balalaika* que me permití encargarle cuando se marchó a San Petersburgo con licencia, hace unos cuatro o cinco meses. ¿Qué es una *balalaika?* pues una especie de mandolina, un instrumento tricorde, y triangular en su caja armónica, que todos los cosacos, *moujiks,* obreros, y aun presidiarios (véase Dostoiewski en su "Casa de los Muertos"; véase Gogol en sus "Almas muertas") tañen en Rusia: el instrumento nacional por excelencia, entre cuyas cuerdas late y vibra la incomprensible e inmensa alma moscovita, que yo deseaba poseer hace muchísimo tiempo. En cuanto viene a mis manos, búscole y encuéntrole un sitio adecuado en mi gabinete de trabajo: encima del diván, entre mis armas...

17 DE NOVIEMBRE.—Comienza la *season* de invierno: hoy es la primera asistencia a un té en la Casa Blanca, ofrecido por la señora de Roosevelt...

Comienza, pues, este gran fastidio diz que diplomático, con que año por año me martirizan aquí. ¡Paciencia y barajar!

19 DE NOVIEMBRE.—Otra ceremonia oficial: hoy descubre la Embajadora de Alemania una estatua de Federico el Grande, por más de un año guardada, porque en el Senado oponíanse a que los Estados Unidos ¡¡¡tierra de la democracia!!! aceptaran la efigie de un monarca, ofrecida por otro monarca, el actual y megalómano Káiser de Alemania.

Como ya la reelección de Roosevelt quedó asegurada, al fin se admitió el obsequio kaiseriano, y se dió a la admisión pompa grandísima: Presidente, miembros del Gabinete, Cuerpo diplomático *au grand complet,* soldados, músicas, banderas, y grandes cantidades de público.

El discurso de aceptación de Roosevelt, consagrado a la paz...

Por la noche, recepción en la Embajada tudesca, con asistencia de los dos generales prusianos que hicieron entrega del bronce, en nombre de su soberano; y con superabundancia del elemento militar yanqui entre los innúmeros concurrentes que ''decoramos con nuestra presencia''—como decía Flaubert,—el palacio de la Embajada.

21 DE NOVIEMBRE.—Obtengo el retrato de Máximo Gorki, el prodigioso vagabundo y novelador ruso, y Hansen me envía a casa el complemento del obsequio que me trajo de San Petersburgo: una fotografía de Dostoiewski.

28 DE NOVIEMBRE.—Decido, en vista del quehacer sin cesar en aumento de nuestra Embajada, que me impide aun despachar mi correspondencia particu-

lar y me obliga a permanecer en la cancillería hasta bien entrada la noche, trabajar en casa mi próxima novela, en la que no he dado plumada desde mi permanencia veraniega a orillas del mar.

9 DE DICIEMBRE.—Metódicamente escribo noche a noche mis manuscritos de "Reconquista", en mi gabinete de trabajo, solo y sin ruidos interiores ni exteriores, que, adentro, mi hijo duerme y mi mujer acompáñame desde un sillón, en el que hace de todo: una labor, primero, rezos después y cabeceos a lo último; y afuera, con tanta nieve como nos está cayendo, todos los rumores se apagan, ¡oh, invierno!...

22 DE DICIEMBRE.—Hoy ajusto cuarenta años de edad, y me sorprende la mezcla de ideas y sentimientos que me invaden; siéntome niño aún, para muchas cosas, y en cambio, muy viejo para otras... (¿Fenómeno subjetivo?...)

Por las tempestades que me han azotado durante tanto año, muerto ya, debiera yo considerar que hoy doblo el Cabo de las Tormentas, (así bautizado el surafricano por el portugués Bartolomé Díaz, su descubridor en el año 1486 del siglo XV), mas en recuerdo de lo que el Rey Don Juan de Portugal opinó al saber lo del bautizo de Bartolomé Díaz, y sintiéndome regenerado, de mi espíritu principalmente ¡que es lo que más importa! cambio el nombre del aniversario, y una vez que hoy doblé el Cabo de las Tormentas, llámense en lo de adelante mis 40 años el Cabo de la Buena Esperanza de mi vida.

¡No quiero navegar más por mares bravíos!

25 DE DICIEMBRE.—Caigo en la cama, derribado por una tremenda "influenza" que me invade al salir de misa, a causa, indudablemente, del rigor de esta estación tan espantosa.

¡Nieva, nieva, nieva...!

31 DE DICIEMBRE.—En mi cama de enfermo, oigo a la media noche el clamoreo de los silbatos de vapor, de las campanas y de los cohetes que anuncian el desaparecimiento, en el ocaso inmenso del olvido, de este año bisiesto de 1904, que, por mí, bien puede descansar en paz.

FIN DEL TOMO TERCERO Y DE LA PRIMERA SERIE

INDICE ALFABETICO

A

B

C

CH

D

E

F

G

H

I

J

K

L

LL

M

N

O

P

Q

R

S

T

U

V

W

Y

Z



INDICE GENERAL

Este
libro se
terminó el
día 5 de junio
de 1920, en los
Talleres de Artes
Gráficas, de Herrero
Hermanos, Suce-
sores—4ª calle
de Manrique
número 55
México
D. F.

